



Uma

ÚLTIMA VEZ

CORINNE MICHAELS

TERCIOPELO

Una última vez

Corinne Michaels

Traducción de Nieves Calvino Gutiérrez



TERCIOPELO

UNA ÚLTIMA VEZ

Corinne Michaels

POR LA ACLAMADA AUTORA CORINNE MICHAELS,
BEST SELLER EN EE.UU.

Kristin McGee decide empezar una nueva vida después de que su esposo, con el que llevaba casada catorce años, la abandona tras tener una aventura. Kristin y sus dos hijos se mudan a la casa de una amiga. Consigue un trabajo como bloguera de celebridades y en su primera entrevista con el actor Noah Frazier, se emborracha y comete una locura.

Intentando descubrir qué próximo paso dar en su carrera, Noah decide quedarse en la ciudad después de conocer a Kristin. Hace tiempo que no quiere saber nada de relaciones; no ha tenido ninguna desde que su novia murió en sus brazos.

Kristin y Noah se sienten atraídos el uno por el otro, especialmente cuando Kristin ve cómo Noah se comporta con sus hijos. Cuando el artículo de Kristin sobre Noah, que incluye información sobre su novia muerta y que Noah le contó en secreto, sale en prensa, él se siente traicionado y se va, pensando que Kristin no lo quiere y sintiéndose utilizado. Pero no todo es lo que parece.

ACERCA DE LA AUTORA

Corinne Michaels, autora best seller en EE.UU., ha publicado diez novelas románticas que se han convertido en auténticos fenómenos de venta en su país natal. Está felizmente casada y es madre de dos hijos. Corinne está trabajando en su próxima novela.

www.corinnemichaels.com

Facebook: CorinneMichaels

ACERCA DE LA OBRA

«Una última vez es una montaña rusa de emociones, graciosa y conmovedora. Me hace creer de nuevo que las segundas oportunidades existen.»

RACHEL BROOKES, AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

1. Kristin
2. Kristin
3. Kristin
4. Kristin
5. Kristin
6. Noah
7. Kristin
8. Kristin
9. Noah
10. Kristin
11. Noah
12. Kristin
13. Kristin
14. Kristin
15. Kristin
16. Noah
17. Kristin
18. Kristin
19. Noah
20. Kristin
21. Kristin

22. Noah
23. Kristin
24. Kristin
25. Noah
26. Kristin
27. Kristin
28. Noah
29. Kristin
30. Noah
31. Kristin
32. Kristin
33. Noah
34. Kristin
35. Kristin
36. Noah
37. Kristin

Epílogo: Kristin
Escena de regalo
Agradecimientos
Créditos

Para las mujeres que se quedan cuando deberían marcharse...

Mereces que te amen.

Mereces ser feliz.

Mereces ser libre.

Kristin

—¡*P*ues lárgate! —le grito a mi marido cuando una vez más me dice lo inútil que soy. Ya me he hartado. Llevo años a su lado, pero no pienso seguir ahí. Nadie debería sentirse tan vacía y tan rechazada.

—No voy a marcharme de esta casa, Kristin. Si quieres que esto se termine, recoge tu mierda y lárgate de mi casa.

Me quedo mirando al hombre al que he amado desde que tenía veintidós años. Al padre de mis hijos. La persona con la que pensaba que envejecería. El hombre que tengo delante es un espejismo de ese otro hombre. Scott ha cambiado tanto en los últimos catorce años que está irreconocible. Ahora no es más que alguien a quien una vez amé.

El hombre que conocía jamás me echaría así. Habría hecho cualquier cosa para conseguir que funcionara.

—Esta casa no es solo tuya, Scott. ¡Soy tu mujer!

Él meneaba la cabeza con una sonrisita de superioridad.

—Soy yo quien la paga. ¿Cómo vas a costear tu vida de diseño sin un trabajo?

¿Vida de diseño? No recuerdo la última vez que me compré algo. Sobre todo porque prefiero no oír lo estúpida que soy.

—Buscaré un empleo y haré lo que tenga que hacer. No me voy por eso.

Él se frotó el puente de la nariz.

—Bueno, ahora vas a ponerte a trabajar, ¿pero no los últimos diez años?

—¡Querías que me quedara en casa con Aubrey y con Finn! ¡Me dijiste que dejara mi trabajo, así que no me lo echas a la cara! —Doy un golpe con la mano en la mesa.

Para nosotros, es como el Día de la Marmota. La misma pelea una y otra vez, sin que nada se resuelva jamás. Tengo un máster en Comunicación y es lo

único que a ninguno de los dos se nos da bien.

Scott exigió que dejara mi trabajo como periodista cuando descubrimos que estaba embarazada de Finn. Yo estaba siempre viajando, cubriendo historias de actualidad, y él tenía la sensación de que no sería capaz de dedicar suficiente tiempo a ser madre.

Al principio tenía su lógica. Siempre quise ser la clase de madre que preparaba galletas o enviaba a los niños al colegio con un beso en la mejilla y el almuerzo. Mi madre era así y tengo recuerdos preciosos gracias a eso. Creo que es posible que fuera en parte una alienígena, porque, la mayoría de los días, yo tengo suerte si mis hijos llevan la ropa a juego y tiene dinero suficiente para el almuerzo.

Mi vida no se parece en nada a como pensé que sería. En vez de cocinar, me desvivo por tener la casa limpia para que él no se enfade. Me paso una hora en el gimnasio para que Scott no me diga que me estoy abandonando. Entre intentar parecer la esposa y madre perfecta y ser ambas cosas me estoy ahogando.

Y Scott me sujeta la cabeza bajo el agua mientras yo intento respirar.

Scott se sujeta al borde de la mesa y me mira fijamente.

—Yo siempre soy el malo. Yo hice que dejaras tu trabajo. Yo te hice los hijos. Te he convertido en la mujer infeliz que eres. Soy quien te ha vuelto fría y amargada, ¿verdad? Yo soy el causante de todo. ¡Pues vete de una puta vez!

Las lágrimas brotan de mis ojos mientras él me hace pedazos el corazón.

—¿Tan prescindible soy para ti?

Los ojos de Scott se llenan de ira.

—Eres tú quien quiere marcharse, Kristin. Eres tú quien está ahí plantada, llena de arrogancia, diciéndome que me marche. No permita Dios que quiera una mujer a la que le guste de verdad. ¿Cuándo fue la última vez que quisiste sexo conmigo? ¿Cuándo me has dado lo que necesitaba, eh?

Una vez más, pasó a la siguiente parte de la discusión.

—Cuesta desear a alguien que hace que te sientas como una mierda.

—¿Y cómo hago yo eso, Kris? ¿Diciéndote la verdad sobre tus problemas?

Mis problemas. Siempre son mis problemas, incluso cuando hablamos de los suyos. Soy yo quien provoca sus reacciones. Scott no tiene la más mínima responsabilidad de nada de lo que ocurre en nuestra vida. Siempre rebota en otra persona. Estoy muy harta de ser la razón de todo lo que va mal en su vida, de sentirme pequeña.

—Claro, Scott. Eso es.

No tiene sentido discutir. Lo he intentado muchas veces y nada de lo que digo importa.

Nuestros hijos están con mis padres y se suponía que este era un fin de semana para que volviéramos a conectar. Mi madre sabía que estábamos al borde de la ruptura y que yo quería intentarlo una vez más. Creía que si podíamos pasar más tiempo juntos, solo nosotros dos, encontraríamos una forma de conseguirlo.

Parece que me engañaba otra vez.

—Estoy muy cansado de tener que arreglarlo todo en este matrimonio —dice Scott mientras se pasea por la habitación—. No dejas de repetir que quieres hacerme feliz, pero luego lo haces todo mal. Resulta agotador tener que repetirme.

Sí, claro que resulta agotador.

Siento que me retraigo a ese lugar dentro de mi cabeza para protegerme. Lo que puedo aguantar antes de hacerme pedazos por completo tiene un límite.

—Para —suplico.

—¿Cuándo aprenderás, Kristin? Si te esforzaras un poco más, no estaría tan decepcionado.

No hago nada bien. Nada. No visto como él cree que debería, no educo a los niños como lo hacía su madre, no tengo el mismo aspecto que cuando se enamoró de mí y bien sabe Dios que no le satisfago en ningún aspecto.

—Supongo que nunca aprenderé —digo para apaciguarle.

—Supongo que no. —Cruza los brazos y me mira fijamente.

Mi marido fue un buen hombre en otro tiempo. Besaba el suelo por donde pisaba y me decía que era la mujer más hermosa que jamás había visto. Todo parecía encajar a la perfección entre nosotros. Dos años después de casarnos... la cosa cambió. Ya no era perfecta para él. En cambio era conflictiva y dependiente. Era una bola de nieve que se hacía más grande cuanto más rodaba. Creía que podía hacerle feliz, así que me esforzaba más y la cagaba más todavía.

Quería un hijo. Si podía darle un hijo, estaríamos bien. De verdad lo creía, pero cada mes que me venía la regla, me recordaba que ni siquiera era capaz de darle un hijo.

El día que descubrí que estaba embarazada de Finn, las cosas cambiaron. El hombre que amaba volvió a mi lado. Pero después de Aubrey, volvía a ser una

inútil.

Esa bola de nieve me había atropellado y dejado sin vida.

—Nunca cambia nada —resopla—. ¡Estoy harto de intentarlo!

Yo también. Estoy harta de estar harta. Se acabó que me pisoteen el corazón por nada. Nunca me amaré. No me queda nada que dar.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —Se me quiebra la voz cuando el dolor se apodera de mí—. ¿Cómo se ha convertido en esto nuestra vida? Antes te amaba tanto que me costaba respirar, y ¿ahora? Ahora simplemente me duele. Ya no puedo seguir con esto. No puedo pasarme todas las noches peleándome. Es demasiado duro.

—Si intentarás hacer más...

—¿Si lo intentara yo? ¿Me tomas el pelo? ¡Lo único que hago es intentarlo! ¡Lo único que hago es darte lo que quieres, pero nunca es suficiente! —Dios mío. ¿Cómo puedo ser yo la única culpable de esto? No es posible que sea tan mala. Lo intento. Lo intento y lo intento y nada cambia nunca.

Scott se pasa las manos por la cara.

—Antes lo eras.

—Vale. —Una lágrima rueda por mi mejilla—. Solía ser muchas cosas y tú también.

Se me encoge el corazón y el dolor invade mi interior. Miró a Scott, deseando una razón para luchar. Si pudiera encontrar un resquicio de esperanza de que pudiéramos encontrar un modo, reuniría las fuerzas para continuar.

Sus ojos se clavan en los míos y sé que no queda nada por lo que luchar.

No queda esperanza y me rompo. Un sonido estrangulado abandona mis labios ante el profundo sentimiento de pérdida que me cala los huesos.

Actúa deprisa, estrechándome en sus brazos, y rompo a llorar. Me aferro a él, pues necesito aferrarme a algo, ya que me siento muy sola.

—No llores, cielo. Detesto que llores. No es esto lo que quiero para nosotros, Kris.

Puede que me equivoque. Puede que sí le importe.

—Yo ya no quiero pelear más.

Scott me coge la cabeza entre las manos y una expresión amable aflora a sus ojos.

—Pues hazlo mejor.

Esto es lo que me hace. Logra que me derrumbe y después me viene con algo

tierno para que yo piense que eran imaginaciones mías. Por culpa de eso estoy bien jodida.

Scott no me quiere. Desea una versión de esta mujer y no puedo ser eso. Estoy cansada de intentar ser eso porque no es posible. La verdad es que... él ya no me ama y yo no quiero vivir así.

Me aparto, pues necesito espacio o volveré a caer en la misma rutina de siempre.

Odio que dos personas que lo han hecho todo la una por la otra estén tan distanciadas que ni siquiera puedan verse. Nuestra relación es una sucesión de peleas, que yo he perdido.

—Esto no está bien. —Sorbo por la nariz—. Tu manera de tratarme. Las cosas que dices de mí... No está bien, Scott.

Él cierra los ojos y una lágrima rueda por mi mejilla. Ambos sabemos que esto es el final, pero no sé cómo dar el primer paso.

Es muy fácil aferrarse a la ira. La pérdida de toda esperanza es lo que me mata por dentro.

—No voy a pedir disculpas por decir la verdad. Creo que deberías recoger tus cosas y marcharte.

No quiero perder a mi marido, pero no pienso ser esta mujer por más tiempo.

Doy un paso atrás, me seco la mejilla y asiento.

—Esperaba... —No sé muy bien qué esperaba. A lo mejor esperaba que me amara lo suficiente, pero nunca lo ha hecho.

Me taladra con sus ojos castaños.

—Estoy harto de ser infeliz y de no recibir atención.

El dolor y la ira se apoderan de mí. Es un auténtico gilipollas. ¿Cree que no recibe atención? Esto es increíble. Erijo los muros alrededor de mi maltrecho corazón para que nada de lo que pueda decir me hiera.

—Pues muy bien. Lamento que te sientas así. ¿Qué hacemos ahora? —pregunto con naturalidad.

—Quiero el divorcio.

Tres palabras.

Solo hacen falta tres palabras para destruir mi aparentemente vida perfecta.

—¿Y qué les decimos a los niños? —Me atraganto con las palabras. Puede que Scott sea un marido de mierda, pero siempre ha sido un gran padre.

Esto me duele más que cualquier cosa que me ha hecho a mí. El hecho de

que vayamos a perturbar las vidas de nuestros hijos con esto es casi más de lo que puedo soportar.

Esos dos angelitos son los que han hecho que siguiéramos intentándolo tanto tiempo. Finn y Aubrey no se merecen el ambiente en el que viven ahora. Las peleas constantes, las palabras furiosas, descubrir a su padre durmiendo en el sillón noche tras noche. No es sano ni justo para nadie.

Aubrey es quien más me preocupa. Adora a su padre y esto la destrozará. El primer amor de una niña es su padre y detesto que ella vaya a saber lo que es perderle a cierta escala.

Scott se lleva la mano a la nuca y agacha la cabeza.

—No lo sé.

Cuando levanta la vista, veo el brillo de lágrimas no derramadas. Un resquicio del hombre que una vez conocí regresa. Sé que él está ahí y desearía que volviera. Doy un paso hacia él. El corazón tira de mí en muchas direcciones distintas. Desea salvarle, desea amarle y desea marcharse.

Entonces recuerdo lo que ha hecho. Ha dicho las palabras que no puede retirar. En todos los años que llevamos peleando por esto jamás había hablado de divorcio. Creía que si alguno de los dos mencionaba eso me rompería en pedazos. En mi cabeza, me imaginaba a mí llorando y suplicándole le que me quisiera, a él asegurándome que me quería y que después encontraríamos una manera de lograrlo. No me había dado cuenta de que, aun a pesar de la tristeza, el alivio sería enorme. He estado en el purgatorio mucho tiempo. Estoy lista para volver a vivir mi vida.

—Bueno. —Tomo aire—. Creo que lo primero que debemos hacer es decidir quién se marcha y después deberíamos trazar un plan para hablar con los niños.

Scott y yo nos sentamos a la mesa y, por primera vez en toda la noche, nos comportamos como adultos. No hay gritos ni insultos. Trabajamos para elaborar una lista de cosas que hemos de abordar y quién se ocupará de cada tarea. No tenemos demasiadas deudas, gracias a la herencia que me dejó mi abuelo, así que eso lo solucionamos rápido. Ambos acordamos decírselo a los niños juntos e intentar que las cosas sigan siendo civilizadas. Los dos últimos asuntos son aquellos que, con suerte, harán que todo este comportamiento adulto no se venga abajo.

La casa y los niños.

Va a tener que matarme antes de quedarse con los niños. No renunciaré a

ellos.

—Lo hemos estado posponiendo, pero deberíamos tomar decisiones —dice Scott con las manos unidas.

—La casa. —Dejo el bolígrafo en la mesa.

Esto es lo único que estoy dispuesta a conceder si es necesario. Puedo vivir con mis padres o pedirle a Heather, mi mejor amiga, que me deje quedarme en su casa, ya que está vacía. Tengo opciones, pero no puedo vivir sin mis pequeños.

—Me gustaría quedarme aquí. Tú no puedes pagar la hipoteca y yo no me puedo permitir un alquiler y la hipoteca —solicita Scott.

—¿Qué pasa con los niños? —Cambio de tema porque, en realidad, eso es lo único que importa.

Él exhala un suspiro.

—No te haré eso.

—¿Que no me harás qué?

Ruego que se refiera a que no va a intentar quedarse con ellos. Son lo único que tengo.

Scott se peina el cabello con los dedos.

—Por mucho que los quiera, no puedo hacerlo. Viajo mucho y ambos sabemos que Finn jamás te dejará. Sin embargo, los quiero los fines de semana y en fechas así. Yo también los quiero.

—Gracias —digo con gratitud.

Ambos convenimos que él se quede en la casa, pero que nos repartiremos el mobiliario para que los niños estén lo más cómodos posible. No sé muy bien cómo va a salir esto, pero al menos estamos de acuerdo en la mayoría.

Me meto en la cama y las frías sábanas me hacen estremecer. Deslizo las manos hacia donde debería estar mi marido, pero está vacío. Scott no volverá a estar ahí nunca más. Los acontecimientos del día se agolpan a mi alrededor.

Se ha acabado de verdad. Mi marido y yo nos vamos a divorciar.

Me agarro a la almohada y sepulto en ella la cara, tratando de amortiguar mi llanto desconsolado. Jamás imaginé que el corazón pudiera dolerme tanto, pero soy presa de la agonía. No hemos podido hacer que las cosas funcionen y yo he fracasado. Me cuesta respirar mientras las lágrimas empapan mi almohada.

—¿Kristin? —Su voz profunda llena la habitación.

—Por favor, no —suplico. No quiero que me vea así.

Scott se acerca de todas formas y se acucilla a mi lado. Veo el dolor en sus ojos a pesar de la oscuridad.

—No llores, cielo.

Eso me hace pedazos. Lloro con más fuerza y él me toma entre sus brazos. Me aprieta contra su pecho y yo trato de recuperar el control. No hay manera de detener las lágrimas. Lloro por los años que vivimos, por los años que hemos perdido y por los años que jamás tendremos. Me habría quedado si él me hubiera dicho que quería intentarlo. Sé que es una estupidez, pero renunciar a él parece una derrota.

Al cabo de un rato empiezo a relajarme. Aún me duele el corazón, pero ya no sollozo. Scott me masajea la espalda y yo sorbo por la nariz.

—Estoy bien.

Él se aparta y me toma el rostro entre sus manos.

—¿Estás segura?

—Lo que pasa es que estoy triste.

—A mí tampoco me hace feliz esto, Kris.

Eso es lo peor; ambos nos amamos, pero no podemos arreglar lo que está roto.

—Lo sé.

Apoya la frente en la mía y nos quedamos así sentados. Scott me acaricia la mejilla con el pulgar al tiempo que me alza la cabeza.

—Te he querido, Kristin —dice con voz ronca—. Eras la mujer más hermosa del mundo.

Se me acelera el corazón cuando algo cambia entre nosotros.

—Scott —susurro. No sé si le estoy pidiendo que pare o que continúe. ¿Cómo dejas de querer a alguien? ¿Cómo apartas al único hombre al que has amado?

Él sigue siendo mi marido.

El ambiente de la habitación está cargado mientras respiramos la esencia del otro. Scott desliza la otra mano por mi nuca antes de bajar hasta mi pecho. Un cosquilleo invade mi cuerpo cuando roza mi pecho.

—Dime que pare y lo haré —murmura contra mis labios—. Una vez más, Kris. Lo necesito. Necesito sentirte.

Me debato, pero estoy tan en carne viva que no soy capaz de pronunciar las palabras por mucho que lo desee. Me he sentido muy sola y deseo que me amen una vez más.

Scott avanza mientras nuestros labios se tocan. Hace que me tumbe a la vez que agradezco sentir su peso sobre mí. Su boca se funde con la mía. Deja escapar un gemido contra mi boca cuando me aferro a él. Necesito que haga que me sienta viva.

Ha pasado mucho tiempo. Demasiado tiempo desde que hicimos el amor. ¿Cuántas noches recé para que viniera a mí, para que me amara, pero no lo hizo?

Enredo los dedos en su cabello castaño oscuro para que sus labios continúen pegados a los míos. Me obligo a fingir que seguimos locamente enamorados y que la vida es perfecta.

Pero no somos perfectos.

Esta fantasía acabará en tragedia si me dejo llevar por la ilusión.

Esas tres palabras no dejan de resonar en mi cabeza, recordándome por qué estaba llorando.

No puedo hacerme esto a mí misma.

Hacerlo una vez más no pondrá freno a lo que se avecina. Él ya no me ama.

Le he decepcionado.

Le he defraudado.

No soy lo bastante buena.

—No puedo —digo mientras le empujo de los hombros—. No puedo hacer esto, Scott.

Él se aparta, se tumba boca arriba y se tapa la cara.

—¿No puedes?

—Si se ha acabado, tenemos que comportarnos en consecuencia. No puedes querer el divorcio y luego hacerme el amor. Es demasiado confuso. —Me incorporo y me arreglo la ropa.

Scott se levanta y va hasta la puerta. Se detiene y vuelve la cabeza para mirarme.

—No pasa nada. De todas formas no es que alguna vez haya sido genial.

Cierra la puerta y me hago un ovillo, acercándome las rodillas contra el pecho mientras lloro lo más que puedo.

Kristin

Seis meses después

—*F*inn, lleva esa caja a su nueva habitación —le ordeno cuando me lo encuentro sentado en el sillón con los cascos puestos.

—Estoy viendo un vídeo —espeta.

—Me da igual. Tienes que ayudar —digo mientras Heather, Danielle y Nicole llevan cajas adentro.

Heather deja una caja en el suelo y le masajea la cabeza a Finn.

—Oye, ¿puedes ayudar a Eli con la mesa?

Él mira a su «tía» y esboza una sonrisa.

—Pues claro.

Algún día recordaré por qué quise tener hijos. Sonrío a mi mejor amiga, que está en lo que antes era su casa. No pasa un solo día en que no dé gracias a Dios por haberme roto el tobillo en séptimo y que Heather entrara en mi vida por la fuerza. Ahora mismo me está salvando la vida al darnos a los niños y a mí un lugar en el que vivir..., sin tener que pagar un alquiler.

—¡Muchísimas gracias, Finn! No voy a tolerar esta actitud tuya —le grito a la espalda.

Finn me fulmina con la mirada y se cruza de brazos.

—Yo no pedí que nos mudáramos.

—Déjale tranquilo, cielo. —Heather me da un apretón en la mano—. Hemos venido a ayudar.

Cierro los ojos y cuento hasta cinco. Sé que ha sido duro para los niños, pero Finn ha estado inaguantable. Aubrey tampoco es una malva, pero al menos se limita a llorar, algo para lo que se puede ofrecer consuelo.

—Ojalá fuera más fácil —reflexiono.

—Pues claro, pero se acostumbrarán. —Me ofrece una sonrisa consoladora. Si hay alguien que sepa acostumbrarse, esa es Heather. Su vida ha sido una sucesión de calamidades y aún sigue en pie.

Ambas nos dirigimos a mi dormitorio y empezamos a sacar ropa de las cajas.

—¿Scott era siempre tan encantador por teléfono?

No se le ha pasado. Imagino que ser policía desde hace tanto tiempo la ha convertido en la persona más observadora.

Mi marido, pronto exmarido, me ha hecho la vida imposible durante el último mes. Ha cambiado de opinión varias veces respecto a todo lo que habíamos acordado. Esperaba que tuviéramos una separación fácil y después un divorcio amistoso. Debería haberlo sabido.

Con Scott nada es fácil, pero si encima hay dinero de por medio, ya puedes olvidarte.

Ha lanzado todo tipo de amenazas para no tener que pagar por nada.

—Ahora quiere seguir discutiendo un acuerdo de custodia compartida para no tener que pagar la manutención de ninguno de los niños. Dice que ha hecho lo correcto y que si le presiono, pedirá la custodia plena.

—Menudo capullo —farfulla mientras coloca camisas en la cómoda.

—Sí.

—Así que ¿te está amenazando?

Exhalo un suspiro y coloco la percha en la barra.

—No tanto amenazándome como haciendo que esto sea lo más difícil posible. Me llegaron los papeles del divorcio y son totalmente absurdos. En ellos no figura nada de lo que habíamos acordado. Es decir, básicamente quiere que salga de nuestro matrimonio sin un centavo y que le pague yo a él.

Está chalado si piensa que eso va a pasar. He sufrido sus constantes tonterías e intentado hacer las cosas de forma civilizada. Si quiere pelea, la tendrá.

—Ojalá encontraras una razón para que pudiera dispararle de forma legal.

Me echo a reír, deseando poder hacerlo.

—No merece la pena.

Heather apoya la cadera contra la cómoda.

—No, él no la merece, pero tú sí.

¿De veras? Ahora mismo no tengo la sensación de que yo merezca la pena. Acabo de encontrar trabajo gracias a Heather. Solo tengo un techo bajo el que vivir gracias a Heather. Los pocos muebles que hay aquí están solo porque

Nicole es diseñadora de interiores —juro que se lleva cosas de las casas que decora— y Danielle es algo así como mi guardería.

En serio, ¿qué valgo yo?

Mis amigas valen su peso en oro, pero yo soy el óxido que hay que rascar.

—No creo que...

—¡Una de vosotras dos! —grita Nicole con bastante esfuerzo.

—Mierda —decimos ambas a la vez y nos apresuramos a salir. Nic no es precisamente la más elegante de las cuatro y, desde luego, no le va nada el trabajo manual.

Cuando entramos en el salón, me apresuro a coger la caja de encima, que está delante de su cara, y reprimo una risita.

—Por Dios, ahí afuera hace más calor que en el culo de Satanás —gruñe Nicole mientras carga con la otra caja que lleva en las manos—. ¿Me repetís por qué vivimos en Tampa?

—¿Sabes cómo es el culo de Satanás? —pregunta Heather.

Nicole suelta la caja, la manda a la mierda y se deja caer en la silla.

—Abanicadme —exige.

—Ya mismo me pongo con eso. —Me echo a reír.

Danielle sale de la cocina con un vaso de agua helada.

—He ordenado los armarios.

Les brindo una sonrisa a las personas que nunca me han fallado. Estas chicas son la única razón de que esté de pie y en marcha. Las tres se presentaron en mi casa cuando le mandé un mensaje de texto a Danielle el día después de que Scott y yo decidiéramos divorciarnos. Me abrazaron mientras lloraba, me hicieron reír y me obligaron a beber vino hasta que perdí el conocimiento.

Hoy se están dejando la piel ayudándome a transportar cajas y muebles.

Nicole suelta un bufido.

—Estoy segura de que Kris volverá a colocarlos todos. Sabemos que no se te conoce precisamente por tus dotes para organizar.

Danielle le da una colleja en la nuca.

—Cierra el pico. Eres tú quien está sentada.

Ya empezamos otra vez.

Heather y yo intercambiamos una mirada cómplice. Una de nosotras ha de intervenir antes de que esto acabe en pelea.

Rodeo a Danielle con los brazos y aprieto.

—No me cabe duda de que están perfectos.

—Mami. —Aubrey viene—. Echo de memos mi antigua habitación. Era morada.

—Seguro que la tía Heather nos deja pintarla. —Tomo sus manitas en las mías y me pongo de cuclillas para poder mirarla a los ojos—. Puedes elegir el color que quieras.

Ni siquiera miro a Heather para obtener su permiso, pues ya lo tengo. Desde la primera conversación me ha dicho que tengo vía libre para hacer mía esta casa. Además, me parece que se alegra de disponer de otra excusa para no tener que vender el lugar. Lleva viviendo los dos últimos años con su novio, Eli, que resulta que es un cantante y actor superfamoso. Su casa es el sitio más increíble que he visto en toda mi vida en Harbour Island, pero a ella siempre le ha encantado esta casa. No es que me queje, me está salvando de tener que vivir de nuevo con mis padres.

Es descabellado cómo se conocieron y se convirtieron en pareja. ¿Quién iba a imaginar que una noche de chicas en la que cuatro amigas iban a rendir tributo a su grupo de música favorito de la juventud, los Four Blocks Down, daría lugar a una historia de amor así? Yo no, eso está más que claro.

—Seguro que podemos convencer a Eli para que nos ayude —dice Heather con complicidad—. ¡Le encanta pintar!

—¿Qué es lo que le gusta a Eli? —Su voz profunda llena la habitación, pero no puedo ver su cara con todas las cajas con las que carga.

Aubrey deja escapar un chillido cuando oye su voz y se va corriendo a su cuarto.

Me echo a reír al ver a esta superestrella transportando cajas para la mejor amiga de su novia. A veces la forma en la que el universo juega conmigo parece una broma cósmica.

Heather se acerca y le libera de algunas cajas.

—Cielo, mirar por dónde vas suele ser útil —le regaña.

Él nos mira al resto, sentadas o de pie, y esboza una sonrisita petulante.

—Ya veo cómo va la cosa... ¿Los hombres hacemos todo el trabajo y vosotras los supervisáis?

Parece que es acertado.

—Al menos estás aprendiendo, grandullón. —Nicole inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—A ver, ¿me repetís por qué os cae bien esta? —pregunta.

—No estamos muy seguras. —Me encojo de hombros—. Hemos intentado

librarnos de ella, pero es como la varicela. Por cada grano que te rascas, te sale otro y encima pica más. Al final dejamos de rascarnos.

Somos las cuatro amigas más dispares, pero funcionamos. Nuestro grupo es único en cuanto a que, si bien estamos todas muy unidas, somos íntimas en distintos aspectos. Heather es la persona a la que llamo cuando necesito a alguien con quien llorar. Es la persona más comprensiva de las tres. Llamo a Danielle para que me aconseje sobre relaciones o cuestiones paternas y acudo a Nicole cuando quiero olvidar la noche anterior. Es una loca.

Siempre pensé que Danni era mi persona, pero cuando le conté lo de la separación, se distanció un poco. Al principio lo achaqué a que ambas nos compadeceríamos de nuestros matrimonios de mierda y de que ahora el suyo va mejor, pero después se ofreció a cuidar de los niños cuando tuviera que trabajar, así que puede que fueran imaginaciones mías.

—Cuidadito, Eli —le advierte Nicole—. No eres miembro oficial de esta tribu. Todavía podemos votar y echarte de la isla.

Eli esboza una amplia sonrisa y arrastra de nuevo a Heather contra su pecho. Rodea su cintura con los brazos y yo lucho contra la punzada de celos que me invade.

—¿De verdad, cielo?

Heather pone los ojos en blanco y le mira por encima del hombro.

—Estoy bastante segura de que vas a quedarte. Aunque eso todavía se puede debatir.

—¿Puedes al menos desperar unas semanas?

Ella se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

Eli se echa a reír y la besa. Me doy media vuelta, deseando que eso no fuera tan doloroso.

Scott solía mirarme así. Éramos bromistas, cariñosos y él hacía que el corazón me diera un vuelco. Era mi caballero de brillante armadura y yo era la princesa que él rescataba, pero el cuento de hadas se acabó. No hay un «fueron felices para siempre».

Terminamos de descargar todo y, a pesar de lo que despotricó de Nicole, la pobre se está dejando la piel para decorar este lugar. Ahora entiendo por qué es una de las mejores diseñadoras de interiores de Tampa. La casa parece un verdadero hogar.

En unas cuantas horas conseguimos terminar las principales zonas de la

casa. Nicole indica a los chicos dónde deben llevar los muebles y se las apaña para combinar lo que he podido llevarme de mi vieja casa con lo que ha traído ella.

Scott se ha negado a dejar que me lleve nada que no sean los muebles del dormitorio. Decía que no quería que le recordaran lo que una vez compartimos. Ni siquiera sé a qué se refiere, pero una cosa menos que he tenido que comprar.

—Estoy muerta —digo cuando me derrumbo en el sillón.

Nicole es la única que aún sigue aquí.

—Yo también.

Apoyo la mano en su pierna y espero a que me mire.

—Gracias. No podría haberlo hecho sin vosotras.

Nicole posa su mano sobre la mía.

—Para eso estamos.

Eso es verdad. Siempre que ocurre una tragedia en la vida de cualquiera de nosotras, no vacilamos en acudir en ayuda de quien tiene problemas.

—Me encantaría no tener que volver a hacer esto —comento.

—Si todas siguerais solteras como yo, no tendríais que preocuparos por nada de esto.

Me echo a reír. No conozco a muchas personas como ella. Vive según sus reglas, que es algo que siempre he admirado. Da igual lo que la gente piense de ella, Nicole hace lo que le viene en gana. Yo soy todo lo contrario.

Se esperaba de mí que me casara a los veinticinco, así que lo hice. Mi madre era partidaria de dedicar los tres primeros años de matrimonio a construir unos cimientos resistentes, así que esperamos para tener hijos. Después, una madre se queda en casa y cría a los niños.

Alguien omitió la parte sobre lo que se espera que haga cuando los cimientos se resquebrajan y acaban derrumbándose.

—Me gustaba estar casada. Me acuerdo que esperaba a que viniera a casa porque le echaba de menos todo el día —le digo.

Ella cambia de posición y apoya la cabeza en la mano.

—Hacía años que te trataba mal, Kris. He mantenido la boca cerrada porque pensaba que, de todas formas, no ibas a hacerme caso, pero resultaba muy incómodo de ver. De las cuatro, Heather y tú sois las mejores. Tenéis un corazón enorme, pero habéis dejado que los hombres os lo pisoteen.

—Scott no es como Matt. —Me defiendo un poco. Matt fue un cabrón de

mierda por lo que le hizo a Heather. Apenas llevaban un año de casados cuando la abandonó. Scott y yo hemos estado casi diecisiete años juntos desde que empezamos a salir hasta ahora—. Él no siempre ha sido malo. Por eso esto es tan duro.

Nicole exhala un suspiro.

—No, pero él tampoco era ninguna perita en dulce. No puedes decirme que no era un maltratador psicológico.

—Para —le pido. No quiero hablar de ello ni que me recuerden cuánto me odio a mí misma por consentirlo.

—No te estoy juzgando. —Nicole me coge la mano—. De verdad que no. Lo entiendo, él era tu marido, pero era duro ver cómo te distanciabas. —Una lágrima rueda por mi mejilla y Nicole me abraza—. No me alegra que haya acabado así. Todos esperábamos que espabilara y solucionara sus problemas.

—Yo también. —Apoyo la espalda en el sillón y asiento. Sé que no me está juzgando, del mismo modo que yo nunca juzgo a mis amigas por las decisiones que toman.

—Vas a superar esto —promete Nicole.

Sé que tiene razón. Tiene que tenerla. No hay otra opción. Tengo dos hijos que me necesitan. Ser madre significa hacer muchas cosas por el bien de los hijos, aunque no quieras hacerlas. Me encantaría meterme en la cama y alimentarme solo a base de comida basura, hasta que mis emociones queden satisfechas, pero no puedo. Además, no sé si estoy triste por perderle o si estoy triste por no haber sido capaz de ver más allá de las esperanzas a las que me aferraba.

—Gracias a vosotras, lo haré. Es un gilipollas y estoy preparada para pasar página.

—¡Eso es! —Nicole me da una palmada en la pierna—. El gilipollas se ha ido.

Apoya la cabeza en el respaldo del sillón y bosteza.

—Pareces agotada. ¿Quieres quedarte aquí esta noche? —pregunto.

—Oye. —Coge su copa de vino—. Sé que vosotras pensáis que soy rara, pero me gustan los tríos con hombres no con vaginas. Me lo montaría contigo, pero... necesitaría más vino.

Rompo a reír y le dio un manotazo en el brazo.

—Mira que eres tonta.

—Te he hecho reír.

—Pues sí.

Nicole se tapa con la manta que hay extendida detrás de ella y nos reímos como en los viejos tiempos. Por supuesto también me habla del nuevo chico con el que se acuesta. No sé cómo lo hace, pero bien por ella. Es feliz aunque su vida amorosa sea absurda. Mientras habla, me permito olvidar que voy a pasar la primera noche en mi nueva casa, soltera y sola.

Kristin

—¡Vamos! —grito a los niños mientras estoy en la puerta.

—¡No encuentro mis zapatos! —me responde a gritos Aubrey y yo gruño.

Es mi primer día de vuelta al mundo laboral y voy a llegar tarde. Finn por fin sale con los cascos puestos y el teléfono móvil pegado a la mano. Ni me mira, pero esta vez me da igual. Se dirige al coche, que es cuanto importa.

Echo un vistazo al reloj y golpeteo el suelo con el pie.

—¡Aubrey! ¡Vamos, cariño! ¡Ponte lo que sea en los pies! Me da igual que sean pareja.

Sale corriendo y su rubio cabello ya se le empieza a escapar de la coleta, pero no tengo tiempo para solucionarlo.

—Lo siento, mami.

—No pasa nada, cielo. Mamá no puede llegar tarde, así que vamos a darnos prisa, ¿vale? —La apremio para que salga y cierro la puerta con llave.

Una vez estamos todos en nuestros asientos con el cinturón de seguridad abrochado, nos dirigimos a casa de la niñera..., también conocida como Danielle. No puedo permitirme pagar a alguien, ya que mi sueldo inicial en Famosoadictos no es elevado, pero que Eli hiciera una llamada por mí sin duda ayudó a que me dieran un poco más de lo que en principio me ofrecían.

No sé si me siento del todo cómoda cubriendo a Eli y a sus amigos, pero... es un trabajo.

Un trabajo que sé que voy a detestar. Ni recuerdo el último programa adulto de televisión que vi y no he visto *La delgada línea azul*, que es algo que a Eli le hace muchísima gracia, ya que él era la estrella. Seguir a celebridades era lo último que me preocupaba con todo lo que está pasando en mi vida. Ni siquiera estoy segura de quién es popular ahora... Me pregunto si la gente aún le gusta Josh Hartnett. Fue mi último amor.

Mientras mis amigas, como Nicole, se empapaban de los cotilleos, yo estaba concentrada en el PTA, el club de lectura de la comunidad, y en el trabajo de Scott. Pero después de pasar los dos últimos meses a la caza de algún empleo y sin llegar a fin de mes, no puedo ser tiquismiquis. Si tuviera otro empleo a la vista, lo aceptaría, pero el horario es perfecto para una madre divorciada. Puedo trabajar desde casa al menos tres días a la semana, lo que significa que puedo seguir haciendo las cosas que me encanta hacer para mis hijos.

Mi abogada me dijo que, de hecho, es perfecto en caso de que Scott cambie de parecer y de repente quiera la custodia. Yo estaré en casa con ellos la mayor parte del tiempo, ganándome un salario, y tendré un horario flexible al que ningún juez podrá poner objeción alguna. Este empleo echa por tierra cualquiera reserva que él tenga sobre mí. He de conseguirlo.

Además, mi abogada básicamente me ha dicho que si quiero asegurarme de conservar la custodia de los niños he de demostrar unos ingresos regulares.

—¿Vamos a casa de papá este fin de semana? —pregunta Finn mientras conduzco hasta casa de Danni.

—Sí. —Le miro por el espejo retrovisor.

Él menea la cabeza y se vuelve a poner los auriculares. Está claro que sigue sin llevar nada bien lo de habituarse a nuestra nueva situación. No sé muy bien qué decir llegados a este punto, pues nada parecer servir de mucho.

Aubrey me brinda una dulce sonrisa y después mira por la ventana. Cuesta creer lo mayores que se están haciendo. Finn tiene diez y Aubrey acaba de cumplir seis, pero son demasiado pequeños para que su mundo se haya vuelto del revés. Sin embargo ha estado sobrellevando las cosas bien. El último mes que pasamos en la casa fue duro, pero ahora que vivimos en nuestra propia casa, volveremos a la normalidad.

Llegamos a casa de Danielle sin demasiado tiempo que perder, pero ya nos está esperando.

—Hola —saludo cuando abre la puerta.

Danni me mira y se ríe. No puedo culparla, sujeto las llaves con los dientes, llevo la bolsa con los juguetes de Aubrey medio abierta y todo se sale y llevo la camisa a medio remeter. Soy la viva estampa de un desastre con patas.

—Dame la bolsa, Kris.

Se la paso y trato de recomponerme.

—Una mala mañana.

—Es tu primer día de trabajo desde hace muchísimo tiempo. Puedes con

ello.

Ahora mismo no me parece que pueda con esto. No estoy segura de que tenga nada controlado.

Abrazo a los niños. Lo de Finn es más bien una palmada en el hombro, ya que se aparta, y hago cuanto puedo para colocarme bien la camisa.

—¿Mi traje dice divorciada cuarentona con una vida de mierda o reportera experimentada lista para comerse el mundo?

Danielle se golpetea los labios con los dedos.

—Me decanto más por lo segundo.

—Estupendo. Tengo que ir al centro. Te agradezco esto. En serio. —Le doy un beso en la mejilla—. Te quiero.

—¡Yo también te quiero! —dice Danni mientras yo correteo por su camino de entrada hasta mi coche.

Tengo veinte minutos para llegar a la oficina. He añadido otros quince más porque odio llegar tarde. Es mi mayor manía, razón por la que le mentimos a Heather y quedamos con ella media hora antes de la hora de verdad.

El trayecto no está mal, pero el tráfico es un poco más denso lo que era media hora antes. Gracias a mi planificación, sigo teniendo tiempo de sobra. Aparco el coche y reviso mi maquillaje, ligero y fresco. Llevo el cabello recogido en una coleta y todavía tengo ambos pendientes puestos.

Esté o no lista para esto, voy a dar la talla.

Mi móvil suena al recibir un mensaje de texto.

Heather: ¡Hoy vas a ser la hostia!

Yo: Dale de nuevo las gracias a Eli en mi nombre.

Heather: Lo ha hecho encantado. Además, al menos sabemos que no vas a inventarte ninguna gilipollez disparatada como que estoy embarazada y que esa es la razón de que esté saliendo conmigo.

Ay, Dios. Espero no tener que escribir nada sobre Eli. Pero es famoso, lo que significa que puede que no tenga alternativa.

Mierda.

Yo: Ya me estoy arrepintiendo de esto.

Heather: No lo hagas. Lo vas a hacer genial.

Yo: ¡Antes informaba de política! ¿Cómo narices voy ahora a escribir sobre cotilleos?

Apoyo la cabeza en el reposacabezas y cierro los ojos. ¿A quién pretendo engañar? Me van a despedir.

Suena el teléfono y ni siquiera necesito mirar para saber que es ella.

—No me sueltes un discurso para animarme —le advierto antes de que Heather pueda pronunciar palabra.

—¡Vaya, no seas tan pesimista! Es a ti a quien siempre le salen arcoíris del culo. Ahora están en plan cenizo.

Agarro el volante.

—Eso era antes de que mi marido me diera los papeles del divorcio hace tres meses.

—Bienvenida al club, so zorrón.

—Nunca quise ser miembro —replico con cierta hostilidad.

—Sé que ahora no puedes verlo, pero confía en mí; más adelante darás gracias por tu buena suerte. Cuando conozcas a un hombre que te ame a pesar de todo, esto no te parecerá lo peor del mundo. Simplemente vas a tener que superar esta parte —me dice Heather con la voz tan llena de esperanza que me deja pasmada.

El suyo no fue un divorcio fácil, eso lo entiendo, pero nosotros tenemos dos hijos de por medio. Hay una casa repleta con la vida que compartimos, manutención de los hijos, pensión alimenticia, deudas y muchísimo más. Desde que me fui de la casa ha intentado ser cordial, pero nuestros abogados son los que comunican las cosas desagradables.

Desde que descubrió cuánto pagaría de manutención, casi da la impresión de que Scott viva para encontrar nuevas formas de hacer de mi vida un infierno.

—Sea como sea, aún no he llegado a eso. —Exhalo un suspiro.

—Hoy empiezas una vida nueva, Kristin. Tienes la oportunidad de ser quien tú quieras cuando entres por esa puerta. No tengas miedo.

—No sé que haría yo sin ti. —Esbozo una sonrisa, pues sé que tiene razón.

Valiente es lo último que soy, pero puedo fingirlo. ¿O no?

Heather se echa a reír.

—Estarías perdida. Y ahora entra ahí y enséñales quién manda.

Salgo del coche y me dirijo al interior del pequeño edificio de oficinas.

—Hola. —Sonrío a la mujer sentada en el mostrador—. Soy Kristin McGee. Tengo cita con Erica.

Estoy de los nervios, pero me esfuerzo para mantener la compostura. Erica y yo hemos hablado largo y tendido por teléfono, pero no nos hemos conocido

en persona antes de que me ofreciera el trabajo. Solo le hizo falta la promoción de Eli Walsh.

La mujer asiente y mira su pantalla.

—Sí, eres la chica nueva. Soy Pam.

Intercambiamos comentarios amables mientras me acompaña a una mesa en el rincón del fondo. Dejo mis cosas y después me lleva hasta lo que debía de ser un despacho, aunque no creo que pueda llamarlo así. Hay dos mamparas, que supongo que deben de ser paredes, pósteres sujetos con chinchetas de manera aleatoria, papeles por toda la mesa y ropa sobre las sillas.

¿En qué narices me he metido?

—¡Tú debes de ser Kristin! —Una mujer menuda, con al menos la mitad de años que yo, se levanta de un salto—. Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo. —Esbozo una sonrisa falsa y le estrecho la mano.

—Perdona el desorden —dice con una sonrisa mientras mira a su alrededor con aire avergonzado—. Nos trasladamos a esta oficina la semana pasada y ha sido todo un cambio, por llamarlo de alguna manera.

Meneo la cabeza, restando importancia a sus preocupaciones.

—Yo también acabo de trasladarme. Lo entiendo.

Erica se recoge el pelo un desordenado moño y me doy cuenta de que me he arreglado demasiado. Ella está descalza y lleva un par de pantalones cortos de deporte y una camiseta que dice: «Solo necesitas a Jesús».

No sé si me entusiasma o me aterra el posible código de vestimenta.

—Siéntate, por favor. —Me indica la silla.

—Gracias —respondo mientras aparto la camisa a la otra silla.

—Así que ¿de verdad eres amiga de Eli Walsh?

Esto va a ser muy embarazoso.

—Sí. Heather, su novia, es una de mis mejores amigas.

Ella se echa hacia atrás con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es alucinante. Los FDB son sin duda el tema más candente de Tampa. Aunque tenemos lectores por todo el país, empezamos como un blog local, y Tampa es nuestra sede. Eli y Randy son los chicos de oro de la zona, así que tenemos que tener informados a nuestros seguidores.

Eso no me sorprende. He visto con mis propios ojos lo loca que se vuelve la gente con el grupo. Llevan en el mundillo desde que eran unos críos y no han perdido sus fans. Eli y su hermano Randy crecieron en Tampa, por lo que la gente de aquí enloquece un poco más con los hermanos Walsh. Yo no puedo

decir nada porque era una de esas personas hasta que conocí a Eli. Ahora me parece un poco triste hasta qué punto la gente se cree con derecho a conocer su vida.

Lo peor es la manera en que tratan a Heather. Por suerte, a ella le importa muy poco.

—Quiero dejar claro que en realidad no voy a escribir sobre Eli. No le haré eso ni a él ni a mi amiga. —Es lo mismo que le dije a ella durante nuestra entrevista telefónica, pero no viene mal que lo reitere.

Erica se inclina hacia delante con los brazos sobre la mesa.

—Claro que no. Lo entiendo perfectamente. Pero tienes acceso a las celebridades que hay en su vida, que es una de las razones por las que Eli sugirió que encajarías muy bien aquí.

Perfecto. No tengo que escribir sobre él, pero tengo vía libre sobre sus amigos.

Quizá no pueda hacerlo. No me siento cómoda siendo la amiga que siempre anda al acecho, pensando en una historia.

Entonces me acuerdo de lo que me dijo mi abogada sobre Scott y los niños. No puedo presentarme ante un tribunal diciendo que acepté un empleo y que lo dejé el primer día. No hablaría nada bien de mi carácter en caso de que Scott se propusiera luchar conmigo por la custodia.

Fue Eli quien sugirió eso, así que debe de parecerle bien.

Cambió de posición y yergo la espalda. Puede que no quiera hacer esto, pero lo haré. Haré el mejor trabajo posible.

—¿Hay alguna cosa con la que te quieras que empiece?

—En realidad... —La sonrisa de Erica se torna traviesa—. Tengo un soplo que quiero que sigas...

Y así empieza todo.

Kristin

Sentada ante mi mesa de comedor, me muerdo el interior de la mejilla mientras me pregunto cómo coño abordar esto. Sé que Heather no me dirá que no si se lo pido, pero empiezo a sentirme una mala amiga.

Ya ha hecho demasiado por mí y no voy a pedirle más favores. Solo tengo que ser creativa.

Recuerdo cuando era reportera y no tenía contactos. Ser ingeniosa era algo primordial. El expediente que Erica me dio, el que estaba lleno de información sobre Noah Frazier, está sobre mi mesa. Él estará en Tampa el viernes para pasar con Eli el fin de semana, lo que significa que he de tener una historia para el blog el lunes.

Teniendo en cuenta que no sé nada sobre Noah, he de ponerme manos a la obra e intentar de encontrar un modo de entrar.

Abro el expediente y leo la información expuesta como una ficha policial.

NOMBRE: Noah Joseph Frazier

FECHA DE NACIMIENTO: 3 de noviembre de 1977 (Escorpio)

Sonrío al darme cuenta de que cumplimos años el mismo día.

RESIDENCIA: Actualmente vive en Nueva York.

LUGAR DE NACIMIENTO: Newton, Illinois.

SE MUDÓ A: Los Ángeles con diecisiete años.

COLOR DE OJOS: Verde.

CABELLO: Castaño oscuro.

ESTATURA: Un metro y ochenta y tres centímetros (aunque creo que es un par de centímetros más bajo).

PESO: ¿A quién le importa? Está buenorro.

Lo siguiente me hace reír por lo bajo. ¿A quién narices se le ocurren estas formas de acosar a famosos?

SITUACIÓN SENTIMENTAL: Soltero y sin compromiso.

TIPO DE CUERPO: Atlético. Mandíbula fuerte y tiene un culo de infarto.

Casi escupo el café. Pone literalmente «culo de infarto».

Hay un montón de información sobre su carrera, la comida que le gusta y casi todo lo que podría querer saber. Los ojos no se me salen de las órbitas hasta que no paso la página.

¡Santo Dios!

Está como un puto tren. Buenorro de verdad.

Puede que este trabajo no sea tan malo como creía que sería.

Enciendo mi portátil y abro el navegador para poder buscar imágenes de él. Noah sale fotografiado muy a menudo con Eli, la mayoría de las imágenes son de ellos en el plató de *La delgada línea azul*, pero después hay unas cuantas de ellos en distintos bares. El uniforme de policía le queda de miedo. Apoyo la barbilla en la mano mientras pincho en las imágenes. En la siguiente foto está de espaldas, ligeramente agachado y con la pistola desenfundada... Ahora entiendo el comentario del culo de infarto.

Continúo viendo las impresionantes fotos de Noah y exhalo un suspiro.

Sigo pinchando y me detengo cuando doy con una foto de los premios Emmy.

¡Madre del amor hermoso!

Lleva un esmoquin negro que le sienta como un guante. Pese a la cantidad de tela que le cubre pudo apreciar los contornos de su cuerpo. Sus hombros anchos, su cintura delgada y sus fuertes brazos son visibles en la foto. Lleva el cabello castaño oscuro peinado con la raya a un lado y hacia atrás. El fotógrafo le captó en plena carcajada y sus ojos verdes brillan y rebosan vida.

Podría pasarme el día mirado esto. Si mi trabajo es contemplarle, puede que jamás lo deje.

Me sobresalto cuando me suena el móvil.

Mierda. Es Scott.

—Hola. —Cierro el portátil, sintiéndome un poco culpable por haber estado babeando por otro hombre mientras aún estoy legalmente casada con este.

—Hola. —El corazón se me desboca al oír su voz. No hemos hablado desde que me mudé hace dos semanas y oírla me resulta doloroso—. Veo que los niños se quedan conmigo este fin de semana.

—Ese es el plan —digo mientras paso el dedo a lo largo de la jarra de café —. Puedo llevártelo cuando salga de trabajar el viernes.

Él se aclara la garganta.

—Puedo recogerlos yo.

—Vale, me he ofrecido porque estaré en West Chase. Y según el acuerdo temporal, o bien los llevo o lo recojo. Este parecía ser el compromiso perfecto. Tengo que venir a trabajar el viernes, lo que significa que los niños estarán en casa de Danielle. Tengo un montón de papeleo que rellenar.

Scott guarda silencio y se me forma un nudo en la boca del estómago.

—Prefiero que tengamos un punto de encuentro a medio camino. El abogado sugirió que acotemos un lugar neutral. Por los niños... y por nosotros. Así no nos inmiscuiremos en los asuntos del otro. Prefiero que no te acerques por mi casa.

Dejo de mover la mano y cojo la jarra. ¿Su casa? Ahora es su casa. ¿Tenía que decirlo así? Sabía que esto iba a ser difícil, pero nadie te advierte del dolor durante todo el proceso. Todo gira en torno a los abogados, el dinero y no mezclar las cosas. Cuesta mostrarse cortés cuando tratas con un gilipollas egoísta.

Me esfuerzo por reprimir las lágrimas que amenazan con brotar. Es más fácil decirlo que hacerlo. Sigue siendo el hombre que siempre quise que me amara.

—No me resulta nada práctico, Scott. No puedo ir hasta allí el domingo.

Él resopla.

—No pretendo ser un capullo, Kris.

Eso es algo que le sale de forma natural.

—Acordamos que uno los llevaría y que el otro los recogería. Cuando el otro día enviaste tus exigencias, eso es lo que firmé. —Yo también puedo ser una arpía. No dejaré que me pase por encima.

Mi abogada me llamó el miércoles por la noche para informarme de nuestra cita en el juzgado y para revisar las exigencias de Scott durante la separación. Accedí a algunas, una de las cuales era esta, pero está loco si piensa que voy a llevar y a recoger a los niños en sus visitas, mucho menos a quedar en un lugar aleatorio. También son hijos suyos. Si quiere cambiar las cosas, que sufra él los inconvenientes. Fui yo quien tuvo que lidiar con él hasta que los niños salieron del colegio y después trasladar mi casa y a los niños porque él quería quedarse en la casa, algo que sigo pensando que es totalmente absurdo. ¿Para qué narices necesita una casa con cuatro dormitorios?

—Mi abogado cree que es la mejor opción.

Su abogado y él pusieron toda esta mierda en la carta y ahora él se comporta como si nada de eso le pareciera bien. Pues es una lástima. A mí no me convenía mudarme, pero lo hice. Es hora de que el capullo madure. Estoy siendo buena al ofrecerme a llevar a los niños a «su casa» para que no tenga que conducir hasta Carrollwood cuando trabaje en la otra punta de Tampa.

Profiero un bufido.

—Me alegro por ti y por tu abogado, pero no acepté esos términos. No puedes decidir algo y esperar que yo lo haga. He sido muy complaciente hasta ahora. Me ofrezco a llevarlos el viernes y después puede traerlos tú el domingo a la hora acordada, que es justo lo que tú querías y justo lo que yo acepté cuando tu abogado entregó tus exigencias.

Ir a un lugar neutral no tiene ningún sentido. No pienso hacerlo.

—El lunes tengo trabajo —se queja—. Tendrás que reunirte conmigo en un lugar neutral por la mañana en vez de por la noche. Puedo hacer que Jillian quede contigo si no te viene bien la hora.

Tiene que estar de coña. Es imposible que esté en sus adorables cabales si se piensa que voy a dejar a los niños con su asistente. Sobre todo teniendo en cuenta que nunca me ha caído bien esa zorra. Siempre ha sido antipática conmigo y a él le besaba el culo.

—No voy a quedar contigo ni con tu puñetera asistente... y, según tu estúpido acuerdo, tienes a los niños hasta las seis. El domingo tengo planes.

Acosar a Noah Frazier y escribir mi entrada para el blog, pero no se lo digo.

—¿Planes? —Se echa a reír—. Dame un respiro, tú no tienes vida. Yo tengo una reunión muy importante. Por una vez, no seas bruja.

Ya le enseñaré yo lo que es ser bruja.

—Siento oír eso. —Mis palabras están teñidas de sarcasmo. No lamento nada—. Sin embargo, no es mi problema. Llevaré a los niños el viernes a la casa y espero que tú los traigas a la mía el domingo después de las seis. Eso es lo que acordamos por escrito.

—¿Cuándo te has vuelto tan jodidamente difícil? ¿Es que no puedes hacer nada que sea útil?

Menudo gilipollas.

—Me encantaría charlar sobre eso, Scott, pero ahora mismo me pillas ocupada. Si tienes algún problema con el acuerdo, háblalo con mi abogada. Te

llevo a los niños a tu casa el viernes al salir del trabajo. Gracias por llamar.
—Corto la llamada y echo la cabeza hacia atrás mientras gruño.

Lo único que me apetece es perder el conocimiento. Todo esto de ser madre divorciada resulta agotador. Me levanto y me dirijo a los dormitorios.

Abro con cuidado la puerta del cuarto de Aubrey y me acerco a su cama. Qué pequeña parece cuando duerme. Le acaricio el pelo, la beso en la frente y me siento en el borde de su cama. La pasada noche fue dura para ella. Se pasó casi una hora llorando por Scott y no podía tranquilizarla. Entre mis brazos suplicaba que fuéramos a casa y nos quedáramos con papi. No sé cuántas noches así puedo soportar antes de que me rompa en pedazos.

Está acurrucada contra la almohada, agarrando la mantita con la que duerme desde que era un bebé.

—Que sueñes con los angelitos, preciosa mía —susurro, y la beso de nuevo.

Me dirijo al cuarto de Finn y sonrío. Duerme en las posturas más disparatadas del mundo. Le encuentro con la cabeza colgando por un lado de la cama, con un pie en la pared y el otro sobre la almohada. Nunca he entendido cómo se retuerce para adoptar las posturas que adopta, pero daba igual lo que hiciéramos, porque cada noche era lo mismo.

Mi pobre y dulce niño está totalmente fuera de control. Siempre he estado unida a él, pero últimamente me odia. No sé si da por hecho que mudarnos fue decisión mía o si piensa que fue de otro. Cojo sus piernas y le coloco en una posición normal.

—¿Mamá? —Se frota los ojos y le retiro el pelo con una caricia.

—Vuelve a dormirte, cariño.

Finn se incorpora y me rodea con los brazos.

—Siento ser tan malo.

—No tienes por qué sentirlo —murmuro mientras le aprieto con suavidad contra mi pecho—. Sé que solo intentas comprender tus sentimientos.

Se aparta y las lágrimas anegan sus preciosos ojos castaños, iguales a los de Scott.

—¿Por qué papá no nos quiere?

Le tomo la barbilla con la mano.

—Os quiere muchísimo. Eso nunca lo pongas en duda.

—Pues entonces no nos obligaría a marcharnos.

Oh, Finn. Ojalá fuera así de fácil. No sé cómo explicarle esto, pero es un chico listo. Siempre ha tenido la habilidad innata de percibir cuando alguien

miente, así que meneo la cabeza, deseando elegir mis palabras con sumo cuidado.

—A veces las mamás y los papás no pueden hacer que las cosas funcionen. —Una lágrima rueda por su regordeta mejilla y se me parte el corazón—. A veces no podemos arreglarlo por mucho que lo intentemos. No es por amor, cariño. Quiero mucho a vuestro padre y sé que él se preocupa mucho por mí. Lo que pasa es que... —Exhalo un suspiro—. Lo que pasa es que es mejor que ya no vivamos juntos.

Todo eso es la verdad. Bueno, toda la verdad que mi hijo de diez años necesita. Jamás criticaré a su padre. Da igual lo que ocurra, protegeré el corazón de mis hijos en relación a él. Es su padre y el hombre al que amé durante mucho tiempo y quiero que ellos le quieran.

—Por lo menos ya no estarás triste —comenta Finn mientras se limpia la nariz con el brazo.

¡Chicos!

—¿Qué quieres decir?

Finn se tumba sobre la almohada y yo le arropo.

—Por las noches estabas muy asustada. Papá siempre te gritaba y luego tú llorabas. —Finn bosteza.

Se me encoge el corazón mientras me llevo una mano al cuello. Creía que habíamos conseguido disimular bien. Scott y yo nunca decíamos nada delante de los niños y yo me esforzaba por ocultar mi sufrimiento. Parece que eso también se me da de pena.

—Te quiero, Finn. —Le acaricio la mejilla, pero ya se ha dormido.

Ahora a llorar hasta quedarme dormida otra noche más en mi solitaria cama.

Erica me ha llamado esta mañana para informarme de que: «el arca ha atracado en Tampa». Supongo que es su nada sutil forma de decir que Noah está aquí, pero con esa chica nunca se sabe.

Está loca de atar.

De verdad.

Está trastornada. Erica cree que el gobierno está realizando un experimento con humanos y que estamos en una especie de *reality show* tipo *Los juegos del hambre*. No sé muy bien en qué distrito está ella, pero espero que no estemos en el mismo. Moriremos todos.

Además vive en casa con sus padres, que todavía le pagan las facturas mientras intenta encontrar la causa de su vida. ¿Qué significa eso? ¿Su causa? ¿No debería ser el propósito?

Ojalá me estuviera inventando esta mierda.

Le envió un mensaje a Heather, rogando que este estúpido plan mío funcione.

Yo: ¡Hola! ¿Estás liada?

Heather: Ahora estoy currando, pero salgo dentro de una hora. ¿Qué pasa?

Jamás se creerá esto, pero mi capacidad para aguantar tonterías es cero ahora que mi vida es una mierda.

Yo: Estaba pensando que podíamos salir esta noche... Me vendría bien distraerme un poco. Dentro de un rato le llevo los niños a Scott.

Heather: ¡Oh! ¡Pues claro! ¡Un amigo de Eli ha venido a la ciudad, pero puedes pasarte si quieres! Podemos tomar algo en la piscina y celebrar una fiesta tranquila. Sobre todo después de estar cerca del Gilipollas.

Yo: Sí, el Gilipollas sin duda afecta a mi estado de ánimo. Me vendría bien un tiempo con Heather.

Me odio a mí misma. Soy la peor amiga del mundo. El remordimiento me carcome por engañar a mi amiga.

Me paseo por el cuarto de estar con el teléfono en la mano. No quiero ser esta persona. Heather no se merece que me porte así.

Yo: Vale, te he mentado. Bueno, no del todo, pero mis intenciones no eran realmente sinceras. Tengo que escribir una entrada para el blog para el lunes o la boba de mi jefa me despedirá. Me ha dicho que escriba sobre Noah. ¡No me odies! Ya puedes mandarme a la mierda. No te preocupes, que ya me odio yo por las dos.

Suena mi móvil y se me cae al suelo. ¿Por qué siempre me llama en vez de mandarme mensajes? Lo recojo con rapidez y pulso el botón verde.

—¿Hola? —digo con inquietud.

—¡Mira que eres idiota! ¡Idiota de verdad! Si necesitas conocer a Noah, yo te lo habría llevado envuelto para regalo. Mema. —Heather ríe y oigo de fondo a su compañero, Brody—. Solo tenías que pedirlo.

No entiende cuánto odio hacer esto.

—¡No quiero pedirte nada! Se supone que soy periodista o como narices llamen a esta mierda. Mi trabajo es conseguir los trapos sucios sobre los puñeteros amigos de Eli.

Heather exhala un suspiro.

—Eli es consciente de ello y te consiguió el trabajo porque sabe que eres una buena persona, Kris.

Yo no me siento buena persona. Siento que utilizo a los demás.

—Estoy en deuda con ese hombre. Deberías darle sexo como agradecimiento. —Esbozo una sonrisa.

—Oh, lo haré. Un montón de sexo apasionado y sudoroso. De ese del que la gente habla.

Brody gruñe lo bastante alto como para que yo lo oiga y después hace como si tuviera arcadas.

—Estupendo. Pero te ruego que no me lo cuentes. Voy a pasar una temporada de sequía. Ya hace más de once meses. Lo último que quiero es oír es hablar del fantástico sexo con un tío que fue portada de la revista *Men's Health* del mes pasado. ¿No podría tener aunque solo fuera un defecto?

—A mí me lo vas a decir. No pierdo la esperanza de que le salgan michelines. Cuando eso ocurra, pienso pellizcárselos a diario.

Me echo a reír al imaginármela fastidiando a Eli. En realidad no es justo. Sin embargo, él trabaja duro. No he visto a nadie tan estricto con su dieta. Mientras nosotras nos atiborramos de nachos con guacamole y queso, Eli come huevos duros y pollo hervido.

Yo me quedo con los michelines si eso significa que no tengo que renunciar al guacamole.

—Gracias por no cabrearte conmigo. —Me muerdo la uña del pulgar.

Heather deja escapar un profundo suspiro.

—Vas a tener que superar esto, Kristin. Ven esta noche a las ocho y pasaremos el rato, ¿vale?

—Vale. ¡Mierda! ¿Qué me pongo?

Los únicos famosos con los que he estado son los chicos de Four Blocks Down. Cuando los conocí a todos casi me muero. Ahora, Shaun, P. J., Eli y Randy se han convertido más o menos en parte de nuestro pequeño grupo, así que ya no es tan malo.

De todas formas, cuando Shaun me besó la mano se me desbocó tanto el

corazón que casi me desmayo.

Conocer a alguien por motivos laborales... No sé cuál es el protocolo a seguir. ¿Me tengo que arreglar?

—Noah es un verdadero cielo, Kris. Vamos a tomar algo junto a la piscina, así que sé simplemente tú.

—Yo...

La radio suena y nos interrumpe.

—Disparos. Tengo que irme. Te quiero. —Heather cuelga antes de que pueda responder.

Odio cuando está de servicio. Cuando se unió a la policía estaba hecha un manojo de nervios. Tenía que mandarme un mensaje todas las noches una vez llegaba a casa sana y salva. De lo contrario era incapaz de dormir. Sé que soy rara, pero me aterraba saber que podían meterle un disparo.

Al final se hartó y me dijo que me tomara una pastilla para dormir o que fuera al psicólogo.

De vez en cuando recuerdo lo peligroso que es su trabajo.

En vez de ponerme a flipar —con la seguridad de Heather o por conocer a Noah— cojo mis cosas y me marcho de la oficina.

Esta va a ser la primera vez que vea a Scott desde que nos mudamos. Por una parte siento náuseas y por otra estoy aterrada. Nuestra última conversación telefónica no fue bien y, en el mensaje que me mandó esta mañana, me decía que me reuniera con él en la casa.

Es hora de averiguar si con eso se refería a la casa o a su desconocido punto neutral en Tampa.

Kristin

—¡*M*amá! —Aubrey sale corriendo por la puerta con una enorme sonrisa—. ¡Te he echado de menos hoy!

—¡Yo también te he echado de menos! —Cojo a mi hijita y nos mecemos de un lado a otro.

Lo que me gusta de mi trabajo es el tiempo que aún me queda para pasarlo con los niños. Esta semana he podido trabajar desde casa dos días y, cuanto más sepa sobre el funcionamiento interno de Famosoadictos, más días podré trabajar desde casa. Puede que mi puesto actual no sea lo que deseo, pero el horario es genial.

Insto a Aubrey a que se separe y sonrío.

—¿Has pasado un buen día con la tía Danni?

Ella asiente y después me susurra al oído:

—Nos ha dado helado.

—¿De veras? —Me hago la sorprendida.

—Ha dicho que no te lo contáramos.

Río como una niña.

—Pues entonces será mejor que no le digamos que me lo has contado.

—¿Le has contado nuestro secreto a mamá? —pregunta Danielle con una fingida expresión de enfado.

Aubrey se lleva las manos a la espalda y se encoge de hombros.

—A lo mejor.

Danni resopla con fuerza y cruza los brazos.

—Aubrey Nicole McGee, me vas a meter en un lío.

—¿Dejamos que se vaya de rositas? —pregunto a Aubrey.

—¡Sí!

Danielle se ríe y la coge en brazos, besando sus mejillas, mientras a ella le da la risa. Danielle es la madrina de Aubrey y, cuando están juntas, son un terremoto.

Finn sale con la mochila puesta y mirando tan fijamente el móvil que pienso que, en realidad, lo lleva pegado a la mano.

—¿Qué hay, mamá?

—¿Qué hay? —repito—. ¿Qué hay de ti, tío?

Eso atrae su atención.

—No eres tan guay.

—Oh, soy la mamá más guay del mundo. Molo tanto que desearías poder ser mi amigo.

Finn menea la cabeza y sonrío. No puedo evitar animarme un poco. Ha estado tan deprimido que es una alegría ver un resquicio del niño que conozco.

—La tía Heather es guay..., tú no —dice en broma.

No puedo negar que Heather gana puntos con los niños al estar con una estrella de televisión, pero echo de menos los días en que pensaban que yo era la mejor.

—En fin, pon el culo en el coche antes de que esta mamá que no mola se ponga a cantar y a bailar con la tía Danni. —Enarco una ceja, desafiándole. Finn sabe que lo haremos. No tengo ningún problema en avergonzarle.

Prácticamente corre hacia el coche y un trozo de mi corazón vuelve a su lugar. Los niños tendrán sus dificultades con todo esto, pero no me vendría nada mal disfrutar de más sonrisas.

Le abrocho el cinturón de seguridad a Aubrey y después me reúno con Danielle delante del coche.

—¿Cómo lo llevas?

—Sobrevivo.

Me coge del brazo y me ofrece una sonrisa triste.

—Quiero que sepas que te quiero y que estoy orgullosa de ti; todas lo estamos.

Nadie sabe lo afortunada que soy por tener a mis chicas. Es imposible que pudiera sobrevivir sin ellas. Sé que todas sentimos lo mismo, por lo que resulta aún más especial. Haría casi cualquier cosa por cualquiera de las tres.

—¿Orgullosas? —pregunto.

—Sí, cielo. Le has dejado cuando bien sabe Dios que tendrías que haberle dejado hace años. Estoy orgullosa de ti por hacer lo que tienes que hacer. Ha

sido raro porque Scott no para de llamar a Peter y yo... sentía que estaba en medio.

Peter es en realidad el único amigo de Scott. Ni siquiera se me había ocurrido que Danielle oiría la otra versión de la situación. No me extraña que haya estado un poco rara.

—Lo siento.

Ella menea la cabeza con rapidez.

—No. No tienes por qué. Fue una tontería y Peter ya lo sabe todo. No tienes nada de qué preocuparte.

—Ojalá fuera así—Sonrío y después vuelto la vista hacia el coche, hablando en voz baja—: Sabes que me las ha hecho pasar canutas con lo de este fin de semana y espero que...

Danielle me coge de la nuca y exhala un sonoro suspiro.

—Te lo va a hacer porque se cree que puede. Te ha mangoneado durante tanto tiempo que no sabe cómo lidiar con esta mujer nueva, fantástica y cabreada. No vuelvas a dejarte pisotear jamás..., ni por él ni por nadie.

—No lo haré. —La convicción que refleja mi voz es inconfundible. Scott puede intentarlo, pero yo ya me he hartado. Esta era mi primera prueba y, en vez de ceder ante él, me he mantenido firme. Nuestro tiempo en aquella casa, mientras esperábamos a que los niños terminaran las clases, fue muy... revelador. Le vi tal y como es y las gafas con cristales de color de rosa se hicieron añicos. Es un capullo con letras mayúsculas y no de los buenos.

—Estupendo. ¿Nos vemos el lunes? —pregunta.

—Bien temprano. —Le doy un abrazo y prometo que la llamaré si necesito alguna cosa.

Y ahora a mi cita con el diablo.

Los niños me cuentan lo que han hecho durante el día y Aubrey va a mil por hora. El viaje hasta mi casa, mi antigua casa, es de solo unas manzanas, pero conduzco muy despacio. Quiero posponer esto todo lo posible. Tengo un nudo en el estómago al saber que voy a ver la casa que en otro tiempo amé.

Me desvío hacia el camino de entrada y trato de contener mi malestar. Los niños necesitan verme como un pilar de fortaleza.

Scott abre la puerta roja y baja por el camino de entrada. Lleva puestos los pantalones negros de traje que yo planché el mes pasado, la camisa azul que le compré y su sonrisa despreocupada. Casi podría creer que se alegra de verme.

Pero cuando me bajo del coche su sonrisa se transforma en una expresión de

decepción. Me doy cuenta de que sigue siendo el mismo miserable, pero yo he cambiado y ya no me importa si es feliz.

Me encamino hacia él, pues quiero ser educada.

—Hola.

—Hola.

Silencio.

Estamos delante de la casa en que compartimos nuestras vidas y ni siquiera podemos mirarnos.

—¿Están listos los niños? —pregunta Scott.

Pues muy bien.

—Sí, están...

—¡Papi! —grita Aubrey cuando le ve, interrumpiendo nuestras incomodísima conversación—. ¡Papi! ¡Papi!

—¡Princesa! —exclama Scott, y corre hasta su lado del coche. La coge en brazos de inmediato.

Ella le abraza con fuerza y le besa en la mejilla.

—¡Te he echado mucho de menos! ¡Mucho mucho!

Voy hasta el maletero para coger sus cosas.

—Yo te he echado más de menos. ¡Qué grande estás! ¡Hola, Finn! ¿Cómo va todo, colega?

Finn no responde. Se limita a ponerse de nuevo los cascos en las orejas.

—No quería dejarte, papi. —Aubrey ríe y le rodea de nuevo con sus bracitos.

Se me parte el corazón, dejando tan solo diminutos pedacitos. Esta vez no puedo contener las lágrimas. Me coloco de espaldas a ellos y me las seco antes de que puedan verme. Cuánto detesto todo esto.

Inspiro hondo y yergo la espalda. Es hora de comportarme otra vez como una persona adulta. Llevo las bolsas hasta la acera antes de dirigirme al lado de Finn.

—Vamos, colega. Es hora de ver a tu padre.

—Prefiero quedarme contigo. —Fulmina a su padre con la mirada y después aparece una expresión suplicante en sus ojos—. Por favor, mamá.

«Por favor, Dios mío, ayúdame con esto.»

Le acaricio la cara, reuniendo hasta el último resquicio de fortaleza que poseo.

—Deberías pasar algo de tiempo con tu padre. Es probable que te haya

echado de menos y estoy segura de que ha sido incapaz de pasar al siguiente nivel de *Overwatch*.

Miro a Scott a los ojos y por primera vez veo agradecimiento en ellos.

Scott se aclara la garganta, captando la atención de Finn.

—Lo he intentado, pero sabes que no puedo capturar los objetos sin mi compinche.

Finn agacha la cabeza y se desabrocha el cinturón.

—Vale, no es tan difícil.

—¿Por qué no entráis para que pueda hablar con vuestra madre? He comprado cosas nuevas para vuestras habitaciones. —Scott señala la puerta principal, pero hago que los niños se paren antes de que corran adentro.

—Venid a darme un abrazo.

Los niños me rodean con sus brazos y yo los estrecho con fuerza. Esto va a ser lo más duro que haga. Dejarlos los fines de semana alternos jamás será algo que espere con ansias. Quiero a estos niños y los tendría siempre conmigo.

—¡Adiós, mamá!

—¡Adiós, chicos!

Se marchan corriendo, dejándome con Scott. Con suerte, esta vez pueda decirme algo más que unas pocas palabras.

Me mezo sobre los talones y me meto las manos en los bolsillos.

—Bueno...

—Bueno, ¿dónde quieres que quedemos el domingo?

No es posible que me esté preguntando eso, ¿o sí? No después de la pelea que tuvimos por teléfono. Es imposible que crea que voy a venir a por ellos. No. No me lo creo.

—Perdona, ¿cómo dices? —Mantengo un tono sereno.

—Supongo que podemos quedar en el McDonald's que hay entre nuestras casas. —Scott hace que cruja su cuello.

La está cagando de verdad.

—Por última vez; no voy a quedar contigo, Scott. Vas a traer a Finn y Aubrey a mi casa a la hora que acordamos a través de nuestros abogados.

Sus ojos se tornan severos y emite un grave gruñido gutural.

Estupendo. Cabréate. Me importa una mierda. Esto es totalmente absurdo, teniendo en cuenta que fue su estúpido acuerdo.

—¡No entiendo por qué se supone que no puedes quedar conmigo! —brama

—. ¡Joder, es que no cambias!

No pienso quedarme aquí de pie y dejar que me grite. Para empezar, esa es la razón de que viva en casa de mi mejor amiga.

—Vives en la casa porque pediste quedarte en ella, aunque eso suponía un puñetero trastorno para nuestros hijos, pero te daba igual. Nos mudamos sin ninguna ayuda por tu parte. Ya no quieres una esposa, así que no pienso actuar como si lo fuera. —Abro la puerta del coche de malas maneras y me monto, con el pecho agitado por la ira, mientras meto la llave en el contacto. La antigua Kristin habría quedado con él porque quería que fuera feliz.

A la nueva Kristin le importa una mierda cómo se siente.

Scott se me queda mirando con incredulidad mientras saco el coche marcha atrás. Estoy harta de hacer feliz a todo el mundo. Es hora de que yo disfrute un poco de la vida.

Regreso a mi casa para intentar elegir qué ponerme para esta noche.

Cuarenta minutos más tarde he rebuscado en todas las cajas de ropa que aún tengo que desempaquetar y llevo puesto un sencillito bikini negro debajo de un mono de estampado floral muy cuco. Me recojo el cabello castaño oscuro en un desordenado moño y ya estoy lista.

No pienso quedarme hasta muy tarde esta noche, pues quiero regodearme en mi autocompasión. Pero claro, debo hacer algo que no quiero...: trabajar.

Si consigo adoptar el chip de que en realidad es posible que esto sea agradable hasta cierto punto, estaré de lujo.

Heather: ¿Dónde estás?

Sigo sentada en el borde de la cama, dándome a mí misma el peor discurso inspirador del mundo.

Yo: Salgo en este mismo momento de casa.

O en cuanto consiga levantar mi perezoso culo.

Heather: ¡Genial! Qué ganas de verte. ¡Estoy preparando margaritas! ¡Olé!

Ay, por Dios. Va a ser la mar de divertido. Heather es la mejor borracha de la historia. No aguanta el alcohol y suele hacer alguna cosa épica..., como

acabar en la cama con una estrella del rock. Me obligo a levantarme y a ponerme en marcha.

Veinte minutos más tarde estoy en casa de Heather y Eli.

Puedo hacerlo, puedo entrar ahí y hacer lo que tengo que hacer. Y volver a casa, donde puedo enterrar la cara en comida basura y ver películas, que solo conseguirán que me deprima más.

Llamo a la puerta y Heather me abre con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Kristin! —Me rodea el cuello con los brazos y yo caigo hacia delante.

—¡Por Dios santo! ¿Cuánto has bebido ya? —Río mientras nos sujetamos a una a la otra.

Ella me suelta con una carcajada.

—Solo me he tomado uno, pero Noah los prepara muy fuertes.

Si ya está así después de solo uno..., estamos en un buen lío.

—Ve despacio, cielo.

Heather pone los ojos en blanco y me arrastra dentro de la casa.

—Empieza a beber. Necesitas olvidar tus preocupaciones y yo tengo a mis amigos Jim, Jack y Johnny aquí, listos para ti. O podemos quedarnos con Jose.

Enarco las cejas y ella me pone un vaso en la mano.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga?

Ella mira al suelo y, cuando levanta la vista de nuevo, veo una lágrima.

—Hoy hace dos años... que la perdí.

No tiene que añadir nada más. La estrecho entre mis brazos y le acaricio la espalda.

—Oh, Heather. Lo siento.

Cuesta creer que perdiera a su hermana hace dos años. Parece que fuera hace mucho más tiempo. No puedo decir nada para mitigar su dolor, pero ojalá pudiera. Para Heather, Stephanie era más que una hermana. Era como una hija.

—Estoy bien —dice al tiempo que se aparta.

—Hoy es un día de mierda en general. —Me encojo de hombros.

—¿Scott?

—Sí. —Entonces, ya que no puede hacer nada para mejorar las cosas, me encojo de hombros otra vez—. Ya sabes... los ex.

—Demasiado bien lo sé, amiga mía. —Heather se echa a reír y toma otro trago de su copa—. Y ahora bebe para que yo pueda llevarte a la terraza. Eli y Noah están en la piscina. Sin camisa.

Puede que un poco de alcohol haga que deje de ser una tortuga torpe. Sigo su

consejo y bebo un trago, estremeciéndome al notar el alcohol.

—¡Me cago en la leche!

No bromeaba al decir que las bebidas eran fuertes. No soy capaz de saborear la mezcla. Básicamente es tequila a palo seco. Tomo otro trago y miro por la ventana de atrás.

Sin embargo el muro posterior de la casa ofrece unas vistas impresionantes. El sol se está poniendo, pintando el cielo de tonos rosados y amarillos, pero no es en eso en lo que se fijan mis ojos.

De pie, al borde de la piscina, está el espécimen masculino más guapo que he visto en mi vida. La foto de Noah Frazier no es nada comparada con la versión de carne y hueso. Es más alto de lo que imaginaba, con una constitución más ancha y la piel bronceada. Tiene el pelo mojado, con lo que parece casi negro, y pequeñas gotitas de agua caen de las puntas, resbalando por su cuerpo perfecto. Contemplo las estelas deslizarse por su pecho y descender, siguiendo el contorno de sus abdominales.

Me agarro a la encimera para no caerme redonda al suelo.

—Ay, Dios mío —digo, apenas en un susurro.

Heather vuelve la cabeza y, cuando me mira de nuevo, luce una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, está claro que Dios sabe hacerlos.

—No puedo salir ahí —balbuceo—. No voy a ser capaz de hablar.

Es imposible que no acabe haciendo el ridículo más absoluto.

—¡Tienes que hacerlo! —Heather me coge la mano—. Está esperando que una amiga periodista lo entrevistaste.

Se me encoge el estómago. No, no, no, no puedo.

—¿Se lo has contado? —pregunto a voz en grito.

Ella se echa a reír y apura su copa.

—Por supuesto que se lo hemos contado. Créeme, es mejor que lo sepa. Le hemos explicado que eres una de mis mejores amigas y que querías charlar un rato. Eli me ha dicho que estaba encantado de hacer la entrevista por ti.

¡Por Dios! La voy a matar.

Cojo mi copa y me la bebo de un trago. Me quema la garganta y toso cuando el calor empieza a propagarse por mis venas.

—¡Despacio! —me advierte mientras me da palmadas en la espalda.

—Va a ser muy embarazoso —me quejo.

Heather ríe mientras sirve otra copa.

—Sí. Sí que lo es, pero también muy divertido.

Quizá pueda escabullirme sin que nadie lo sepa jamás. No hay nada que diga que tenga que hacer esto. Mi jefa tiene... unos doce años. Seguro que se me ocurre algo plausible. Se sabe que los famosos nos son de fiar.

¡Ag!

Pero necesito este empleo.

Antes de que pueda hacer nada, la puerta de cristal se abre y Noah entra.

Me empiezan a temblar las piernas cuando nuestras miradas se cruzan. Solo puedo pensar en lo mucho que me gustaría trepar por él como si fuera un árbol y menearle los cocos. En la foto me parecía que estaba bueno, después, a través de la ventana, estaba todavía mejor, pero de cerca es como si fuera de otro mundo.

—Hola. —La ronca voz de Noah me envuelve—. Tú debes de ser Kristin.

En vez de hablar, me quedo donde estoy, con la boca colgando. De ella escapan unos sonidos que podrían ser palabras, pero son incoherentes.

¡Mátame, camión!

—Noah, te presento a mi mejor amiga, Kristin. De la que ya te hemos hablado. —Heather me da un codazo.

—Sí. Yo. Hola. Kristin. Yo. Tú. Hola.

Pan comido. Alguien debería grabar esto en vídeo porque estoy segura de que es muy divertido.

—Vale. —Noah me brinda una deslumbrante sonrisa—. He oído que eres periodista.

«Vale, Kristin, tienes que hilar frases o dejar de soltar gruñidos.»

Engancho la copa que Heather acaba de llenar y espero que actúe como un talismán.

—Sí, en un pequeño blog, pero lo soy. Periodista. En un blog. Escribo.

Y soy una boba incompetente.

Los ojos verdes de Noah destilan humor. Se acerca un poco y coloca su mano encima de la mía.

—Eli me ha contado un poco. Me alegro de haber venido.

Pues sí, y yo estoy segura de que me acabo de correr. Al menos estamos todos aquí.

—Yo también.

En sus labios se dibuja una sonrisa mientras sus ojos recorren mi cuerpo.

—Nos vemos afuera. —Me guiña un ojo y sale.

Es oficial; mis ovarios se han hecho fosfatina.

Me giro hacia Heather, que estalla en un ataque de risa.

—Oh, ha sido épico. Todas decís que me quedé deslumbrada cuando conocí a Eli, ¿verdad? ¡Pues tendrías que haberte visto tú ahora! —Heather continúa riéndose a mi costa—. Sí. Yo. Um. Blog. Uh... —se burla.

—Cierra la boca. —Me echo a reír, pues en realidad no puedo hacer otra cosa, y golpeo su cadera con la mía antes de rodear la barra y coger una copa—. Y ahora ponme un chupito antes de que me ponga a beber directamente de la botella.

Solo hay una forma de superar esta noche.

Alcohol.

Litros y litros de alcohol.

Noah

*H*ace mucho que estoy rodeado de gente guapa, pero Eli no me ha comentado que, al parecer, Tampa dispone de su propia cosecha de tías buenas. Joder, esta chica es una preciosidad.

Sus profundos ojos azules son hipnóticos, su oscuro cabello es de un hermoso color castaño chocolate y esos carnosos labios han hecho que se me encojan los huevos.

—¿Has conocido a Kristin? —pregunta Eli cuando llego con las cervezas del bar.

—Podrías haberme avisado de que está más buena que el pan. —Río mientras me siento.

Eli esboza una sonrisa de satisfacción.

—Todas las amigas de Heather lo están.

—Bueno es saberlo. ¿Cuál es el problema?

Espero que Eli lea entre líneas lo que estoy preguntando. Si voy a pasar un tiempo en Tampa, estaría bien tener un poco de compañía.

Eli me mira fijamente y suspira.

—Yo no me haría ilusiones, Noah. Lo ha pasado mal y no sé yo si tendrías la más mínima oportunidad. Además, Heather te arrancará las pelotas y las meterá en un frasco si juegas con ella. Y ella acaba de salir de un matrimonio de mierda. Si fuera tú, yo no iría detrás de una chica como Kristin.

—Vale. —Miro por la ventana y veo fugazmente su sonrisa. La forma en que su rostro se ilumina por entero antes de que incline la cabeza hacia atrás y ría con ganas.

Eli se aclara la garganta.

—No seas tonto, Noah.

Le lanzo una mirada que hace que él se eche a reír.

—Puede que esté buscando algo informal.

—Te lo advierto. —Los ojos de Eli se tornan serios—. No es una chica con la que echar un polvo. Tiene dos hijos, un marido que es un cabrón y que va a convertir su vida en un infierno mediante el divorcio, y si le haces daño... te daré una paliza de muerte antes de que Heather tenga ocasión de hacerlo ella misma.

No hago caso omiso de la amenaza, pero no estoy seguro de que pueda mantenerme alejado de ella. En vez de decirle eso a Eli, bebo un trago de mi copa y dirijo la vista al frente. La última chica por la que sentí una atracción semejante fue mi novia del instituto. Amaba a Tanya con todo mi ser y, si aún estuviera viva, estaríamos casados. Eso lo sé en el fondo de mi alma. Se fue demasiado pronto y he sido incapaz de pasar página.

—¡Chupitos! —exclama Heather mientras Kristin y ella salen de la casa con paso alegre, interrumpiendo su conversación.

—Oh, por el amor de Dios —farfulla Eli—. Cielo, sabes que no aguantas el alcohol.

Heather ríe y se sienta en su regazo.

—¡Kristin y yo ya nos hemos bebido cuatro!

Kristin se sienta en la tumbona a mi lado y bebe de su margarita.

—No aguantas nada, Heather.

—Sea como sea, a Eli le encanta lo que ocurre cuando bebo. —Desliza el dedo de labios de Eli y baja por su pecho—. ¿Verdad que sí, cielo?

Él ríe y me mira.

—Va a ser una noche muy interesante.

Miro a Kristin y no puedo evitar estar de acuerdo.

—Eso parece.

Las chicas continúan bebiendo y tomando chupitos durante la siguiente hora, pero Eli se lleva la botella de nuevo a la casa y le pone fin. Ahora están bailando... de manera descuidada. Kristin trata de mover el cuerpo de forma seductora contra el de su amiga, pero no paran de reír y casi se caen al suelo.

—Debería poner fin a esto, pero me cuesta hacerlo —murmura Eli antes de beber un trago.

—Si le pones fin, te liquido —le advierto.

—Esa a la que miras es mi futura prometida.

—No —respondo, con los ojos fijos en la morena—. No miro a esa.

Heather se mueve detrás de Kristin, proporcionándome una vida perfecta del

cuerpo de Kristin. Tiene las manos en las caderas, contoneándose a un lado y a otro.

Kristin se muerde el labio mientras desciende sin dejar de mirarme.

¡Hostia puta!

Cada músculo de mi cuerpo quiere acercarse a ella, agarrar esas caderas y hacer que me toque. Las palabras de Eli resuenan en mi cabeza, haciendo que me quede justo donde estoy y que me limite a mirarla.

Voy a necesitar una ducha fría.

Bailan durante unos minutos mientras ríen y tropiezan y Eli y yo meneamos la cabeza. Las chicas son una raza extraña. Jamás verás a un tío haciendo nada de esto, pero cuando lo hace una chica... es supersexy. Kristin levanta la mirada hacia la mía y me brinda una sonrisa tímida.

Es realmente preciosa.

Heather rodea el cuello de Kristin con los brazos y se mecen a la vez. Ambas ríen mientras hablan entre susurros.

—¿Queréis compartirlo con el grupo? —pregunta Eli.

—No. Son cosas de chicas —replica Heather.

Kristin le saca la lengua y hace que Heather se dé la vuelta.

—Sí, las chicas estamos hablando. Los penes tienen prohibida la entrada.

Eli suelta un bufido.

—Yo pienso meter algo más tarde.

—Qué cansada estoy —se queja Heather mientras apoya los brazos sobre los hombros de Kristin—. Creo que necesito tumbarme.

Eli se levanta al tiempo que profiere un gruñido.

—Venga, cielo. Vamos a llevarte a la cama.

—Yo aún no estoy cansada. —Kristin hace un mohín.

—Yo la vigilo —digo, sin pensármelo dos veces.

Eli exhala un suspiro.

—Recuerda lo que te he dicho.

—Me conoces. No soy de esos tíos. —No soy un hijo de puta. Jamás me tiraría a una chica que está así de borracha, pero, sobre todo, no traicionaría nuestra amistad. Los amigos y la interpretación no suelen ir de la mano casi nunca, así que no haría nada que jodiera la camaradería que compartimos Eli y yo.

Él asiente, agarra a Heather y la lleva adentro.

—¿Quieres bailar? —pregunta Kristin con aire dubitativo.

Con toda mi alma, pero sería muy mala idea.

—¿Por qué no vienes a sentarte? —sugiero.

Ella resopla de forma exagerada, lo que me hace sonreír. Es realmente adorable.

—Vale. Aguafiestas.

—¿Me has llamado aguafiestas?

—¡Sí! En toda fiesta hay un aguafiestas y ese eres tú.

No sé si alguna vez me han llamado eso. Me acerco a donde están los sillones, que es donde se encuentra ella.

—Esto ni siquiera es una fiesta, ¿sabes? Somos solo dos personas.

Kristin planta los brazos en jarra y saca la lengua.

—Aguafiestas.

De verdad espero que se acuerde de esto por la mañana.

—Bueno, ¿y qué hará que sea más divertido?

Se da golpecitos en los labios con los dedos y mira a su alrededor antes de que sus piernas den la impresión de rilarse. La sujeto entre mis brazos y ella posa las manos en mi pecho desnudo. Esos ojos azules me miran llenos de deseo. Bueno es saber que no soy el único que siente eso. Mi polla reacciona y procuro pensar en cualquier cosa menos en el tacto de su piel. Ninguno de los dos nos movemos; yo estrecho y ella me lo permite.

Kristin desliza los dedos por mi hombro.

—Eres muy guapo —masculla—. Ojalá fuera tan guapa como tú.

—Eres imponente —replico.

A lo mejor no quiero que se acuerde.

A lo mejor quiero que olvide todo esto porque yo no debería tenerla aún en brazos. Debería haberla soltado, pero sus brazos no se mueven.

Sus suaves dedos se mueven por mi torso y yo me esfuerzo todo lo posible para impedir que la polla se me ponga más dura que una piedra, pero su aroma floral es demasiado.

—Kristin... —pronuncio su nombre con la voz ronca.

Ella acerca las caderas, sintiendo mi erección, y abre los ojos como platos.

—Yo, yo... —Da un paso atrás—. Deberíamos... mmm... hacerlo.

Ahora me toca a mí sorprenderme.

—¿Hacerlo? —No estoy seguro de que se refiera a lo mismo que yo. Aunque lo hiciera, no pienso tocarla esta noche. Me gustaría que lo recordara todo cuando sea mía.

—Sí. La entrevista —aclara.

—¿Ahora?

—Soy una buena empleada —dice Kristin y empieza a andar, agarrándose a los sillones—. Profesional de la cabeza a los pies.

—¿Por qué no esperamos a que estés sobria?

Ella se da la vuelta y ríe.

—No estoy borracha; tú, sí.

—Cariño, no me cabe la menor duda de que estás pedo.

—¿Por qué tienes dos narices? —Kristin ladea la cabeza mientras cierra un ojo.

Esto es lo más divertido que he vivido en mucho tiempo. Le sigo el juego. Voy tras ella cuando empieza a andar de nuevo, preguntándome qué coño hace mientras camina alrededor del patio trasero.

—¿Es esto parte de la entrevista?

—¿Qué entrevista? —Kristin se para—. ¡Ah! Sí. Deberías sentarte.

No discuto. Me siento en el sillón con la esperanza de que ella haga lo mismo.

—Primera pregunta. ¿Cuál es tu próximo trabajo?

Me encojo de hombros.

—Aún no estoy seguro del todo. Estoy decidiendo qué voy a hacer.

Dado que terminamos de rodar el final de la serie *La delgada línea azul* hace seis meses, dispongo de mucho tiempo. He recibido algunas llamadas para hacer *castings*, pero todavía no he decidido si voy a aceptar un nuevo trabajo ya mismo.

A mi agente le gustaría que me moviera más rápido, pero soy soltero, rico y quiero disfrutar un poco de la vida.

Kristin resopla.

—¿Tienes calor?

—Me gustaría creer que soy sexy.¹ —Sonrío.

Ella abre los ojos como platos al tiempo que se pone roja como un tomate.

—¡No me refería a eso! Me refiero a tener calor. Yo tengo mucho calor.

—Estoy de acuerdo. —Yo estoy caliente, ella está caliente... Me encantaría que ambos tuviéramos calor y estuviéramos sudando juntos, pero tendré que conformarme con insinuaciones para borrachos.

Ella sigue de pie y da un paso atrás.

—¿Estás flirteando conmigo?

—Es posible.

—No deberías flirtear conmigo.

Lo sé, pero es muy divertido verla reaccionar.

—Vale, pararé.

—De acuerdo, porque estás como un tren y desearía besarte de verdad, pero eso no estaría bien, ¿verdad? No debería querer besarte. Tú estás pedo y yo estoy pedo y eso estaría mal. Yo no hago cosas malas. Soy una buena chica que sigue las reglas —divaga, casi como si yo no estuviera aquí—. Además, tengo que escribir sobre lo sexy que eres, lo cual sería muuuuy incómodo si nos besáramos. Pero tienes unos labios perfectos para besarlos. Te los lamería.

Me agarro a los brazos del sillón para levantarme y Kristin retrocede un paso más.

—Ten cuidado —le advierto cuando se acerca al borde de la piscina—. Ven a sentarte.

—De todas formas mi marido..., bueno, mi futuro exmarido... —Exhala un suspiro mientras meneas la cabeza— dice que no se me da bien besar. Aunque tampoco es que haga nada bien en su opinión. En la universidad era muy buena en la cama. Estuve con un chico que me decía que era el mejor polvo del mundo.

—Kristin —le advierto mientras ella sigue retrocediendo, sin dejar de divagar sobre cosas en las que preferiría no pensar, ya que acaba de controlar mi polla.

Ella pone los ojos en blanco y levanta los brazos.

—¿Cómo pasas de ser la mejor a no ser nada? Tiene que ser él, ¿verdad?

—Te vas a caer a la piscina. —Esta vez intento advertirle de un modo más directo.

—Debe de ser porque yo soy muy buena... —Me mira a los ojos y la veo caer con un chillido.

¡Mierda! Me acerco a toda velocidad mientras ella emerge para coger aire.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—Dame la mano. —Sonrío mientras ella refunfuña.

—Estoy toda mojada —comenta Kristin.

—Eso es lo que pasa cuando te caes al agua. —Le tiendo las dos manos y ella nada hasta el borde de la piscina y las agarra.

—¡También mi ropa! Me van a despedir.

Kristin coloca los dedos en la palma de mi mano y empiezo a tirar de ella. Sin embargo ella se cae y yo pierdo el equilibrio, con lo que caigo de cabeza a la piscina junto con ella. Asciendo a la superficie con rapidez y me la encuentro riendo sin control.

—¡Tú también te has caído!

—Me has tirado tú —digo mientras la salpico.

Ella salta a mis brazos y se me acelera el corazón.

—Lo siento.

—Ha merecido la pena. —Me rodea el cuello con los brazos y el torso con las piernas. Esta vez es imposible que me frene. Me importa una mierda lo que está bien, lo que está mal y la amistad. La deseo. Deseo besarla.

Kristin clava sus ojos en los míos al tiempo que se le acelera la respiración. Coloco las manos en su espalda y entonces ella cierra los ojos. Las ganas de acabar con la distancia que nos separan son enormes, pero no cedo. En vez de eso, dejo que ella lleve la iniciativa. Si me besa, no se me podrá echar la culpa, ¿no?

Claro. Nos ceñiremos a eso. No es que yo esté sobrio y tenga que ser sentado...

Sus labios se acercan más y más, hasta que su cabeza cae hacia un lado y sobre mi hombro.

Vale, eso sí que no me lo esperaba.

—Oye —digo en voz baja, pero ella no responde. Con toda sinceridad, puedo decir que esta es la primera vez que me pasa.

Sus piernas quedan laxas a mi alrededor y profiere un ronquido contra mi oreja.

—Vale —digo mientras la cojo en brazos—. Estás dormida. En la piscina. —Le aparto el pelo y ella suspira mientras paso el brazo bajo sus piernas y la aprieto contra mi pecho. Subo la escalerilla con ella y se convierte en un peso muerto cuando salgo del agua. Sus brazos y su cabeza cuelgan, pero sé que respira gracias al fuerte sonido que sale de su boca.

La llevo al sillón y la deposito en él.

Y ahora ¿qué?

La casa de Eli es enorme, es imposible que la suba con ella por esas puñeteras escaleras sin caerme. Ya no tengo veinte años. Joder, rondo los cuarenta.

En cualquier caso, no puedo dejarla aquí, calada y desmayada por la

embriaguez.

Por suerte, hace un calor horroroso en Tampa, así que no tengo que preocuparme porque muera congelada. No sé cuál es aquí el protocolo, pero no creo que deba dormir vestida. La idea de desnudarla tampoco me parece bien.

Soy actor, y muy bueno, y puedo interpretar un papel. Claro. Soy su mejor amigo gay y me importa una mierda descubrir qué lleva puesto debajo de la ropa. No me siento atraído por ella en absoluto. Ese es mi papel.

«Soy un puto imbécil.»

Le bajo un tirante. Me centro en cualquier cosa, salvo en el tacto de su piel en mis dedos. No me concentro en el sonido que deja escapar cuando repito lo mismo con el otro tirante. Joder, ni siquiera me fijo en que se le acelera la respiración cuando roza la parte superior de su pecho para bajarle por el cuerpo lo que quiera que sea esta prenda de una sola pieza.

Mantengo los ojos fijos en la pared mientras lo deslizo por las largas y torneadas piernas, rogando a Dios que lleve algo debajo. Si está desnuda, estoy acabado.

Cuando miro de nuevo, doy gracias porque lleva puesto un bikini.

—Noah —gime.

—Solo te quito la ropa mojada. No pasa nada.

—Vale. —Kristin se pone de lado mientras le quito la prenda por los pies.

—Estás muy bueno.

Kristin vuelve a dormirse y yo le levanto las piernas. Agarro dos toallas de la mesa para cubrirla con ellas. Sus diminutos dedos aprietan el borde de la toalla mientras tira de ella hasta debajo de la barbilla.

Le aparto el cabello de la cara y abre los ojos solo un poco.

—Me quedaré aquí afuera, contigo —digo, sin estar seguro de si está despierta.

—Es divertido ir de acampada.

En mis labios se dibuja una sonrisa mientras le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Sí, es divertido ir de acampada.

Me dirijo adentro para cambiarme y coger unas cuantas mantas. No tengo ni idea de si va a refrescar durante la noche, pero prefiero no correr el riesgo. Cuando salgo de nuevo, la arropo con una y después me acomodo en el sillón de al lado.

Puede que tenga que quedarme en Tampa más tiempo del que pensaba.

Kristin

¿Quién narices ha encendido la luz? Me doy la vuelta con la esperanza de bloquear la intensa luz que atraviesa mis párpados y chilló cuando me golpeo con el duro suelo.

«¡Ay!»

—¿Estás bien? —pregunta una voz ronca y profunda, y, cuando abro los ojos, los cierro de golpe otra vez.

¡Mierda! ¿Dónde narices estoy?

Abro un párpado y miro a mi alrededor. ¿Por qué estoy al aire libre? Mi ojo encuentra la fuente de la voz y doy un brinco. Noah me está mirando y tiene una enorme sonrisa en los labios. Tiene el cabello de un lado despeinado y está sentado en el sillón junto al mío, con la rodilla levantada, bebiéndose una taza de café.

¿Cómo narices consigue este hombre estar perfecto por la mañana?

¿Por la mañana? Un momento, es de día. Y anoche estaba...

Ay, por Dios bendito, te ruego que no haya cometido ninguna estupidez. Entonces me acuerdo de los chupitos de tequila. De que estuve bailando. ¿Nadando... tal vez?

Otro recuerdo, o puede que un sueño, se presenta. Sus ojos. Estaba muy cerca de él, pensando en lo mucho que me gustaría perderme en sus ojos. Imaginando sus labios contra los míos y preguntándome si él me consideraba especial. Mi cuerpo entero estaba lleno de vida por primera vez desde hacía una eternidad. Casi recuerdo sus dedos hundiéndose en mi espalda, pero es imposible que es sea real.

Noah se aclara la garganta y levanta la mirada.

—¿Cómo te encuentras?

—Oh, no estoy segura de que existan palabras para describirlo —digo y me llevo las manos a la cabeza.

—Toma. —Se mueve para coger otra taza y me la da a mí—. Seguramente lo necesitas.

Levanto el brazo y la manta cae, dejando a la vista mi piel desnuda. ¿Cómo narices he acabado sin ropa? Esto va de mal en peor. Me tiemblan las manos mientras me palpo para asegurarme de que llevo puesto el bikini y exhalo un suspiro de alivio acto seguido. Por lo menos no estoy desnuda.

Es hora de conseguir algunas respuestas respecto a lo que ocurrió anoche.

—Recuerdo que ayer llevaba puesto mi mono. ¿Sabes que ha sido de él? —pregunto mientras acepto la taza.

Noah sonríe y me da un vuelco el corazón. Es increíblemente guapo.

—Te lo quité yo.

Escupo el café sobre el sillón.

—¿Que tú qué? —chillo.

Él se echa a reír mientras me seco el líquido de la barbilla, dejo la taza en el suelo y me envuelvo en la manta. Llegados a este punto, no creo que pueda ponerme más en ridículo.

—Estabas pedo. —Desplaza las piernas a un lado para poder volverse hacia mí—. Pero pedo de verdad.

—Así que ¿me quitaste la ropa? ¿Pensaste que eso estaba bien? —Ahora estoy cabreada. Entiendo que el señor Pez Gordo de Hollywood consigue lo que quiere, pero quitarme la puta ropa no está bien. Lo siento, pero desde luego no estaba en condiciones—. ¿Quién coño te crees que eres?

Noah se frota la frente mientras espero una respuesta.

—Te caíste a la piscina, Kristin. Te quedaste sobada y te pusiste a roncar mientras yo te sacaba.

—No —digo con la voz entrecortada—. Yo ¿qué?

La piscina. Mis ganas de besarle no eran un sueño. Era real.

—Imaginé que no querrías dormir con la ropa completamente empapada.

La certeza me da una colleja. Estaba como una puñetera cuba y a él no le quedó otra que cuidar de mí. Me tapo la cabeza con la manta y me pregunto si puedo desaparecer ahí dentro.

—Lo siento muchísimo —digo sin enseñar la cara.

Oigo la profunda risa de Noah más cerca. Siento que sus dedos me tocan el brazo un segundo antes de que retire la manta para poder verme.

—No me molestó.

—¿No? —pregunto.

Nadie puede convencerme de que no era un desastre. Estoy en bikini, en el patio, y tengo una resaca de las de antaño. Todo apunta a que fue una noche muy humillante. Una noche en la que supuestamente tenía que averiguar cosas sobre Noah.

Qué estúpida soy.

Sus ojos verdes se suavizan y no aparta la mano de mí.

—No, de verdad que no.

Se me acelera el pulso mientras nos miramos. Esto no me puede estar pasando. Es imposible que las emociones que Noah despierta en mí sean reales. Aún estoy casada. Acabo de dejar a mi marido y, sin embargo, ahora mismo, estoy pensando en lo mucho que me gustaría que Noah me tocara. Me pregunto si, en caso de arrimarme un poco, besarle sería bueno.

Tienen que ser los restos del alcohol. No existe otra explicación.

Noah cambia de posición, poniendo fin a la conexión.

—Gracias por asegurarte de que no me ahogaba. —Intento reír, pero suena raro.

La voz de Noah se vuelve traviesa.

—A mí también me ha gustado ir de acampada.

¿Qué? Yo no voy de acampada. ¿Quién narices...?

—¡Ay, Dios mío! —Cierro los ojos e intento dar con una forma de salir de esto sin tener que cambiar de identidad. No la hay. No tengo otra alternativa —. Ahora voy a arrastrarme hasta algún agujero para morir —farfullo.

—Sobre todo me gustó la entrevista —añade Noah—. Pero he de decir que, como periodista, no me hiciste las preguntas importantes.

Por esto mismo no me gusta beber. No quiero ni imaginar las chorradas que salieron de mi boca. Ya sé que me aferré a él como un percebe al casco de un barco, ¿por qué no empeorarlo más?

—Por favor, que pare esto. —Me agarro la cabeza, rogando que estalle para aliviar la presión.

Sus manos tocan mi espalda y me acarician despacio.

—¿Kristin?

—¿Sí? —No levanto la mirada.

—Mírame —pide Noah.

Levanto la cabeza y él se arrima.

—Sé que es probable que te arrepientas de lo de anoche, pero yo no. Ni de un solo minuto. También significa que tendremos que pasar el día juntos para que puedas conseguir tu historia. Qué curioso, ¿quién tiene trapos sucios de quién ahora, eh?

Noah se levanta, su alto cuerpo tapa el sol durante un segundo antes de que le vea entrar.

No sé qué pensar. Todo rebota dentro de mi cabeza, provocándome punzadas de dolor cuando se mueve. Pensar me duele.

Pensar es un asco.

Heather está muerta para mí.

Me tumbo y empiezo a reír. Esta va a ser mi vida. Voy a ser esa que tiene un trabajo que hacer, que no puede hablar en su presencia porque está más bueno que el pan y se emborracha. Sin embargo, hasta eso lo hago a medias. No, voy al límite y me pillo tal pedo que me caigo a la piscina y pierdo el conocimiento delante del tío al que se supone que tengo que sacar información.

Oh, cuánto ha cambiado ahora el artículo.

Lo único en lo que se ha fijado mi nublada mente es que no me ha mirado como si fuera una imbécil borracha cuando he despertado después de que lo hice anoche, fuera lo que fuese. De hecho, su mirada rebosaba ternura. Noah no se ha burlado de mí ni ha hecho que me sienta estúpida, que es lo que yo esperaba. Habría sido como cualquiera de las veces que he cometido un error y me lo han restregado por la cara.

Eso no cambia el hecho de que me he puesto completamente en ridículo.

La puerta se abre y espero ver regresar a Noah con su resplandeciente bronceado y su cabello perfecto, pero es Heather. Su aspecto es el equivalente a cómo me siento. Manchas negras por la cara, el cabello recogido en un despeinado moño y lleva gafas de sol.

—¿Qué tal? —pregunto antes de incorporarme, coger mi taza y beber un trago de café.

—Tía, ¿cuánto bebimos? —Se deja caer en el sillón que Noah ha dejado libre y se coloca de lado.

—Mucho más de lo que debíamos.

Heather se baja las gafas y me mira por encima del borde.

—¿Qué coño te ha pasado? ¿Estás desnuda?

Me aprieto más la manta.

—No, pero según Noah, ha sido una noche interesante.

—¿Conseguiste la entrevista?

La fulmino con la mirada.

—No. Iba tan pedo que me caí a la piscina... vestida. Creo que intenté besarle, pero puede que soñara esa parte estando pedo. Sé que intenté entrevistarle y recuerdo que dije algo sobre... —Agacho la cabeza y la sepulto en mis manos.

No hice eso. No, no pude haber dicho todo eso.

—¿Sobre qué? —me insta con cierto tonillo divertido.

—Sobre que fui el mejor polvo de alguien —murmuro cada palabra de manera vacilante.

Heather prorrumpe en carcajadas. Se lleva las manos al estómago sin dejar de troncharse.

—¡No! Ay, por Dios. Sí que lo harías, Kris. Te quiero, pero eres muy torpe.

—Habría sido profesional si mi mejor amiga no me hubiera emborrachado.

Entonces recuerdo que ni siquiera podía mirar cuando entró en la cocina. Prácticamente me estaba babeando encima mientras barbotaba respuestas de una sola palabra. Eso fue lo que me llevó a beber. Supuse que si conseguía controlarme, podría conseguirlo. Al parecer estaba muy equivocada.

—Yo no te apunté con una botella de alcohol a la cabeza. Lo hiciste tú solita. —Vuelve a subirse las gafas.

—Gracias por recordármelo —refunfuño—. Puedo salvar esto.

Ella resopla y me quita el café.

—¿Cómo?

—Esa parte no la sé aún.

Esto tiene una ventaja. Sé un poco más sobre él. Noah es un tío majo. Teniendo en cuenta que me dejó aquí pasando frío y empapada toda la noche, también podía añadir que además es de los que cuidan de otros. Puedo trabajar con eso. Si fuera un gilipollas, habría dejado para que me las apañara sola. Los recuerdos se presentan como pequeños fogonazos aleatorios. Su sonrisa, su risa, el tacto de su gran y dura... Ahogo un grito.

—¿Qué? —pregunta Heather, incorporándose y mirando a su alrededor.

—No pasa nada. Es que acabo de recordar una cosa —me apresuro a responder.

—Por favor, dime que no hiciste nada con él. —Me lanza una mirada incisiva.

Yo niego con la cabeza.

—No pasó nada.

—No es que sea algo malo —aclara Heather—. Noah es un buen tío y... sabes lo que siento por Scott. Además, el sexo por despecho es el mejor sexo.

Gruño, recuperando mi café.

—Sí, sé lo que a todas os parece mi mezquino marido.

Nunca les he dicho nada a mis amigas, pero era muy difícil sabiendo lo que pensaban de él. Tenían razón en muchas cosas, eso puedo reconocerlo, pero lo detestaba. A veces, tener que llevarle a sitios en los que no era realmente bienvenido y esperar que fueran majas era casi demasiado.

Cuando la gente a la que quieres odia a la persona a la que eliges es como estar dividido en dos.

Scott se quejaba de mis amigas sin parar e intentó abrir una brecha entre nosotras.

Por suerte no pudo cortar el vínculo que compartimos.

—Sabes que le habría aguantado el resto de mi vida si él te hiciera feliz, ¿verdad? —dice Heather mientras me coge la mano.

—Lo sé.

—Ningún hombre nos separará jamás.

Sonrío y exhalo un suspiro.

—¿Cuatro chicas?

—Cuatro chicas que nunca pueden elegir a los gilipollas —Heather termina la broma.

De pequeñas siempre bromeábamos con que ningún gilipollas se interpondría entre las chicas. Yo diría que la broma ha aguantado mejor de lo que habríamos podido imaginar. Amigas desde hace más de veinte años, que siguen estando tan unidas como en el instituto.

Me echo a reír mientras un yunque se estrella contra mi cráneo.

—Debería irme a casa —grito prácticamente mientras me presiono las sienes.

Quiero dormir.

Y beberme diez litros de agua para librarme de esta resaca.

—¿Vas a inscribirte hoy en el maratón?

Se me cae la cabeza a un lado y la miro como si estuviera en blanco.

—No pienso correr ningún maratón hoy. No pienso moverme de este sillón si puedo evitarlo.

—Kris, no es hoy —se queja—. Es dentro de unas semanas y me prometiste

que esto sería algo nuestro. Que correríamos en honor de Steph.

—¿Ese algo nuestro no podría ser dormir la siesta? —Creo que eso es una actividad mucho mejor—. Estoy segura de que Stephanie habría apoyado esto.

De hecho, ese es mi plan para hoy, ya que no tengo a los niños por primera vez.

Heather pone los ojos en blanco.

—Prometo no llamar a Nicole si así te convenzo. Bien sabe Dios que si se entera de que te has caído a la piscina y has dormido en el sillón del jardín tendrá munición para un año.

No se atrevería.

—Más vale que no se lo cuentes.

—Más vale que no me dejes tirada.

Meneo la cabeza, lamentándolo al instante. He de salir de aquí antes de que me convenza para que haga alguna otra cosa inesperada.

—Tú eras mi preferida. Ahora ya no tanto.

Heather ríe.

—Cargaré con ese remordimiento.

—Te lo recordaré más a menudo.

—Lo estoy deseando —replica Heather mientras me pongo en pie.

Le arrojo la toalla húmeda al pasar y ella ríe.

—Te odio —digo con sarcasmo.

—Yo también te quiero. ¡Despídete de Noah!

Gruño para mis adentros cuando entro en la casa. Si existe un Dios, dejará que abandone esta casa sin tropezarme con Noah. Mis pies tocan el helado suelo de baldosas y me acuerdo de que estoy casi desnuda. Sin embargo no voy a volver a por el mono húmedo. Esto es Florida y los bikinis deberían estar aceptados como atuendo de día.

No hay moros en la costa cuando me encamino hacia la puerta principal. Agarro el picaporte y estoy a punto de girarlo, cuando mis esperanzas de largarme sin que me vean se desvanecen.

—Estás huyendo, ¿no? —La voz ronca de Noah me detiene.

¡Mierda! Está claro que no tengo suerte.

Golpeo la puerta con la cabeza y cierro los ojos.

—Me has pillado.

Su risita resuena en el vestíbulo.

—Quería fijar nuestra cita.

Mmm.

—¿Cita?

—Me lo debes —dice Noah mientras baja la escalera.

Ladeo la cabeza ligeramente a la izquierda y apoyo la mano en la cadera.

—Oh, ¿ahora te lo debo?

—Me caí de cabeza por ti... a la piscina.

Una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios y no puedo evitar reírme.

—Así fue, sí.

—Creo que eso me hace merecedor de una cena. —Noah se encoge de hombros y está tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás.

Estudio sus ojos, la manera en que el color de los tréboles se arremolina con el tono espuma de mar en el centro. Noah se acerca un poco, haciendo que retroceda y quede apoyada contra la fría madera. Ardo en deseos de tocarle de nuevo, de recordar el tacto de su piel en mis dedos, pero no lo hago.

—¿Y bien? —pregunta, arrimándose hasta no dejar casi nada de espacio entre nosotros.

Cenar con él es mala idea.

Separo los labios y hablo:

—Tú me debes una entrevista.

No era eso lo que iba a decir.

—¿Eso es un sí?

Hay dos opciones. Soy tan tonta que sé cuál voy a elegir.

—Vale. Una cena... solo por trabajo —agrego la última parte con la esperanza de conservar un poco de dignidad.

El pecho de Noah toca con el mío, un simple roce de su cuerpo contra el mío, y después retrocede, dejándome paralizada.

—Te veo esta noche a las ocho.

—Por trabajo —aclaro de nuevo.

—Claro, cielo. Por trabajo.

Puede que acabe de enamorarme un poquito de mi trabajo.

Kristin

—Sí, mamá, lo sé. —Intento contener mi frustración mientras limpio la casa. Lleva los diez últimos minutos dándome la brasa con lo difícil que es mantener un matrimonio.

—Entonces deberías saber que un divorcio es diez veces más duro —me reprende.

Entiendo que mis padres tienen el matrimonio del siglo, pero mi padre es un unicornio. Quiere tanto a mi madre que casi duele estar alrededor. Yo intentaba fingir que tenía aunque solo fuera una parte de eso, pero no.

—¿Sabes lo que de verdad es duro? Estar con un hombre que me menosprecia todo el tiempo. Amar a alguien que no me ama. Es especialmente duro porque sé que no puedo arreglarlo porque nunca voy a ser lo bastante buena. —Inspiro hondo con dificultad y lucho para reprimir las lágrimas.

—Oh, Kris.

—Te necesito de mi lado, mamá.

—Siempre estoy de tu lado. Siempre. Lo que pasa es que no quiero verte hacer nada impulsivo. —Se le quiebra la voz.

Mi madre y mi padre han estado a mi lado en cada paso del camino. Son la clase de padres que deberían haber tenido veinte hijos en vez de tenerme solo a mí. En todo el mundo no existe ninguna mujer que merezca más ser madre que la mía, pero no pudo. Estuvo a punto de morir al tenerme y mi padre se negó a volverlo a intentar, sin importar lo mucho que ella se lo suplicó. Sé que quiere lo mejor para mí, pero ahora he estado un tiempo alejada de Scott me doy cuenta de lo malo que era.

—No es impulsivo. Hace mucho que se veía venir y, francamente... —Exhalo un suspiro mientras me dejo caer en la cama—. Hace años que tendría que haberle dejado.

Mi madre guarda silencio y después se aclara la garganta.

—Deberías haberlo hecho antes.

—¿Qué?

—Siempre inventaba excusas para las cosas que decía —explica con tono abatido—. A tu padre le decía lo preocupada que estaba, pero lo justificaba.

—Yo hacía lo mismo —reconozco.

Durante años buscaba una u otra razón para permitir su comportamiento y continuar. Después, al cabo de un tiempo, acepté que era normal y que me lo merecía.

No me di cuenta de lo mal que en realidad estaban las cosas hasta que hace un año Nicole hizo un comentario. Me pregunto qué habría dicho si fuera Aubrey quien estuviera casada con un hombre como Scott.

Por primera vez lo vi a través de los ojos de alguien ajeno.

Y no me gustó nada.

—Lo siento, Kris —dice mi madre.

—Es Scott quien tiene que disculparse..., no tú.

Charlamos un rato más sobre mi trabajo y de cómo ha sido mi primer fin de semana en casa sin los niños. Los echo muchísimo de menos. Resulta raro estar en casa sin ellos y no dejo de oír la dulce risa de Aubrey ni a Finn gritándole al videojuego.

—Quiero que sepas lo mucho que te admiro —me dice cuando le comunico que tengo que prepararme para esta noche.

—¿Por qué?

—Porque estás haciendo algo con tu vida. Podrías haber tomado el camino fácil y haberte quedado con él, pero has elegido a los niños y a ti misma y estoy orgullosa de ti. —Sus palabras significan más de lo que jamás podría imaginar.

Esto ha sido lo más duro que he hecho en mi vida. Hay días en que no sé si voy a sobrevivir, pero todavía no he muerto.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Después de no encontrar absolutamente nada en mi armario y de desempaquetar otras dos cajas, por fin me decido por un vestido de color turquesa, sin cremallera ni botones. Hace una eternidad que no me lo pongo, pero, por suerte me sienta a la perfección. Llevo el cabello liso, que me llega

más abajo de los omóplatos, y me he puesto suficiente aceite de marula para mantenerlo bajo control sin que tenga un aspecto pesado.

Teniendo en cuenta que parecía un espantajo cuando me marché de casa de Heather, cualquier cosa es una mejora.

Cojo el móvil para llamar a Aubrey y veo un mensaje de texto.

Heather: Le he dado tu dirección a Noah, ya que me ha dicho que ibais a veros y que no sabía dónde vivías...

Yo: ¡Ah!

Heather: ¿Una cita? ¿Seguro que estás preparada para esto?

Yo: No es una cita. Es trabajo.

Jamás se lo tragará.

Heather: Si es una cita, no te juzgo. Es que me preocupo por ti, nada más. Prométeme que no beberás hasta volverte lela para así poder decir más de una palabra.

Necesito amigas nuevas.

Yo: ¿Te he dicho últimamente que te odio?

Heather: Sí. Solo me aseguro de que sigue siendo así. No hagas nada que yo no haría.

Yo: ¿Me estás diciendo que me acueste con él?

Heather: ¡No! supongo que ya no soy un ejemplo de buenas decisiones.

Yo: Nicole. Yo le echo la culpa a Nicole.

Sonrío y dejo el móvil. Ahora que sé que él viene aquí, me empieza a entrar un poco el pánico.

Es rico, guapísimo y seguramente tenga una casa gigantesca mientras que yo vivo en la casa de mi mejor amiga, sin pagar alquiler.

Por otro lado, ¿por qué me preocupo? Esto no es una cita. No siento nada por Noah. Es solo un tío sobre el que se supone que tengo que escribir. No hay razón para que me preocupe lo que piense de mí.

En absoluto.

¿A quién narices quiero engañar? Mentir se me da fatal, y mientras recuerdo fragmentos de lo ocurrido anoche, no sé cómo voy a lograr mirar sus ojos manteniéndome seria.

Los nervios me dominan mientras me paseo por la casa. Dejo algunas fotografías en la mesa auxiliar, recoloco los adornos de la mesa y después me voy al sillón a esperar.

Al cabo de tres segundos ya no puedo seguir sentada y me levanto de golpe. El timbre suena cuando me disponía a ir a ordenar de nuevo la mesa.

Vale, esto no es una cita, es una cuestión de trabajo.

Llegados a este punto, tan solo debería albergar la esperanza de no hacerme pis encima, que es casi como si hubiera tocado fondo.

Inspiro hondo un par de veces y abro la puerta. El rostro de Noah está ahí mismo, con él apoyado contra el marco. Sus ojos color esmeralda son más intensos que antes gracias a la camisa verde que lleva puesta. Lleva el cabello castaño oscuro peinado hacia atrás y a mí me cuesta respirar.

Me brinda una de sus rutilantes sonrisas y creo que sí he tocado fondo de verdad

—Hola. —Su voz me envuelve.

Me quedo mirando su rostro y mis piernas se vuelven de goma. Apoyo la cabeza en el borde y le devuelvo la sonrisa.

—Hola.

—Te he traído esto.

Noah me ofrece un enorme ramo de calas.

—Son preciosas.

«Y me muero de ganas de hacerte el amor con dulzura.»

Necesito un psicólogo.

Miro las flores, rosas y blancas, y doy gracias por tener algo con que distraerme.

—No son ni la mitad de preciosas que tú —dice Noah, atrayendo de nuevo mi atención hacia él.

Me arden las mejillas y me siento extasiada. Nunca antes me he quedado extasiada, pero me pongo de puntillas y planto los pies de nuevo. Como una puñetera adolescente con su primer amor.

Si pudiera darme de bofetadas ahora mismo, lo haría. En cambio yergo la espalda y juro controlarme.

—Gracias de nuevo. Las pondré en agua, si quieres pasar.

—Me parece bien.

Noah entra en la casa y yo me dirijo a la cocina, percatándome un poco tarde de que Danni ha colocado la estancia y no tenía ni puta idea de dónde

han acabado los jarrones. Termino engancho la primera taza que encuentro y pongo las flores en mi *cutreversión* de un jarrón.

—Así que ¿esta es la antigua casa de Heather? —pregunta desde la otra habitación.

—Sí. He pasado un sinfín de noches aquí cuando era niña, así que me parece un hogar —respondo mientras recorro los armarios con la mirada en busca de cualquier otra cosa mejor que la taza rosa de Barbie de mi hija Aubrey. Busco arriba y abajo, pero no veo nada.

Nerviosa, cierro el cajón con rapidez y me pillo el dedo.

—¡Mierda!

—¿Va todo bien por ahí?

«No, está claro que soy un desastre con patas.»

—¡Sí, todo va bien! —respondo a voces, y pongo los ojos en blanco. Debería asumir que el resto de la velada va a ir así para mí.

Como no deseo tenerle esperando ni hacer todavía más el ridículo, cojo la taza y la coloco en medio de la mesa.

Buen gusto es mi segundo nombre. A mi madre le daría un infarto si viera esto.

—Lo siento —digo mientras me vuelto y me lo encuentro observándome—. ¿Listo?

Quizá pueda distraerle para que no se fije. Me desplazo un poco para taparle la vista y me apoyo contra el borde de la mesa.

—¿Tienes prisa? Supuse que podríamos hablar un rato y conocernos. —La voz de Noah es profunda y aterciopelada.

¿Es que no podía tener voz de chica? Cualquier cosa con tal de que sea menos atractivo. No creo que eso sea pedir demasiado. Tengo que encontrar algo para evitar ponerme en ridículo.

Él se acerca a mí mientras le estudio. Busco eso..., tiene que haber algo. Examino su rostro, sin hallar nada salvo sus preciosos ojos verdes y una sonrisa que invita a que te lo folles. Bajo la mirada, sabiendo ya que es una mala idea, pero incapaz de evitarlo. Tiene hombros anchos, que van disminuyendo hasta formar un triángulo. Recuerdo lo bien que encajaban mis piernas alrededor de su cintura y desearía poder olvidar mis manos moviéndose por los músculos de sus brazos.

—¿Kristin? —Noah me saca del trance.

—¡Oh! Mmm —balbuceo—. Sí, no. Deberíamos..., ya sabes..., ponernos.

«Como la puta seda», Kristin.

Noah ríe entre dientes.

—¿Me has oído?

¡Mierda!

—Lo siento. Debo de estar aún un poco resacosa. —O un poco colada e incapaz de concentrarme.

Me coloca detrás de la oreja un mechón de cabello que ha escapado.

—Bueno, pues estás preciosa.

Mis dedos se aferran al borde de la mesa en respuesta a su cumplido.

—Gracias. —Me miro la punta de los pies, con la esperanza de ocultar el rubor de mis mejillas. No recuerdo la última vez que me sentí tan nerviosa en presencia de un hombre.

Ignoro si se debe a que estoy libre de Scott, pero resulta raro y perturbador. No debería reaccionar así ante él. Él es un trabajo y yo, como periodista —así me denomino aunque en la práctica escriba para un blog de cotilleos— debería ser profesional. Noah saca a la chica ingenua con ojitos de cordero degollado que vive en mí.

Noah desliza el dedo por mi barbilla y me insta a alzarla. La intensidad de sus ojos hace que sienta mariposas en el estómago. Hay tanto deseo en ellos que podría ahogarme en él.

Ya me he ahogado una vez. De hecho, aún sigo vadeando el agua.

—Noah. —Meneo la cabeza—. Yo... tengo que hacer pis. —Él da un paso atrás; podría morirme de vergüenza—. Es decir, tengo que ver... una cosa.

Él se echa a reír y me abofeteo mentalmente... un par de veces.

—No hay problema. Me apartaré para que puedas... ver esa cosa.

—¿Podemos ponernos manos a la obra, ya que es evidente que estoy empeñada en hacer que todos nuestros encuentros sean embarazosos? Necesito esta entrevista de verdad y me gustaría que la hiciéramos antes de que te espante.

Una sonrisa se dibuja en los labios de Noah y levanta la cabeza.

—Quieres que lo hagamos, ¿eh?

Exhalo un sonoro suspiro mientras levanto la vista al techo.

—Dispárame ya.

—Te estoy haciendo pasar un mal rato. —Se acerca a mí.

—Supongo que me lo merezco después de que cuidaras de esta borracha toda la noche.

Noah asiente despacio.

—Eso es verdad.

Le empuja en el pecho con suavidad y río con nerviosismo.

—Se supone que no debes darme la razón.

—Lo has dicho tú —se defiende.

—Me rindo.

Noah me echa el brazo por los hombros y me aprieta contra su costado.

—Estoy de broma. Fue un honor asegurarme de que no te ahogaras en la piscina.

Nuestras miradas se cruzan y una descarga eléctrica fluye entre nosotros. Es diferente de anoche, es más intenso, si acaso eso es posible. Se me acelera el corazón mientras sus dedos se tensan y nos miramos el uno al otro.

Suena el teléfono y él aparta el brazo muy despacio.

—Debería cogerlo —digo con la voz entrecortada antes de aclararme la garganta.

—Vale.

Cojo el móvil y veo el número de Scott. Esa es una manera de echar un jarro de agua fría.

—Hola —respondo, dándole la espalda a Noah.

—¡Mami!

—Hola, peque. —Sonrío al oír la voz de Aubrey. A continuación me doy la vuelta, miro a la sexy celebridad que tengo en casa y tapo el teléfono—. Es mi hija. Solo será un segundo.

Noah asiente.

—¿Me echas de menos? —pregunta.

—Pues claro que te echo de menos. ¿Te lo estás pasando bien con papá?

Aubrey exhala un suspiro y me imagino su carita.

—Supongo.

—¿Supones?

—Papá está todo el día trabajando y Finn se está portando realmente mal.

—Lo siento, Aub. ¿A lo mejor podrías pedirle a papá que hagáis algo divertido? —le sugiero. Scott nunca se ha quedado solo con los niños. Yo siempre estaba ahí, ocupándome de todo y manteniéndolos entretenidos.

Aubrey guarda silencio durante un segundo.

—Supongo.

—¿Ocurre algo, cariño?

No me gusta nada oírla así. Es mi niñita dicharachera y feliz. Aubrey es la que siempre anima a la gente. Tiene un corazón enorme y su sonrisa es contagiosa.

—No, es que te echo de menos. Papá no me arropa como tú y no sabe cocinar.

Hago todo lo que puedo para explicarle que él y yo somos diferentes y para consolarla al mismo tiempo. Esta es la parte del divorcio que quería evitar. Que mis hijos tengan problemas es lo único que me preocupa. No se merecen esto, pero es inevitable. No por eso tiene que gustarme.

—Te veo mañana —le recuerdo.

—¡Te voy a abrazar! —proclama su dulce vocecita.

—¡Seguro que sí!

Colgamos y exhalo un suspiro.

—¿Va todo bien? —pregunta Noah.

—Sí. —Sonríó—. La vida de una mamá.

—No tengo ni idea de lo que eso significa, pero parece que tus hijos te quieren mucho.

Todavía sonriendo, me acerco a la mesa para coger su foto.

—Estos son mis peques. —Noah coge el marco de la foto y me quedo a su lado—. Ese es Finn, y tiene diez años; y esa es Aubrey, que cumplió seis hace un mes. Es la primera vez que se quedan a dormir solos con su padre, cosa que parece una locura, pero siempre han estado conmigo o con mis padres.

Los ojos de Noah se llenan de una tristeza que refleja mi voz. No creo que nunca me haya permitido pensar en ello hasta ahora. No tengo ni idea de qué comerán, qué harán, qué pensarán ni qué soñarán. Mis padres venían a nuestra casa si queríamos salir y Scott nunca quiso que nos fuéramos los dos solos, así que solo han pasado una noche en casa de mis padres, aunque fui a por ellos antes de que despertaran. Yo he estado ahí cada mañana y ahora pasará uno de cada dos fines de semana sin ellos.

Su mano me roza la mejilla y me percato de que se me ha escapado una lágrima.

—No estás loca por echar de menos a tus hijos, Kristin.

—Lo siento. Soy la periodista menos profesional del mundo. —Me limpio el otro lado de la cara, cojo la foto y la dejo de nuevo.

—De eso nada. —Sonríe, pero no le creo.

—Mientes.

—Puede que un poco.

Me echo a reír y meneo la cabeza.

—Vale, una entrevista, sin nada de alcohol ni llantos, ¿trato hecho?

Noah me ofrece la mano.

—Trato hecho.

Noah

—*E*n fin, ¿qué hay que esté bien por aquí? —pregunto cuando nos montamos en el coche.

Pensaba preguntárselo a Eli, pero estaba demasiado ocupado sermoneándome acerca de por qué esta cena no debía tener lugar. Después me regañó Heather.

Les he asegurado a los dos que esto era sobre todo una cena de trabajo, lo cual es en parte verdad. Los ojos entornados de Heather me dijeron que eso también lo sabía. Kristin necesita su entrevista, es evidente que anoche no la hicimos, y se le está acabando el plazo.

Me estoy portando como un buen tío, nada más. No tiene absolutamente nada que ver con que todavía pueda oler el aroma de su champú, sienta su piel contra la mía y quiera oírla reír.

Kristin se mete el cabello castaño detrás de la oreja y ladea la cabeza.

—Bueno, está claro que esto no es Nueva York, pero a mí me encanta Whiskey Joe's. Es discreto y, como no estamos en temporada, no te acosarán.

Nada me resulta más atractivo que disfrutar de intimidad con Kristin, pero me recuerdo que he de controlarme, ya que esto es un tema laboral.

—Suenan genial.

—Hace muchísimo que no vengo. Me encanta la comida y está justo en la playa.

Su entusiasmo me hace desear estar ya allí. Una cena y un paseo por la playa a la luz de la luna con ella podrían satisfacer mi necesidad de pasar tiempo a su lado. Quiero saber qué tiene para haberme hecho un lío por dentro.

—¿Por qué no te has ido?

Ella vuelve la cabeza para mirarme con una sonrisa algo triste.

—La vida.

Lo entiendo más de lo que se imagina. Yo he dejado de hacer algunas de mis cosas favoritas porque mis días están ocupados con la lectura de guiones, viajes, tonterías publicitarias y entrenadores personales. Los últimos meses han sido la primera ocasión real que he tenido de tomarme tiempo para hacer cosas que me gustan.

—Sin duda la vida puede interponerse.

—La vida puede ser una mierda.

Me echo a reír.

—Sí..., puede serlo.

Ella exhala un suspiro y casi puedo sentir el peso sobre sus hombros. Recuerdo que mi madre hacía lo mismo.

—Háblame más de tus hijos —la animo.

Kristin se anima al instante y sonrío.

—Bueno, Finn es complicado, pero es mi guía. Te juro que ese crío se parece tanto a mí que da un poco de miedo.

—¿Miedo? Por lo que sé, eres increíble.

—¡Oh, sí! —Kristin ríe—. Soy superincreíble cuando estoy pedo o sin sentido. Esos son los objetivos de mi vida.

Tengo ganas de alargar el brazo y asirle la mano porque, pese a reír, puedo oír su sufrimiento. Algo dentro de mí quiere consolarla, pero no lo algo. He de mantener los límites bien claros.

—Todos necesitamos relajarnos un poco.

—Es evidente que yo necesito dar con la manera de encontrar el equilibrio.

Meneo la cabeza.

—Soltarte la melena una noche no te convierte en una insensata. Bueno, ¿y qué le gusta hacer a Finn?

Ella se encoge de hombros y se vuelve un poco para mirarme.

—Finn es muy mecánico. Le veo desmontar cosas y volverlas a montar. Sin duda es una persona literal, que cree que las indicaciones hay que seguirlas. Aubrey es un espíritu libre. Esa niña me va a dar muchos problemas cuando crezca.

Mientras habla pienso en que yo no tengo ninguna de estas cosas. El dinero, la fama y las cosas bonitas no llenan. Hubo un tiempo en que quería una vida como la suya. Lo único que tenía en mente eran los hijos y una familia, pero eso se esfumó con rapidez. Ojalá las cosas no hubieran pasado como sucedieron aquella noche.

Mi corazón empieza a retumbar tan fuerte dentro de mi pecho que juro que podría dejarme moratones. Hace mucho tiempo que no me he permitido un momento para pensar en ella.

Para pensar en todos los planes que teníamos y en cómo se hicieron pedazos.

—¿Noah? —Kristin me toca el brazo—. ¿Estás bien?

—Lo siento —me apresuro a decir—. ¿Me estabas hablando de Aubrey? — Me parece que se llama así.

Kristin aparta la mano y siento la pérdida. ¡Mierda! ¿Qué tiene esta mujer? No puede ser solo que es guapísima. He estado con muchas tías buenas y ha estado bien. Si lograda averiguarlo, podría descubrir cómo lidiar con ello.

—No tenemos por qué hablar de mis hijos —me ofrece.

—No me estoy quejando. Si prefieres hablar de otra cosa...

—No quiero aburrirte.

El caso es que yo ya no hago esto. En mi mundo no existen las conversaciones normales. La gente me hace un millón de preguntas o intenta sacarme algo.

—Tengo la sensación de que voy a hablar mucho de mí en cuanto empiece nuestra cita.

—Cena de trabajo. —Kristin me mira con expresión de madre.

—Claro. Nuestra cena de trabajo —digo en tono condescendiente—. ¿Y si me hablas de Heather y de tus amigas? Las historias de Eli son... divertidas.

Kristin rompe a reír.

—¡Oh, ya me lo imagino! Mis amigas son realmente interesantes.

Me cuenta que se conocieron en el instituto y que han conservado intacta su amistad a lo largo de los años. A mí me parece descabellado que hayan conseguido mantenerse en contacto como lo han hecho. Mi mejor amigo del instituto solo me llama cuando quiere pasta.

—Pero ¿estás más unida a Heather? —pregunto porque su dinámica me desconcierta.

—Mmm. —Se muerde la uña del pulgar—. No sé cómo responder a eso. Todas estamos unidas de distintas maneras. Heather y Nicole están realmente unidas y Danielle ha sido mi amiga más íntima casi siempre. Desde que me separé resulta raro...

—¿Por qué?

«¿Por qué cojones me importa tanto?»

—Hace tiempo que Danielle y su marido tienen problemas. Imagino que le daba miedo que Scott y yo pudiéramos encontrar una forma de solucionarlo. Además, su marido y el mío..., bueno, mi futuro exmarido, son muy amigos. Eso ha causado un poco de tensión en nuestra amistad.

Scott. Hasta su nombre es estúpido. No cabe duda de que es un puto imbécil por dejarla marchar o porque decir de ella otra cosa que no sea lo hermosa que es. No debería preguntarle, pero me muero por saber.

—¿Por qué... habéis terminado?

La tristeza inunda los ojos de Kristin y odio haber sido yo el causante.

Heather le llama el Gilipollas, como si fuera ese su nombre, simplemente el Gilipollas. Doy por hecho que es un puñetero imbécil y espero confirmación.

—Nuestra cena de trabajo está dando un giro...

Esbozo una sonrisa.

—Solo me pregunto por qué, si eras el mejor polvo de la vida de un tío, se marcharía tu marido. Sabes que el sexo es la clave de una relación sana. Imagino que o bien mentías sobre lo de que eras buena en la cama o bien el problema es tu ex.

Kristin se tapa la cara con la mano.

—No ha tenido nada que ver con eso y me parecía genial que olvidaras todo lo que he dicho desde que nos conocemos.

—Lo dudo.

Es muy poco probable que olvide algo de anoche.

Ella se pone tensa en su asiento.

—¿Sabes? Siempre me he preguntado por qué nadie ha inventado una pastillita mágica que pueda hacerte olvidar cosas que no quieres recordar. O que te proporcione la capacidad de comer lo que quieras sin engordar. Con tanta gente lista como hay en el mundo, ¿por qué no ha pasado?

La miro y me echo a reír.

—No tengo ni idea.

—Estos son problemas reales. ¡Oh! —Su voz se llena de entusiasmo—. ¡Me encanta esta canción!

Kristin sube el volumen y empieza a tatarrear en voz baja. Da la impresión de que por un momento se ha olvidado de que estoy aquí y se pone a cantar a voz en grito. Freno en un semáforo en rojo y no soy capaz de quitarle los ojos de encima. Parece libre, feliz y muy metida en la canción. Canta aún más alto y meneaba la cabeza.

Heather no ha dejado de repetir una y otra vez lo destrozada que está Kristin. Aún no he visto eso de ella. Lo único que veo es a alguien que hace que se me acelere el corazón. La veo dejarse llevar por la música, esperando que no cambie nunca el semáforo. Podría mirarla toda la noche. Llega el estribillo de la canción y mientras las notas escapan, ella abre los ojos y se tapa la boca.

—Tienes una voz preciosa —digo, pues deseo que continúe.

Ella se burla y luego se ríe de sí misma.

—Soy muy gansa. ¡Ay, por Dios!

—Eres adorable. —Me decanto por la sinceridad porque dudo que me crea de todas formas.

El semáforo cambia y no puedo ver su reacción, pero el gruñido que profiere me hace sonreír. Me encanta hacer que se sienta confusa.

—¿Por qué no dejo de ponerme en ridículo cuando tú estás? Parece que me olvide de ser normal.

Estaciono en el aparcamiento del restaurante, si se le puede llamar así, y poso la mano en su pierna.

—Me gusta que te sientas lo bastante cómoda conmigo como para ponerte a cantar. No hay muchas personas tan seguras. Se comportan como creen que quiero que lo hagan.

Los ojos azules de Kristin se clavan en los míos.

—Yo no suelo ser así —reconoce—. Soy la estirada de mis amigas.

—Sé siempre tú misma, Kristin. No hay nada más sexy que una mujer segura de sí misma. Créeme.

Ella se aclara la garganta y veo cómo se levantan los muros.

—¿Listo para cenar?

Le dejo ganar esta, pero el juego no ha terminado, ni mucho menos.

—Claro.

Kristin

*L*a cena no se parece en nada al comienzo de nuestra noche ni al maldito viaje en coche, donde he fingido estar haciendo una audición para *La Voz*. Por suerte no ha mencionado ninguno de los incidentes y hemos ceñido estrictamente a la entrevista. Noah está en plan actor y yo me he metido en el papel de periodista. Es como si ambos hubiéramos dado a un interruptor en cuando he sacado mi cuaderno, cosa que a mí me parece bien.

—¿Y qué hay de algún posible amor? —pregunto mientras continúo con mi lista. Noah guarda silencio tanto tiempo que levanto la vista—. ¿Noah?

Él se limpia el ketchup de la barbilla y se apoya contra el respaldo.

—No estaba preparado para esta.

—¿En serio? —digo—. Pues pensaba que seguramente es la pregunta que más suelen hacerte.

Noah es sin duda uno de los solteros más deseados de Hollywood. Es atractivo, listo, sexy, rico... ¿He mencionado sexy?

Me sorprende que no sea la pregunta principal en la mente de todo periodista. La he dejado para más adelante porque pensaba que ya había hecho bastante. Bien podía dejar las preguntas jugosas para el final, cuando puedo salir por patas y coger un taxi si es necesario.

—Y lo es —aclara—. Supongo que no estaba seguro de que fuéramos a entrar en eso. No quiero mentirte pero, al mismo tiempo, no sé si debería responder.

—Entonces ¿significa eso que hay alguien?

Procuro no sentirme desilusionada tras sus palabras y fracaso estrepitosamente. Una pequeña parte de mí quiere que no haya otra mujer. Una parte mayor de mí quiere no sentir eso. No tengo ningún derecho sobre él. Por amor de Dios, todavía estoy casada. Sin embargo, no puedo evitarlo.

Noah desliza la mano por la mesa, deteniéndose tan cerca de mí que podría tocarle.

—Significa que no debería decírtelo, Kristin.

La manera en que pronuncia mi nombre hace que el corazón me dé un vuelco.

—Pero ¿lo vas a hacer de todas formas? —Sonrío.

—Te digo esta parte de forma oficial, pero solo si accedes a hablar de forma extraoficial después.

Yo asiento.

—Necesito que digas que cuando tamborilee con los dedos hablaremos de manera extraoficial.

—Vale, hablaremos de forma extraoficial cuando tamborilees con los dedos.

Voy a tener una exclusiva en mi primera entrevista. Ay, mi jefa, que bien podría ser mi hija, se pondrá muy contenta.

—Siento algo por una persona. —Noah esboza una amplia sonrisa.

—¿Quieres comentar algo más? —le insto.

—No. —Tamborilea con los dedos y guarda silencio.

Vale, menuda mierda. Necesito más para que sea realmente jugoso.

—Está bien, eso es extraoficial. —Apago la grabadora y dejo el bolígrafo. Detesto que vaya a decir algo y no poder escribir sobre ello.

—La tengo delante. —Noah aparta la mano, coge su cerveza y sonrío antes de tomar un trago.

Mis labios se entreabren y de ellos no sale una sola palabra. ¿Yo? Está loco. Soy la amiga torpe de la novia de su amigo, que se emborrachó y se quedó grogui. Soy la pirada que le tiró a una piscina y de la que tuvo que ocuparse. Soy la chalada poco profesional con la que ha tenido que ir a cenar porque no hice bien mi trabajo cuando nos conocimos.

Debe de estar bromeando. Quizá sea una especie de novatada de famosos.

A joder a la periodista nueva.

Tiene que ser eso. Porque soy una ama de casa trasnochada y vieja, incapaz de tener satisfecho a su marido.

—¿Es que Heather te ha incitado a hacer esto? ¿O ha sido Eli, porque le llamé viejo el otro día?

—No.

Me echo hacia atrás mientras el aire abandona de golpe mis pulmones.

—Ni siquiera me conoces. Aparte de que soy un desastre.

Noah se remanga y apoya los brazos en la mesa.

—Sé que estaba deseando recogerte para nuestra cita aun después de que Eli y Heather trataran de disuadirme.

—Cena de trabajo.

Puede que tenga una enfermedad que afecta a la memoria y que no se dé cuenta de quién soy.

—Semántica. —Esboza una sonrisa de satisfacción.

¡Ay, Señor! El mensaje de texto de Heather tiene sentido ahora. Ella sabía que Noah estaba interesado o lo que sea. Resulta incomprensible por qué consideraría siquiera querer conocerme más.

—Noah, no me conoces. Créeme, soy la última persona en la que querrías pensar. Estoy pasando por lo que solo cabe suponer que va a ser un desagradable divorcio. Soy una madre divorciada que no aguanta el alcohol y mi trabajo es escribir cotilleos sobre ti. Ah, y canto como el culo.

Supongo que es mejor exponerlo todo.

Soy la última persona con la que debería querer salir.

Noah esboza una sonrisa burlona antes de pasarse la mano por su espeso y oscuro cabello.

—Bueno, si me lo pones así...

Se me escapa una carcajada y fijo la mirada en mis manos.

—Con la interminable ristra de actrices que se mueren por estar contigo, es una locura que mires siquiera dos veces a un desastre como yo. No soy nadie especial.

—Oye. —Espera a que levante la vista de mis manos antes de proseguir—. Todos somos un desastre. Te equivocas si piensas que a todos en Hollywood estamos bien de la azotea. Yo no he tenido una sola novia desde hace quince años y no te estoy pidiendo que salgas conmigo. Heather ya me ha amenazado con castrarme si lo intentaba.

Esa es la amiga que conozco y a la que quiero.

—Pero no voy a mentirte; me siento atraído por ti, y si lo único que vamos a ser es amigos..., me parece bien.

Sus palabras me envuelven y no sé cómo responder. Está claro que él me atrae, pero, claro, a cualquier mujer en su sano juicio le atraería. Es un Adonis... un poco chiflado.

Y es una droga a la que me gustaría ser adicta.

En lugar de decirle nada de eso, me inclino hacia delante, imitando su

postura.

—En realidad no podemos ser amigos, ¿verdad? Mi trabajo es escribir historias sobre tu vida.

Él se encoge de hombros.

—Eso significa que vas a rondarme mucho. Tendré mucho tiempo para conquistarte.

Vale, eso va a ser un problema que ni siquiera he tenido en cuenta.

—Más bien para darte cuenta de que necesitas un psicólogo más que yo.

Noah se arrima.

—Puede, o verás que soy un tío normal.

Me echo a reír.

—Sí, normal. ¿Porque casi todos los tíos son portada de *People* o de *GQ*?

—En mi mundo sí.

—Ya, pero yo no formo parte de tu mundo. Yo vivo en un mundo lleno de facturas, niños, un ex capullo y una jefa que piensa que añadir un emoticono en cada artículo le aporta chispa.

Noah sonrío mientras meneaba la cabeza.

—Parece interesante.

—No te haces una idea. —Suspiro—. Está haciendo una sala de meditación para que podamos encontrar nuestro centro cuando estemos estresados. Según ella, mi aura está hecha una mierda y quiere limpiarla. Signifique lo que signifique eso.

Noah alarga la mano por encima de la mesa y me toca la muñeca.

—No te pido que...

—¿Kristin? ¿Eres tú?

Levanto la mirada y veo a Jillian, la asistente de Scott, ahí de pie. Desvía la mirada de mí hacia Noah y me apresuro a apartar la mano.

—Hola, Jill. Cuánto tiempo sin verte. —Me levanto y le doy un abrazo—. Te presento a Noah Frazier. Estoy escribiendo un artículo sobre él para mi nuevo empleo. Noah, esta es Jillian Cruger, es la asistente de mi marido... de mi exmarido.

Ella se sonroja y ríe con nerviosismo.

—Por supuesto. Encantada de conocerte. Soy una gran fan tuya.

Noah le estrecha la mano y le brinda una sonrisa que no he visto antes. Es forzada y casi parece falsa.

—Gracias. Me alegro de conocerte.

Ella me mira de nuevo y me toca el brazo.

—Siento lo del divorcio. Scott me lo contó hace unos meses y me puse muy triste por vosotros. Pensé en llamarte, pero sería muy incómodo.

—Sí, «incómodo» sería un buen término.

Para una mujer debe de ser incómodo encontrarse cara a cara con la esposa del hombre con el que ha intentado acostarse.

Puede que Scott me haya tratado como una mierda, pero Jillian camina sobre las aguas. Siempre le oía elogiarla por anticiparse a sus necesidades y asegurarse de que su vida estuviera en orden porque yo no siempre andaba olvidando cosas. No creo que esté triste ni por un segundo. Ahora no tiene que disimular que quiere acostarse con él, si es que no lo ha hecho ya.

—Quería decir teniendo en cuenta toda nuestra historia.

—Sí, ha sido duro, pero los chicos y yo seguimos adelante y somos felices.

Jillian asiente.

—Me alegro. Él resiste bien. Me estoy ocupando de todo y asegurándome de que los fines de semana que tiene a los niños estén despejados. Le mantendré a raya.

Oh, seguro que sí.

—Gracias, seguro que los niños agradecerán que la secretaria de su padre se asegure de incluirlos en su horario —digo y miro de nuevo a Noah—. Me encantaría ponerme al día, pero debería seguir con mi reunión.

—Sí, por supuesto, siento haberte quitado tanto tiempo. Mis amigos y yo nos vamos a otro bar... —Mira a Noah con una sonrisa tímida—. En fin, debería volver, pero a lo mejor nos vemos por ahí.

—Claro. —Empasto una sonrisa en mi cara—. Ha sido estupendo verte.

Mentira.

—Oh, seguro que volveremos a vernos. —Jillian me da otro falso abrazo, se despide de Noah y se marcha.

La veo dirigirse a la mesa, donde nos señala y se ríe. Sus amigos se desplazan para intentar vernos.

—¿Cómo puedes con eso? —le pregunto a Noah, mirándoles por encima del hombro.

—¿Las miradas?

—Son invasivas.

Noah se sujeta la nuca.

—¿Volvemos a hablar de manera oficial?

Mierda, la entrevista.

—No, yo nunca...

—Deja que diga esto y después volvemos con la entrevista. —Noah acerca la mano como si quisiera tocarme, pero se lo piensa mejor y, en su lugar, coge su copa—. Las miradas forman parte de mi vida. Lo acepté cuando me metí a actor y vivo con ello porque, si no miran, es que soy irrelevante. Pero lo más importante es que tú eres diez veces más guapa que ella. —Alza la barbilla, señalando hacia la mesa de Jillian.

Su comentario me sume en el desconcierto. Ha salido de la nada.

—¿Qué?

—He visto cómo la mirabas y te digo que si tu marido la ha tocado alguna vez, se ha degradado. Eres de lejos la mujer más hermosa que he visto en mi vida y él es un imbécil. Y ahora volvamos a hablar de manera oficial. —Coge la grabadora y vuelve a encenderla.

—Yo, yo... —No sé qué decir—. Tú...

Noah vuelve a ponerse en plan profesional. Veo la diferencia en sus ojos, pero no soy capaz de ubicarme. En un solo momento ha sido capaz de ver lo que pensaba y sentía y después ha dicho algo que me reconfortaría. ¿Quién es este hombre? Es imposible que pueda ser tan perfecto.

Seguro que tiene la polla pequeña.

Si mi memoria de borracha no se equivoca, ya sé que no la tiene.

De todas formas, tiene que estar compensando en exceso alguna cosa.

—¿Seguro que quieres dar un paseo? —pregunta de nuevo Noah.

—Sí, hacía una eternidad que no venía.

Me vendría bien un poco de aire fresco. Hemos terminado de cenar y mi mente no deja de volver una y otra vez a lo que ha dicho sobre que estaba interesado. Me descalzo y cojo los zapatos en una mano mientras nos dirigimos hacia el agua.

—Me he fijado en que la mayoría de la gente que vive junto a la playa casi nunca va —comenta.

—Una palabra: turistas.

Él asiente.

—Tiene lógica, pero entonces ¿para qué vivir aquí?

Mi risa es una mezcla de sorpresa y tristeza.

—No lo sé. Es como si quisiera la opción de ir a la playa en caso de que exista la remota posibilidad de que esa gente no esté aquí.

También está el hecho de que toda mi vida está aquí. Sin embargo no puedo recordar cuándo fue la última vez que llevé a los niños al mar. A Finn le encantaba y Aubrey era pequeña la última vez que vinimos, pero tienen esto justo en su ciudad y no lo disfrutan.

—¿Como ahora? —pregunta.

—Exactamente.

El sol se está poniendo, pintando el cielo de preciosos tonos anaranjados, y la pequeña playa está vacía. Noah y yo paseamos por la orilla, dejando que el agua nos cubra los pies. Él me cuenta un poco sobre la inminente audición que tiene y que su agente le está presionando.

Yo escucho, no por la historia, sino porque está compartiendo retazos de sí mismo. La mano de Noah roza el dorso de la mía mientras nuestros brazos se mecen. Cada vez que se roza nuestra piel, me recorre un escalofrío, y después de la tercera vez, una parte de mi cerebro me dice que no es por casualidad.

En efecto, su mano coge la mía. Se me corta la respiración, pero no me aparto. Contemplo nuestras manos entrelazadas e intento aquietar mi desbocado corazón.

Noah deja de andar y tira de mí para que haga lo mismo.

—Baila conmigo —me pide.

—¿Qué?

Se acerca a mí, tirando con suavidad para que solo unos centímetros me separen de él. Su voz es profunda y seductora.

—Siempre he querido bailar en una playa al atardecer. ¿Bailas conmigo?

Debería decir que no.

—Sí.

O puedo hacer lo contrario.

Noah no espera, sus brazos me rodean, como si fuera ese el lugar que les corresponde, y yo apoyo las manos en su pecho. Nos mecemos al son del océano y el pulso se me acelera. No sé qué es, pero algo está pasando entre nosotros. Me asusta más de lo que quiero reconocer y, pese a todo, no me aparto.

Me acerco un poco más.

Nos movemos mientras el sol desciende y el cielo rosado se oscurece más. Noah coloca las manos en mi espalda y yo le miro a los ojos. Quiero decir

tantas cosas, pero temo hablar.

Acerca una mano a mi mejilla para apartarme un mechón de la cara.

—No sé qué tienes. —Su voz rompe el silencio.

Doy un paso atrás y río, pues necesito restar intensidad al momento.

—Es por el comentario del mejor polvo. Es todo; te prometo que pasará.

Noah ríe entre dientes, me aprieta contra su costado y luego me suelta.

—Ya lo veremos. Ningún tío dejaría pasar la oportunidad de ver si eso es verdad.

Me da un suave codazo cuando emprendemos el camino hasta el coche.

—Yo conozco a uno —dijo entre dientes, en voz tan baja que sé que no puede oírme.

Noah

*E*sto de dejarla tranquila se me da de pena.

Eli y Heather me van a matar, pero moriré siendo un hombre feliz. Todo en esta mujer es embriagador. No tiene ni idea de lo hermosa que es, y cuando ríe, sus ojos azules se iluminan y me hacen desear hincarme de rodillas. No encuentro ninguna razón para que sienta eso por ella, pero aquí estoy, tomando las decisiones equivocadas.

Diciéndole cosas que juré que no diría.

Haciendo cosas que prometí a mis amigos que jamás intentaría siquiera.

Su forma de sonreír sin reservas, de cantar como si nadie escuchara y bailar conmigo sin vacilar, se han combinado para joderme bien. Ahora no podría apartarme aunque quisiera.

El trayecto en coche ha sido tranquilo. Kristin parece perdida en sus pensamientos y no quiero presionarla. Yo repaso todas las estupideces que he dejado que salieran por mi boca, esperando no haber dado la impresión de ser un lunático.

—¿Estás bien? —pregunto cuando aparco en la entrada de su casa.

—Sí, lo siento, es que estoy componiendo el artículo en mi cabeza. —Me sonrío.

—Espero haberte dado suficiente para la entrevista.

—Lo has hecho. Creo que será genial.

Asiento una vez y me bajo del coche. Sé que no es una cita, pero mi madre me mandaría de vuelta a la granja de una patada en el culo si no tratase a una mujer con respeto y le abriera la puerta. Me recuerdo que he de dejarla en paz durante los pocos pasos que doy.

Después de inspirar hondo, abro la puerta y la ayudo a bajar. Ella se tambalea un poco y yo la agarro. La atraigo contra mí, más de lo estrictamente

necesario. Kristin levanta la mirada y es imposible negar el deseo que flota en ellos. Puedo sentir que se le acelera el pulso, pero me contengo.

—Noah —pronuncia mi nombre con un suspiro.

—Dime que no sientes nada. —Le doy la oportunidad de librarse de esto. Dejaré que se vaya si dice las palabras—. Dime que deje de venir y que no estás interesada.

—No puedo...

Subo la mano por su espalda, pegando su cuerpo al mío.

—Quiero besarte.

Ella menea la cabeza, pero sus dedos se mueven sobre mi pecho y se abren paso hasta mi nuca.

—No deberíamos.

—No, no deberíamos —coincido—. Pero si tú no me lo impides, voy a hacerlo.

Los dedos de Kristin juguetean con el vello de mi nuca.

Mi control se desvanece.

—Tres —empiezo a contar.

—Dos.

Kristin se acerca un poco más a mi boca y estoy acabado.

Nuestros labios se encuentran y la apoyo contra el coche, inmovilizándola para que no pueda escapar. La beso como si ese pudiera ser el último beso que jamás compartamos. Deslizo las manos más arriba para poder ahuecarlas sobre su cuello. Cuando ella suspira, aprovecho la ocasión para introducir la lengua dentro. Kristin me devuelve el beso en todos los aspectos. Me desea tanto como yo la deseo a ella.

Cada vez que se tocan nuestras lenguas deja escapar un sonido que afecta directamente a mi polla. Pese a lo mucho que me habría gustado haber podido besarla anoche, me alegro mucho de que no pueda echarle la culpa de esto al alcohol. Mis manos recorren su cuerpo, adorando cada curva y cada recoveco.

Sus dedos descienden de nuevo hasta mi pecho y su cuerpo se tensa antes de apartarse.

—Ha... —Se esfuerza por recobrar el aliento—. Ha sido...

—Fantástico —concluyo por ella.

—Sí, lo ha sido. Pero no debería haber ocurrido. Mierda. ¿Qué es lo que me pasa?

Tomo su rostro entre las manos.

—No te pasa nada.

Los ojos de Kristin se llenan de arrepentimiento.

—Ay, Dios mío. Lo siento muchísimo. No debería haber hecho eso.

—Tú no has hecho nada. —Todo esto es culpa mía. Soy yo quien la ha besado a pesar de que sabría todo por lo que está pasando—. Soy yo quien debería disculparse.

Kristin baja la vista al suelo.

—No, no deberías. Yo quería que me besaras. Quería besarte y quiero mucho más, pero no puedo...

Coloco el dedo bajo su barbilla y la obligo a mirarme.

—¿Por qué?

Conozco todas las razones, pero necesito que me las recuerden para no besarla otra vez.

—Porque estoy escribiendo un artículo sobre ti y tu vida amorosa.

¿Habla en serio? ¿Cree que eso me importa una mierda? Puede escribir lo que le venga en gana, de todas formas todos lo hacen. Si esa es su razón más importante, se enfrenta a una enorme batalla. Una batalla que ganaré yo.

—Eso no importa.

—No puedo hacerlo. —Kristin logra escapar de donde estaba, entre el coche y yo, y empieza a alejarse.

Corro tras ella, pues no deseo que la noche acabe de este modo.

—Lo siento —digo, y la cojo del brazo—. No pretendía presionarte.

Ella deja escapar una profunda bocanada.

—No has hecho nada malo. Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que sentí algo así y resulta desconcertante, excitante y muy aterrador. La verdad es que nunca saldría bien. —Kristin posa la mano en mi pecho—. No estoy preparada y te prometo que no te conviene meter siquiera un dedo en mi alocada vida.

No sabe que ya me he lanzado de cabeza.

Le suelto el brazo, sabiendo que tengo que dar un paso atrás. En mi cabeza resuenan las palabras de advertencia de Heather acerca de la escoria que tiene por marido y de todo el daño que le ha hecho y que ella ni siquiera ve.

—¿Podemos ser amigos? —pregunto, pues tengo la sensación de que solo así accederá a verme de nuevo.

—¿En serio? —Su voz refleja una cierta sorpresa, lo cual resulta muy enternecedor—. ¿Quieres que seamos amigos? Empiezo a cuestionarme tu

cordura.

—¿No estás lista para que seamos amigos? Suponía que habíamos cruzado esa línea cuando impedí que te ahogaras.

Ella levanta la mirada al cielo y farfulla:

—Jamás voy a superar la vergüenza, ¿verdad?

—Probablemente no. Además, es mi póliza de seguros en caso de que escribas porquerías sobre mí que no sean verdad. Es cuestión de tener influencia.

—Bueno es saberlo. —Me da un manotazo en el brazo—. Seguro que mi artículo sobre que desnudaste a una mujer borracha e inconsciente tampoco favorecería tu reputación.

Me arrimo, inspirando el aroma cítrico de su perfume.

—Yo no lo recuerdo así.

—Bueno, señor Frazier, tendremos que guardarnos nuestros ases en la manga, ¿no le parece?

Me mezo hacia atrás con una sonrisa de oreja a oreja.

—Supongo que sí. Estoy deseando leer el artículo.

Kristin sonríe.

—Te agradezco la exclusiva y esta noche. De verdad siento mucho...

—No lo digas. —Levanto mi mano—. Soy yo quien tiene que disculparse. ¿Podemos empezar de nuevo?

Ella asiente.

—Eso me gustaría.

Metó la mano en el bolsillo y saco dos chicles. Le doy una a ella.

—No es una pastillita mágica, pero tengo un chicle que ayuda a olvidar.

Kristin esboza una amplia sonrisa al tiempo que acepta mi ofrecimiento.

—Con que chicle mágico, ¿eh?

—He oído que ayuda cuando quieres borrar el pasado y empezar de cero.

Estoy siendo el tío gracioso más cursi de la historia, pero funciona.

—Muy bien. —Desenvuelve el chicle y se lo mete en la boca; yo hago lo mismo—. ¿Funciona ya?

Soy actor; es hora de hacer lo que sé hacer.

—Soy Noah Frazier, el amigo de Eli. —Le ofrezco mi mano.

—Encantada de conocerte, Noah —dice mientras me la estrecha—. Yo soy Kristin McGee. Heather me ha hablado mucho de ti. Espero que charlemos muy pronto para un artículo que estoy escribiendo.

—Estoy deseando verte para hacer una entrevista.

—Yo también. —Kristin se muerde el labio inferior mientras agacha la cabeza.

Cubro su mano con la otra.

—Que pases una buena noche, señora McGee.

Ella aparta la mano y le toca el brazo.

—Buenas noches, Noah. Lo he pasado muy bien.

—Estoy deseando que haya más ocasiones. —Le guiño un ojo y me giro hacia el coche.

Recuerdo lo que mi profesor de interpretación decía sobre que siempre hay que dejarlos con la miel en los labios y eso es justo lo que pienso hacer con ella.

Kristin

*M*e apoyo en la pared, preguntándome qué narices acaba de pasar.

Noah me ha besado. Quiero decir que me ha besado de verdad.

Y yo le he devuelto el beso.

Un beso cojonudo.

Un beso que no tendría que haber sucedido. No sé qué me ha dado, pero no he podido contenerme. Mi necesidad de besarle ha superado mi instinto de supervivencia. Apenas conozco a ese hombre, pero parece que hayamos sido amigos desde siempre.

Esto... esta estupidez va a joderlo todo si dejo que vuelva a ocurrir.

No lo consentiré. No dejaré que pase porque no estoy en situación de traer más problemas a mi caótica vida. Por Dios, ¿se puede ser más tonta? Estoy terminando de divorciarme, soy una madre divorciada y me han encargado escribir sobre él.

En cuanto estoy segura de que no voy a parecer una jirafa que está aprendiendo a andar después de haber disfrutado del beso de su vida, me dirijo a la cocina para servirme una copa de vino, que necesito como respirar. El lunes por la mañana tengo que entregar el artículo y estoy demasiado tensa como para dormir, así que me pongo ropa cómoda y enciendo el portátil.

El documento de Word se abre, conecto la grabadora, coloco los dedos sobre el teclado y empiezo con el borrador.

Me río para mis adentros con el título, sabiendo que él entenderá la broma privada.

DESNUDANDO LA VERDAD SOBRE NOAH FRAZIER, por Kristin McGee

Noah Frazier, uno de los hombres más destacados de *La delgada línea azul*, que empezó a emitirse a finales de abril, es sin duda uno de los favoritos de los fans. Su

personaje, el cautivador, destrozado y encantador agente Witt, lleva siete temporadas ganándose el corazón de los espectadores. Después de que aquí, en Famosoadictos, tuviéramos ocasión de realizar una entrevista exclusiva, no nos sorprende nada. Es divertido, dulce y muy sexy, pero lo que distingue al señor Frazier es que tiene los pies en la tierra.

Durante nuestra charla, averiguamos un poco sobre sus aspiraciones para el futuro, pero sobre todo le preguntamos si tiene a alguien especial. Esa parece ser la pregunta más candente en la mente de toda mujer soltera y de muchas mujeres casadas.

Sentado en un pub de Tampa, Noah pasó unas horas charlando y dándome las respuestas que nos moríamos por conocer.

Enciendo la grabadora y empiezo a transcribir.

Famosoadictos: Muchísimas gracias por acceder a verme. Soy una gran fan tuya y es todo un honor que hayas aceptado hacer una entrevista.

Noah Frazier: Gracias por invitarme. Es un placer estar aquí.

Famosoadictos: ¿Estás disfrutando de tu descanso de la interpretación?

Noah Frazier: En realidad sí. He estado visitando a la familia y a los amigos, tratando de encontrar el papel adecuado para mí.

Famosoadictos: ¿Tiene planes para proyectos futuros?

Noah Frazier: Hay dos guiones que me tienen entusiasmado. Pero ya veremos. Ahora mismo estoy disfrutando de mi tiempo en Florida.

La voz de Noah es grave y, sabiendo lo que sé, capto el doble sentido. Escribo las respuestas relativas a su trabajo, cómo es estar nominado a un Emmy y que su meta es ser productor.

Después entro en lo que los lectores quieren saber de verdad; la basura.

Famosoadictos: Estás en la ciudad visitando a Eli Walsh, ¿es correcto?

Noah Frazier: Así es. Eli y yo nos hicimos muy amigos mientras trabajábamos en *La delgada línea azul*.

Famosoadictos: Seguro que os metéis en líos muy a menudo.

Noah Frazier: Bueno, solo cuando hay tequila de por medio. Por lo general somos muy aburridos, y otras veces los problemas nos caen encima o nos arrastran a ellos.

No puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios. Puedo ver su sonrisa perfectamente mientras decía aquello. El brillo travieso en sus ojos verdes.

Famosoadictos: Ya me lo imagino. Sabemos que el mundo lloró un poco cuando pillaron a Eli, ¿hay algún amor por ahí?

Noah Frazier: Hay alguien por quien siento algo.

Famosoadictos: ¿Quieres comentar algo más?

Noah Frazier: No. Ella ya sabe quién es.

Famosoadictos: Bueno, debe de sentirse halagada.

Noah Frazier: Con suerte sentirá más que eso. Espero que le interese.

El corazón se me empieza a acelerar y la garganta se me queda seca. Soy la mujer de la que habla. Soy la mujer en la que se ha fijado Noah Frazier y sé lo que es estar en sus brazos, tocar su cuerpo. Siento un cosquilleo en los labios al recordar su boca moviéndose con la mía, el sabor mentolado de su lengua, y no sé qué hacer al respecto, salvo mantener las distancias. Noah no tiene idea de lo destrozado que está mi corazón y no existe la más mínima posibilidad de que se quedase si viera un solo resquicio.

Me echo hacia atrás, cierro el portátil y apuro el vino que queda, sabiendo que ya es imposible que pueda terminar el artículo. Tengo a Noah metido en mi cerebro. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me miró como él lo hace. Como si valiera algo. Un hombre que no tiene por qué perseguir a mujeres normales como yo piensa que soy especial.

No. No me lo creo.

No es posible que me quiera para algo más que un polvo rápido. Yo no soy esa clase de mujer. Necesito más. Siempre es así. Lo último que quiero es ser buena, pero no lo bastante buena para tener algo más.

Me dirijo al cuarto de baño para lavarme la cara y prepararme para irme a acostar.

—¿En qué estaba pensando? —digo en voz alta mientras me miro en el espejo—. Eres simple, frustrante y no sabes hacer nada bien, Kristin. No has podido hacer feliz a Scott. No vales nada, tal y como te ha dicho él una y otra vez. —Las lágrimas empiezan a caer mientras las palabras de Scott llenan mi cabeza—. Te has abandonado. Antes eras muy guapa. Esta noche no, no me apetece esforzarme tanto para llevarte hasta el final.

Es imposible que un hombre como Noah se quede. Sería tonta si pensara lo contrario.

La noche pasada fue la peor noche desde que dejé a Scott. Lloré hasta quedarme dormida, oyendo quince años de humillaciones.

La duda es irracional y no le importa que la voz dentro de mi cabeza sea el fruto de años de estar con un hombre infeliz. Puedo decirme que Scott volcaba sus inseguridades en mí para sentirse mejor, pero, al final, no siempre soy lo bastante fuerte para creerlo.

Anoche fue una de esas veces.

Ahora, a la luz de media mañana, sé que fue una locura permitir que Scott tuviera esa clase de poder sobre mí. Sus palabras son ruido y voy a ahogarlo con todo lo positivo que vive dentro de mí. Es mucho más fácil creer en lo negativo, pero estoy harta de vivir en ese infierno.

Dispongo de unas horas antes de que Scott tenga que traerme a los niños y me pongo a limpiar como una loca para demostrarle que se equivoca. Soy una buena madre, puedo tener la casa limpia y soy guapa.

Me sobresalto cuando llaman a la puerta.

—Kristin, ¿estás en casa? —La voz de Danielle llega desde el otro lado.

—Hola. —Sonrío y abro la puerta.

Ella levanta un vaso de café en la mano y me entran ganas de darle un beso.

—Eres la mejor amiga que una chica podría tener.

Danni ríe y entra en casa.

—Este sitio está genial, cariño. Has hecho un trabajo estupendo consiguiendo que parezca diferente y tuyo.

—¿Tú crees?

Ella asiente.

—Sí.

—Gracias. —Voy hasta el sillón y nos sentamos—. Lo intento.

Danielle echa un vistazo a su propio vaso y después me mira otra vez a mí.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Scott le ha dicho una cosa a Peter y yo he tenido mis dudas porque Peter me ha pedido que no lo contara, pero eres mi mejor amiga, joder. Me da igual que sean amigos. Somos tú y yo contra el mundo, ¿verdad?

Se me encoge el estómago al pensar que tiene que ser algo malo si Danielle ha venido aquí a las diez de la mañana de un domingo. También Peter debe de haber pensado que era lo bastante malo como para contarlo.

—Me estás asustando un poco. —Intento reír, pero suena raro.

—Scott llamó a Peter y le dijo que tenía pruebas de que habías estado

teniendo una aventura.

Vale, ahora sí que me río.

—¿Qué? ¿Una aventura? —Meneo la cabeza ante tamaña idiotez—. ¿De dónde iba a sacar el tiempo para tener una aventura si estaba demasiado ocupada siendo una esposa de mierda para él?

Ella cierra los ojos.

—Supongo que anoche...

—¡Ay, por Dios santo! —Me levanto—. ¡Estaba trabajando! Tenía una entrevista. Ahora mismo me ocupo de Noah y cenamos juntos por el artículo. Es increíble. —Empiezo a pasearme porque Scott es ridículo—. ¿Desde cuándo una cena es lo mismo que una aventura?

Danni levanta las manos en alto.

—No dispires al mensajero. Yo solo sé que va a ser un capullo e intentará utilizar esto.

¿Utilizar esto? Santo Dios, es increíble. Entonces me doy cuenta de que la única persona por quien ha podido enterarse es Jillian.

—Así que su asistente me ve no hace ni veinticuatro horas y le llama un domingo para avisarle de que he salido a cenar. Es una empleada muy entregada. —Escupo la última palabra.

—Quiero que estés preparada, Kristin. Scott es el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Estoy preocupada por ti. Me preocupa que vaya a joderte si sospecha algo. Peter y yo hemos tenido una pelea monumental esta mañana, cuando me lo ha contado. He saltado con que Scott no debería tener ni voz ni voto en lo que respecta a tu vida cuando es él quien ha solicitado el divorcio.

Le tomo la mano en la mía y le doy un apretón. No tiene ni idea de cuánto aprecio su amistad. La relación de Peter y ella ha sido extenuante y por fin han encontrado la forma de resolverlo. Es injusto que tenga que pelearse con su marido por mi culpa.

—Te ruego que no hagas eso. No dejes que tu matrimonio se vea arrastrado por mi divorcio.

Ella me brinda una sonrisa triste.

—Estamos bien. Ahora entiende que lo que le he estado repitiendo sin cesar era la verdad. En estos momentos los dos pensamos que Scott le está utilizando. Llama para conseguir información que Peter no posee y ahora se está dando cuenta. Después le dije a Peter que era evidente que estaba metido

en la red de mentiras que has estado tejiendo para que todos creamos que eres la víctima.

—¡Menudo narcisista! —refunfuño—. ¿Cómo voy a tejer una red de mentiras? ¿Qué mentiras, Danni? ¿Que es muy probable que me engañara sabe Dios cuántas veces? Pues si quiere pelea, estoy más que dispuesta.

Scott podía hacer que pensara que estaba loca por pensar que lo que él hacía estaba mal. Que yo cuestionara las cosas significaba que estaba delirando. No sé cómo lo hace, pero es capaz de retorcer cualquier cosa para que la culpa sea de otra persona, convertir una mentira en una verdad. No lo vi hasta que me marché, pero ahora que lo he visto, está claro como el agua.

Danielle exhala con fuerza por la nariz y sé que la siguiente parte no va a ser nada buena.

—Sabes que Peter se ha negado a aceptar su caso, pero quería que te advirtiese que si Scott afirma que fuiste infiel durante el matrimonio, puede afectar a la custodia, a la pensión alimenticia y a la manutención de los niños.

No pienso jugar a esto con él.

—Jamás he sido infiel.

—Lo sé.

—Te juro que si me acusa de esto... —Mi voz se va apagando, pues ni siquiera estoy segura de qué haré. Mi abogada es buena, pero es rival de lo que sea que él pueda permitirse.

Estoy bien jodida si hace esto. Peter trabaja para un bufete especializado en defensa criminal muy importante, pero cuando estaba empezando venía del derecho de familia. Ha representado a un montón de deportistas que se han metido en situaciones complicadas, y si está preocupado... yo también debería estarlo.

—No le enseñes tus cartas, Kristin. No dejes que sepa que sabes algo. Eso es lo que él quiere.

—¡Intento ser justa y superar esto! ¡Quiero estar divorciada ya! Quiero recuperar mi vida..., sin tener su voz en la cabeza.

Danielle me da un apretón en la mano.

—Es hora de jugar a su juego, pero de forma más inteligente.

—¿Cómo? Yo no pienso de esa manera.

Ella enarca las cejas.

—Menos mal que tienes tres buenas amigas que te cubren las espaldas. No estarás sola con él. Una de nosotras permanecerá aquí como testigo durante

cualquier contacto que mantengas, Scott no tiene caso si cada aspecto se puede refutar.

—Es una locura.

Ella menea la cabeza.

—No, cielo, es la guerra.

Kristin

Una vez me calmo, me pongo de nuevo a limpiar la casa. Danni está sentada en la isla, observándome mientras friego la encimera con tanto ahínco que podría hacerle un agujero.

—¿Kris? —dice mi nombre mientras ríe—. Estoy segura de que está limpia.

Paro y exhalo un suspiro. Hay tantas cosas que quiero decirle. El caso es que Danielle ha sido siempre la persona a la que he acudido cuando ocurre algo. Lo comparto todo y me muero por contarle lo de anoche. Me está matando, pero me preocupa decir algo.

No porque pueda no aprobarlo, sino porque si esto acaba en una batalla en los tribunales, no sé está bien que se lo cuente.

Ella se acerca a mí, posando la mano en mi hombro.

—Todo va a salir bien.

Levanto la mirada, abriendo los ojos y cerrando la boca.

—Tienes esa expresión...

—¿Qué expresión? —Me hago la tonta.

—La de «tengo un secreto y me está matando». Desembucha.

Dejo la esponja en el fregadero y me vuelvo hacia ella.

—No sé si es buena idea.

—¿Por qué?

—¿Hasta qué punto te opones al perjurio? —la analizo.

Danielle levanta las manos antes de que caigan sobre sus piernas, profiriendo un fuerte golpeteo.

—¡Ay, Santo Dios!

—Te pregunto hipotéticamente. —Cruzo los brazos.

—¿Hipotéticamente?

Si hablamos de manera abstracta, tal vez se lo pueda contar.

—Sí, hipotéticamente, ¿qué ocurriría si alguien besara a alguien?

Danielle abre los ojos como platos.

—¿Ese alguien lo pregunta porque ese alguien está preocupado por un posible problema con un divorcio?

Me encojo de hombros.

—Puede. Es decir, este alguien podría preguntarlo simplemente porque siente curiosidad por si eso se considera engañar a ojos de la ley...

Su sonrisa se ensancha y ladea la cabeza.

—Por lo que Peter dice sobre la ley, solo se considera adulterio mantener relaciones sexuales.

Asiento. Bueno, al menos soy buena en eso. Me alegro un poco de que mi beso, de esos que te cambian la vida, no se pueda utilizar contra mí, pero claro, me alegro de que Scott sea aún más imbécil de lo que pensaba. Yo no he hecho nada malo.

—Bueno es saberlo. ¿Y si ella salió a..., digamos..., cenar con un cliente?

—Cenar no es cometer adulterio. ¿Tu amiga fue a esa cena hace poco? —insiste Danielle.

—Sí.

—¿Por casualidad vio a alguien que conocía? —Sonríe.

—Es posible.

Danielle se queda boquiabierta.

—¿Es que tu amiga intenta matarme? Por lo que me has contado hasta ahora, tu amiga no ha hecho nada malo.

—Mi amiga agradece el asesoramiento.

Danielle ríe.

—Tu amiga no tiene por qué darme las gracias. Tu amiga también debería saber que eso es solo durante el matrimonio y que si la amiga utilizó dinero en común para facilitar su aventura. Al menos es lo que tengo entendido.

—Bueno, mi amiga está totalmente limpia. —Me muerdo el labio y espero—. No está teniendo una aventura con nadie.

Danielle está a punto de estallar, pues se muere por saber más.

—¡Por favor, dime que tu amiga besó a Noah Frazier y que es de él de quien estamos hablando!

«¡Y allá va ella!»

—¡Le besó!

—¡Madre del amor hermoso! ¿Cómo es que le pasa esto a Heather y después

a t... tu amiga? ¿Es que en el instituto me perdí el curso de cómo ligar con un famoso? ¿Lo sabe Heather? Ay, Dios, ¿fue alucinante? Da la impresión de que tiene que ser alucinante. Tiene unos labios para morirse, tía.

Tiro de ella hasta la mesa y la pongo al corriente de todo. Es evidente que sabe que soy yo y casi me siento mareada mientras le cuento los acontecimientos que llevaron al alucinante beso. Ella apoya la cabeza en el puño mientras le hablo del baile en la playa. Ríe cuando le explico la noche en casa de Heather y que luego me puse a cantar de forma inesperada en el coche.

Tengo la sensación de estar flotando cuando entro en detalles sobre el beso. En serio, los tíos normales no besan así, y si lo hacen, yo me lo he perdido.

—¿Sabes qué he oído durante todo este relato? —pregunta Danielle.

—¿Qué?

—Que mi amiga ha vuelto.

Me paso las manos por el cabello.

—No sé a qué te refieres...

O al menos no quiero reconocer que lo que creo que está diciendo.

Danielle se inclina hacia delante y me toca la pierna.

—Ha sido solo una sombra de la chica que conozco de toda la vida. Creo que no me he dado cuenta hasta ahora. ¿Cuándo fue la última vez que cantaste en el coche? ¿Que bebiste y bailaste? ¿Que se te permitió elegir algo que querías y lo tuviste?

Cierro los ojos al tiempo que agacho la cabeza.

—No quiero pensar en esto.

—Sé que no. Solo quiero que te oigas hablar. Puede que tú no lo veas, pero yo sí. Has vuelto a la vida en los últimos diez minutos. Mi mejor amiga por fin está aquí.

Las lágrimas me anegan los ojos.

—Nunca me fui.

—Scott se te llevó.

—No... —empiezo a negarlo.

—Escúchame, de las cuatro, tú eras la chica alegre. Nicole es la pirada. Heather es la formal. Yo soy la cínica. Tú eras la que sonreía. Capitana de las animadoras, comité de antiguos alumnos y... me he olvidado de todo lo demás que hacías. No importa. Tú nos mantenías con los pies en la tierra, pero él te encerró en una caja, Kris. Te hizo más pequeña, hasta que cupiste donde quería y siento mucho haber dejado que eso pasara.

Miro a Danni, la que nunca llora, pero que ahora mismo tiene lágrimas en los ojos.

—Danni —digo con suavidad.

—No. —Se limpia la cara—. No dije nada. Creía que eras feliz. Pero no lo eras. Nicole te habría insistido para que dijeras algo y yo la detuve.

—No podrías haberme persuadido —intento asegurarle—. Le quería. No estaba preparada para irme.

Ella asiente. Detesto que esté intentando asumir aunque sea una parte de las culpas de esto. La realidad es que me habría quedado hasta que estuviera lista para terminar la relación. Al intentar hacerme ver lo que estaba pasando solo habrían conseguido cabrearme y mi primera reacción habría sido defenderlo a él. Creía realmente que la culpa era mía, que no era lo bastante buena.

—Podría haberlo intentado. —Danielle aparta la mirada con vergüenza.

—Te quiero por eso.

—Yo te quiero por todo.

La abrazo y le acaricio la espalda.

—¿Quién iba a imaginar que tu negro corazón era capaz de derramar lágrimas? —bromeo.

Eso por fin le arranca una carcajada.

—Negaré que esto ha ocurrido.

—Esa es mi chica.

—Volverás a ser feliz otra vez, Kris. Lo sé. No permitas que Scott te robe nada de que quieras en tu vida. Si te gusta Noah, ve a por él. Si quieres echar una canita al aire, hazlo. Siempre tendrás mi apoyo pase lo que pase.

Me siento muy afortunada por tener las relaciones que tengo.

—Es demasiado pronto para tener una cita.

—¿Quién lo dice? —replica.

—¡Ni siquiera estoy divorciada aún!

Danielle pone los ojos en blanco.

—¿A quién le importa? No hay un tiempo establecido para recuperarse. Si te gusta, ¿por qué no puedes salir con él?

—¿Te acuerdas de por qué te has presentado aquí? —le recuerdo.

—¿Tu amiga se tiró a alguien mientras seguía viviendo con su marido?

Volvemos a lo de la amiga.

—No. Jamás. Fue completamente fiel.

—Entonces, conseguiré todos los detalles, pero no debería pasarle nada. ¡Y

lo único de lo que nos preocuparemos es de si está loca por alejarse de un tío que está tan bueno! —Señala la carpeta con la foto de Noah delante.

Suena el timbre y ambas nos ponemos en pie. Estoy deseando ver a los niños, pero sé quién está esperando con ellos; él.

Miro a Danni y está asiente. Allá vamos.

Cuando abro la puerta, la sonrisa de Aubrey hace que me olvide de mis preocupaciones. Ella es la luz de esta oscura tormenta.

—¡Mami! —Ella abre los brazos y yo la cojo.

—¡Te he echado mucho de menos! —Sepulto la nariz en su cabello e inhalo el aroma de mi niña—. Oh, ¿has tomado vitaminas y has crecido?

—¡No! —Ríe—. Estoy igual.

—¡Finn! —Me agacho y él me rodea el cuello con un brazo—. Hola, colega.

—Hola —dice, resoplando—. ¿Puedo ir a mi cuarto?

—Claro. —Le beso en la cabeza, sin importar que ya sea demasiado guay para eso.

Aubrey me da otro apretón mientras la abrazo con fuerza. Creo que no me he permitido sentir de verdad cuánto los he echado de menos. Siento el corazón a rebosar al tener conmigo a mis pequeños.

Miro hacia la puerta y veo a Scott llenando el hueco.

—Hola —digo mientras dejo a Aubrey en el suelo.

—Hola. ¡Estupendo!

Tengo unas ganas enormes de poner los ojos en blanco, pero me contengo. Se cree que tiene algo y no tiene ni idea de que lo sé.

—Cielo. —Me agacho, cogiendo a Aubrey de la mano—. ¿Por qué no vas a dejar tu bolsa a tu habitación y a guardar tus cosas?

—Vale, mami. —Mira a Scott y corre hacia él—. Adiós, papi.

—Adiós, nena. Nos vemos pronto, ¿vale?

Agacha la cabeza y asiente.

—Te quiero.

Él la besa en la cabeza.

—Te quiero.

Al menos puede seguir siendo un buen padre. Me quedó ahí, con la mano en el corazón mientras ella corre a su cuarto, dejándonos un momento a solas.

—¿Has pasado un buen fin de semana con ellos? —pregunto. Mi objetivo en iniciar la conversación.

—Sí. He oído que tú también has pasado un fin de semana estupendo.

—¿En serio?

No pienso darle nada. Quería el divorcio, así que puede enfrentarse a la realidad de lo que eso significa. Mi vida ya no le concierne.

—Bueno, nos vemos dentro de dos semanas. —Apoyo la mano en el borde de la puerta, pero él no capta la indirecta.

—¿Cuánto hace que te ves con otro hombre a mis espaldas? —Scott cruza los brazos.

Profiero una carcajada.

—No sé de qué estás hablando, sin embargo, hace dos días decías que teníamos que quedar en un lugar neutral para... —Levanto la mano y gesticulo como si abriera comillas—: «no inmiscuirnos en los asuntos del otro».

Él me fulmina con la mirada.

—¡Ja! ¿Admites que te follas a otro hombre a mis espaldas? ¿Cuántas veces? ¿Por eso me rechazaste tantas veces?

Oigo que alguien carraspea detrás de mí.

—Ah, hola, Scott —dice Danielle con tono amable—. ¿Qué tal estás?

Sus ojos se clavan en los míos y luego desvía la mirada de nuevo hacia ella.

—Danielle, no sabía que estabas aquí.

Me vuelvo de espaldas a él.

—Scott tiene la impresión de que le fui infiel.

—¿Infiel? —dice con sorpresa—. Qué disparate.

—Lo sé. —Vuelvo la cabeza y le miro a los ojos—. Sobre todo porque era él quien tenía un montón de mensajes de texto sospechosos, largos fines de semana y costosos regalos en la tarjeta de crédito para su compañera de trabajo.

Es imposible no ver el destello en su rostro cuando se da cuenta. Sí, eso es, tenía mis sospechas.

Danielle chasquea la lengua.

—¿Por qué piensas que estaba teniendo una aventura?

Scott hace crujir su cuello y farfulla entre dientes:

—Dime, Kris, ¿qué tal tu cita con Noah Frazier?

—¿Te refieres a mi reunión para el artículo que estoy escribiendo? —Espero que se sienta como el imbécil que es—. Me encantaría charlar, en serio, pero tengo compañía y he de acostar a los niños. Gracias por traerlos. —Avanzo al mismo tiempo que empujo la puerta. O bien se aparta o se le

cerrará la puerta en las narices; él decide—. Puedes recogerlos el miércoles en casa de Danielle para cenar con ellos entre semana. Y ahora adiós.

Él retrocede con la boca abierta.

—¿Me estás...?

Me muero de satisfacción. No soy el ama de casa sumisa que él quería. Estoy sola, empezando de cero, y que me muera si consiento que su voz me vuelva a llenar la cabeza.

Danielle está ahí, tapándose la boca con los dedos.

—¡Guau! —susurra.

—¿Ha estado mal?

—No, ha sido épico.

Me siento en la silla, sintiéndome agotada pero orgullosa. Le he plantado cara. No me he desmoronado ni he intentado dar explicaciones a sus acusaciones. Puede que Danielle tenga razón y esté recuperando a la antigua Kristin. Una Kristin a la que habían asfixiado y que se niega a seguir así por más tiempo.

Cuidadito, mundo.

Kristin

*M*e quedo delante de la mesa de Erica mientras lee el artículo. Estoy de los nervios mientras espero algún comentario. Es muy diferente de lo que hacía hace años. No solo voy adonde está la noticia e improviso. No, no solo tengo que plasmar todo lo importante en menos de mil palabras, sino que además he de hacer que tenga el gancho suficiente para que la gente no abandone la página al cabo de dos segundos. El periodismo televisivo es otro mundo.

—Hum —dice y deja el papel.

—¿Es un hum bueno?

Erica levanta las dos manos y las mueve en círculo ligeramente.

—Has sufrido un cambio. El colorido que te rodea es diferente. Muy rosa.

Y ya empezamos otra vez. Esta chica necesita medicación y dejar de tomar ácido.

—Voy de azul.

—Sé lo que llevas puesto, Kristin, pero tu aura se está amoldando a lo que sea que esté pasando en tu vida.

¡Ah! Mi aura otra vez; debería haberlo sabido. ¡Tonta de mí! Erica rodea la mesa y se detiene dentro de mi espacio personal.

—Me gusta el artículo. Te mostraste divertida y conseguiste más de lo que creí que conseguirías. No es famoso por ser abierto en las entrevistas. Esto está muy bien, y debes de haberle gustado...

—¿Que le he gustado? —interrumpo.

Erica se acerca a donde tiene esterillas de yoga enrolladas.

—Sí, ha llamado esta mañana.

Abro los ojos como platos, pero no digo nada. No tengo ni idea de por qué ha llamado a mi jefa, pero no faltan cosas inapropiadas que podría haber dicho. ¿Y si le ha contado que le besé o que me emborraché y le tiré a la

piscina? Tendría que haber sabido que esto no iba a funcionar, pese a que más o menos me prometiera que íbamos a empezar de cero.

¡Mierda!

—Relájate, Kristin. —Erica ríe entre dientes—. Coge una esterilla y siéntate conmigo —me ordena. Como no quiero que me despidan, engancho de mala gana otra esterilla de yoga y me coloco junto a ella. Está sentada con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas—. La clave es encontrar tu centro.

—Vale. El centro.

Ahora mismo estoy centrada en el infierno.

—Ha dicho que le gustaría hacer otra entrevista y que la escribas tú —dice con los ojos cerrados—. Le gustaría hacer una presentación más extensa y ahondar de verdad en una historia más seria.

Me fallan las palabras. Esperaba que después del artículo que he escrito él volviera a Nueva York y de esta manera podría fingir que este fin de semana ha sido solo un sueño. ¿Y ahora quiere que escriba una historia más extensa sobre él? Esto no puede estar pasando.

Mi autocontrol no es tan bueno. Mantuvimos una cena de trabajo, que terminó con un morreo. Una exposición más en profundidad en la que tenga que estar con él durante largos períodos de tiempo no augura nada bueno.

Si bien acostarme con Noah no es ni mucho menos lo peor que podría pasar.

Me abofeteo mentalmente. Sí, tener sexo con el hombre sobre el que tengo que escribir un artículo sería inexcusable y nada profesional.

Sin embargo, sería un modo muy auténtico de averiguar lo que quieren las mujeres.

«Vale, definitivamente necesito un loquero o un vibrador.»

—Estoy segura de que hay alguien más cualificado que yo. —Intento librarme.

Ella empieza a emitir un zumbido y me la quedo mirando. Después de algunos sonidos extraños más, exhala una profunda bocanada y se vuelve hacia mí.

—Te quiere a ti. Es algo bueno. —Erica me toca la pierna con la mano y prosigue—: Noah es la olla de oro al final del arcoíris. No tienes ni idea de cuántas veces ha rechazado entrevistas.

—Vale. Entonces ¿por qué narices de repente quiere hacer esto conmigo?

—¿A quién le importa?

—No tiene sentido. ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo? ¿Por qué no una entrevista con Barbara Walters si vas hacer algo por primera vez? Es demencial y seguro que su publicista firmará esto.

Erica se encoge de hombros.

—No tengo ni idea de por qué, pero le gustas y le pareció que eras perfecta para esto. No voy a mentirte; estoy flotando en una nube. Esta es la noticia del siglo.

Entonces me vienen a la cabeza; piensa que va a meterse en mis bragas. Si consigo este importantísimo artículo que podría sacarme de escribir para una página web de cotilleos, estaría en deuda con él y aterrizaría en su cama.

—No puedo hacerlo —digo, pues no estoy dispuesta a ponerme en esa posición.

Erica enarca una ceja.

—No tienes elección.

—Erica, no me digas que esto no es un poco raro.

—Los tíos de Hollywood están como una regadera. No son como tú y como yo. Nosotras vivimos una vida muy normal y no estamos piradas como ellos —asevera con cara seria.

¿Se cree normal? Intento no reírme, pero fracaso. Una risita escapar de mis labios y me tapo la boca a toda prisa.

—Lo siento, la imagen resulta graciosa.

Erica es la persona más rara que he conocido. La gente no medita en el despacho solo porque sí ni cree que el movimiento *No Shave November* se aplica también a las mujeres, pero ella sí. Si ella fuera normal, el mundo estaría bien jodido.

—La imagen de Hollywood en una regadera resulta bastante graciosa. —Se echa a reír.

Que Dios ayude al futuro.

—En fin, ¿le dirás que tiene que trabajar con Pam o contigo? —insisto, con la esperanza de que transija.

—Ni de coña. Tienes oficialmente un encargo y es para dentro de un mes. Quiero un artículo en profundidad. Algo que haga que a la gente se le caigan las bragas.

—Los calcetines —la corrijo.

—¿Qué? No quiero ponerme calcetines. Demasiado restrictivos para los dedos de los pies.

Muevo la cabeza y cierro los ojos. Con ella, no hay esperanza.

—No me siento cómoda con esta idea. Ni siquiera sé qué escribir.

Ella se encoge de hombros.

—Bienvenida al periodismo de famosos. Coge lo que él te dé y haz que parezca más.

Gruño para mis adentros. Al parecer no va a cambiar de opinión.

—¿Puedes darme alguna idea de lo que buscas?

Erica se levanta y luego coloca las manos en el suelo, con el culo en pompa.

—Simplemente haz caso a tu instinto. Tengo que terminar esto y después me voy a Nueva York.

—¿A Nueva York?

Levanta una pierna y un brazo, estirándolos hacia el techo.

—Sí, he quedado con una amiga para una protesta.

No estoy al corriente de los acontecimientos actuales. Mis días consisten en esto y mis noches son para los deberes y cualquier espectáculo desagradable que se invente Aubrey. En el fondo de mi cabeza sé que voy a lamentar pedirle algún detalle, pero Erica me ha picado la curiosidad.

—¿Por qué protestáis?

Ella vuelve a erguirse y sonrío.

—Es un asunto de legítima importancia para mi generación.

Tal y como lo dice significa sin duda que soy demasiado vieja para entenderlo.

—¿De veras?

—Protestamos porque hablan de hacernos pagar una cuota mensual por una aplicación para redes sociales.

No tengo palabras. Literalmente; ninguna.

—No lo entiendo. —Suelta un bufido—. ¿Por qué piensan que está bien cobrarnos por usar algo que no les cuesta nada? Es una locura. Tengo la sensación de que esto es otro modo de demostrarnos que todos formamos parte de un experimento, ¿sabes?

«No, no lo sé.»

Está hablando de negocios, pero no se lo señalo. Es evidente que no estaría de acuerdo.

Erica prosigue:

—Si querían que pagáramos por ello, deberían cobrarnos por adelantado para que podamos decidir si engancharnos a la aplicación. Ahora, decidir de

repente que... Está mal.

Asiento y profiero un murmullo porque no me fío de que si hablar no la llame loca.

Ella mira la hora.

—Volveré dentro de unos días. Me gustaría ver las notas la semana que viene. Noah me ha dicho que estará esperando tu llamada.

—De acuerdo —digo, decepcionada. No quiero estar cerca de Noah. Sé perfectamente lo que él quiere. Bueno, pues se va a llevar un buen desengaño. Soy una profesional a la hora de evitar el sexo..., que se lo pregunte a Scott; hace años que tengo telarañas.

Me paseo por el salón, tratando de prepararme para pedirle el número de Noah a Heather. Como es natural, él no se lo ha dado a Erica. En su lugar, tengo que llamar a mi mejor amiga como si estuviera en el instituto.

¡Hay que joderse!

—¡Hola! —dice Heather cuando responde.

—Hola.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Oh, solo llamo porque el amigo de tu novio intenta liarme..., creo.

—No mucho. ¿Qué haces?

—Solo espero a que Eli vuelva de la tienda —me dice mientras de fondo se oye el ruido de un montón de cacerolas.

—¿Está Noah con Eli? Tengo que hablar con él y me preguntaba si estaba ahí. —El silencio se dilata entre las dos y miro el teléfono para comprobar si se ha cortado la llamada—. ¿Heather?

Ella se aclara la garganta.

—Estoy aquí. Lo siento, me ha parecido que preguntabas por Noah y dado que él también te ha mencionado hoy... Solo intento unir las piezas. Así que, dime, querida amiga, ¿habéis hecho alguna cosa mala?

No es nada comparado con lo que ella hizo la noche en que conoció a Eli. Yo no me he acostado ni he huido con él ni después he hecho como si jamás hubiera ocurrido. De eso nada. Le besé a pesar de que me decía a mí misma que no lo haría y ahora niego que sienta algo por él.

Es muy diferente.

—No empieces. Ha llamado a mi jefa y quiere hacer una gran entrevista. Como he hecho un buen trabajo con la primera, me ha dado la historia a mí.

Su risa es tan estruendosa que tengo que apartar el teléfono.

—¡Estos chicos! —Ríe con más ganas—. Te juro que están como cabras y no saben aceptar un no. Estás bien jodida, Kris. Y quiero decir jodida de verdad, si se ha fijado en ti.

No sé si tiene razón. En realidad no fui muy claro con eso de que no existe la posibilidad de mantener una relación porque tenía la lengua metida en su boca, pero dejemos eso a un lado por ahora. Hay cosas que no es necesario contar.

—Nadie se ha fijado en nadie. Esto es trabajo.

—Oh. —Se echa a reír—. ¿Eso es todo? Entonces, ¿no le besaste?

¡Mierda! lo sabe.

—Lo siento. —Hago ruido con la boca, como si fuera culpa del teléfono—. Se oye mal.

Heather es la última persona que me volvería la espalda, pero cuanta más gente lo sepa, más excusas tengo que inventarme.

—No te metas a actuar si esto de escribir para un blog no funciona, porque eres malísima.

Me dejo caer en el sillón y exhalo una profunda bocanada.

—¿Me odiarías si te dijera que no quería hablar de ello?

Ella hace una pausa.

—Jamás. Lo entiendo.

Me dispongo a decirle algo, pero llaman a la puerta.

—Oye, luego te llamo —le digo mientras me levanto.

—Aquí estaré.

Colgamos y abro la puerta, pensando que es un paquete o algo así. Sin embargo es Noah Frazier, en todo su absurdo esplendor, sonriéndome.

Kristin

—*V*aya, vaya, vaya, pero si es mi nuevo encargo —acierto a decir sin que las babas resbalen por mi barbilla.

Noah es uno de esos hombres que están más buenorros cada vez que le veo. Es guapísimo en un mal día. Pero verle vestido con una camiseta azul marino, que parece que lleve prácticamente pintada sobre el cuerpo, pantalones cortos y barba de dos días, hace que me entren ganas de tirarme a la piscina solo para que pueda desnudarme de nuevo. Solo que esta vez estaré sobria para poder disfrutarlo.

«Necesito un polvo.»

Agarra el marco de la puerta con ambas manos y se inclina hacia delante.

—¿Es que no vas a invitarme a entrar?

—Podría, pero ¿dónde estaría la diversión?

—Estoy seguro de que podríamos divertirnos. —Esboza una sonrisa.

Ah, no lo dudo.

—Voy a fingir que estás hablando del artículo que al parecer voy a escribir sobre ti.

Noah profiere una ronca carcajada.

—¿De qué si no? ¿Se te ocurre otro tipo de diversión en que participemos los dos?

Le sigo el juego.

—Nuestra única diversión estará publicada en la red.

Noah se endereza y se quita las gafas de sol, enseñándome sus seductores ojos. Maldito sea él y su sensualidad. Su voz es grave y sexy, con cierto toque de humor.

—Como no me diste tu número la otra noche, supuse que debía pasarme para que organizáramos las próximas semanas.

Noah da un paso hacia mí, pero yo planto cara a la intensidad que hay entre nosotros. Cuanto más se acerca, más me tiemblan las piernas. Millones de mariposas revolotean en mi estómago y tengo la garganta seca. El olor almizcleño de su colonia de sándalo me envuelve, recordándome una vez más lo que es estar en sus brazos.

«Recobra la compostura, Kristin. No puedes tomar ese rumbo.»

—¿Te preocupa estar cerca de mí? —pregunta.

—No. ¿Por qué habría de preocuparme? —Retrocedo, pero Noah sigue, negándome el espacio que buscaba.

—¿Por qué intentas huir ahora?

Aprieto los puños y me obligo a no ceder un solo centímetro más.

—No voy a ningún lado.

Él sonrió como si fuera un gato que se ha comido a un canario.

—Yo tampoco.

Esto es justo lo que me tenía. Heather tenía razón; estoy bien jodida. No tengo ni idea de a qué juega Noah ni si va más allá de un intento de meterse en mis bragas, pero no puedo negar la atracción que existe entre nosotros. Su mirada me recorre la cara y después desciende hasta mi pecho. Se me acelera la respiración; tendría que estar ciego para no darse cuenta de todas las señales de que estoy cachonda y aterrada a la vez.

—Bueno... —Se me quiebra la voz, obligándome a tener que carraspear—. Supongo que es mejor que nos pongamos a trabajar.

—Sí, estoy listo para ponerme a trabajar.

Me hago a un lado y me concentro en respirar. Tener distancia es la clave de esto. Cuando no estoy tan cerca, no es tan malo. Por supuesto, aparte de ponerle una bolsa de papel en la cabeza, no hay nada que pueda hacer para que sea menos sexy, pero el espacio impedirá que cometa alguna estupidez.

Como arrimarme y posar los labios en los suyos.

Elaboro una lista mental de reglas para garantizar el éxito del proyecto. Noah tiene labia, es sexy y besa como un dios. Su forma de tocarme, de saborearme y mandar al traste mis pensamientos será lo que haga descarrilar este tren. No puedo pensar sus dedos clavándose en mi espalda ni en sus labios moviéndose sobre los míos.

Y ahora estoy excitada.

«Vaya forma de no pensar en ello, Kris.»

La lista. Sí. Necesito una lista de reglas.

—Necesitamos algunas reglas básicas —digo, levantando la mano para impedir que invada mi tan necesario espacio. Pero él se echa a reír—. Hablo en serio. Si quieres que escriba este artículo —«No es que tenga alternativa.»—, tendrás que aceptar mis términos.

Él se acerca más.

—Te escucho.

—Se acabó todo esto. —Le señalo—. Nada de intentar estar cerca de mí con tu actitud sexy y demás tonterías.

Noah se para y enarca una ceja.

—¿Te parezco sexy?

—Sí, es decir, no. ¡Ya sabes lo que digo, joder! Ligas conmigo. ¡Se acabó ligar! —Sabe muy bien lo que estoy diciendo.

—Vale. —Yergue la espalda—. Nada de ligar.

Bien..., creo.

—Siguiete regla; nada de citas. No puedes llevarme por ahí y darme palique, pensando en que eso llevará a que tengamos sexo. No vamos a tener sexo de ninguna clase. —Planto los brazos en jarra.

En los labios de Noah se dibuja una sonrisa capaz de derretir bragas.

—Lo que yo oigo es que tú piensas en sexo conmigo.

—De eso nada —miento.

Noah se acerca.

—Entonces ¿por qué te preocupa una cita?

—Porque no estamos saliendo. Estoy escribiendo sobre tu vida.

—Y ya le has dicho al mundo que siento algo por alguien, ¿no es así?

Sabía que este artículo iba a ser un error. Me dio esa información sabiendo que tendría que publicarla, pero que no podría decir más. Se me acelera el pulso cuando él da otro paso hacia mí.

—No viene al caso. ¡Y estás otra vez en plan ligón!

Sonríe de oreja a oreja mientras continúa acercándose poco a poco. Este pedazo de capullo socarrón está consiguiendo mandar al traste todos mis pensamientos.

—Todos querrán saber detrás de quién voy de repente. —Ladea la cabeza.

—Razón de más para no aparecer en público. —Meneo la cabeza—. ¿Aceptas mis términos? —Retrocedo hasta que me topo con el respaldo del sillón. Estoy atrapada y él continúa persiguiéndome.

—No —responde con voz grave.

—¿No?

—No, comeremos porque necesitamos comer. Estaremos en público porque no pienso pasarme el próximo mes escondiéndome y te va a resultar muy difícil quitarme las manos de encima si estamos siempre a solas. —Su voz rebosa picardía.

Es posible que el muy capullo tenga razón. Me sería más difícil quitarle...
«Un momento.»

—¿Quitarte las manos de encima?

Él se encoge de hombros.

—Fuiste tú quien intentó besarme la primera noche y me dijo lo alucinante que eres en la cama. Por cierto, será un placer comprobar esa teoría si necesitas confirmación.

Me quedo boquiabierta. Él intentó besarme a mí. Mierda, él me besó a mí. Fue él quien empezó todo esto. Además, esa noche estaba pedo, así que nada de lo que hice se me debería tener en cuenta, ya que solo puedo recordar fragmentos. Bueno, la otra noche sí, le devolví el beso. No primero.

—Tu memoria es un poco frágil, colega.

—¿Colega?

—Ya sabes, campeón, colega, tronco, amigo...

¿Por qué tengo que explicar esto?

Entonces se echa a reír.

Cabría imaginar que, tal y como van nuestras conversaciones, jamás me he relacionado con un hombre. Empiezo a preguntarme si llegados a este punto simplemente soy incapaz de relacionarme con humanos.

—Puedes llamarme como quieras si me besas otra vez. —Me ofrece Noah.

—¿Que te bese otra vez? —Resoplo—. No.

—Entonces solo puedes referirte a mí como «Hombre por el que siento algo, pero me niego a reconocerlo».

Como si eso fuera a pasar.

—O puedo referirme a ti como «Actor con delirios de grandeza que se cree sexy».

—Ya has admitido que crees que soy sexy.

—Tienes razón. —Intento mostrarme indiferente.

Aunque está cerca de mí, ha cumplido la primera regla y se ha mantenido más atrás de lo que pensaba. Agradezco la distancia porque las ganas de besarle son más fuertes cuanto más cerca está.

—Tu boca dice una cosa, pero tu cuerpo dice otra. —Sus ojos descienden hasta mis pechos.

En efecto, mis pezones sobresalen como las cimas de dos montañas.

—Tengo frío.

—Dejaré que te quedes con tus mentiras.

—Qué amable por tu parte. —Cruzo los brazos sobre el pecho. Estúpidas tetas.

Noah retrocede unos pasos y yo alzo la vista al techo, rezando para que haya intervención divina. Viviré tres semanas de esta tortura, pero después él se irá. Esta no es su ciudad, sino Nueva York, y no tengo tiempo para un tío que entrará y saldrá de mi vida como un rayo.

Tengo dos hijos en los que pesar y la vista del divorcio dentro de una semana. Noah Frazier es la menor de mis preocupaciones.

—He leído el artículo —dice mientras se vuelve hacia mí.

Me sorprende que lo haya leído, pero no sé si quiero saber qué piensa. Su rostro no me revela nada.

—¿Y bien? —No puedo evitarlo.

—Creo que el título es gracioso. —Sonríe.

Misión cumplida. Eli ha mencionado que nunca leen las revistas, pues afirma que es mejor fingir que no sabes lo que la gente dice de ti. He visto algunos de los comentarios sobre Noah en la red. Es terrible que alguien se crea con derecho a juzgar su vida. ¿Y qué si come de forma poco saludable una vez? ¿Por qué Noah está sujeto a que le digan que su interpretación no está al nivel de alguien? El acceso a los famosos es un lujo que nunca tuve de niña, pero me gustaría creer que si todo el mundo los tratara como harían si los tuvieran cara a cara, este sería un lugar mejor.

—No sabía que leías los artículos sobre ti —digo mientras me dirijo al sillón.

Estoy segura de que tiene la piel curtida, pero no está hecho de Kevlar. Las palabras pueden herir, yo lo sé mejor que muchos. Puede que Scott nunca me haya agredido físicamente, pero plantó las semillas de la duda, que al germinar se convirtieron en rosas con espinas. Cada pinchazo me hacía sangrar, provocando una nueva oleada de dolor, mostrándome que sus palabras contenían posibles verdades. Incluso después de que esas heridas sanaran, quedaba una cicatriz para recordarme que había ocurrido. Haría todo cuanto

estuviese en mi poder para no volver a sentirme así otra vez y entiendo a la perfección por qué Noah se protege no leyendo los artículos.

Noah se encoge de hombros.

—No los leo, pero no me preocupaba leer un puñado de tonterías. Además, necesitaba saber si tenía que desacreditarte con la información que tengo.

Esta conversación me ha provocado jaqueca. Él y su información. A nadie le va a importar qué hago yo. Además, parece olvidar que es posible que pueda decir nada extraoficial, pero sin duda puedo utilizarlo para convertir su vida en un infierno.

En vez de discutir, vuelvo al principio de esta discusión.

—En cuanto a las reglas...

—Sí, en cuanto a eso... —Me interrumpe—. Creo que son una tontería y no me interesa. Lo haremos a mi manera y ya está.

¿En serio? Él no lo decide. Soy yo quien lleva este artículo, así que es necesario que haya cierto orden. Además, me da igual que le interese o no, esto no está abierto a debate.

—Sin reglas no hay artículo.

—Una vez más, voy a dejarme de tonterías. —Se coge la barbilla con la mano—. Cuando he hablado con tu jefa estaba entusiasmada con esto. Tengo la sensación de que en realidad no tienes opción, ¿verdad? —Sonríe y contengo las ganas de darle un puñetazo.

—¿Por qué será eso, Noah? —Estoy deseando oír la respuesta.

—Ni idea. Simplemente estaba ayudando a una amiga. Sabes que la seguridad laboral es una rareza en este trabajo.

Claro, eso lo creo.

Noah entra en el salón como si fuera el dueño.

Le observo, dejando que una persistente pregunta regrese a mi cabeza.

—¿Qué hizo que te decidieras a hacer esto? Nunca has hecho algo grande en la prensa, así que ¿por qué razón de repente te apetece contar la historia de tu vida?

—Por ti.

Abro la boca.

—¿Qué?

—Por ti —repita Noah.

Busco alguna señal de que esté bromeando, pero no la hay. Habla completamente en serio. Durante un instante fugaz creo que de verdad podría

ser por mí y después me doy cuenta de que estoy siendo ridícula. No hay ninguna razón que tenga que ver con nosotros; nosotros no somos nada.

No se quedaría en Tampa durante semanas solo por mí, ¿o sí?

Si es así, ¿qué narices significa eso?

—¿Por qué dices eso? —pregunto mientras me toco la garganta.

Él se aparta de la mesa y se detiene frente a mí.

—Estoy siendo sincero. No encuentro motivos para andarnos con rodeos. Si me haces una pregunta y es extraoficial, nunca tendrás que poner en duda mis palabras, Kristin. Estoy aquí por ti.

Le miro fijamente, odiando que mi vida esté tan jodida. Que yo esté tan jodida. En otro momento y en otro lugar me echaría encima de él. En tan escasos días he sentido más por Noah de lo que he sentido por nadie en años. Cuando está cerca de mí olvido las reglas de lo que se supone que tengo que ser... Simplemente soy yo.

Pero sucumbir a él sería un error. Un error que no estoy preparada para cometer.

Estoy destrozada por dentro y quedan demasiadas heridas y huesos rotos por sanar antes de que pueda dedicar mis esfuerzos a eso.

—Sé que lo crees así, pero no tienes ni idea de cómo soy en realidad.

Noah alza la mano y me acaricia la mejilla.

—Sé que tu risa hace que se me acelere el corazón. Que tu manera de sonreír cuando crees que nadie te ve despierta algo dentro de mí que me hace desear más con desesperación. La forma en que todo tu rostro se ilumina cuando hablas de Finn y de Aubrey. Sé lo que es tenerte entre mis brazos, tocar tus labios y, joder, te mentiría si te dijera que no estoy deseando hacerlo otra vez. Pienso en ti más de lo que debería. Sé que crees que eres débil, pero yo veo a una mujer fuerte, hermosa e inteligente, que se merece a un hombre que la adore. Más que todo eso, Kristin, debería marcharme y dejar que las vidas de ambos sean muchísimo menos complicadas en vez de intentar empezar algo, pero aquí me tienes. Por ti valen la pena las complicaciones.

Se me corta la respiración y siento un cosquilleo de la cabeza a los pies.

—Yo n-no... —balbuceo—. Yo... tú... —Las palabras que quiero decir no salen porque cada pensamiento se ve interrumpido por otro.

Sus intensos ojos verdes están bien abiertos e inexpresivos. Su tono es alegre, pero no su mirada. Veo deseo, esperanza y sorpresa ahí y me aturden.

¿Cuáles eran mis razones? Parece que ya no me acuerdo.

Noah se acerca un poco más, haciendo que mi corazón se acelere tanto que me preocupa que pueda desmayarme. Mis pensamientos son un caos, tengo el pecho en tensión y no sé cómo reaccionar. Le deseo, le deseo a pesar de saber que no debería.

La vista de mi divorcio es dentro de una semana, mi vida es un lío y es demasiado pronto para esto. No debería sentir nada por este hombre. No debería desear sentir sus manos por todo mi cuerpo.

Debería apartarle, obligarme a alejarme de él porque no sé si puedo soportar otro desengaño más. El hombre al que amaba me defraudó, ¿quién dice que él no lo hará?

Los ojos de Noah no se apartan de los míos, casi como si pudiera leer el conflicto que se libra dentro de mí.

Sus labios se elevan en una sonrisa y se endereza, poniendo fin a la intensidad.

—Tengo que ir a ver a alguien. Volveré en unos días y podremos empezar entonces. —Noah se inclina, me besa en la mejilla y me alza la barbilla para que le mire a los ojos—. ¿De acuerdo?

—¿Eh? —pregunto, sin comprender qué ha dicho.

—¿Tres días? —Sonríe.

—Claro. Unos días fuera. Aquí estaré. —¿Unos días fuera? ¿Qué narices me pasa?

—Perfecto. —Sus labios se acercan a los míos y me quedo paralizada. Va a besarme y yo me quedo como una estatua, sin saber si quiero eso o al menos intentando fingir que no lo deseo. Pero en vez de tocarme, se queda inmóvil mientras nuestros alientos se detienen. Su voz es apenas un susurro, pero oigo las palabras como si las gritara—. Voy a ganarme tu corazón, Kristin. Estate preparada.

Su tacto desaparece un segundo antes de que se de la vuelta y salga por la puerta.

Me agarro al respaldo del sillón e intento recobrar el aliento porque no estoy ni mucho menos preparada.

Noah

—*Q*uiero que seas feliz, Noah —insiste mi madre en nuestro chat de vídeo semanal. Ella cree que su misión en la vida es hacer que mantenga los pies en la tierra.

Me obliga a que la llame el mismo día y a la misma hora sin importar dónde me encuentre. Ahora mismo estoy sentado en el coche, fuera de un apartamento que quiero alquilar en Tampa. El agente inmobiliario está delante del coche, claramente cabreado.

¿Qué puedo decir? Soy un niño de mamá y siempre lo he sido.

—Soy feliz. —Le brindo mi mejor sonrisa tranquilizadora.

—Estás mintiendo. —Se acerca más el teléfono, como si pudiera verme mejor—. Te conozco bien.

Es la única persona de este mundo que me quiere a pesar de todos mis defectos. Además, ha pasado mucho tiempo machacándome eso para que me entre en la cabeza, pero es cierto. Cuando mi vida se hizo pedazos, me obligó a seguir adelante. Perder a Tanya supuso una encrucijada en mi vida, en la que si tomaba el camino fácil, sabe Dios dónde estaría ahora. Mi madre no lo consintió.

Se lo debo todo. Si llamarla una vez a la semana es lo único que pide, se lo daré sin pensarlo dos veces.

—¿Por qué iba a estar triste?

Ella mira hacia la izquierda y exhala un suspiro.

—Eso lo tienes que averiguar tú, pero a lo mejor es hora de que te abras un poco. Ha pasado mucho tiempo, Noah. Muchas cosas son ahora diferentes, tú eres diferente.

No quiero hablar de esto.

—Estoy en ello —digo, con la esperanza de que cambie de conversación y deje a Tanya.

—¿De veras? ¿Por qué?

Cuando mi madre puede ver mis reacciones, cuesta más librarse de ella. Estoy convencido de que por eso insiste en los chats de vídeo en vez de llamadas telefónicas.

—Por algunas cosas, mamá. Tengo otro proyecto pendiente. Hice una audición para él hace algunos meses y no le di demasiada importancia.

Ella sonríe.

—Háblame de eso.

Le cuento todos los detalles de la película. He hecho algunos papeles pequeños en películas, pero nada espectacular. Este sería un protagonista y trabajar para un director al que respeto mucho. La película no pertenece a un género que suela interesarme, pero como el director era Paul Skaggs, le di una oportunidad. Con suerte no la cagaré y será la transición hacia el cine más que la televisión.

—Creo que es un buen paso para ti, Noah. —Mi madre me obsequia con una sonrisa radiante llena de orgullo—. Cuéntame qué más hay nuevo. Me da que hay más cosas que no me has contado a propósito.

Es como un tiburón que huele la sangre en el agua.

—No hay mucho que decir, es muy reciente.

—¿Has conocido a alguien?

Resulta fácil olvidar que mi familia y mis amigos de verdad no leen la porquería de internet. No les preocupa qué nuevo drama se ha inventado la prensa para vender revistas. Si hay noticias, las saben por mí.

—Te caería bien.

Sé que es así.

—Cuéntame. —Sonríe—. ¿Cómo se llama?

No vacilo por un problema de confianza, mi madre no me traicionaría por nada del mundo, pero nombrar a Kristin significa abrirme a un millón de preguntas.

—Noah Frazier, ¿por qué pones esa cara? —pregunta mi madre al ver que guardo silencio durante demasiado rato para su gusto.

Jamás podría mentirle, lo cual es triste, pues mi trabajo es actuar.

—Se llama Kristin, es madre soltera, tiene dos hijos y vive aquí, en Tampa.

Ella frunce los labios.

—¿Madre soltera?

—Sé lo que estás pensando y jamás haría nada para perjudicarla a ella o a los niños. Soy consciente de lo que eso significa.

Mi padre abandonó a mi madre cuando yo tenía cuatro años. Se llevó hasta el último centavo que ella tenía, el coche, y jamás miró atrás. Mi madre se las arregló para seguir adelante con su vida. Tenía dos trabajos, pero iba a todos mis partidos de fútbol y yo no tenía ni idea de que éramos pobres. Cuanto mayor me hacía, más me hablaba ella sobre ser madre soltera y las razones por las que no salía con nadie.

Una era que mi padre no había regresado y que todavía sentía que era su marido. Eso era, y sigue siendo, lo más absurdo, pero creo que hay más de lo que yo sé.

La preocupación acapara la expresión de mi madre.

—No es eso lo que me preocupa, Noah. Lo que me preocupa es que llevas una vida que no... facilita tener una familia. ¿Estás preparado para considerar siquiera algo más permanente en donde vives? Si ella es de Florida, ¿cómo vais a tener una relación?

Aprieto los dientes para no decir ninguna grosería.

—Si esto lleva a más que una amistad, que es lo único que somos ahora mismo, estoy seguro de que solucionaremos todo eso. Acaba de ocurrir y no sé si se acostumbrará siquiera a la idea de salir.

Mi madre se echa a reír.

—Estás loco si piensas que no verá lo buen hombre que eres. Pero creo que tienes que ir con cuidado. No solo por ti, sino también por ella y por los niños. Una madre no corre riesgos cuando se trata del corazón de sus hijos.

¿Quién sabe si llegaremos a eso? En este punto, Kristin no quiere correr ningún riesgo. Está claro que siente algo por mí, pero veo las dudas en sus ojos. Demostrar mi valía no será fácil, pero claro, nada que merezca la pena lo es.

Sonrío, al recordar su cara el otro día. No dejó de abrir y cerrar la boca cuando le comuniqué cuáles eran mis planes. Que se prepare para mañana, cuando despliegue de verdad mi encanto.

—No te preocupes, mamá. He esperado mucho para encontrar una mujer como ella. No correré ningún riesgo.

Mi madre aprieta los labios y exhala por la nariz.

—Que Dios la ayude... y a ti también. Espero conocerla pronto.

—Yo también lo espero.

Esta reunión está durando una eternidad. No dejo de buscar en el móvil algo que sea interesante mientras siguen hablando de la película y del calendario de rodaje. Concentrarse es casi imposible cuando, al parecer, lo único en lo que puedo pensar es en Kristin.

—¿Entiendes que esto significa que empezaremos a rodar mucho antes de lo que planeábamos en un principio?

Ha pasado una semana desde la última vez que la vi. Intento llevar esto bien, no pedir su número, no mandarle ningún *e-mail*, fingiendo que dejo que ella lleve un poco la iniciativa, pero estoy impaciente por volver a verla.

—¿Noah? —Mi agente me da un codazo.

—¿Eh?

—Te he preguntado si te parecía bien el cambio de planes.

Echo un vistazo al papel, siendo ahora ese gilipollas que asiste a las reuniones y no presta atención, y asiento.

—Me parece bien.

Mi agente se aclara la garganta y aparto a Kristin de mi cabeza. Se trata de mi carrera y no puedo cagarla.

La reunión prosigue y hablamos sobre las localizaciones y la protagonista femenina me mira desde el otro lado de la mesa. Es guapa, pero no despierta mi interés. Tiene una sonrisa afectuosa, pero parece que se está esforzando. Sus ojos son azules, pero carecen del brillo que tienen los de Kristin.

¡Me cago en la puta!

Otra vez.

Estoy justo donde he empezado; pensando en ella.

La pantalla de mi móvil se ilumina y veo que es el agente inmobiliario.

—Tengo que atender esta llamada —explico cuando ya me he levantado de la silla.

—¿Hola?

—Hola, señor Frazier, soy Sommer —dice con nerviosismo—. ¿Cómo está usted?

—Estoy en una reunión, pero quería contestar a su llamada.

—Oh —se apresura a decir—. No le entretendré. Quería que supiera que si quiere el apartamento, es suyo. El propietario está motivado y..., bueno, le ha

aprobado.

Esto es lo más descabellado que he hecho para estar cerca de una mujer. Estoy alquilando un puñetero apartamento en una ciudad en la que no tengo intención de quedarme solo para estar cerca de ella. Tuve que hacerlo después de que le dijera a Eli que haría el primer artículo, pero cuando decidí ser imbécil y permitir un segundo artículo sobre mí, lo hice por ella.

Todo lo que he hecho es por ella.

Sin embargo, no cambiaría absolutamente nada.

La obligaré a hacer otro artículo, alquilaré otro apartamento o lo que sea necesario, hasta que ella ceda. Seré tan paciente e insistente como sea necesario.

Estoy perdido de verdad.

Sommer se aclara la garganta.

—Lo siento. Bueno...

Pienso en estar cerca de Kristin y no hay otra respuesta posible.

—Me lo quedo.

Kristin

—¿Cuánto hace que le viste o tuviste noticias de él por última vez? — susurra Nicole mientras esperamos a que la jueza me haga entrar.

«Seis días y quince horas.»

—¿Por qué me preguntas esto? —Mi voz es queda, pero rebosa frustración. Estoy a punto de que concluya mi divorcio y a ella le preocupa cuándo fue la última vez que vi a Noah.

Nicole se encoge de hombros.

—Siento curiosidad. ¿De qué otra cosa quieres hablar?

La miro como si hubiera perdido la cabeza.

—Qué sé yo, de que mi matrimonio habrás acabado de manera oficial dentro de unos minutos.

Nicole se arrima, mira hacia donde están Scott y sus dos abogados, hace una mueca y vuelve a colocarse en su sitio.

—¡Por fin! Ahora puedes pensar en ese macizorro que está más que dispuesto a darme un mordisco a tu melocotón. A lo mejor hasta chupa un poco o bebe de tu néctar. —Menea las cejas.

Después de más de veinte años de amistad, tendría que saber que no es aconsejable sacarla en público. Sin embargo eso no frena la risa que se me escapa.

—Chis. —Me toma la mano mientras intento controlarme—. Nos meterás en un lío.

—Eres tú quien habla de beber de mi néctar.

—Es a mí a quien has llamado porque sabías que no me entristecería nada. —Me da un codazo—. Soy la amiga que coge la mierda y la transforma en diamantes.

Sin duda es esa persona y es la razón de que le haya pedido que me acompañara. Puede que Nicole sea la única de nosotras que sigue soltera, pero yo soy la única que sabe por qué. Fui yo quien le sostuvo la mano durante el peor día de su vida, así que quería que ella me viera en mi momento más bajo.

Hoy soportaré ver al hombre con el que creía que envejecería poniendo fin a ese sueño. Quería que Nicole me recordara que incluso cuando estoy deprimida, no estoy acabada. Ella es la prueba de eso.

—Gracias por ser un diamante. —Le aprieto la mano.

—De nada.

—La jueza llama a Scott McGee y a Kristin McGee, por favor —anuncia el secretario judicial.

—Esto es el fin. —Me levanto y me aliso la falda.

—Es el comienzo, Kris. El fin de la desdicha y el comienzo de algo que tienes que determinar. Te quiero y estaré aquí cuando hayas terminado.

Asiento y le doy un abrazo.

Mi abogada me pone la mano en el hombro y asiente. Avanzamos en silencio y el corazón me late con fuerza cuando entramos en la sala. Me coloco a un lado y Scott al otro. Es triste que estemos aquí. Después de tantos años intentando cerrar la grieta entre nosotros, ahora es como un océano y no puedo ver tierra.

No se puede negar la angustia que me invade. Miro su perfil, recordando cuánto le amaba. Me asaltan los recuerdos de cuando éramos jóvenes. Las sonrisas, las risas y las bobadas que pensé que jamás terminaría. Recuerdo que sus ojos llenos de amor mientras caminaba hasta el altar de la iglesia, con mi vestido de novia, creyendo que le amaría hasta que día en que muriera.

Puede que muriera. Esa chica ingenua se ha ido. Ya no soy la misma, igual que él.

La jueza habla, revisando toda la documentación, pero no puedo concentrarme. Parece muy fácil cuando oyes tu matrimonio desglosado. Solo somos dos personas. Bienes, visitas, pensión alimenticia y números.

Hubo un tiempo en que éramos más que eso.

Mi abogado me toca el brazo para que fije la atención al frente.

—Señora McGee, ¿está al corriente del cambio en los motivos con respecto a la disolución de su matrimonio?

¿Quién ha cambiado las causas? Mi abogada no me ha dicho una sola palabra.

—El señor McGee presentó la documentación anoche, a altas horas, afirmando que usted cometió adulterio durante su matrimonio y que no tiene derecho a ningún apoyo debido a las dificultades económicas que esto causó. Afirma que debería constar en el expediente que utilizó sus finanzas para costear su aventura.

El aire no entra en mis pulmones. No puedo creerlo. Está mal de la cabeza.

—Eso es completamente falso —le digo a Clarissa—. Nunca he sido infiel.

El abogado de Scott interviene:

—El señor McGee acaba de enterarse de esto, razón por la que no hemos presentado pruebas.

La jueza meneaba la cabeza.

—Entonces ¿esto es una acusación? ¿Es una acusación que cree que debía presentar por si acaso?

Las lágrimas me nublan la vista cuando miro a Scott. ¿Tan trastornado está? ¿Ha intentado hacerme semejante daño? Cuando Danielle dijo que esto era posible, una parte de mí no lo creyó. Era imposible que quisiera hacerles eso a sus hijos. Parece que fui tonta al pensar que se preocuparía mínimamente por algo que no fueran él mismo y su dinero.

—Es una acusación que, si nos conceden tiempo suficiente para investigar más, podríamos demostrar.

No, no podría porque no es verdad. Yo jamás he hecho nada cuestionable. Le quería aun a pesar de que hacía que me sintiera inferior. No busqué consuelo en otro hombre a pesar de lo indigna que me decía que era.

La jueza ríe entre dientes.

—Señor Sheridan, ¿he de creer que ha presentado una acusación contra la señora McGee sin ningún tipo de facturas, mensajes de texto ni testimonios que respalden la afirmación de su cliente? Creía que al afirmar que es cierto, su cliente no tendría que pagar la parte económica que le corresponde. ¿Estoy en lo cierto?

—Su señoría, si nos concediera un aplazamiento...

—No —le interrumpe la jueza—. No habrá ningún aplazamiento. Si tienen la más mínima prueba, la habrían presentado.

Mi abogada, Clarissa, me coge la mano y me da un apretón. Yo cierro los ojos y respiro por la nariz. Scott no es el único que puede cambiar las alegaciones. Peter llamó a Clarissa y le indicó qué camino tomar.

Pasamos la última semana recabando información en caso de que intentara

hacer una jugarreta.

—Su Señoría —dice mi abogada—. Si el señor Sheridan quiere, tenemos evidencias suficientes para demostrar el maltrato psicológico que Kristin McGee ha soportado durante los catorce años de matrimonio con Scott McGee.

La jueza me mira a los ojos y veo una chispa de empatía.

—¿En serio?

—¡Esto es infundado y ridículo! —exclama el señor Sheridan.

La jueza le mira de nuevo.

—Verá, señor Sheridan, no es infundado si es capaz de aportar documentación y pruebas.

Mi abogada presenta las diversas cartas de amigos y familiares, pantallazos de *e-mails*, mensajes de texto y la transcripción de un mensaje de voz que dejó y que demuestra que se estaba tirando a Jillian mientras todavía estábamos casados.

No quería hacer esto. Era una precaución necesaria, pero no me ha dejado alternativa. Ahí están, con todo lujo de detalles, los años de calvario que tanto me he esforzado por ocultar y las mentiras que he contado a todo el mundo sobre lo maravilloso que era Scott, todas ellas desmentidas en sus manos.

Scott no era maravilloso.

Simplemente era demasiado débil para marcharme..., hasta ahora.

El juez lo lee detenidamente, se quita las gafas y hace una pausa.

—El divorcio siempre es algo emocional. Mi trabajo es eliminar las emociones y ser justa. Llevo haciendo esto mucho tiempo y este es la clase de caso que menos me gusta. —Pasea la mirada entre Scott y yo—. No puedo pretender saber qué ha ocurrido para que estén hoy los dos aquí, pero puedo decir que hay dos personas en sus vidas que todavía no conoces las consecuencias reales de sus decisiones. Sus hijos van a tener que sobrellevarlo, pero ustedes tienen el poder de decir cuánto sufren.

Me duelen las entrañas al pensar en Finn y en Aubrey. Mientras nos hacemos a vivir sin Scott, veo la diferencia en sus ojos. Protegerlos ha sido siempre mi objetivo, razón por la cual nunca quise dejarle en mal lugar. Eso no significa que merezca que me arrastren sobre las brasas porque es un gilipollas egoísta.

La jueza se aclara la garganta.

—No me gustan los juegos, señor McGee. No me gustan los mentirosos. Menos aún me gusta la gente que cree que es lícito pisar a otros solo para

quedar por encima. Si de verdad pensaba que su esposa estaba teniendo una aventura, ¿por qué ha esperado para denunciarlo hasta el día de antes? Yo le diré por qué —dice antes de que él pueda responder—: Usted sabía que era completamente falso. Por tanto, después de leer las pruebas y de la falta de evidencias, debo determinar lo que supone todo esto en lo referente al reparto de bienes y a los intereses de los niños. —Clava sus ojos en los míos—. Señora McGee, ¿trabajó usted durante el matrimonio?

—No, Su Señoría. Mi marido creyó que era mejor que me quedara en casa con los niños, ya que podíamos permitirnos perder mis ingresos.

—Y ¿los niños y usted han desalojado la casa? —pregunta.

—Sí.

—Señor McGee —llama la atención de Scott—. No creo que su esposa fuera infiel. Sin embargo, basándome en la información que se ha presentado, sí creo que usted infligió maltrato psicológico. Le insto a que busque asesoramiento por su propio bienestar y el de sus hijos. Dicho esto, pagará pensión alimenticia durante los próximos siete años, manutención infantil, además de proporcionar seguro médico a la señora McGee y a los niños.

Scott profiere un gruñido y yo exhalo un suspiro de alivio. Mi trabajo es genial, pero el sueldo no es gran cosa y no puedo esperar que Heather me deje vivir en su casa para siempre. Esto me permitirá cierto respiro.

La jueza termina el papeleo y ya hemos acabado.

Estamos divorciados.

Scott se acerca a mí rezumando ira.

—Esto es culpa tuya. Todo lo es.

Lo primero que me dicta el instinto es acobardarme, pero me freno. Las palabras de Noah resuenan en mi cabeza: «Crees que eres débil, pero yo veo a una mujer fuerte, hermosa e inteligente, que se merece a un hombre que la adore. Más que todo eso, Kristin, debería marcharme y dejar que las vidas de ambos sean muchísimo menos complicadas en vez de intentar empezar algo, pero aquí me tienes. Por ti valen la pena las complicaciones».

Me yergo un poco y le miro a los ojos.

—Siento que pienses eso, pero ya no eres mi problema y, francamente, me importa una mierda.

Siento que mis piernas son de gelatina mientras me alejo. Cada paso que me alejo de Scott, me devuelve un poco más de fuerza.

Nicole se levanta en cuanto me ve.

—¿Se acabó?

—Se acabó. Estoy soltera y hemos terminado —digo, y me tiemblan los labios.

—Aquí no. —Me toma ambas manos—. No vas a darle ninguna satisfacción. Sonríe ahora mismo, ¿vale?

Reprimo las lágrimas y empasto una sonrisa falsa en mi rostro. Scott pasa de largo, fulminándome con la mirada, pero me mantengo firme. No va a volver a ver cómo me quiebro. Ya ha visto bastante de eso.

Es hora de reconstruir los ladrillos que él derrumbó.

—¿Qué coño? —Me río mientras todas mis amigas, reunidas en mi salón, lanzan confeti al aire.

—¡Feliz divorcio! —grita Heather al tiempo que me abraza—. Esta noche no vas a estar sola y lo vamos a celebrar.

No sé si reír o llorar. Tengo el corazón dividido en dos, cada lado está en guerra con el otro, tratando de ver si estoy destrozada o si puedo estar curada. No hay una guía sobre cómo sobrellevar un divorcio. Detesto que sentir siquiera una pizca de tristeza. Scott no se merece ni eso de mí, pero negarlo no cambiará el hecho de que estoy triste.

—No estoy segura, chicas —repongo, lo cual hace que Danielle haga una mueca de pesar.

—¿Te acuerdas cuando el divorcio de Heather y Matt fue definitivo? —pregunta Nicole—. ¿No fuiste tú la que organizó la intervención para asegurarte de que no se quedaba sentada en casa, comiendo su asqueroso mejunje de galletas?

Odio que tengan razón. Odio todavía más que yo hiciera por Heather lo que ellas están haciendo ahora por mí y no quiero odiarlo.

—Aun así, estoy cansada.

Heather se encoge de hombros.

—¡Pues una fiesta de pijamas!

No hay límites con este grupo. Nos da igual que alguien quiera estar solo o regodearse en la autocompasión, no unimos sin invitación. Los niños están con mis padres el fin de semana y mis amigas no van a dejarme, así que ¿por qué no aprovecharlo?

Cogemos las botellas de vino y plantamos el culo en el sillón. Durante la primera hora hablamos de los planes para la boda de Heather, que es dentro de poco más de dos semanas. Se prometió hace unos días —en serio, Eli es tan cursi al ser tan bueno con ella— y yo intento centrarme en lo contenta que estoy por ella. Cada detalle que comparte sobre las cosas que Eli está haciendo permite la entrada de pequeños retazos de tristeza. Es mi mejor amiga, a la que quiero más de lo que puedo expresar y que se merece ser feliz, pero desearía no estar soltera desde hace tan poco tiempo.

—¡Sigo sin poder creer que vayas a casarte en menos de un mes y que después te mudes a Canadá! —Danielle niega con la cabeza.

—Lo sé, es una locura, pero Eli tiene un papel y quiero estar con él.

—A mí también me gustaría estar con él —añade Nicole.

Yo asiento.

—En serio. No pierdas de vista a un hombre como él.

Danielle alza su copa.

—Es igual que cuando decidí que debía ir a la universidad lejos de Eddie. Un error garrafal. De principio a fin.

Ya empezamos otra vez. Cuando Danielle piensa, habla de su ex, que jura que era su alma gemela, literalmente. La que Dios escogió para ella y que, en castigo por no ser buena con él, le apartó de ella.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Nicole rompe a reír—. Sabes que está casado y con hijos y... ¡tú también! Fuiste esa chalada que se habría casado con él cuando tenías quince años.

—Al menos cuando tenía quince podría haberme casado con alguien —replica Danni.

Y así comienza la pelea entre Nicole y Danielle mientras Heather y yo negamos con la cabeza.

La conversación cambia durante la siguiente hora mientras nos reímos de las tonterías que hacíamos de jóvenes. No sé cómo es que estas historias nunca envejecen, pero no lo hacen.

—¿Creéis que la señora Yoder todavía tiene pesadillas con Nicole? —pregunta Danni—. Esa pobre mujer se jubiló de la enseñanza después de ti.

—¡Estaba loca! Necesitaba que alguien le enseñara que estaba perdiendo la puta chaveta.

Heather agita la mano y asiente.

—¿Os acordáis cuando pillaron a Nicole manteniendo relaciones sexuales

con el señor Fink debajo de las escaleras?

Me echo a reír y el vino se me sale por la nariz.

—¡Ay, por Dios! Se me había olvidado. Espero que sacaras un sobresaliente en Física. Te lo ganaste a pulso.

—¿Por qué todas las historias son sobre mí? Ah, esperad, porque soy la única que hace cosas dignas de una historia. —Nicole dobla la rodilla y se la agarra contra el pecho—. A diferencia de vosotras, que sois unas aburridas.

Siempre ha sido la que hacía locuras, pero no pide perdón por ello.

—Tranquila, Spice Malota. —Heather suspira—. Toda hemos cometido nuestras estupideces.

—¡Joder, sí, todas lo habéis hecho! Sé historias porque cuando vosotras tres hacéis algo, ¿adivináis a quién acudís? A mí. Me llamáis a mí, así que conozco todos vuestros secretos.

Las tres nos miramos con los ojos como platos. ¿Qué narices han hecho que yo desconozco?

Nicole rompe a reír mientras nosotras nos examinamos las unas a las otras.

—Chicas, os quiero mucho. Averigüemos lo que de verdad queremos saber. —Me coge la mano—. ¿Tiene que pagar mucho Scott?

Han estado sin hacerme preguntas hasta ahora, así que supongo que es hora de que les ponga al día del drama que ha sido el día de hoy. Les narro la vista para el divorcio, disfrutando de las caras que ponen. Sigue resultando un tanto surrealista pensar que trató de acusarme de engañarle. Es del todo imposible que él se crea esa sandez.

—Me alegra mucho que no tengamos que estar cerca del Gilipollas nunca más —dice Nicole mientras sube los pies en la mesita de centro—. Me encantaría cortarle las pelotas.

—Bueno, a lo mejor Matt y él se convierten en buenos amigos. —Heather ríe como una niña.

Yo apuro otra copa de vino antes de volverla a llenar.

—En fin, todavía tengo que verle cada dos fines de semana. Seguro que ahora que estamos divorciados y puede restregármelo por la cara se pavonea con Jillian.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de lo mucho que le odio. Es un capullo por intentar escatimarme el dinero de ese modo. Abandoné la puñetera casa. Nunca he dicho una sola palabra de que se estuviera tirando al putón de

su secretaria. No le pedí una mierda y ¿se cree que no tengo derecho a nada después de catorce años de matrimonio? Y una mierda.

—No te preocupes por ella, cielo, ¡tú tienes a Noah Frazier metiéndote la lengua en todos los agujeros! —Nicole se echa a reír y me da una palmada en la pierna.

—¿Qué? —Heather se pone en pie.

—¡Nicole! —chillo—. ¿De verdad no sabes tener la boca cerrada? Adiós a todos nuestros secretos.

Ella se encoge de hombros.

—Estoy segurísima de que era tu boca la que estaba abierta.

Pongo los ojos en blanco y le lanzo un cojín mientras ella meneaba la lengua.

—¡Hola! ¿Besaste a Noah? —Heather exige mi atención—. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué no me lo has contado?

En realidad creía que lo sabía.

—No fue para tanto.

Danielle tose en medio de una carcajada.

—Hasta que te dijo que iba a ganarse tu corazón.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Qué asco me dais! —Agito las manos en el aire.

Heather me mira con los brazos en jarra. Gracias a la boca número uno y a la número dos, será mejor que se lo cuente.

—Vale. Sí, besé a Noah cuando salimos a cenar. Después se pasó por aquí el otro día y me dijo lo que pensaba y que sentía algo por mí. Pero no le he visto desde entonces.

Una sonrisa pausada se dibuja en su cara.

—Entonces esta es tu noche de suerte. Eli y Noah vienen hacia aquí para recogerme.

Cómo no.

Kristin

*E*stoy en la cocina, escondiéndome como la cobarde que soy.

Hace una eternidad que no veo a Noah, o eso me parece. No tengo su estúpido número de teléfono, de modo que no podía llamarle para organizar nuestro siguiente encuentro y no iba a pedírselo ni a Heather ni a Eli. Ahora estoy medio borracha, algo nada bueno en su presencia, y me siento emocionalmente inestable.

Una vez más, mala idea.

Oigo cerrarse la puerta de un coche y de repente necesito buscar comida.

—¡Kristin! —me llama Danielle.

—¿Qué?

—¡Deja de esconderte, él no está!

Todos se ponen a reír y yo le saco la lengua a la pared.

—¡Tengo hambre, no me escondo!

Realmente necesito ir a comprar comida, pues no tengo nada aquí. Estoy a cuatro patas, registrando el fondo de los armarios en busca de unas patatas fritas. Lo que necesito es una bolsa de Doritos.

—¿Buscas algo? —La voz grave de Noah me da un susto de muerte.

Me sobresalto, golpeándome la cabeza contra la madera.

—¡Ay! —exclamo mientras me masajeo el lugar del golpe. En serio, me gustaría comportarme de manera normal en su presencia aunque solo sea una vez. No pido demasiado.

—¿Estás bien? —ríe por lo bajo.

—Estoy genial, es solo otro momento por el que flagelarme después.

Con cuidado salgo del armario sin más percances y me siento en los talones.

—Hola. —Le brindo una sonrisa triste.

Se ha cortado un poco el pelo, pero la barba le ha crecido.

Me gusta. Me gusta mucho.

Noah me devuelve la sonrisa mientras se acuclilla para estar a mi misma altura.

—Hola.

Echo un vistazo a la cocina, esperando que alguno de los dos diga algo más. El silencio continúa, dilatándose hasta rayar lo incómodo.

—Bueno, ¿qué tal todo? —pregunto.

—¿Eso no debería preguntártelo yo a ti? Sé que hoy era... el día.

¿Por eso no ha intentado conseguir mi número para llamarme? Ni siquiera se me había ocurrido. Noah sabía que mi divorcio era esta semana y a lo mejor me estaba dando tiempo para asimilarlo sin que él...

—Sí, estoy soltera. —Me encojo de hombros—. Oficialmente en el mercado.

Noah contiene la sonrisa, pero veo una chispa traviesa en sus ojos.

—Es un buen día para todos los hombres.

—Para todos los hombres, ¿eh?

Él ladea la cabeza.

—Bueno, conozco por lo menos a uno que se alegra.

Me retiro el cabello a un lado y jugueteo con las puntas.

—¿Se alegra?

Noah me levanta la barbilla con un dedo.

—Se alegra y te ha echado de menos.

Eso es muy tierno.

Noah es muy tierno.

Las cosas que me dijo la semana pasada me han ayudado a superar el día de hoy. Debería decírselo. Verle ahora hace que emerja todo lo que intentaba sepultar. Los pedazos de mi corazón que intentaban delimitar su frente de combate empiezan a tomar partido.

Necesito demostrarle de algún modo que es posible que no haga nada al respecto hoy, esta semana, ni siquiera este año, pero que él no es el único que siente esto. Los errores de mi pasado no deberían alterar mi posible futuro.

—Ella también te ha echado de menos. Un poco. —Esbozo una sonrisa.

Él baja las manos y echo de menos su tacto. Cuando estoy cerca de Noah es como si los problemas de mi vida no existieran. No lo entiendo, pero me resulta más fácil sobrellevar preocupaciones porque él está aquí.

Cosa que es absurda, teniendo en cuenta que apenas le conozco. Sin

embargo, dentro de mí todo me dice que confíe en mi instinto.

Algo se apodera de mí y tengo que besarle. Me alzo con rapidez, pegando mis labios a los suyos. Me abalanzo con tanta fuerza que Noah cae de espaldas y yo aterrizo encima, sin dejar de besarle. Me aprieta contra él y me permito sentirlo todo.

La manera en que su lengua se desliza contra la mía hacer que se me acelere el corazón.

Noah rueda, de forma que quedamos de lado, y se apodera del beso. No puedo moverme y tampoco me importa. Mi pierna le rodea la cadera mientras ambos perdemos el control.

Nunca he practicado sexo en el suelo de la cocina, pero me apunto ya mismo.

—¡Oh! —grita prácticamente Nicole—. Vale, bien.

Me incorporo deprisa, bajándome la ropa hasta donde debe estar mientras ella me sonrío.

—Solo buscaba algo de picar.

Me doy con la mano en la frente. «¿En serio, Kristin?»

—Parece que lo has encontrado. —Se ríe. Nicole mira a Noah y después a mí—. Nos vamos ya y quería despedirme.

—Pues claro, ya vamos.

Nicole prorrumpe en carcajadas.

—Lo pones muy fácil.

Noah se pone el pie y me ayuda a levantarme.

—Estás muerta para mí —le susurro a Nicole al pasar.

En cuanto estamos todos en el salón, Danielle me abraza y se va a casa. Nicole la sigue, despidiéndose con palabras de valoración sexual. Heather, Eli, Noah y yo nos quedamos en el salón.

—¿Y bien? —Cambio el peso de un pie al otro.

—Deberíamos irnos —dice Eli, haciendo un gesto a Heather.

—Sí —conviene—. ¿Noah?

Le miro, pues no deseo que se marche. Tenemos que hablar de lo que acaba de pasar. Le he atacado en el suelo. La gente normal no hace eso el día en que se divorcia. ¿Qué es lo que me pasa?

—¿No crees que...? Empiezo, pero él habla al mismo tiempo.

—Iba a...

Heather suelta un bufido.

—¿Por qué no os dejamos para que habléis? Sé que lleváis retraso con el artículo, ¿verdad?

La quiero. Ella es ahora mi favorita.

—Sí. Eso era lo que iba a decir. —Le miro—. Deberíamos hablar un poco y planear cómo vamos a hacer las cosas.

—Por supuesto —coincide.

Eli suelta una mezcla de carcajada y tos.

—Menos mal que has venido en tu propio coche, Noah.

Qué estúpida he sido al pensar que iba a ser capaz de mantenerme alejada de él o que él iba a ponérmelo fácil y a marcharse. Desde el principio quedó claro que hay algo entre nosotros.

No sé qué significa.

No sé si es lo correcto.

Pero hace que me sienta como si fuera lo bastante fuerte para averiguarlo.

—Te llamo mañana. —Heather me da un abrazo.

—Vale.

En sus ojos hay una clara advertencia, pero en sus labios se dibuja una sonrisa de satisfacción. Cabría pensar que tengo quince años y estoy a punto de tener relaciones sexuales por primera vez. Joder, no vamos a tener sexo ahora. Vamos a sentarnos a hablar como adultos, con una mesa de madera entre nosotros.

Eso es lo que debe pasar.

Nada de sexo.

Mis amigos se marchan y el nerviosismo aumenta a cada segundo que estamos a solas. Se me encoge el pecho mientras Noah y yo nos miramos. Hay tanto por decir, pero no puedo hablar.

Quiero preguntarle qué es esto y por qué somos incapaces de frenarlo. Quiero saber si esto es algo normal. Si seguiría sintiéndome tan atraída por él si no estuviera divorciada.

—¿Podemos hablar? —pregunto por fin.

—Probablemente deberíamos.

—Sentados a la mesa —le aclaro.

Él toma asiento y yo la rodea hasta el otro lado. No pienso sentarme cerca de él. Seguramente me abalanzaría sobre él otra vez y rompería el mobiliario al hacerlo.

—Vale, no sé qué repente me ha dado en la cocina, pero es evidente que no

sé utilizar el cerebro en tu presencia. Sé que envío toda clase de señales contradictorias y lo siento, pero haces que me cueste pensar —barboteo—. Soy una pensadora, Noah. Pienso mucho y esto es raro e impropio de mí.

Él se pasa las manos por el pelo.

—Yo tampoco hago las cosas que quiero precisamente debido a ti. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve tan loco por una chica.

—¿Estás loco por mí?

Él se inclina hacia delante con una sonrisa sexy.

—Creía que ya te habrías dado cuenta de eso. Esta semana he alquilado un puñetero apartamento aquí.

No sé muy bien qué significa eso porque se suponía que iba a quedarse unas semanas aquí de todas formas, así que es lógico que haya alquilado un apartamento.

—Vale...

Noah se frota la frente mientras meneaba la cabeza.

—No pensaba quedarme aquí. Iba a visitar a Eli unos días y después volvería a Nueva York. Ahora firmo contratos de alquiler, hago entrevista para la prensa y me invento excusas para verte.

—¡Lo que es una locura! Esto va demasiado rápido y no puedo dejar que vuelvan a hacerme daño.

—No quiero hacerte daño.

Nadie pretende nunca herir a nadie, pero es la realidad. El dolor que puedo soportar antes de romperme en pedazos tiene un límite.

—No creo que lo hicieras a propósito —digo, haciendo girar el anillo en mi pulgar—. Eres el primer hombre desde hace mucho tiempo que hace que me sienta guapa.

La ira parpadea en sus ojos.

—Kristin... —empieza, pero yo alzo la mano.

—Déjame terminar, por favor. —Espero a ver que se relaja para poder sacarlo todo—. Mi exmarido era un maltratador de formas que nunca comprendí. Me menospreciaba todo el tiempo, hizo que creyera que era una inútil, hasta el punto de que estaba... triste y sola. Me quebró, así que las migajas de amor que me daba parecían festines. Me alimentaba de un solo cumplido durante meses porque no eran frecuentes. No quiero volver a ser esa mujer jamás —asevero mientras lucho contra las lágrimas—. No debería

desearte. Ni siquiera debería estar pensando en otro hombre porque tengo miedo.

Noah se inclina hacia delante con las palmas hacia arriba. Quiero poner mis manos sobre las tuyas, pero en vez de eso me limito a rozarle las yemas con los dedos.

—Tú no eres la única que tiene miedo. Créeme, la mitad del tiempo no sé qué pensar. Pero te prometo una cosa —Se arrima, de modo que nuestras manos se unen—; jamás haré que te sientas pequeña. Jamás estarás sola, Kristin. Te prometo que, si le das una oportunidad a esto, te trataré como siempre debiste ser tratada.

—¿Y cuando te marches para seguir con tu vida?

Noah se encoge de hombros.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Mira, podrías tener otra cita conmigo y darte cuenta de que no te gusto.

—Es poco probable.

—Podría pasar. Solo pido que pasemos las próximas semanas descubriéndolo. Si te enamoras de mí, eso es cosa tuya. La posibilidad es real.

—Esboza una amplia sonrisa—. Yo apuesto a que querrás quedarte conmigo.

Ese es el problema. Que yo quiera quedarme con él y él no quiera quererme.

Miro nuestras manos y luego alzo los ojos hacia él.

—No es tan sencillo.

—Nada lo es, pero no pienso alejarme de alguien que ha prendido un fuego dentro de mí que creía extinguido. Solo necesito que le des una oportunidad.

¿Por qué tiene que ser tan maravilloso? Es lo opuesto a Scott. Todo lo que dice está lleno de muchísimo significado. Es aterrador porque ¿y si le doy esa oportunidad y me deja? ¿Cómo podría sobrevivir a eso?

Hoy me muevo a paso de tortuga solo porque no podía caer más bajo de lo que lo he hecho gracias al empujón de mi exmarido.

Pero esto no es justo para Noah. Merece ser feliz con alguien que pueda darle más.

—Noah —susurro, retirando las manos. Ya tengo el corazón roto, así que ¿por qué no pulverizarlo y espantarlo?—, soy lo último que necesitas.

Él se levanta sin articular palabra. Le veo rodear la mesa, dirigiéndose hacia mí. El corazón me late tan fuerte que me preocupa que pueda explotar.

La cabeza me da vueltas, y a pesar de lo mucho que deseo que me diga que tengo razón y que se marche, no lo deseo. Quiero que alguien luche por mí...

solo una vez.

Cuando llega a mí, se me corta la respiración. Quiero gritar que no quería decir lo que he dicho, pero me toma el rostro entre las manos, moviendo el pulgar por mi mejilla.

—Puede que tengas razón. Puede que a ninguno de los dos nos hagan falta más complicaciones, pero tú eres lo único que deseo.

Estoy segura de que acabo de morir.

¿Alguna vez alguien ha dicho algo más perfecto? Si es así, me da igual porque mi mundo entero ha cambiado.

—Yo también te deseo. —Estoy siendo completamente sincera con él por primera vez.

Le deseo.

Deseo que él me desee y, que Dios me ayude, lo deseo todo.

El miedo ha dictado mis actos durante demasiado tiempo y no puedo permitir que siga haciéndolo ni un segundo más. Puede que Noah y yo no duremos. Podríamos ser un arrebato que se extingue en un abrir y cerrar de ojos, pero nunca lo sabré si no lo intento.

—¿Sí? —pregunta con tono sorprendido.

—Estoy asustada, pero sí, me gustaría ver qué es lo que hay entre nosotros.

—Me alegro de que digas eso. —Sonríe mientras se arrima—. Estaba dispuesto a seducirte.

Si esto es lo que él considera no intentarlo, no quiero ni imaginar dónde narices voy a meterme.

Lo cierto es que no me importa.

—Cierra el pico y bésame —exijo.

Noah acerca su boca a la mía y yo deslizo las manos hasta su nuca, pegándolo a mí.

Noah

Sigo esperando despertarme.

Tiene que ser un puto sueño tener a Kristin entre mis brazos. Sus dedos me aprietan el cuello, acercándome más mientras la beso en los labios.

—Noah —pronuncia mi nombre mientras desliza la boca hacia mi cuello.

No era esta mi intención cuando vine aquí. Ni siquiera estaba seguro de que debiera acompañar a Eli, pero necesitaba ver si ella estaba bien. Kristin despierta mi instinto protector. Si ese capullo le hubiera hecho daño, pensaba enterrarle.

Había llegado a un acuerdo conmigo mismo para darle tiempo, sin presionarla, si ella estaba disgustada. Lo último que necesita es que otra persona la confunda. Seríamos amigos, yo haría el artículo que tan imbécil fui de sugerir y después nos iríamos cada uno por nuestro lado.

Verla en el suelo, sonriendo y contenta de verme, ha hecho que sea imposible que me aleje.

—He pensado en ti todo el día —le digo mientras la beso en el cuello—. Cuando aterrizó mi avión solo podía pensar en una forma de verte.

Ella gime e inclina la cabeza hacia atrás.

—No tienes ni idea...

—¿De qué?

Los ojos azules de Kristin se clavan en los míos y veo la lucha que se libra en su mirada.

—De cuánto pienso en ti.

—Tú no eres la única, cielo.

—Estupendo. —Sonríe mientras llevo mi boca de nuevo a la suya y me encanta cuando ella separa los labios y puedo sumergirme de nuevo en su

interior. Saboreo la dulzura del vino en su lengua. Sus dedos se deslizan por mi espalda pero, como aún está sentada, solo puede descender hasta un punto.

Ahuevo las manos debajo de sus muslos y la alzo. Ella grita cuando la siento sobre la mesa, consiguiendo una mejor postura para besarla en vez de sucumbir a mis deseos, y dedico un instante a mirarla, impresionado por ella. ¿Cómo coño he tenido tanta suerte?

¿Cómo una periodista borracha ha podido abrirse paso en mi corazón con solo una sonrisa?

Kristin me acaricia las mejillas con las yemas de los dedos.

—Esto me gusta —susurra a la vez que pasa los dedos por mi incipiente barba.

Me gusta que me toque. Me gusta todo de ella.

—¿De veras? —pregunto.

Ella asiente, con el labio inferior entre los dientes, sin mirarme a los ojos.

—¿Qué más te gusta? —inquiero mientras mueve el pulgar sobre mi labio.

—Tu forma de besarme.

Bueno, eso puedo dárselo otra vez, pero sé que el mayor problema de Kristin es que la ha hecho callar. No lo permitiré. Quiero que confie en sí misma y que jamás sienta que tiene que esconder alguna cosa.

—¿Así? —Rozo sus labios con los míos, apartándome cuando ella participa e intentar asumir el control. Kristin exhala un débil quejido y espero a que responda—. ¿Es eso lo que quieres, cielo?

Ella menea la cabeza, pero esta noche no basta con eso. No va a suceder nada a menos que oiga las palabras. Estoy luchando contra mis deseos de tumbarla sobre la mesa y hacer que pierda la cabeza. Quiero lograr que se sienta bien, que se sienta adorada. Me duelen los músculos de contenerme para no hacer justo eso, pero Kristin tiene que decir hasta dónde llega esto.

—No te oigo —la apremio.

—No —responde por fin.

—¿Qué es lo que quieres?

Su indecisión es manifiesta. Quiere decirlo, pero no sabe cómo. Tengo que insistirle sin quebrarla. No sé cuál es la forma correcta de actuar, así que llevo mi boca de nuevo hacia la suya.

Ella me rodea con las piernas, pegándome contra su cuerpo. Mi polla presiona contra mis pantalones mientras ella me clava los talones en las nalgas. Interrumpe el beso y me recorre la oreja con la lengua.

—Esto se asemeja más —dice con voz ronca.

—Joder —gruño cuando ella repite lo mismo con mi otra oreja.

Estoy a punto de perder el control y asumir el mando. En vez de echar a perder todo esto con ella, tengo que parar ahora mismo.

Empiezo a apartarme, pero ella se me aferra con más fuerza.

—Kristin —digo mientras le bajo los brazos. Retrocedo un poco para darnos a ambos cierto espacio para respirar. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿En qué estoy pensando? Se ha divorciado hoy y aquí estoy yo, magreándola sobre la puñetera mesa—. Necesito...

—¿Qué he hecho mal? —pregunta con la voz teñida de pesar.

—¿Qué? —replico, volviendo con ella.

—Has... has parado. Yo-yo... no sé que he hecho. Lo siento.

¡Por Dios santo! ¿Cree que he parado porque ha hecho algo mal?

—No has hecho nada mal, Kristin. No está bien hacerte esto justo hoy. —Acerco los dedos a sus labios, ligeramente inflamados.

Ella me coge la mano, bajándola hasta sus piernas.

—¿Hacerme esto a mí?

—Te has divorciado hoy y soy un cabrón por tocarte.

Kristin profiere algo a caballo entre un bufido y una risita. No sé qué coño es, pero es realmente adorable.

—¿Crees que eres un cabrón? Para empezar, yo me he abalanzado sobre ti en mi cocina. Aunque dejemos eso a un lado, eres la última persona sobre la faz de la tierra a la que llamaría cabrón hoy. ¿Quieres saber una cosa?

Quiero saberlo todo.

—¿Qué?

—Hoy me has ayudado sin estar siquiera presente. Scott, mi ex —aclara sin necesidad—, ha intentado hacerme sentir..., en fin, como solía hacerme sentir normalmente, pero tú lo has impedido. Lo que me dijiste el otro día significó más de lo que jamás sabrás.

Los ojos de Kristin se llenan de lágrimas y a mí se me encoge el corazón.

—No llores —suplico. Una mujer llorando es mi puñetera kriptonita. ¿La abrazas? ¿Le dices que todo va bien? Ya cometí ese error; le dije a mi novia que todo iría bien antes de que ocurriera justo lo contrario.

Ella se limpia las mejillas y sorbe por la nariz.

—Lo que te digo es que no eres un cabrón, Noah.

—En realidad aún no me conoces. —Intento aligerar el ambiente con una

broma.

—Idiota. —Ríe.

—Eso sí lo soy. —Sonrío y le enjugo la lágrima que está a punto de rodar.

Arreglar las cosas forma parte de mi naturaleza. Soy un hombre; eso es lo que hago. Si hay un problema, hay una solución en alguna parte y yo la encuentro. Que Kristin llora porque he dejado de besarla es un problema con el que no me había topado hasta ahora.

Además, no creo que besarla para que deje de llorar sea la decisión adecuada.

¿Me planto aquí?

—Me... me gustaba besarte.

A lo mejor quiere que la bese.

—Kris, estoy más que encantado de besarte —digo, apartando su cabello castaño—. Te besaré toda la noche si así dejas de llorar.

Ella levanta la vista al techo.

—Genial —refunfuña—. Ahora te obligo a que te lées conmigo gracias al sentimiento de culpa.

Enmarco su rostro entre mis manos, haciendo que baje la cabeza, y espero a que me mire. Parece perdida. Ha desaparecido la mujer libre, sexy y segura de sí misma que cogía lo que quería. Quiero que vuelva y haré lo que sea necesario para conseguirlo.

—No hay nada que desee más que tener tus labios sobre los míos. Deseo besar cada centímetro de tu ser, hacer que lo olvides todo menos a mí y después hacerte el amor hasta que caigamos rendidos. No tienes que obligarme a nada, solo necesitas decir las palabras y me tienes.

Kristin

*H*a pasado mucho tiempo desde la última vez que me sentí tan deseada. Una parte de mí no cree que sea posible, pero es imposible confundir la expresión de sus ojos.

Noah desea hacer todo lo que ha dicho.

No mueve un solo músculo mientras espera a que yo diga algo.

En vez de hablar, pensar o librarme de esta, me permito sentir.

Desplazo las manos de mi regazo a su estómago. No dejamos de mirarnos a los ojos mientras mis dedos se abren paso bajo su camiseta. Me tomo mi tiempo para explorar su pecho, palpando los músculos bajo mis dedos mientras ambos nos embriagamos del aroma del otro.

Subo más la mano, arrastrando el dobladillo conmigo. Noah no articula una sola palabra al apartar las manos de mi rostro y levantar los brazos, permitiéndome que le suba la camiseta poco a poco para sacársela después por la cabeza antes de arrojarla al suelo.

—¿Estás listo para cumplir tu promesa? —pregunto con más chulería de la que tengo en realidad.

Estoy preparada para vivir.

Estoy preparada para sentir.

Estoy preparada para concederme permiso a mí misma a fin de correr riesgos.

Noah me brinda su sonrisa burlona, que hace que una descarga eléctrica corra por mis venas. Sus manos me agarran el trasero y me aprieta contra su muy notable erección.

—¿A ti qué te parece?

Creo que estoy a punto de desmayarme, eso me parece.

—No sé cómo hacer esto —reconozco.

Durante años ha sido para mí una tarea. Una tarea que, según el Gilipollas, no se me daba nada bien. He aprendido a relajarme y a aceptar lo que me ofrecían. Está claro que Noah no desea eso, pero me aterra decepcionarle. No creo que pudiera sobrevivir si soy mediocre para él.

—Tú estás al mando —me dice mientras sus labios se ciernen sobre los míos—. Toma lo que quieras, cielo. Te daré tanto o tan poco como tú me digas.

—¿Y si no es lo que tú deseas? —susurro, esperando que a lo mejor él no me oiga.

Noah retrocede lo necesario para mirarme a los ojos.

—Te deseo a ti, Kristin.

Se me acelera el pulso, pero ahora ya no hay ni una sola posibilidad de que me marche. Él me anima a que tome lo que deseo y le deseo a él. Voy a hacer lo que él me dice y a tomar el mando.

Empujo un poco a Noah y me pongo de pie. Nuestros pechos se rozan y deslizo la mano hasta su nuca una vez más, acercando sus labios a los míos. Pierdo la noción del tiempo mientras ambos tratamos de hacernos con el control. Él me lo entrega y después lo recupera, como si no pudiera evitarlo.

Con solo saber que está cediendo un poco se me acelera el corazón.

Noah lleva sus labios a mi cuello, su lengua dibuja el contorno de mi clavícula y saborea la piel de mi hombro.

Yo le tomo las manos y empiezo a caminar hacia atrás. Él me sigue mientras nos dirigimos a mi dormitorio.

Los nervios me atraviesan como un tren de mercancías cuando llegamos a la puerta.

—¿Estás segura? —pregunta.

¿Cómo se supone que puedo responder a eso? ¿Le deseo? Sí. No es ni siquiera una elección; es una necesidad.

—Sí, estoy segura —le garantizo.

—No tenemos por qué hacer esto. —Noah me da otra vía de escape, cosa que me hace sonreír, y le acaricio la incipiente barba con los dedos.

Me toca a mí mostrarme vulnerable con él. Me ha proporcionado las palabras de aliento que me han ayudado a sobrellevar las cosas. El hecho de que aún se muestre cauto conmigo es respuesta suficiente. Noah se preocupa por mí. No por echar un polvo, sino por mi corazón y mi alma. Es la hebra que remendará mi corazón, quiere curarlo, erradicando las cicatrices.

—No, no tenemos por qué, pero eres lo que deseo. La sonrisa que dices que adoras existe gracias a ti. La risa que oyes empezó justo cuando tú apareciste. He ido a la deriva mucho tiempo, temerosa de aferrarme a algo porque nada era lo bastante resistente. No sé si tú serás lo que me ancle, pero ahora mismo sé que quiero averiguarlo.

Noah se apodera de mi boca, besándome con pasión y empujándome contra la puerta. Yo trato de girar el pomo y, de espaldas, entro en la habitación de golpe.

Noah no se detiene ni tampoco yo, sino que nuestros labios continúan unidos mientras nos dirigimos a tientas hasta la cama. Mis piernas topan con el colchón y él me coge en brazos y me coloca en el centro.

—Voy a hacer que te sientas muy bien —me promete mientras se yergue delante de mí.

No me cabe la menor duda de eso.

—Es posible que él tuviera razón, Noah. Puede que esto se me dé de auténtica pena —le advierto.

—Eso lo dudo muchísimo. —Sonríe de oreja a oreja—. Quítate la camiseta.

Parece que ya no estoy al mando. Sin embargo, la descarnada sexualidad que exuda hace que eso me parezca genial. Hago lo que me pide, tomándome mi tiempo, encantada al verle apretar los dientes mientras espera de forma paciente.

—Siempre puedes ayudar, ¿sabes? —Le miro con los ojos entornados.

Él se acerca a la cama despacio, se sube y se coloca de forma que sus rodillas quedan a cmis costados. Mis manos se mueven por propia voluntad, tocando su pecho desnudo. Sus músculos se tensan bajo mis dedos mientras ascienden.

Noah me coge las muñecas, levantándomelas por encima de la cabeza.

—No las muevas de ahí —exige.

Mi pecho sube y baja mientras coge el dobladillo de mi camiseta, subiéndomela despacio. El dorso de sus dedos me acaricia los costados, apenas de manera perceptible.

—He imaginado cómo serías debajo de aquel bikini todos los días. Me he imaginado acariciando tus pechos, tomándolos con mi boca —dice con voz ronca.

Dejo escapar un suave gemido, sintiendo sus palabras en todo mi cuerpo.

—Ya no tienes que seguir imaginando. —Estoy muy a favor del contacto

físico.

Me quita la prenda por la cabeza. Lleva las manos a mi espalda, con los labios contra mi oreja.

—Eso no es lo único que he imaginado. —Me desabrocha el sujetador, pero no trata de quitármelo—. Baja los brazos y enséñame lo perfecta que eres.

Yo bajo los brazos y cojo cada tirante del sujetador, dejando que caigan, pero sujetando las copas para mantener mis pechos cubiertos. Veo sus ojos tornarse duros cuando las suelto. A Noah se le acelera la respiración y, una vez más, nuestras bocas se encuentran. Se inclina hacia delante, cubriendo mi cuerpo con el suyo, mientras nuestros pechos desnudos se rozan.

Da la sensación de que con cada beso me recuerda lo íntimo que es esto. Las palabras, las promesas y las miradas son tan ardientes como el mismísimo infierno, pero cada vez que me besa hay escondido algo más. Me ancla a él, y aunque no sea de manera consciente, eso mantiene aquí.

—Tócame, Noah —suplico.

Es cuanto él necesita, por lo que al segundo siento que amolda sus manos a mis pechos, que sus pulgares frotan mis pezones. Siempre he tenido un pecho muy sensible, pero esto supera todo lo conocido para mí. Podría tener un orgasmo solo con esto.

Noah agacha la cabeza y rodea mi pezón con la lengua.

—Oh, joder —jadeo.

Noah repite el gesto y después hace lo mismo con el otro. Cierro los ojos cuando sopla con suavidad mi piel húmeda. De haber sabido que era así de increíble, me habría abalanzado sobre él antes.

Me retuerzo debajo de él mientras sus manos recorren mi cuerpo y su boca obra su magia con mis pechos.

Sus dedos descienden despacio hasta mis pantalones cortos y siguen a lo largo de la cinturilla.

—¿Cuánto más deseas que te toque? —pregunta antes de lamerme el pezón con la lengua.

—No pares —imploro.

—No te he preguntado eso —susurra contra mi piel.

¿Qué me ha preguntado? No puedo concentrarme en nada que no sea lo increíble que es esta sensación.

—No recuerdo...

Él levanta la cabeza y yo abro los ojos para ver por qué narices ha parado.

—Quiero saber dónde te gustaría que te toque, cielo.

Noah se interesa por lo que deseo incluso en el calor del momento.

Otras podrían no entender por qué esto me importa, pero lo significa todo. No intenta conseguir lo que desea y seguir adelante. Tan poderoso momento derrumba cualquier muro que haya construido.

Enrosco los dedos en su cabello y espero que él vea en mis ojos la gratitud que hay en mi corazón.

—Por todas partes. Lo quiero todo, Noah.

Sus dedos, que descansaban sobre mi abdomen, se abren paso bajo mis pantalones.

—¿Aquí? —pregunta.

—Sí.

Desciende más, con los ojos clavados aún en los míos.

—¿Quieres que pare?

Yo meneo la cabeza.

—No —respondo, recordando que quiere oírme pronunciar las palabras.

Desliza un dedo por mí, encontrando mi clítoris, y soy incapaz de mantener los ojos abiertos más tiempo. Inclino la cabeza atrás mientras él me lleva más arriba de lo que he sido capaz de llegar yo sola. Soy incapaz de contener el gemido que escapa de mi garganta cuando introduce un dedo dentro de mí.

—¿Te gusta, cielo?

¿Da la impresión de que no? Soy una mezcla de gata maullando y una oveja balando. Pero me importa una mierda porque es una sensación maravillosa.

—No pares —le ordeno.

Noah hace justo lo contrario. Su mano se detiene y me entran ganas de llorar.

—He dicho que no pares. No pares, por favor, no pares. —Me apoyo en los codos y lo encuentro sonriendo de oreja a oreja.

—Oh, no estoy parando. Solo acabo de empezar. —Noah engancha los pulgares en mis pantalones y empieza a quitármelos—. Te quiero desnuda. Quiero ver cada parte de ti, tocar cada centímetro, y voy a saborearte.

Mi ansiedad se dispara, sabiendo que estoy a punto de quedar completamente desnuda. Teniendo en cuenta lo que estamos haciendo, es obvio que eso iba a pasar, pero Noah es... magnífico y yo... no.

Él parece percibir mi cambio y levanta la mirada.

—Eres una verdadera preciosidad. Es como si estuvieras hecha para mí.

—Noah —digo con tono dubitativo mientras él me separa las piernas,

acercando la cabeza.

—Puedes gritar mi nombre mientras te follo con la lengua.

Me quedo boquiabierta al oír sus palabras y, a continuación, el tacto de su lengua se apodera de todo. No me saborea con timidez, sino que lo hace de forma voraz. Noah me succiona, su lengua me lame, me golpetea y se desliza por mi clítoris.

Se mueve sobre mí y el precipicio por el que intentaba no caerme se acerca cada vez más. Me agarro a la colcha, pero él introduce un dedo en mi interior y eso es demasiado.

—Ay, joder. Mierda. Por Dios. ¡Noah! —grito al tiempo que arqueo la espalda.

Estoy acabada.

¿Quién iba a imaginar que la falta de sexo daría como resultado el orgasmo más intenso de toda mi vida?

¡Madre del amor hermoso!

Jamás me recobraré después de Noah. Si se marcha y no volvemos a hacer esto nunca más, voy a tener que hacer algo para borrarle la memoria. Nada se asemejará ni por asomo a las cosas que dice, a su manera de tocarme o de hacerme sentir.

Ya ni siquiera estoy segura de que tenga huesos. A lo mejor se me han desintegrado. Vuelve a ascender por mi cuerpo, besándome al hacerlo.

Enredo los dedos en su pelo y después los deslizo por su espalda mientras él sube más.

—Me estás matando, Kristin —me dice al oído, con la voz entrecortada—. Eres perfecta y lo quiero todo de ti.

No es el único que lo quiere todo. Ahueco las manos sobre sus nalgas y le aprieto contra mí.

—No pienso parar.

Da la vuelta para colocarme encima y me sostiene la cara entre las manos.

—No quiero que hoy gire en torno a nada más.

Le miro a los ojos, intentando descubrir a qué se refiere.

—Hoy es lo que nosotros queramos que sea. Se trata de nosotros.

En su rostro se refleja el debate y entonces habla:

—Hoy has perdido algo.

Me pregunto si está sacando el tema del divorcio para ver mi reacción o por alguna otra razón, aunque no he pensado en eso ni una sola vez. Lo que

acapara mi mente es Noah y lo que él me da. No quiero que lo que pase aquí esta noche sea algo que le inspire dudas.

—No. —Meneo la cabeza—. He ganado algo. Tú eres lo único en lo que pienso. Eres lo único que me importa hoy. Te deseo. Deseo esto.

Él levanta la cabeza y me besa. Mis temores se mitigan con cara roce de nuestras lenguas, dejándome el deseo.

Nuestras bocas se separan y yo me aparto.

—Creo que ahora deberías quitarte los pantalones.

—Por supuesto. —Me suelta y cruza las manos detrás de la cabeza.

—Si quieres que me los quite, vas a tener que hacerlo tú.

De acuerdo.

Me bajo de la cama, disfrutando al ver a Noah ahí tumbado. Él se ha tomado su tiempo y yo pienso hacer lo mismo. Me toca a mí asegurarme de que se acuerde de esta noche. Desabrocho el botón de sus vaqueros y sonrío cuando el sonido de la cremallera llena la estancia.

Noah alza las caderas mientras le bajo la prenda y la arrojo al suelo. Noah es incluso mejor de lo que había imaginado. Recuerdo que cuando estaba en la piscina con él pensé que estaba bien dotado, pero no le hice justicia.

—Hablando de perfección. —Esbozo una amplia sonrisa.

—Soy todo tuyo. —Se mantiene inmóvil, dejándome que le contemple.

«Tanto tiempo como me deseas.»

Deslizo las manos por sus mulos y cojo su polla.

Bueno, ahora le toca a él gemir.

—Joder, Kristin. —Me toma el cabello mientras me lo meto en la boca.

Noah gruñe, gime y maldice mientras yo actúo. Sus manos se desvían de mi pelo para golpear la cama mientras me esfuerzo para hacerle la mejor mamada de toda mi vida. Lo acojo tan adentro como puedo y él enreda los dedos en mi cabello. Está perdiendo el control y me gusta a rabiar.

—Tú... para... Kristin..., joder. —Ya era hora de que no fuera yo la única que no puede hablar.

Levanto la cabeza y sus ojos de color esmeralda se clavan en los míos.

—¿Quieres que...?

Noah se incorpora con rapidez, interrumpiendo mi habilidad para terminar y me arroja sobre el otro lado de la cama. Dejo escapar un chillido cuando caigo sobre la almohada y a continuación nos vemos frente a frente. Noah respira con dificultad y nuestras bocas se encuentran.

Hundo los dedos en sus hombros y su polla presiona contra mi coño. Le necesito dentro de mí... ya.

—Ahora, Noah. Por favor —suplico.

—Por favor ¿qué? —dice con voz ronca.

—Tómame. Tómame por entero. Tómame.

Noah saca el condón de sus pantalones, se lo pone y nos miramos a los ojos. Noah observa mi rostro mientras me penetra muy despacio. La expresión extasiada de su cara es algo que jamás olvidaré.

Hacemos el amor, adoptando varias posturas, explorando y aprendiendo los sonidos de cada uno. No se parece a nada que haya experimentado con anterioridad. Estar con alguien tan entregado a hacerme sentir muy especial. Entre la inmensa cantidad de placer y de emociones, estoy agotada.

Si el vino y el chocolate tuvieran un hijo se llamaría Noah, pues ambas cosas son satisfactorias y le hacen mucho bien a mi cuerpo.

Noah me rodea con sus brazos mientras duerme. Yo inspiro, encantada con la mezcla de almizcle y sexo sudoroso que perdura en su piel. Él me envuelve en su calor y podría quedarme así para siempre. Vuelve la cabeza, escucho el latido de su corazón y me dejo vencer por el sueño con una sonrisa en la cara.

Kristin

—*T*ienes que irte. —Río contra los labios de Noah. Son casi las tres y a las cinco tengo que recoger a los niños de casa de mis padres.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —pregunta, y a continuación me besa.

Tenemos que parar antes de que diga «a la mierda todo» y tengamos sexo. En realidad es como montar en bicicleta; te vuelves a montar y tiras. Al despertar me lo he encontrado en la cocina, preparando el desayuno, y le he dado las gracias en el suelo, ya que fue ahí donde, más o menos, empezamos anoche.

Después, cuando se ha enterado de que no he visto *La delgada línea azul*, me ha obligado a ver dos episodios mientras me recitaba sus diálogos al oído. Eso ha llevado a una ducha increíblemente larga, con un montón de... jabón, pero ahora tengo que ir a por mis hijos.

Le empujo del pecho y él ríe entre dientes.

Le tapo la boca con la mano antes de que pueda intentarlo otra vez.

—¿Mañana?

Una sonrisa pícaro se dibuja en sus labios y toma mi mano en la suya.

—Yo estaba pensando en esta noche.

—¡Noah! —Meneo la cabeza—. Tengo hijos. Es demasiado pronto para que me vean con otro hombre.

Él me da un apretón en la mano.

—Podría colarme a hurtadillas.

—Y ellos podrían despertarse —replico.

—Entonces tendrás que estarte muy calladita —dice en voz queda, que destila sexo por doquier.

Por mucho que quiera reprenderle, ahora que lo ha dicho, desearía aceptar su oferta. Maldito sea él y su atractivo sexual.

Inspiro hondo, retrocedo un poco y me concentro en otra cosa que pueda hacer para mantener la boca demasiado ocupada como para hablar.

—He de entregar el artículo dentro de tres semanas, así que, en realidad, tenemos que trabajar mañana. Necesito material y después una semana para organizarlo.

Noah me suelta con un sonoro suspiro y asiente.

—Puedo intentar mantener las manos lejos de ti.

—No serás el único —dijo entre dientes.

Él se echa a reír.

—Bueno, si no fueras el mejor sexo que he disfrutado en mi vida, no me costaría tanto.

—¡Cierra el pico! —Le atizo en el brazo.

—¿Qué? —Levanta las manos—. Hablo en serio.

—Lo que tú digas.

Me emborracho una vez delante de él y ya le he dado material suficiente para cualquier situación.

Noah se acerca, me rodea con los brazos y me besa en la frente.

—No bromeo, cielo. Lo de anoche ha sido, de lejos, el mejor sexo de mi vida.

Busco la sombra de una mentira, pero está completamente serio.

Desliza las manos hasta mi trasero y me aprieta contra su cuerpo.

—Esto es lo que provocas con solo hacer que piense en lo maravilloso que es sentirte.

Mi sonrisa se ensancha al notar lo duro que está.

—Deberías saber que tú ocupas el primer puesto para mí —confieso, mirándole a los ojos. Me encanta lo alto que es. Resulta muy sexy que sea más alto y que su sombra se proyecte sobre mi cuerpo.

Me alzo de puntillas para rozar sus labios con los míos.

Noah gruñe cuando se aparta.

—Tenemos que parar antes de que te cargue sobre mi hombro y te lleve al dormitorio.

¿Tan malo sería eso?

Abro la boca para protestar, pero Noah dice lo único que podría detenerme.

—Es muy probable que Finn y Aubrey te necesiten.

Tiene razón. Sabes que su padre y yo teníamos que hacer una cosa ayer, pero..., bueno, Aubrey no sabe qué significa eso. Finn es muy consciente y

creo que le produce cierto alivio poder decir por fin que estamos divorciados en vez de que no vivimos juntos. Es el punto final a la sentencia para que todos podamos seguir adelante.

—Podríamos vernos el lunes —sugiero.

—Eso es dentro de dos días.

—¿Mañana? —Retomo mi primera sugerencia.

—Mañana. —Noah asiente, me da un beso rápido y sale por la puerta.

Me quedo aquí, con la mano sobre la mesa de madera y la cabeza apoyada en ella, sin saber cómo es posible que esto sea real. Noah Frazier se marcha después de disfrutar de la noche más increíble y quiere seguir viéndome.

Noah abre la puerta de su coche y sonrío cuando ve que le estoy mirando.

—Te veo mañana, cielo.

—Por el artículo...

—Y puede que para enrollarnos un poco. —Sonrío con satisfacción y se monta en el coche.

Estoy metida en un buen lío.

—¡Kristin! —exclama la tía Nina cuando entro.

Profiero un chillido mientras corro hacia ella y la abrazo con fuerza.

—¡No sabía que venías de visita!

—Se lo dije a tu madre. —Me estrecha con fuerza mientras nos mecemos.

Mi tía es la persona más guay del mundo. Era la única persona con la que podía hablar de todo lo que a mi madre le era imposible sobrellevar. Fue a ella a quien llamé la primera vez que practiqué sexo para hablar de ello. Cuando cumplí los dieciocho, me llevó a que me hiciera un tatuaje. No hay nada que mi tía Nina no sepa sobre mí. Es increíble que sea hermana de mi madre.

—No me lo ha dicho. ¿Cuándo has llegado?

—Hoy mismo. Jackson, Catherine y las chicas también están afuera.

—¿En serio? —Sonrío—. ¡No me puedo creer que no lo supiera! ¿Han venido el tío Brenda y Reagan?

Mis primas y yo tenemos más o menos la misma edad. Se mudaban mucho, pero cuando tenía doce años estaban destinados en la base aérea de MacDill y nuestra relación se hizo muy estrecha. Después se fueron y era una putada verlos solo en fechas señaladas.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que las vi.

—¡Aquí estoy, aquí estoy! —Reagan sale de la cocina con Aubrey en brazos—. ¡Mira lo que he encontrado!

Aubrey se retuerce, tendiendo los brazos hacia mí.

—¡Mami!

—¡Hola, peque!

Estrujo a mi chiquitina y le doy un abrazo a Reagan.

—La abuela me ha hecho esperar para meterme en la piscina hasta que llegaras. —Resopla—. ¿Puedo meterme ya en la piscina?

Adiós a la posibilidad de charlar con ella como había planeado, pero claro, no me importa nada posponerlo.

—Pues claro, ve a cambiarte y enseguida salgo.

Aubrey se va corriendo mientras llama a gritos a mi madre y Reagan me coge la mano.

—Estás genial —dice—. En serio, Kris.

—¡Y tú! —Le toco el pelo, que se ha cortado justo por encima de los hombros—. Has perdido más de veinticinco centímetros.

—Ya era hora. —Se encoge de hombros.

—Te sienta bien este corte de pelo —comento.

—Creo que te refieres al divorcio. —Reagan esboza una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, parece que a las dos nos sienta bien eso.

Sí, así es. Las dos acabamos de divorciarnos de unos gilipollas.

—¿Es que no vale decir hola? —oigo la voz profunda de Jackson.

—¡Jackson! —exclamo y me abalanzo sobre él.

Me levanta en vilo y me da una vuelta.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Nadie te dijo que te mudarás a California hace unos años y que no volvieras.

Todos se mudaron a California hace unos cuantos años. Jackson es dueño de una empresa de seguridad que hace sabe Dios qué y abrió una sede allí.

—De todas formas habría acabado allí si aún siguiera en el servicio activo.

Todos intentamos olvidar su época como Navy SEAL. Estoy convencida de que fue eso lo que me provocó el miedo irracional con respecto a Heather y a su trabajo. ¿Por qué todo el mundo piensa que el que te disparen es una buena opción profesional?

—¿Dónde está Cat?

—Tiene a los niños en la piscina.

Le lanzo una mirada, preguntándome si ha perdido la puñetera cabeza.

—¿Y tú estás aquí?

Él profiere una carcajada y después me aprieta contra el costado.

—Tú me protegerás.

Sí, claro, que no cuente conmigo.

Salimos afuera y Finn tiene en brazos a su hija mayor, Erin, mientras se desplaza por la piscina.

—¡Hola, colega! —Sonrío y saludo con la mano.

—¡Mira, mamá! A Erin le caigo bien. —Se le ilumina la cara.

—Pues sí.

Hacía mucho tiempo que no le veía sonreír. Erin y Aubrey se llevan un año pero, Dios no lo quiera, él juega así con su hermana.

Probablemente la ahogaría.

—Hola, mamá. —Le doy un beso en la mejilla—. ¿Se han divertido los chicos?

—Siempre lo hacen. Sabes que tu padre los consiente sin remedio. —Le da una palmada en el brazo a mi padre.

—Hola, papá.

—Hola, Krissy. —Me estrecha en sus brazos—. ¿Cómo está mi hija preferida?

Me encanta que, por muy mayor que sea, él me sigue mirando como si fuera todo su mundo. Mi padre mataría dragones por mi madre y por mí. Él nos ama con todo su corazón.

A veces me pregunto qué es lo que me pasa para que alguna vez pensara que la forma en que Scott me trataba estaba bien. Tengo la perfecta imagen del amor delante de mis propios ojos. Sin embargo, estaba dispuesta a conformarme con menos aún de una octava parte de lo que tienen mi padre y mi madre.

Mi padre me estudia con los ojos entrecerrados.

—Pareces muy feliz.

—¿De veras?

—¿Te divertiste anoche?

No me siento cómoda mintiendo. Hace que me sienta una cerda por dentro, pero mentir a mi padre es algo abominable. Fui la mejor adolescente del

mundo mundial porque no sabía mentir. Nunca salía a hurtadillas porque, de inmediato, volvía a entrar para contarles a mis padres lo que acababa de hacer. Por eso Nicole me odiaba cuando estábamos en el instituto. Siempre nos delataba a todas.

Sin embargo, hablar de sexo con mi padre me resulta todavía más incómodo.

—Así es —respondo sin más, esperando que lo deje ahí.

—Estupendo. ¿Pasaron las chicas a verte?

Respuestas cortas. Tengo que darle respuestas cortas y directas.

—Sí.

Me muerdo la lengua para evitar dar más información de la necesaria.

—Me alegra que no estuvieras sola. —Me da una palmadita en la pierna antes de dar media vuelta y gritar—: ¡Brendan!

Exhalo un suspiro, que a Reagan no le pasa inadvertido.

¡Mierda!

Por suerte, Reagan no dice nada durante el resto de la noche y todos disfrutamos de la mutua compañía. Mi madre y mi tía Nina ríen a carcajadas por los viejos tiempos, Catherine y Jackson están preparando a las niñas para acostarlas y Reagan y yo disfrutamos de una copa de vino junto a la hoguera.

Ella me habla de su trabajo y yo le hablo del mío.

—Espera, ¿te pagan por acosar a tíos buenos? —Se echa a reír.

—En teoría.

—Aquí me tienes a mí, una abogada divorciada sin posibilidades de que me hagan socia y tú escribes sobre famosos y sales con los Four Blocks Down. Jolín, estoy jodida.

—Estás chalada.

—Es verdad. —Reagan sonrío—. En fin, no creas que no he visto que te ponías roja cuando el tío Dan te ha preguntado qué estuviste haciendo anoche. Desembucha.

—¡Ni harta de vino!

Ella tamborilea con las uñas en la copa.

—Tú has tenido sexo, ¿a que sí? —susurra... en voz alta.

—Ay, Dios mío —gruño.

—¡Lo has tenido! ¿Con quién?

Como si fuera a decírselo. Joder, no. Ni siquiera yo me creo del todo que ocurriera. Pero las molestias entre mis piernas..., y en otras zonas..., me dicen

que sí pasó. Es lo más liberador que jamás he hecho. Pero no pienso contárselo a nadie, aún no.

—No tengo nada que contarte.

—Sabes que me dedico a interpretar a la gente. —Me recuerda.

—¿Interpretar a la gente haciendo qué? —Jackson vuelve y toma asiento a nuestro lado.

A veces mi familia es bastante entrometida.

—Nada. No hablamos de nada.

Reagan sonrío antes de beber un sorbo de vino.

—¿De qué no estáis hablando? —Catherine se sienta en sus rodillas.

Genial. Un ex Navy SEAL, una abogada y una publicista dispuestos a hacer preguntas. Tengo la impresión de que es el comiendo de un chiste malo. Un chiste en el que yo soy el punto clave.

Noah

Conduzco de regreso a mi apartamento después de ver el partido de baloncesto con Eli y giro a la derecha cuando debería haber seguido recto.

Después otro giro a la derecha.

No tardo demasiado, ya que mi destino está a unas manzanas de la casa de Kristin.

Son las doce y media de la noche y este es el último lugar en el que debería estar, pero es el único en el que quiero estar.

Mira que soy patético. Soy como un cachorrillo enamorado.

Aparco enfrente y apoyo la cabeza en el reposacabezas. ¿Qué cojones me sucede? Solo han pasado unas horas desde que la vi. Sin embargo, lo único en lo que puedo pensar es en lo que ha ocurrido entre nosotros.

Lo de anoche fue... inesperado.

Mis intenciones eran honestas cuando fui allí. No pensaba que tendríamos un festival sexual de casi veinticuatro horas. Además de eso, no pensaba que ella me consumiría de esta manera. En vez de aliviar la comezón, lo he empeorado.

No tengo ni idea de qué siente ahora que ha tenido tiempo de pensar. Ruego a Dios no haberla cagado hasta el punto de que me odie. Entonces recuerdo que aún no nos hemos dado nuestros números de teléfono.

Cojo un trozo de papel, apunto mi número y, a continuación, me encamino hacia el porche. Pienso en meterlo en el buzón con la esperanza de que ella lo vea.

Cuando levanto la tapa, se enciende la luz del salón y la cortina de la ventana se corre a un lado.

Ahora soy un puñetero acosador al que van a arrestar. A mi publicista le va a encantar.

La puerta se abre y aparece Kristin, sujetando un paraguas como si fuera un bate de béisbol.

—¿Noah? ¿Qué haces aquí?

«Reclamar mis pelotas.»

—Se me olvidó una cosa, así que estaba dejándotela.

—Es casi la una de la madrugada —dice, saliendo al porche.

Está oscuro, pero, aun así, puedo ver lo hermosa que es. Lleva el oscuro cabello castaño recogido, no va maquillada y tiene un par de bonitas gafas apoyadas en la nariz, haciendo que esté más sexy que nunca.

—Quería verte.

Kristin aparta la mirada, pero capto su sonrisa.

—No podía dormir —explica—. Quería hablar, pero era tarde...

—Y no tienes mi número —añado.

—Eso también.

Me acerco a ella, incapaz de mantener las distancias. Le acaricio la mejilla con la mano.

—Ahora estoy aquí. ¿Qué te preocupa?

Su diminuta mano envuelve la mía y se acerca a los escalones. Ambos nos sentamos en el borde y ella apoya la cabeza en mi hombro. Intento entender lo que está pasando entre nosotros.

—Tú. Nosotros.

—Los dos pensamos en las mismas cosas —le aseguro.

—¿De veras?

Me echo a reír.

—Sí, cielo. Este no era precisamente mi plan cuando vine a Tampa. Pensaba que pasaría un tiempo con mi amigo y entonces te conocí.

Kristin aprieta mi mano con ligereza.

—Me siento como si todo fuera un sueño. Que voy a acostarme y que nada de esto será real.

—Mírame. —Mi voz es grave y firme—. Todo es real.

—Eres la primera cosa buena en mucho tiempo.

Kristin me da una cura de humildad. Su declaración hace que me derrumbe. No me merezco a Kristin. No merezco una segunda oportunidad, pero desde luego la quiero.

—Entonces lo resolveremos juntos.

Kristin inclina la cabeza hacia atrás y exhala un suspiro.

—¿Qué significa todo esto?

—¿Qué quieres tú que signifique?

Necesito que ella lo diga primero porque me da miedo asustarla. Es imposible describir la intensidad de mis sentimientos por ella, y aunque pudiera hacerlo, no creo que esté preparada para escucharlo.

Le doy mucho a la cabeza por naturaleza. Me gusta hacer planes y ceñirme a ellos. Así es como he hecho las cosas bien en mi vida. Se me presenta una tarea y la acometo sin rodeos.

Kristin es todo lo opuesto a los planes. Es el punto decisivo que da la victoria y que nadie espera. Es el billete premiado de lotería. Es la mujer que juré que, si alguna vez encontraba, haría todo lo que estuviera en mi mano por conservar.

—Lo que yo quiero y lo que es real son dos cosas distintas. Tú eres una celebridad y yo soy..., en fin, una especie de periodista. Mi trabajo es escribir cosas sobre ti y después hemos practicado sexo en cantidad. Vamos, que he tenido que quitar las sábanas porque olían como las de una casa de putas.

Río entre dientes y le empujo la pierna con la mía.

—¿Has estado en muchas casas de putas últimamente?

—Cierra el pico. —Ríe—. Yo soy torpe y tú eres perfecto. Soy una divorciada con dos hijos y tú estás soltero. Eres rico y yo ni por asomo. Yo vivo aquí y tú no. Es una gran estupidez por mi parte pensar que esto va más allá de un poco de sexo acojonante.

Ahí es donde ella se equivoca. Si quisiera sexo acojonante, podría conseguirlo en cualquier parte. No soy tan tonto como para decírselo, pero es la verdad. Ser rico y famoso tiene sus ventajas; las mujeres quieren follarse con famosos. Yo no he follado con Kristin.

—Para mí es más que eso, cielo. —Me muevo para que ella pudiera ver la verdad en mis ojos—. Para mí no eres un polvo fácil. No necesito un polvo fácil. Me da igual que estés divorciada de un gilipollas que te trataba como a una mierda. Tienes un pasado y yo también. Si por un solo instante hubiera pensado que te interesaba mi dinero, jamás habríamos pasado de la primera noche. En cuanto a que eres torpe, eso es lo que te hace perfecta.

—Y tú vas y dices eso. —Se tapa los ojos con la mano—. ¿Podrías nos ser tan perfecto, joder? Solo un poco... imperfecto. Algo que impida que me enamore de ti. En serio, lo que sea. Tenía la esperanza de que tuvieras la polla pequeña, pero eso no ha funcionado.

—Siento decepcionarte —digo, y rompo a reír.

—No quería decir que... Me rindo. Le echaré la culpa a la falta de sueño. Tienes un pene muy bonito.

La atraigo contra mí y le doy un beso en la cabeza.

—Me alegra que lo apruebes.

Kristin se arrima un poco más.

—No he descubierto nada de ti que no apruebe... todavía.

—Seguro que muy pronto encuentras algo.

Eso es justo lo que me preocupa.

Ella suspira.

—Háblame de tu familia.

—Mi padre se marchó cuando era un crío. No me avergüenza reconocer que soy un niño de mamá y eso lo resume casi todo. ¿Qué hay de ti?

Kristin se aparta de mí, acerca las rodillas contra su pecho y después se rodea las piernas con los brazos.

—Mis padres son alucinante y viven en Tampa. Los dos crecieron aquí, así que se quedaron, más o menos como yo. Mi padre era dependiente, mi madre se quedaba en casa y era..., en serio, era la esposa y madre más perfecta del mundo. Nuestra familia es pequeña, pero, a juzgar por el ruido que hacemos, jamás lo imaginarías.

Siempre he querido tener más familia. Mi padre se llevó a mi madre a Illinois cuando se casaron. Su familia al completo estaba en Kentucky. Una vez le pregunté por qué no nos íbamos allí y ella me dijo que tenía que quedarse donde estaba por si acaso.

Eso es lo único que desearía poder darle; los años desperdiciados, esperando a alguien que jamás regresó.

Kristin suelta una risita.

—Es curioso que no haya visto los paralelismos hasta ahora. Creo que he envidiado a mi madre tanto tiempo que intenté ser ella. Me casé con el primer chico del que me enamoré, tuve hijos, dejé mi trabajo e intenté ser una supermamá, pero fracasé.

—No has fracasado —le digo—. ¿En qué has fracasado?

Ella exhala una profunda bocanada de aire.

—Qué sé yo, ¿al proporcionarles una estabilidad?

—¿Habrías seguido con él por ellos? ¿Crees que esa habría sido una situación mejor que la de ser madre soltera?

Esa es una pregunta que se las trae. No quiero saber la respuesta, pero en realidad sí que quiero.

Kristin me mira a los ojos y menea la cabeza.

—No, estaba harta. Ojalá no hubieran tenido que abandonar su hogar y empezar en un nuevo colegio. No importa lo que diga todo el mundo..., un día me culparán a mí. Yo soy quien se marchó.

Me inunda el alivio porque lo último que quiero es ser el tío que ella desearía que fuera su ex.

—También me dijiste que cuando Aubrey está triste montas una fiesta de baile. Y que cuando Finn tenía problemas con las mates, te pasaste cuatro horas viendo vídeos en YouTube para poder explicárselas. Esas son precisamente las cosas que me contaste anoche. Dejarle es lo mejor que has podido hacer. Algún día verán cómo es en realidad. Confía en mí.

Eso me pasó a mí con mi padre. No tardé mucho en abrir los ojos a la realidad. Él nos abandonó. Se marchó por alguna estúpida razón que se inventó para justificarse. No fue necesario que mi madre me dijera nada, cosa que jamás hizo, para ver cómo era en realidad.

—Puede, pero entretanto solo Dios sabe de qué les convencerá su padre.

Anoche, entre un asalto y el siguiente, me habló un poco sobre su matrimonio y me entraron ganas de darle una paliza de muerte a su ex. ¿Quién cojones trata así a una mujer? Diciéndole que está gorda, que no sabe cocinar, que es una mala madre y que se ha abandonado. Yo le enseñaré lo que ha dejado marchar.

Un hombre no hace eso.

Un hombre lucha por su familia.

Un hombre trata a una mujer con respeto.

Los cobardes destrozan a las personas para sentirse mejor. Yo no soy un puto cobarde.

Me vuelvo hacia ella, pues deseo que oiga mis palabras con toda claridad.

—No eres nada de lo que él dice. Eres la mujer que acuesta a esos niños por la noche, que los anima y que da falsos conciertos en el salón para alegrarlos.

—Le acaricio la palma con el pulgar—. Eres mucho más de lo que ellos verán jamás, cielo.

Kristin entreabre los labios y apoya la frente contra la mía.

—Para mí eres más que una noche, Noah. Lo eres todo y eso me asusta. Ya no quiero tener miedo.

Puede estar nerviosa porque yo no lo esté; la he buscado desde hace quince años. Ahora que la he encontrado, no hay nada que no haría.

—Tengo coraje suficiente por los dos.

Ella levanta la cabeza y las lágrimas le anegan los ojos.

—Por Dios. Nunca tuve nada que hacer contra ti, ¿verdad?

Le recorro la espalda con las manos, acercándola más a mí, ronzando sus labios con los míos.

—Ya te dije que iba a ganarme tu corazón.

Kristin

—Noah, para —me quejo, riendo, mientras él intenta meterme la mano por debajo de la camiseta.

—Me gusta tocarte —explica.

Y a mí me gusta que me toque, pero tengo que terminar de trabajar antes de que los niños lleguen a casa.

—Tenemos tres horas.

Noah se pone en pie y se levanta la camiseta.

—Pongámonos a trabajar.

—Siéntate. —Río—. Me refiero a tres horas para trabajar antes de que tengas que marcharte.

—Mucho tiempo para tener sexo y para hablar, cielo.

Eso no lo discuto, pero tengo un plazo de entrega. Hasta ahora, solo hemos rascado la superficie de su historia como actor. Nada personal, nada sobre lo que pueda escribir un artículo fabuloso. Si Noah y yo nos separamos, seguiré necesitando un empleo. Por tanto, debo escribir un artículo fantástico que deje a la gente babeando y con la boca abierta.

—Hoy no. Hoy necesito saber más sobre ti.

Noah se sienta de golpe en la silla, como un niño alicaído, y no puedo evitar reír.

—Vaya rollo.

—¡La idea fue tuya!

Noah desliza la mano por mi hombro y me hace estremecer.

—Este era mi plan para acercarme a ti. —Me roza la oreja con los labios—. Ha funcionado.

Así no voy a terminar nunca el trabajo. Cuando nos tocamos, es demasiado.

—Vale, nuevas reglas.

Él se echa a reír.

—¿Otra vez con las reglas?

—Sí. Nueva regla: nada de toqueteos durante el tiempo dedicado a la entrevista. Si no cumplo con el plazo de entrega, me despedirán.

No es que adore mi trabajo, pero necesito el dinero.

—Si quieres que deje de tocarte, tenemos que irnos de la casa.

¿Qué narices tiene que ver la casa con que se contenga?

—Acordamos...

—No, tú lo pediste y yo me negué —dice Noah al tiempo que se pone en pie—. Venga, nos vamos afuera.

¿Afuera? No. No podemos salir en público a ninguna parte. Eso no va a pasar. Todo el mundo nos hará fotos y he visto en carne propia cómo se comporta la gente en presencia de famosos. Es como si el autocontrol no existiera. La gente grita, llora, da saltos a su alrededor... Es una locura.

Noah tiene ya las llaves en la mano y yo sigo sentada a la mesa.

—¿Kris?

—No estoy segura de que sea buena idea que salgamos —digo mientras llevo las manos a la frente.

—¿Por qué?

—Porque eres Noah Frazier —respondo, enarcando las cejas.

—Y tú eres Kristin McGee.

Oh, este tío se cree muy gracioso.

—Ya sabes a qué me refiero.

Noah se guarda las llaves en el bolsillo y se acerca.

—Ahora mismo somos los únicos que sabemos algo. Tus amigos, tu familia, mi familia no saben nada de nada. Lo que la gente sabe es que tú eres una periodista y yo soy un actor. Ya te dije que necesitamos comer porque es lo que hace la gente. Si eso levanta sospechas, yo las disiparé. Mi gente es muy buena. Si quieres quedarte aquí, que sepas que estarás desnuda debajo de mí...

Pongo los ojos en blanco.

—Eres ridículo.

—Tú eres preciosa.

—Repito; ridículo.

Me acaricia la mejilla y baja por mi cuello.

—Tú eliges, cielo. Estoy encantado de quedarme aquí, desnudarte y besar

cada centímetro de tu cuerpo o podemos salir y enfrentarnos a la gente.

Su promesa hace que un cosquilleo recorra mi cuerpo, pues bien sabe Dios que cerca de este hombre soy una gata en celo.

—Elijo la gente.

Él esboza una sonrisa jactanciosa.

—No puedes resistirte a mí.

Eso es un hecho.

—A ti no se te da mejor. Vamos, machote.

Noah deja escapar una risita.

—Más tarde cumpliré con eso.

Salimos por la puerta sin perder ninguna prenda de ropa, aunque ganando un montón de nervios. No sé muy bien qué somos, pero Noah sabe que no estoy ni mucho menos preparada para ponerle una etiqueta a esto. Ahora mismo estamos gozando de un sexo increíble, disfrutando de estar juntos, y, por primera vez en más de catorce años, siento que tengo opciones.

Puede que esté sola, que tenga un empleo ridículo y que sea madre soltera, pero perder más de noventa kilos de marido gilipollas ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida. Tal vez marcharme fuera duro, pero quedarme habría acabado conmigo.

Además, no me lo estaría pasando mejor que en toda mi vida con Noah.

—¿Estás bien? —pregunta Noah cuando gira hacia el aparcamiento del restaurante al que fuimos en nuestro primer encuentro.

Cambio de posición y decido que tengo que soltar lo que llevo en el corazón.

—Me gustas, Noah. Me gustas tú y me gusta lo que hay entre nosotros. —Mi voz rebosa preocupación.

—Tú también me gustas. —Sonríe.

—Me preocupa que vayas a gustarme demasiado y entonces desearé que te hubieras mantenido alejado.

Noah se encoje de hombros y suelta el aire por la nariz.

—No puedo prometerte nada, igual que tú tampoco puedes, pero no eres la única a la que le preocupa esto. Puedo decirte que lo que quiero es estar cerca de ti. No hay ninguna garantía, pero, al mismo tiempo, prefiero arriesgarlo todo que volver la vista atrás con arrepentimiento.

—¿Crees que te arrepentirías de alejarte de mí? —pregunto con el corazón desbocado.

Cada vez que estoy cerca de él me doy cuenta de lo maravilloso que es. No le supone ningún problema mostrarse vulnerable conmigo. Es una rareza que atesoro más de lo que él podrá imaginar jamás.

—Quiero besarte en los labios ahora mismo, mostrarte en vez de decirte las palabras, pero sé sin ningún género de dudas que no podría haberme marchado. Lo que te digo es que eres la primera mujer en más de veinte años de la que he hablado con mi madre. Sé que estás asustada, cielo, pero la vida sin riesgo no merece la pena vivirla. Algún día quiero ver cómo de tus ojos desaparece la desconfianza y eso solo podré hacerlo con tiempo.

Se me seca la garganta y las lágrimas me anegan los ojos.

—Quiero confiar en ti. Confío en ti más de lo que puedas imaginar.

En los labios de Noah se dibuja una pequeña sonrisa.

—Pues confía en que yo no te pondría en una posición de la que no puedas salir. Si pensara que este sitio estuviera lleno de periodistas, nos habríamos quedado en casa. Pero mira. —Agacha la cabeza para mirar por el parabrisas y yo le imito—. Está vacío, es un pequeño paso, ¿lo das conmigo?

En ese preciso instante me doy cuenta de que no me está pidiendo una sola cosa. Si digo que no, dará media vuelta y nos iremos, pero si le acompaño, es decir mucho más.

¿Quiero más con Noah? Sí, pero tengo miedo.

Si solo me dejo aconsejar por el miedo, jamás tendré la vida que deseo.

La única palabra que quiero que resuene con fuerza en mi cabeza es «esperanza». La esperanza de que pueda tener más. La esperanza de que el amor sea algo que volveré a compartir de nuevo. La esperanza de que Noah tendrá cuidado con mi corazón

Así que dejo la voz de la esperanza hable por mis labios.

—Sí.

La expresión de agradecimiento que veo en sus ojos hace que se me encoja el estómago. Espero que algún día hacerle feliz no me haga tan feliz, o esto podría ser un desastre.

Entramos en el restaurante y está bastante vacío. No es temporada alta en Tampa y el ajetreo de la hora de comer ha pasado ya. Nos sientan en una mesa con vistas al mar y se me empiezan a pasar los nervios. Noah lo sabía y yo he dado un paso con él hacia algo más.

Dos semanas después

Noah: Estás preciosa.

El corazón se me acelera mientras le busco con la mirada en el barco. Nuestras miradas se cruzan y se me encoje el pecho. No está guapo, está impresionante. El esmoquin parece hecho a medida, cosa más que probable, y le sienta como un guante. Su mirada se desvía de nuevo hacia Eli y ríe, pero después me busca de nuevo.

Yo: Tú tampoco estás nada mal. Ojalá pudiera estar cerca de ti ahora mismo.

Le envió una respuesta mientras deambulo hasta el otro lado de la estancia. Los dos hemos guardado las distancias y ha sido una tortura. Heather y Eli son hoy los protagonistas, no mi nueva relación con Noah. Cuando se prometieron decidimos dedicar ese tiempo a asegurarnos de que lo que sea que crece entre nosotros podría sobrevivir.

Ahora no estoy tan segura de que pueda soportar un solo minuto más lejos de él.

Noah: Tengo la intención de estar muy cerca de ti esta noche.

Esbozo una amplia sonrisa y guardo el móvil en el bolso. No puedo mandarle mensajes y quedarme en el otro lado de la habitación. Estando las cosas como están ya supone bastante esfuerzo.

Mis tres mejores amigas están haciendo el tonto en la pista de baile, cantando y bailando en círculo. Hace un millón de años que esa era yo, vestida de blanco, feliz y pensando que la vida iba a ser perfecta de ahí en adelante.

La música cambia a una canción lenta y busco a Noah. Veo a Eli dirigirse hacia Heather, que le espera con los brazos abiertos. Me apoyo contra la pared, sonriendo mientras los brazos de su marido rodean con fuerza a mi mejor amiga. La canción habla de una vida llena de devoción, amor y promesas.

Mis ojos se topan con los de Noah y la intensidad que arde en entre nosotros consume el aire de la habitación. Cada parte de mi cuerpo se ve atraída hacia el y, cuando nuestros ojos se cruzan, es como si todo el mundo desapareciera de la estancia, dejándonos a los dos solos.

Doy un paso hacia él, incapaz de quedarme donde estoy, y Federico, uno de los compañeros policías de Heather, se coloca delante de mí. El aire sale

expulsado de mi boca como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago e intento sonreír.

—Hola, Kristin, confiaba en encontrarte. ¿Te gustaría bailar? —pregunta.

Veo moverse a Noah con el rabillo del ojo y trato de rodear a Federico para ir adonde me dirigía.

—Me encantaría, pe...

—Genial. —Sonríe y me coge la mano—. Me alegro de que tengas el carné de baile abierto.

¡Mierda! Ahora me sentiré como una arpía si termino mi frase. Le lanzo a Noah una mirada pesarosa y me encamino hacia la pista de baile con Federico... de mala gana.

—Estás genial, Kris —dice al tiempo que me rodea la espalda con los brazos.

—Gracias.

Federico es majo, pero no me interesa lo más mínimo. Solo hay un hombre con el que quiero bailar ahora mismo y puedo sentir su mirada sobre mí.

—Siento lo de tu marido y tú.

—Es lo mejor.

La mano de Federico asciende por mi espalda un poco y me invade la culpa. Busco a Noah, que me observa mientras bebe despacio un trago de cerveza. Veo la ira reflejada en su postura mientras cambia el peso de una pierna a la otra.

Espero que él vea en mis ojos lo que siento y que sepa que es a él a quien quiero.

—Bueno, ¿qué te parece? —La voz de Federico interrumpe mi mirada.

—¿Eh?

—Ya que los dos estamos divorciados, he pensado que a lo mejor te gustaría cenar...

—Oh —dijo, sorprendida—. Te agradezco el ofrecimiento, pero estoy saliendo con alguien, más o menos.

La verdad es que me estoy enamorando de alguien. El día de hoy me ha demostrado que mi corazón quiere a Noah. Mi cabeza desea no volver a sentir jamás el dolor de perder a un hombre al que creía que me amaba. Esas dos partes de mí luchan entre sí pese a que sé que Noah no se parece en nada a Scott. Más bien se debe a que aún hay muchas cosas que no sabemos.

La canción más larga del mundo termina y Federico baja las manos.

—Espero que te trate bien —dice, y yo asiento mientras me muerdo el labio. Noah me trata bien.

Me trata mejor de lo que nadie me ha tratado antes.

¿Cómo puedo sentir eso con tanta intensidad si la relación es tan incipiente?

Da igual cuántas veces me repita que esto es una mala idea porque le deseo. No solo el sexo, que es superincreíble; le deseo a él. Su sonrisa, sus palabras, su tacto, y cómo hace que mi situación de mierda no parezca tan... espantosa.

Busco a Noah, pero no está donde estaba. Siento mariposas en el estómago y continúo mirando en derredor.

—No bailes con nadie más —susurra su voz grave a mi espalda—. No puedo ver a otro hombre abrazándote, tocándote, sintiéndote en sus brazos.

Yo asiento.

—Lo mismo te digo.

Siento el calor que irradia su cuerpo contra mi espalda, caldeando cada parte de mí. Y a continuación, una fracción de segundo después, desaparece.

Me giro con rapidez, pero lo único que veo es a él alejándose.

Gracias a Dios que la recepción casi ha terminado y, menos de una hora después, estamos en el muelle, despidiendo a nuestra mejor amiga.

—Gracias, chicas —dice Heather mientras las cuatro formamos un círculo.

—Lo has logrado por todas nosotras —dice Danielle—. Bueno, por casi todas.

Nicole saca la lengua, haciéndonos reír.

—¿Te marchas a Vancouver la semana que viene? —pregunto, tratando de ocultar la tristeza.

Heather hace un puchero.

—Sí, pero no voy a quedarme todo el tiempo que Eli esté rodando. Volveré dentro de dos meses. Os echaré de menos, chicas.

Todas nos damos un abrazo de grupo, como hemos hecho desde que éramos pequeñas. Son lo más parecido a tener hermanas y en los dos últimos años nos hemos unido todavía más.

—Si Eli fuera mi marido, yo no volvería jamás. Podría pasarse el día entero montádoselo conmigo —comenta Nicole sin arrepentimiento.

Danielle le da un manotazo en el brazo.

—Qué bruta eres.

—No me querrías si fuera de otra forma. —Nicole apoya la cabeza en su hombro y le da un beso en la mejilla.

Heather y yo nos miramos y sonreímos.

—¿Preparada, cielo? —Eli aparece detrás de ella y le rodea la cintura con el brazo.

Ella asiente.

—Vale, encantos. ¡Nos vemos dentro de unas semanas!

Todas los abrazamos y besamos por turno. Heather me coge de la muñeca antes de que pueda apartarme.

—Oye —dice en voz baja.

—¿Qué pasa?

—Espero que nada. ¿Estáis bien Noah y tú?

Su pregunta me sorprende un poco.

—¿Bien? Claro, estamos trabajando en el artículo.

Ella ladea la cabeza y sonríe.

—¿Es que me vas a mentir? ¿A mí? ¿Nada menos?

Debería haber sabido que no se tragaría mi pésima interpretación. Esta noche ha sido un verdadero calvario intentar mantenerme alejada de él.

—No vamos a decir nada ahora mismo. Es reciente y no quería que lo descubrieras en tu boda.

—¿Que lo descubriera? —Se echa a reír—. Lo sé desde el principio. Joder, lo supe en el preciso instante en que os conocisteis. Cuesta disimular semejante química.

Casi puedo sentir la presencia de Noah. En efecto, al mirar le veo hablando con Eli, pero mirándome a mí.

—Podría quererle, Heather. Si me lo permitiera, sería muy fácil.

Ella me coge la mano entre las suyas.

—Estoy segura de que él ya está enamorado de ti.

—Es demasiado pronto.

—Nunca es demasiado pronto cuando es lo correcto. Sé lo duro que es arriesgarse después de que te han hecho daño, pero arriégate. Si yo no hubiera tenido a Nicole empujándome hacia Eli, me lo habría perdido. No te lo pierdas por culpa del miedo. Si Eli y yo nos hubiéramos separado, no me habría arrepentido ni de un solo minuto que pasé con él. Y lo único que tú lamentarás es no hacer caso a tu corazón.

Heather fue lo bastante fuerte para confiar en Eli y eso le salió bien. ¿Quién sabe? A lo mejor Noah es mi segunda oportunidad de ser feliz.

Le doy un abrazo enorme a Heather y me aparto sin soltarle los hombros.

—Te quiero muchísimo. Me has dado esperanzas y, por mucho que quiera darte todas las excusas que pueda inventarme, no estoy segura de que importen. Creo que ambas sabemos que me estoy enamorando de él.

Heather me acaricia la mejilla y me ofrece una sonrisa cómplice.

—Sí, sabía que estabas bien jodida.

Cuento con eso esta noche.

—Eso también se le da de fábula.

—¡Kristin! —Rompe a reír.

—¿Qué?

La sorpresa de Heather resulta un tanto divertida. Me educaron para no hablar jamás de lo que ocurre dentro del dormitorio. Cuando todas mis amigas empezaban a compartir detalles muy íntimos, yo guardaba silencio. En una ocasión me pille un pedo monumental y consiguieron que soltara todo tipo de cosas, pero, aparte de eso, me mantengo callada como una tumba. Tampoco es que alguna vez haya tenido algo que mereciera la pena compartir en lo referente a Scott. En el mejor de los casos, nuestras relaciones sexuales eran mediocres.

Después se volvieron inexistentes.

—Adoro esta nueva tú.

A decir verdad, yo también.

—Chicas, ¿habéis terminado de cotorrear? Me gustaría practicar sexo con mi esposa —dice Eli mientras golpetea su reloj con el dedo.

—Ve a joder con tu marido —le digo.

Nos despedimos de nuevo y me quedó ahí, observando mientras Noah se acerca a mí con paso decidido. Cuanto más se acerca, más rápido late mi corazón. Han pasado horas desde que estuve cerca de él, aunque no lo suficientemente cerca. Ahora no hay nada que nos separe.

Cuando me es imposible soportarlo un segundo más, mis pies empiezan a moverse. Sabiendo lo que siento, no quiero estar lejos de él.

Cada paso rompe otro eslabón de la cadena invisible que me retenía.

No estoy atada a mi pasado.

Mi cabeza y mi corazón empiezan a gritar lo mismo.

Acelero cuando solo unos centímetros nos separan y nos chocamos. Él me coge al tiempo que salto a sus brazos. Noah me sujeta mientras le aferro el rostro entre mis manos, uniendo nuestros labios. En medio del aparcamiento.

Noah se arraiga en mi corazón. Le doy besos cortos y apasionados mientras él me sostiene en vilo.

—Odiaba esto —le digo antes de acercar los labios a los suyos—. Odiaba no estar cerca de ti cuando estabas aquí.

Él agacha la cabeza para que pueda acceder con facilidad y sus manos ascienden por mi espalda y se enredan en mi cabello.

—Lo único que deseaba era tenerte en mis brazos. Besarte. Arrancarte de las manos de ese hombre y reclamarte como mía delante de todo el mundo —dice y, a continuación, nuestros labios estaban demasiado ocupados para hablar.

Noah colma mis sentidos. El vello incipiente de su mejilla me raspa las manos. El aire salado mezclado con su colonia hace que la cabeza me dé vueltas. Cada roce de su lengua llena mi boca del sabor de la cerveza que se estaba bebiendo.

Nuestros labios se separan y Noah respira con dificultad.

—¿Tu casa o la mía?

Poso la mano en su pecho, deslizando los dedos por la solapa de su camisa.

—Bueno, podemos estar en la mía dentro de cinco minutos y en veinte en la tuya. ¿Qué prefieres?

Noah desliza las manos hasta mi trasero y me aprieta contra su erección.

—¿A ti qué te parece?

—Mi casa.

Kristin

—¡*P*ara! —Intento apartar de un manotazo sus dedos, que no dejan de introducirse debajo de mis pantalones. Estoy intentando preparar el desayuno, pero resulta un poco difícil cuando ha convertido en un nuevo juego ver cuántas veces me sonrojo en una sola mañana—. Compórtate.

—Anoche no decías eso —replica con voz ronca a mi oído.

Anoche no había que comportarse. Ambos estábamos fuera de control a causa de la necesidad. Joder, ni siquiera llegamos al dormitorio. Llegamos al sillón, donde nos quedamos dormidos; yo encima de él.

Lo cual me pareció bien.

Ahora necesitamos alimentarnos, pero cuesta pensar en la comida con su dedo rodeándome el pezón. Inclino la cabeza hacia atrás sobre su hombro y gimo.

—Si no paras, jamás comeremos —le advierto, sin importarme en ese momento.

—Yo sí comeré.

—¡Noah! —Me muevo, apartándole la mano—. Ve a sentarte ahí mientras yo...

Suena el timbre de la puerta, seguido de unos ruidosos golpes.

—¿Esperas a alguien? —pregunta.

—No, seguro que son puñeteros hijos de los vecinos. No entienden eso de que no hay que llamar al timbre después de las diez. —Apago el fogón y me dirijo al salón.

—¡Kristin! —La voz de Scott resuena mientras aporrea de nuevo la puerta.

El corazón me da un vuelco y el miedo casi hace que me atragante. ¿Qué narices hace aquí? Miro el reloj y, en efecto, es demasiado pronto. Noah está aquí. Noah está aquí y mi exmarido está aporreando la puerta.

—¡Tengo que dejar a los niños, Kristin!

¡Mierda! me quedo boquiabierta cuando al girarme veo a Noah saliendo de la cocina, vestido solo con unos bóxeres mientras se come un trozo de tostada.

El timbre suena de nuevo.

—¿Vas a abrir?

Yo niego con la cabeza.

—Son mis hijos. Están... —Miro mi camiseta de tirantes y los pantalones cortos de chico y me entran ganas de esconderme. No pueden verme así. Puede que Finn tenga diez años, pero no es tonto. Sabe que sus padres están divorciados y verme ahora con otro hombre... ¡Joder!—. ¡Mierda!

—¿Tus hijos? —pregunta Noah.

—Sí —susurro y le empujo al dormitorio—. Tienes que esconderte en el armario o..., qué sé yo, salir por la ventana. Maldito sea por presentarse así.

En cuanto llegamos al dormitorio me pongo unos pantalones, un sujetador, e intento no parecer un desastre, algo en lo que fracaso miserablemente.

Noah se queda ahí, mirándome.

—Mmm. —Señalo que no lleva pantalones—. Vístete y luego te escondes.

—No pienso esconderme. —Esboza una sonrisa.

—No tengo tiempo para discutir. Noah. Mis hijos no están preparados para verme con otro hombre y...

Noah se acerca a mí y después me pone las manos en los hombros.

—Son tus hijos, Kristin. Ellos son quien eres tú y no tenemos por qué decirles nada, pero me gustaría conocerlos.

No estoy preparada para esto.

—Noah...

—No, cariño. Son tu vida y yo espero de corazón que tú seas parte de la mía. ¿Es lo ideal? No, pero no voy a esconderme en un armario y no pienso saltar por la ventana. Todo irá bien. Somos amigos y voy a pasar mucho tiempo aquí las próximas semanas por el artículo, y no es ninguna exageración.

Resoplo cuando mi teléfono empieza a vibrar sobre el suelo, donde debe de haberse caído. Puedo quedarme aquí y discutir o dejar de posponer lo inevitable.

—Vale. Ponte unos pantalones y quédate aquí hasta que Scott se marche.

Noah me besa en la frente y me suelta.

Es hora de enfrentarse al pelotón de fusilamiento.

Voy a la puerta, tomo aire y pongo mi mejor sonrisa.

—Muy amable por tu parte haber abierto la puerta —refunfuña Scott mientras me pasa de malos modos la mochila de Aubrey.

No puedo entender cómo he podido amar a este hombre.

—Muy amable por tu parte traerlos..., oh, espera..., solo llegas ocho horas antes.

Scott coge la otra bolsa que está en el porche y la arroja a la entrada.

—Ellos han pedido volver a casa y yo tengo trabajo que hacer, así que he dicho que me parecía bien.

¿Por qué? Sé que allí no se lo pasan demasiado bien, pero quieren a su padre. Que quieran volver a casa tan pronto no tiene sentido.

—Deberías haber llamado. Se suponía que estaban contigo hasta cierta hora y no voy a consentir que incumplas el acuerdo de custodia porque tengas cosas que hacer.

Antes de que pueda responder, los niños suben los escalones.

—¡Mami! —Aubrey sonrío y corre hacia mí—. ¿Te has divertido en la boda de la tía Heather?

La cojo en brazos, encantada con lo entusiasmada que está de verme.

—¡Sí! —La beso en las mejillas—. ¿Me has echado de menos?

—Sí. —Ríe como una boba, tratando de apartarme para poder hablar—. Siempre te echo de menos, mami.

—Yo también te he echado de menos.

Finn entra con una expresión extraña en la cara. No sé si está enfadado o si está llorando.

—¿Finn? —le llamo.

Él no dice ni media palabra, sino que se limita a ir hasta el sillón, sin tan siquiera mirar atrás. Dejo a Aubrey en el suelo y ella se va corriendo a su cuarto, casi con seguridad a cerciorarse que no he tirado esos animales de peluche suyos que tanto detesto.

Miro de nuevo a Scott, que parece irritado mientras contempla a su hijo.

—¿Qué ha pasado?

Scott me fulmina con la mirada.

—Nos has tenido aquí esperando quince putos minutos, eso es lo que pasa.

Empiezo a reír con incredulidad.

—Sí, bueno, dudo que ese sea su problema, pero me alegra que seas tan útil a la hora de averiguar lo que le pasa a tu hijo.

Lo único que he aprendido es que en realidad no le gustan los

enfrentamientos. Se sentía envalentonado cuando yo guardaba silencio. Ahora ya no le tengo miedo. No puede hacer nada para herirme. Tengo la custodia legal de mis hijos, un techo sobre mi cabeza y él tiene que pagarme o puedo meterle en la cárcel.

—No tengo tiempo para quedarme a discutir. —Vuelve la vista hacia el coche, donde veo a Jillian en el asiento del acompañante.

Ha tardado menos tiempo de lo que imaginé.

—No queremos que Jillian espere...

Finn suelta un bufido.

—Sí, no queremos que se disguste.

Vale, algo ha pasado y me importa un comino que tenga planes porque los niños van primero. Tiene que ser nuestra prioridad.

—¿Por qué estás tan enfadado, colega? ¿Ha ocurrido algo y por eso te comportas así?

—Pregúntale a él. —Señala a Scott.

—Basta, Finn —espeta Scott—. Llevas dos días portándote mal y estoy harto.

—Como si te importara —farfulla.

Paseo la mirada entre ellos con una sensación de desaliento. Puede que Finn lo esté pasando mal, pero esto está a otro nivel.

—¿Finn? —insisto.

—No quiere hablar de ello. —Scott se cruza de brazos.

—¡Scott! —grita Jillian por la ventanilla bajada.

—Un minuto —le responde—. Tengo que irme.

—Qué lástima. Puedes esperar. Eres padre, joder..., es hora de que actúes como tal.

Esto es lo que pasa cada vez que Finn vuelve de casa de Scott. Tardo horas en conseguir que por fin baje las barreras lo suficiente para darme respuestas que no sean monosilábicas.

—Mira —Scott eleva la voz—. No pienso quedarme aquí y dejar que me digas lo que tengo que hacer. He lidiado con tu mierda...

—¿Mamá? ¿Es él? —dice Finn, interrumpiendo los gritos de Scott. No necesito darme la vuelta para saber qué ha visto que ha hecho el desconcierto inunde su voz. Veo la reacción de Scott cuando divisa lo que espero que sea Noah con la ropa puesta.

—Noah Frazier —dice, acercándose a Finn con la mano tendida. Tengo los

ojos como platos y en mi mente le estoy gritando que se meta en el armario no que se siente en el sillón. Él me mira y sonrío con arrogancia, básicamente respondiendo a mis gritos silenciosos—. Tú debes de ser Finn.

Finn le mira con los ojos como platos y la boca abierta.

—Eres... Noah Frazier. ¿De *La delgada línea azul*?

—Lo soy. Tu madre y yo estamos trabajando en nuestro artículo y tenía la esperanza de que nos conociéramos.

Los dos charlan un poco y Scott observa echando humo. No sé por qué está cabreado, pero es su problema. Nada de esto habría pasado si no se hubiera presentado aquí.

Esto no va a ser nada bueno.

Scott baja la voz lo suficiente para que solo yo pueda oírle.

—Qué interesante giro de los acontecimientos.

—¿Qué? ¿Que trabaje un domingo?

—Seguro que estás trabajando duro para ganarte el dinero.

Oh, ¿así que ahora soy una prostituta? Es genial ver que tiene tan buena opinión de mí después de todos los años que hemos estado juntos. En vez de atacarle, opto por dejarlo ahí.

—No puedo cambiar la opinión que tienes de mí.

—Recibes un cheque mío cada mes y te has buscado un nuevo novio rico.

—Siempre se trata del dinero.

Jillian se baja del coche y es evidente que no le hace ninguna gracia que la tengan esperando.

—Por Dios, Scott. Tenemos que irnos.

—Hola, Jillian. Me alegro de verte de nuevo. —Esbozo una sonrisa.

Sus ojos se desvían al sillón, del que Noah se está levantando.

—Oh. —Se lleva la mano a la garganta. Noah se acerca a la puerta y Finn guarda silencio, fulminando a Jillian con la mirada—. Qué agradable sorpresa verte tan pronto.

—El restaurante, ¿verdad? —pregunta Noah con fingida perplejidad. Puede que sea buen actor, pero yo sé cómo es cuando no está actuando.

—Sí. —Sonrío.

—Soy Noah. —Le ofrece la mano a Scott y después la retira cuando este se niega a estrechársela—. En fin... —Ríe—. Un placer conocerte.

—Parece que será estupendo vernos con más regularidad. —Posa la mano en el brazo de Scott, cerciorándose de que no pase por alto el enorme anillo

de diamantes que lleva en el dedo.

No quiero disgustarme, pero mentiría si dijera que no duele un poquito. No porque le quiero, sino porque es ella. En realidad se merecen el uno al otro.

—Ya veo que hay que daros la enhorabuena. —Señalo en anillo de compromiso.

Scott se mueve ligeramente.

—Supongo que podría ser eso lo que le ha disgustado —le arrojo a la cara.

Jillian suelta un bufido.

—No tenemos tiempo para estas tonterías. Si está disgustado, es su problema.

Podría darle un puñetazo a la muy zorra. Cierro el puño y empiezo a contar con la esperanza de tranquilizarme y no acabar esposada.

Finn se levanta y arroja su bolsa al suelo, haciendo un ruido sordo y liberándome de mi ira.

—¡La odio! ¡Todo está cambiando y a ti te da igual! —le grita a Scott.

—Colega. —Scott da un paso al frente, pero Finn le da una patada a la bolsa, sorprendiéndonos a todos.

Nunca le he visto comportarse de esta manera. Es el chico callado que deja que sus sentimientos se enquisten.

—¡No! No te acerques. ¡Vas a casarte con ella y a tener otro bebé! ¿Qué pasa con Aubrey y conmigo? ¡No nos quieres porque la quieres a ella!

—¡Finn! —exclama Scott, pero su hijo se va corriendo a su cuarto.

Ha salido mucha información y quiero asimilarlo todo, pero tengo un nudo en la garganta.

—¿Embarazada? —Los miro a ambos.

—Está de cuatro meses.

No tardo mucho en echar la cuenta. Ya es imposible negar su relación.

—Todavía estábamos casados hace cuatro meses. Finn no es tonto y no está listo para que te cases de nuevo y tener otro hermano. No me extraña que esté enfadado.

Scott mira a Noah y luego a mí.

—Ya, todo es culpa mía. Puede que no tenga nada que ver con que haya descubierto a su madre con otro hombre.

Tengo ganas de atacarle con sus propias armas. Por lo que Finn sabe, Noah es un amigo. Esto es ridículo y él lo sabe. No puedo creer que le haga esto a nuestros hijos.

—Debe de ser eso. No puede ser que se haya enterado de que vas a tener un bebé, vas a casarte y es evidente que se le ha dicho algo al respecto.

—En nuestra casa abordamos las cosas como nos place. —Jillian pone los ojos en blanco—. Es evidente de dónde ha sacado la vena dramática.

Me acerco, pero Noah me coge del brazo antes de que cometa una estupidez. Me cuesta respirar y el sonido de mi corazón resulta ensordecedor. No puedo creer que le haga esto a los niños. A pesar de todos sus defectos, él los quiere. Puede que yo fuera prescindible, pero nunca imaginé que nuestros hijos lo fueran.

Mis esperanzas de mantener una atmósfera civilizada se desvanecen.

—Este es un asunto familiar. No se trata de ti ni de tu tiempo, se trata de nuestro hijo —digo, apretando los dientes—. Nada importa salvo él y es increíble que seas tan egoísta como para no ver que esto haría daño a un niño de diez años.

—¿Yo soy egoísta?

Scott se vuelve hacia ella.

—Vete al coche, Jill.

—¿Cómo dices? —Se queda boquiabierta.

—Ve a esperar al coche —exige—. Kristin tiene razón.

Enarco las cejas. Es imposible que le haya oído bien.

—¿Te pones de su parte? ¿Estás de coña?

Scott se pellizca el puente de la nariz. Conozco esa expresión demasiado bien; Jillian está a punto de ver a Scott en todo su esplendor. Esa era la señal para que dejara de hacer lo que estaba haciendo o me callara, o tenía que escuchar un discurso de una hora sobre todas las cosas que hacía mal.

—Cállate. —Se zafa de su mano—. No se trata de ti ni de ella, se trata de mi hijo. Y ahora vete al coche.

Jillian le empuja el brazo y se marcha con paso airado, como un niño que no se ha salido con la suya. Scott se pasa las manos por la cara.

—Os dejaré espacio —se ofrece Noah.

Tengo ganas de gritar. Cómo puede este hombre seguir aquí. Seguro que ve la locura que es mi vida. Es innegable que este divorcio es un puto desastre. Puede que nuestro matrimonio haya terminado, pero nuestras vidas están entrelazadas. No le culparía si echara a correr todo lo rápido y lejos posible.

Joder, ahora mismo a mí también me gustaría huir.

Quiero decir tantas cosas, pero cuando abro la boca, Noah me toca el brazo.

Señala con la cabeza en la dirección por donde se ha ido Finn.

—Ve. Él es lo que importa. Yo esperaré.

Tiene razón. Finn es lo que importa. Está sufriendo y no puedo desperdiciar mis energías con el Gilipollas y el putón de su prometida.

—Gracias. —Es demasiado bueno conmigo. Noah es diez veces más hombre de lo que jamás será Scott. En vez de preocuparse por sí mismo, se preocupa por Finn, que es más de lo que puedo decir de la mujer que va a convertirse en parte de la vida de mis dos hijos.

Noah sonrío y sale por la puerta.

Yo vuelvo la mirada hacia el hombre al que ya ni siquiera conozco.

—Vamos a intentar solucionar este lío —digo mientras Scott y yo nos dirigimos al cuarto de Finn.

Noah

*E*l ex de Kristin es de lo que no hay y la tal Jillian es una pirada de la leche.

Kristin lleva unos diez minutos con Finn y no sé muy bien qué otra cosa hacer salvo esperar. Puedo oírlos a los tres hablando de forma alternativa; Scott tiene una voz potente, pero no tanto como para distinguir qué están diciendo.

La puerta se abre al cabo de unos minutos y una niña con unos grandes ojos azules como los de su madre me mira directamente.

—¿Tú quién eres? —pregunta la niña, que doy por hecho que es Aubrey.

—Soy Noah. —Sonrío y le ofrezco mi mano—. Soy amigo de tu mamá.

Sus deditos rodean los míos y esboza una sonrisa.

—Yo soy Aubrey Nicole McGee. Tengo seis años y cumpliré siete porque el siete viene después y luego tendré ocho. Sé contar hasta cien sin parar. Soy lista, pero mamá dice que la buena esencia viene en frasco pequeño. ¿Sabes que tengo un zoo?

También es la cosita más rica que he visto. Es un clon de Kristin.

—¿En serio?

—Sí. Tengo leones, elefantes, jirafas y muchos animales más en mi cuarto. Mi mamá dice que no puedo tener un zoo entero, pero lo tengo. Y después conseguiré más y tendré dos zoos.

—Qué guay. —Le sonrío. Aubrey tiene una voz muy dulce y un leve ceceo, que hace que sea más adorable todavía—. Me gusta el zoo.

—A mí también. —Se lleva las manos a la espalda y se retuerce—. Quería comer algo, pero mamá y papá están hablando con Finn. ¿Crees que puedes prepararme algo?

Mmm. No estoy seguro, pero ¿le digo que no puede comer? Me parece que eso no le gustaría nada.

—¿Te dejan picar? —Intento sacarle un poco más de información.

Aubrey se encoje de hombros.

—Me dejan si prometo comerme la cena.

Parece razonable y, como es hora de desayunar, no veo ningún problema.

—¿Lo prometes?

Sus ojos azules se agrandan más y asiente con rapidez.

—Lo prometo. Me apetecen unas galletas.

¿Eso es normal? ¿Cuáles son las reglas de los niños y las galletas? Ha prometido comerse la cena, así que dudo que eso importe. La miro mientras ella me mira con ojitos de cachorrillo.

¡Mierda!

Decido seguirle la corriente y espero que, si va en contra de las reglas, este sea uno de esos momentos que te da una tarjeta para salir libre de la cárcel.

—¿Te dejan comer galletas tan temprano?

—Sí. —Esboza una sonrisa.

Apostaría lo que fuera a que voy a meterme en un lío, pero la niña ladea la cabeza y agita las pestañas. De ninguna manera puedo decir que no. En cualquier caso, no creo que las niñas de seis años mientan. Eso ocurre más adelante..., creo.

—Entonces vale.

La manera en que se le ilumina el rostro hace que me entren ganas de dejarle que coma galletas todo el día. Busco el paquete, cojo una taza de leche y me dirijo a la mesa. Saco la primera galleta y la mojo y ella me imita.

Intento no reírme cuando la moja de nuevo y mete la mano entera en la leche. Cuando Aubrey saca la mano, la leche chorrea por toda la mesa.

Sí, estoy en un lío. No cabe duda de que ha sido una mala idea.

—¿Más?

Bien puedo cagarla a lo grande, ya que lo llevo claro con Kristin.

—Sí, por favor.

Aubrey continúa metiendo la mano en la leche y comiendo galletas..., un montón de galletas.

Miro hacia la puerta, esperando que a Kristin le esté yendo bien con Finn y que lo estén solucionando. Ha sido imposible ignorar que sus ojos se han llenado de dolor. Parecía que le hubiera dado un puñetazo en el estómago. He visto esa expresión de decepción en la cara de mi madre muchas veces.

Cada cumpleaños, cuando tenía la esperanza de que él llamara. En Navidad,

cuando pasaba otro año sin tener noticias. O en su aniversario, que pasaba de largo. Años durante los que la hizo sufrir sin que le importara lo más mínimo.

Y ahí estaba Finn. No se puede simular esa clase de dolor e hizo que todo volviera a mi memoria. Yo era un poco más pequeño que él la primera vez que perdí el control. Le grité a mi madre, preguntándole qué tenía yo de malo.

Por muy poderoso que sea el amor, la ira es más ruidosa y puede ahogar la razón. Fue necesario el apoyo constante de mi madre para que por fin creyera que el problema no era mío, sino de él.

Aubrey me tira de la manga y me estudia.

—¿Te vas a casar con mami?

De haber estado comiendo o bebiendo, me habría atragantado.

—¿Por qué piensas eso?

Ella engancha otra galleta.

—Papi se va a casar con Jillian.

Esta es sin duda la peor conversación que podría estar manteniendo. Soy la persona menos indicada para hablar con ella. Joder, le estoy dando galletas solo para que sea feliz y caerle bien.

Intento pensar en un tema menos problemático.

—¿Sabes que soy amigo de Eli?

—¿De veras?

—¿Conoces a la tía Heather?

Yo asiento.

—Es la mejor. —Aubrey sonrío—. El tío Eli sale en la tele —dice.

Esbozo una sonrisa.

—Lo sé. Yo salía en la tele con él.

Ella abre los ojos como platos y se queda boquiabierta.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Conoces a Charlie? —pregunta.

—Umm... —Conozco a muchas personas que se llaman Charlie, pero ninguna niña de seis años las conocería—. ¿Charlie?

Ella coge otra galleta y asiente.

—De *¡Buena suerte, Charlie!* Me gusta esa serie. Mami dice que puedo verla si me porto bien. ¡Es la mejor persona de la tele! ¿La conoces?

No tengo ni puñetera idea de qué serie es. Me estrujo los sesos, pero nada. Sin embargo quiero caerle bien. ¿Dónde está Kristin? Ella sabría que debería

decir.

—Seguro que conozco a alguien que sí —le digo.

Ella aplaude.

Aubrey abre la boca para preguntar otra cosa, pero las voces de Kristin y de Scott la detienen. Hablan en bajo, pero puedo oír que la de ella se le quiebra. La puerta principal se cierra y Aubrey se baja de un salto, se limpia las manos en su camisa y se limpia la boca con el brazo.

Ya es imposible ocultar las galletas, pues ahora lleva restos por todas partes.

La puerta se abre al cabo de unos segundos.

Kristin posa los ojos en mí, después en la mesa y a continuación en su hija, cubierta de chocolate.

¡Pillada!

—¡Aubrey! —Planta los brazos en jarra.

—¡Noah me ha dado galletas!

—¡Oye! —Le pincho con el dedo en el costado y ella se ríe—. Me lo has prometido.

Me ha engañado. Se ha dado cuenta de que era un inocentón y me ha tomado el pelo a base de bien. Es buena y yo me he metido en un lío con su madre. Kristin se lleva la mano a la cabeza y entre dientes murmura que va a acabar con ella.

Intenta parecer enfadada, pero fracasa mientras reprime una sonrisa sin la menor duda.

—Sabes que no debes.

Aubrey pone ojos de corderito y hace un mohín. Vaya, es toda una profesional. Le daría todo lo que quisiera con esos morritos.

—Lo siento, mami.

Kristin no parece alterada.

—Se acabaron los aperitivos hasta después de comer y hay que limpiar el zoo.

—¡Noah sale en la tele! —le dice Aubrey a su madre con cierta satisfacción.

—Lo sé. ¿Te acuerdas de ese importante artículo del que te hablé? —pregunta mientras limpia las migas de galleta del brazo y la camisa de su hija—. Es de él de quien estoy escribiendo —susurra Kristin y me señala.

Aubrey se acerca y me rodea el cuello con los brazos.

—Gracias por las galletas. Me caes bien. —Me da un beso en la mejilla y

estoy acabado.

Esta niña acaba de robarme el corazón. Resulta que esta niña se parece más a su madre de lo que pensaba en un principio.

Sí. Le compraría todo lo que quisiera. Un poni..., hecho. Le traeré un granero lleno. Si quiere conocer al tal Charlie en persona, los localizaré y ocurrirá. Y el zoo se va a hacer realidad; diga lo que diga su madre, encontraré la forma de eludirlo.

Aubrey me suelta y se marcha.

—¿Finn está bien? —pregunto cuando Kristin se apoya en la encimera.

—En realidad no. Ya era bastante que sus padres se divorcieran, pero... esto es demasiado. ¿Casarse con ella? Embarazada. No deja de decir que nos odia a los dos.

—No te odia. Está cabreado y los chicos dicen tonterías cuando están disgustados.

Si supiera las cosas que le dije yo a mi madre, entendería que esto es normal. Durante una breve temporada fui un pequeño capullo. No había una sola regla que creyera que se me aplicaba a mí, pero aprendí.

—No sé yo. No puedo creerlo. Es decir... —Kristin hunde la cabeza en las manos.

Yo me acerco y la atraigo contra mi pecho.

—Todo irá bien.

Ella levanta la cabeza y deja a la vista las lágrimas que se acumulan en sus pestañas.

—¿Cómo? ¿Cómo va a estar bien esto? No llevamos divorciados más de unas semanas, ¿y ahora se casa con su novia embarazada? Además de que la dejó embarazada cuando yo aún vivía en esa puñetera casa con él.

Estoy haciendo cuanto pudo para dejar que ella aborde esto en su cabeza. Descubrir algo semejante tiene que ser duro y sería un capullo si le impusiera mis propias dudas. Que sea consciente de esto eso no impide que me invada el desasosiego. Tiene derecho a estar cabreada, pero sigo siendo un hombre.

—No es una buena situación, pero tus hijos te tienen a ti. Mi madre es la única razón de que yo sobreviviera a todos los problemas con mi padre. Confía en mí.

Kristin apoya de nuevo la cabeza en mi pecho. La abrazo porque es lo único que puedo hacer. No hay nada que pueda mejorar esto salvo estar a su lado.

—¿Por qué no sales huyendo a las montañas? —farfulla contra mi camisa—.

Te dije que era un desastre y ahora los estás viendo todo.

Kristin es la mujer que quiero y aceptaré todo cuando le acompañe.

—Ya te he dicho que no me voy a ninguna parte.

Una lágrima rueda por su rostro.

—Lo has hecho. —Juguetea con el botón de mi camisa—. Lo que pasa es que no te creí porque era más fácil no hacerlo.

—¿Y ahora?

—¡Mami! —grita Aubrey, y nos separamos, apartándonos a lados opuestos de la cocina.

—¿Qué, cielo?

La puerta se abre de golpe y Aubrey entra corriendo, llevando sus animales consigo.

—¡El vigilante del zoo no los encontraba! —Frunce los labios y resopla.

Kristin rompe a reír.

—No es gracioso —refunfuñó Aubrey.

—No, no es gracioso. Lo siento. Deberíamos buscar un nuevo vigilante para el zoo.

Aubrey me mira y en su cara se dibuja una sonrisa.

—Podrías hacerlo tú, Noah. Podrías darles galletas y asegurarte de darles dos besos a cada uno antes de irte a dormir.

Ay, Señor. Miro a Kristin, pero ella está ahí, de pie, tapándose la boca con la mano.

Me agachó para que Aubrey y yo nos miremos a la cara.

—Tengo que preguntarle a mi agente si puedo aceptar el empleo, pero si dice que sí, me apunto.

—¡Viva! —grita, y se marcha corriendo.

Yo me acerco de nuevo a Kristin, que se permite reír.

—Lo necesitaba.

—Oye, soy su nueva persona favorita —le informo.

—¡Claro, le has dado galletas!

Pero fíjate lo que he conseguido..., una nueva mejor amiga que cree que soy genial. Claro que sabe que puede hacer conmigo lo que quiera, pero eso ocurre con casi todas las mujeres.

—Cualquier cosa que funcione. Ahora soy el vigilante del zoo, ya que a ti te han despedido.

Kristin meneaba la cabeza.

—Siento que se nos haya estropeado el día.

—No se ha estropeado. ¿Por qué no hacemos algo? ¿Sacamos a los niños de la casa? —propongo.

Kristin enarca una ceja.

—¿Quieres pasar el día conmigo y con los niños?

—¿Qué pensabas que iba a hacer?

Esta es una razón más de que odie a su ex. Tan pronto es valiente, se muestra preparada para comerse el mundo, como de repente duda de todo.

—¿Sinceramente? No lo sé.

—¿Te miento? —Me acerco.

—No.

—¿Alguna vez hago que dudes de lo que quiero?

Ella menea la cabeza despacio.

—No.

Le cojo la mano, recordando que un capullo ha pasado años tratando de quebrarla.

—Muy bien, llevémosles a alguna parte. Hagamos algo de lo que disfrutes; ¿alguna sugerencia?

Su sonrisa se ensancha despacio y ahora me entra el miedo.

—Conozco el lugar perfecto.

Kristin

—¿Puedes darme unos minutos? —pregunto a Noah, señalando con la barbilla a Finn. Está apoyado contra la pared con cara de pocos amigos—. Voy a poner fin a esto.

—Por supuesto.

—Aubrey, ¿crees que puedes enseñarle a Noah dónde está el mapa? Nunca ha estado aquí.

Sus ojos se iluminan y cojo a Noah de la mano y tira.

—¡Venga! Puedo enseñártelo.

A Noah no parece importarle y, después de unos pasos, coge a Aubrey en brazos mientras ella señala la zona de información. Otro ladrillo que rodea mi corazón se reduce a polvo. Verle con mis hijos significa más que nada para mí. Ellos son mi corazón y mi alma e importa mucho que él lo intente.

Miró de nuevo a Finn y exhalo un suspiro. No quiero presionarle, pero le he educado mejor. Noah ha intentado entablar conversación con él varias veces y ha sido un maleducado. No tolero que mis hijos sean irrespetuosos.

Le doy un empujón en el brazo a Finn y él se gira un poco de lado.

—Oye, ¿listo para entrar?

—No quiero estar aquí.

Mi primer impulso es decirle que es una puñetera lástima que no quiera, pero que me gustaría que sea menos plasta. Oigo la voz de mi madre en mi cabeza, diciéndome que elija mis batallas.

—Sé que estás enfadado y tienes derecho a estarlo, pero no vas a ser maleducado con mis amigos, ¿entiendes? —pregunto.

Él entrecierra los ojos y veo una chispa de desafío.

—Vale.

—Hablo en serio, Finn. Noah y yo somos amigos y él quiere pasar un rato con tu hermana y contigo.

Somos amigos que intenta ver adónde nos lleva esto, o al menos yo lo intento.

—He dicho que vale. —Finn continúa enfurruñado.

Algunas veces es muy maduro y otras es así, lo que me recuerdo lo joven que es en realidad. Está sufriendo muchísimo, pero no sabe cómo asimilarlo. En vez de hablar, Finn se cierra en banda. Resulta descorazonador ver a mi dulce hijito luchar con cosas que escapan a su control.

—Muy bien. Esperaba que te alegrases un poco, ya que te encanta este lugar. Finn cruza los brazos.

—Papá nos traía aquí.

Y ahí está.

—¿No crees que tu padre se alegraría de que estés aquí?

Él me mira con los labios temblorosos.

—No quiero un nuevo papá. No quiero una nueva mamá.

El Gilipollas es la persona más egoísta que conozco. La única razón de que los niños se hayan enterado de que iba a casarse con Jillian es que Finn la oyó gritarle acerca de la boda.

Scott intentó explicar que nada cambiará para ellos, pero Finn no es tonto.

—Noah solo quiere ser tu amigo. —Miro a Aubrey, que ahora le está llevando a otro de sus rincones favoritos; la tienda de regalos—. Esperaba hablar más contigo sobre el programa... ¿cómo se llamaba?

Finn juguetea con el cable de sus cascos.

—No tienes que fingir.

Este crío es demasiado listo para su propio bien.

—Vale, solo digo que te encanta el personaje de Noah y que tienes la oportunidad de pasar un rato con él.

Finn sonríe, pero después parece recordar que se supone que tiene que estar cabreado con el mundo.

—¿Por qué? ¿Por qué quiere conocerme?

Me encojo de hombros.

—Puede que sea porque le he dicho lo guay que eras.

Tal vez Finn haya hecho lo imposible para ignorar a Noah, pero le he pillado mirándole con los ojos como platos unas cuantas veces. Heather y Finn vieron un maratón de *La delgada línea azul* y se quedó enganchado.

—¿Podrías sonreír e intentarlo? —pregunto.

—Estoy entusiasmado. —Al menos sé que el crío conoce el sarcasmo.

No quería tener que hacerlo, pero no me ha dejado otra opción. Tengo que sacar el armamento pesado.

Le hago una pedorreta contra la mejilla y él profiere un gruñido.

—¡Mamá!

—No seas cascarrabias y no te besaré en público. —Sonrío de oreja a oreja.

—Qué rarita eres.

—Tú lo llamas rarita. Yo digo que soy la mamá más guay del mundo.

Finn pone los ojos en blanco. Me enorgullezco de su forma de reaccionar a mis bobadas. Siempre he sido así con él y esa es nuestra dinámica. Si me paso, él me avisa de que no soy nada guay.

—De eso nada.

—Soy guay. Soy amiga de Noah Frazier y tú no. —Le saco la lengua—. Eso hace que sea guay.

—Estás pirada.

—No me obligues a abrazarte y a gritar tu nombre.

Él levanta las manos a modo de rendición.

—Vale. Vamos a divertirnos.

Mamá gana otra vez.

Echamos a andar hacia Aubrey, que tiene a Noah cargado con unos veinte animales marinos de peluche diferentes. La expresión de absoluto pánico hacia mi hija resulta cómica. Ella continuó alrededor de los contenedores, aumentando la pila de animales mientras Noah la seguía.

—¿Mamá? ¿Noah es tu novio?

No quiero mentirle, pero ni siquiera yo sé qué somos.

—No, ahora mismo somos amigos que se están conociendo. Pero me gusta y quiero que le conozcáis —le cuento la versión de la verdad apta para niños.

—Así que, ¿tú no te vas buscar una nueva familia también? —pregunta Finn con la voz llena de temor.

Cabría pensar que acaba de atropellarme un coche por lo mucho que eso me duele. Debe de estar sufriendo mucho a causa de la ansiedad que siente.

—Eso jamás. Aunque Noah y yo decidamos ser más que amigos, Aubrey y tú sois mi familia. Siempre.

Finn asiente.

—Vale.

—Vale, pues vamos a salvar a Noah antes de que Aubrey le convenza para que le compre el acuario. —Sonríó.

Nos acercamos y parece que Aubrey haya ganado la lotería. Apenas se le puede ver la cara a Noah por encima de la pila que mi hija ha acumulado.

—¿En qué lío te has metido? —pregunto mientras me muerto los labios para no reír.

—¡Mami, mira todos los juguetes que Noah me ha dicho que puedo tener! — Se gira.

Yo me doy la vuelta y le miro, preguntándome qué le ha dicho exactamente.

—Si digo que no, me pone esta cara —me dice.

—Ya, eso se llama ser niña y tener seis años. —Empiezo a coger los animales de peluche de sus brazos y a lanzarlos de nuevo a sus contenedores —. Ya sabes cómo utilizar lo rica que es como un arma. —Me vuelvo hacia mi hija y me preparo para ser la mala—. Nada de juguetes. Hemos venido a ver los peces, no a montar un acuario en casa.

—Vale —dice con tono abatido.

Es un problema. Aubrey ha convertido esto en un arte y se le da muy bien conseguir lo que quiere. No daba crédito cuando fue capaz de hacérselo a mi padre. Tuvo que dejar de llevarla a tiendas porque salía con una bolsa llena de lo que fuera que pidiera. Si no supiera lo contrario, habría creído que jamás había lidiado con una niña antes, pero según él, Aubrey es diferente. Mis padres fueron estrictos conmigo, pero mis hijos son los amos del mundo.

Noah mira a Finn.

—¿Has visto las pelis de Harry Potter?

Contengo el aliento mientras espero que Finn le dé una oportunidad. Tiene la habitación llena de todo tipo de cosas de los libros y las películas. Hemos ido innumerables veces al parque temático, Finn se ha leído la saga, ha visto todas las películas y seguramente puede recitar casi todos los diálogos.

—¿Y tú?

—¡Pues claro! —Noah sonríe—. ¿Cuál es tu personaje preferido?

—¿Y el tuyo? —replica.

Noah le sonríe.

—Sirius. Con los ojos cerrados.

Finn me mira y luego mira a Noah.

—¡El mío también! ¿Lloraste cuando murió?

Los dos empiezan a hablar sobre la trama y lo que habrían hecho si fueran cada personaje. Noah y Finn se ríen alternativamente de las ideas que se les ocurren y de las razones.

Aubrey y yo los seguimos y, por primera vez en mucho tiempo, me siento completa.

Aun con todo lo que ha ocurrido hoy, parece que mi vida haya encajado. Mi hijo sonrío a pesar de que hace unas horas estaba llorando. Mi hija es feliz y está colada por Noah. Y sé lo afortunada que soy te haber encontrado a este hombre.

Mientras caminamos, la gente se queda mirando, susurra, y algunos hacen fotos, pero Noah no repara en nadie. Nos dedica su tiempo solo a nosotros tres.

—¿Te diviertes? —pregunta Noah cuando los niños van corriendo a ver los tiburones.

Ojalá pudiera besarle ahora mismo, pero no es el momento adecuado. Estamos en público y los niños no están ni mucho menos preparados para ver nada que se parezca a una relación.

—Sí. Pero echo de menos nuestra burbuja.

Él se apoya en la barandilla a mi lado. Nuestros brazos se rozan, que es el mayor contacto que hemos tenido.

—Yo también. Me gusta nuestra intimidad.

—Hola, señor Frazier, me preguntaba si podría hacerme una foto con usted —pregunta una chica de veintipocos años, poniéndole la cara que Aubrey utiliza.

—Lo siento, estoy con unos amigos y estamos intentando pasar desapercibidos. —Rechaza su petición de forma educada, pero ella hace un mohín mientras asiente.

—Oh, claro. Gracias de todas formas.

Cuando fuimos a cenar hace una semana dijo que no le gustaba rechazar a los fans. Me confunde por qué lo hace ahora.

—Podrías haberte hecho una foto.

Él se arrima y siento su aliento en la cara.

—No cuando estamos juntos, cielo. Cuando estoy contigo o con tus hijos solo soy Noah. No hay fotos ni nada de eso; somos nosotros.

Mis ojos se clavan en los suyos y, aun en la oscuridad, veo la seriedad de sus palabras. Noah nos elige a nosotros por encima de todo lo demás. Nos está

dedicando su tiempo, su corazón, su atención. Cosas que importan. Si pudiera embotellar este sentimiento, lo haría.

—No te haces una idea de lo mucho que deseo besarte ahora mismo.

Noah sonríe.

—Estoy seguro de que puedo imaginarlo.

—Simplemente tendrás que compensar el tiempo perdido.

—¿De veras?

Muevo un dedo para que roces su mano.

—Estoy pensando en esta noche.

—¡Noah! —grita Aubrey con las manos en el cristal—. ¡Ven a ver! ¡El tiburón se va a comer a Finn!

Noah engancha su dedo meñique al mío.

—Está hecho.

Inclino la cabeza hacia atrás y me pregunto qué narices he hecho en esta vida para merecerle. Es un hombre que podía tener a cualquier mujer que deseara y, sin embargo, está conmigo. Estoy segura de la vida de Noah está repleta de invitaciones, fiestas y seguramente no le faltan los caprichos, pero está en un acuario con dos niños y una divorciada. La vida es estupenda y yo soy una tía con suerte.

Kristin

—*Joder*, tu boca es el paraíso —dice Noah mientras yo me muevo arriba y abajo—. Así, cielo. Llévame más adentro.

Así lo hago. Acojo su polla todo lo que puedo y él gime. Me encanta cómo se contrae su rostro cuando intenta mantener el control. Resulta gratificante que una mujer sencilla como yo sea la razón de que se le hinche la vena del cuello.

Sus ojos buscan los míos y lo llevo más adentro, hasta mi garganta.

—Voy a hacer que te corras con fuerza —me promete—. Voy a comprobar cuántas veces tu cuerpo puede llegar al clímax por mí. Quiero saborearte, llenarte, amarte hasta que no puedas soportarlo. ¿Quieres eso?

Yo gimo, sabiendo que las vibraciones harán que pierda los papeles.

Noah echa la cabeza hacia atrás y yo recorro su miembro con la lengua al tiempo que me muevo arriba y abajo. Mis manos acompañan el movimiento y él gruñe. Luego tomo sus testículos en las manos y casi estalla.

—Tú... ¡*Joder!* No puedo. ¡Santo Dios!

No puedo decir nada más y a mí me llena de placer verle perder el control.

Me levanto, deslizando la lengua alrededor del glande.

—¿Te gusta eso? —pregunto, y lo repito de nuevo.

—Quiero correrme dentro de ti —dice—. No hagas que me corra aún.

—Entonces ¿no quieres que haga esto? —pregunto mientras le tomo de nuevo en mi boca, llevándolo tan adentro como puedo antes de liberarle—. ¿Y qué pasa cuando hago esto? —Lamo la parte interna de su polla y después sus testículos.

—Kristin —gime y me aparta.

Le miro con una sonrisa de satisfacción.

Noah resuella y después se apodera de mis labios. Nuestras lenguas luchan, sabiendo que le encanta que le presione tanto como le gusta estar al mando. Cada vez que estamos juntos es diferente. Noah deja que sea yo misma sin que tenga que pedir disculpas. Si quiero algo en la cama, tengo que pedirlo y él se asegura de que avisarme cómo se siente.

No tengo que preguntarme si algo le gusta y él no se reprime. Noah me dice en todo momento cómo hago que se sienta tanto física como emocionalmente.

Ahora mismo, su boca me está diciendo todo lo que necesito saber. Se siente beligerante y con ganas de dominar.

Nuestros labios se separan y estoy lista para él. Le necesito dentro de mí. Desciendo para poder cabalgarle de una vez.

—No te muevas. —Me agarra las caderas, impidiéndose entrar donde yo más lo necesito.

Oh, esto va a ser genial. Me gusta el Noah mandón en la cama. A veces me cede el control, pero estoy más que encantada de devolvérselo.

Se me acelera el pulso cuando desplaza las manos de la parte posterior de mis muslos a la parte delantera. Su dedo acaricia mi coño muy despacio, pero no presiona lo suficiente para proporcionarme el más mínimo alivio.

—Noah —suplico—. Tócame.

—Te estoy tocando. —Percibo la sonrisa en su voz—. Has tenido tu turno y ahora voy a llevarte a la locura.

Gimo mientras él lleva su otra mano a mi espalda, haciendo que me ponga de rodillas. Lo está haciendo mal. Quiero que me folle, no que me aleje de su polla. Justo cuando abro la boca para decírselo, empieza a trazar círculos alrededor de mi clítoris.

Maldita sea. No puedo pensar en nada, salvo en el inmenso placer que me recorre las extremidades.

—Qué bien —jadeo.

—Tendrás que bajar la voz —me advierte Noah mientras se separa más las rodillas y empieza deslizarse hacia los pies de la cama—. Esta vez, cuando te corras, nada de gritar.

Nunca antes me había supuesto un problema guardar silencio, pero con él soy incapaz de controlarme. Parece que hayan accionado un interruptor dentro de mí, y cuanto más me hace el amor, más ruidosa me vuelvo. Noah se propone asegurarse de que esto también continúe.

SOY UNA TÍA CON SUERTE.

Enrosco los dedos en su cabello y le aferro.

—Estaré calladita, descuida.

En los ojos de Noah hay una chispa de desafío.

—Eso lo veremos. Acércate aquí y vamos a averiguar si puedes soportarlo.

No sé a qué se refiere. ¿Adónde quiere que me acerque? Empiezo a arrimarme hacia donde él esta, pero me detiene.

—No, cielo. Quiero que te sientes en mi cara.

Antes estaba a un par de segundos de llegar al orgasmo, pero ahora voy a tenerlo ya. ¿Cómo narices es posible que esta sea mi vida? El hombre más sexy que he visto jamás está en mi cama diciéndome que me siente en su cara... Alguien tiene que darme un bofetón para que me despierte.

Noah me coge de las caderas y me coloca exactamente donde desea.

La primera vez que su lengua roza mi clítoris, caigo hacia delante, agarrándome al cabecero para sujetarme. Después lo repite una y otra vez, hasta que me muerdo la lengua con tanta fuerza que veo las estrellas. O puede que sea porque él para cada vez que estoy cerca del clímax. Está jugando al gato y al ratón con mi orgasmo.

—Noah —gimo—. No pares. ¡Joder! No pares.

Clavo las uñas en la madera mientras él continúa volviéndome loca. Su mano sube por mi abdomen y me masajea el pezón. Mis músculos se contraen antes de romperme en pedazos. De alguna forma me las arreglo para no gritar, pero ahora hay unos bonitos arañazos de uñas en el cabecero de madera.

Noah me tumba, me separa las rodillas y me penetra. Cierro los ojos mientras me siento llena al máximo.

—Mírame.

Dios mío, su voz es tan seductora que no me queda otra que hacer lo que me pide. Contemplo el deseo que brilla en sus ojos verdes y mi pulso retumba en mis oídos. Noah empieza a moverse despacio, sin que ninguno de los dos aparte la mirada. Me acaricia los muslos con las manos y después quedamos cara a cara.

Algo cambia entre nosotros. Ya no se trataba solo de sexo. No sé si alguna vez lo ha sido, pero ahora ya no se puede negar. Ahueca los dedos sobre mi mejilla y yo hago lo mismo con su nuca. Noah roza con sus labios mi nariz, mi frente, mis mejillas, mis párpados y después, por fin, mis labios.

—Eres muy hermosa —dice mientras se mueve con lentitud—. Hace que sea imposible pensar en otra cosa que no seas tú.

—Te deseo tanto —replico.

—Me tienes, cielo. Me tienes. —Continúa haciéndome el amor, susurrándome lo increíble que es y cuánto le importo.

Me siento abrumada.

Cada parte de mí se vuelve suya. Ya no puedo negar lo que siento. Lo quiera o no, me he enamorado de él. Noah es todo lo que jamás podría haber deseado encontrar. En sus ojos veo todas las respuestas a mis temores con respecto a lo que él siente. Ninguno de los dos necesita decir las palabras para nombrarlos.

—No puedo aguantar mucho más —dice.

Levanto la cabeza, esperando a que me mire. Cuando lo hace, dejo que caer los muros que todavía quedaban entre nosotros.

—Ámame, Noah. Ámame y no te contengas.

Nuestras frentes se tocan y Noah se lanza al vacío.

Aquí estoy tumbada, totalmente saciada, disfrutando de su peso sobre mí. Mis dedos acarician su espalda de manera caprichosa y él me besa el cuello.

—Hemos hecho mucho ruido —dice con una sonrisa impenitente.

—Si hemos despertado a los niños...

Los dos volvemos la cabeza hacia la puerta, esperando no ver ningún piececito.

—Creo que no. —Noah ríe en voz baja.

Eso espero, pues es una conversación que me gustaría evitar hasta que los niños tengan... cuarenta años.

Nos limpiamos y voy a asegurarme de que los niños están dormidos. Me inunda el alivio al verlos a ambos dormidos como troncos, tal y como los dejé hace una hora. Vuelvo de puntillas a mi habitación, sintiéndome como una adolescente a la que van a pillar sus padres.

Noah sigue en mi cama, con la cabeza apoyada en un brazo y una sonrisa en los labios.

—¿Y bien? —pregunta cuando me subo a su lado.

Noah me rodea con el brazo en cuanto me tumbo sobre su pecho.

—Están dormidos como troncos.

—Estupendo.

Enredos mis piernas con las suyas, encantada de que deje que me enrosque a su alrededor como una vid. Cuando más intimamos, más segura me siento. Tengo un montón de preguntas sobre qué vamos a hacer, pero nunca sé cuándo sacarlas a colación.

Algunas verdades son inalterables, por mucho que deseemos que las cosas sean diferentes. Yo vivo aquí, mis hijos viven aquí, mi vida está en Tampa, pero la de Noah no. Durante todo este tiempo me he dicho que daba igual porque no iba a enamorarme de él.

Es evidente que no ha funcionado.

Es hora de que hablemos.

—¿Noah? —Le acaricio el pecho con un dedo—. ¿Qué va a pasar cuando el reportaje esté terminado la semana que viene?

Él se queda inmóvil y yo desearía poder retirar mis palabras. El conocimiento no siempre es poder, a veces duele y es peligroso para el corazón.

—Pues que tenemos que idear un plan.

Vale, los planes no son malos. A menos que sea un plan para encontrar la forma de poner fin a esto, porque entonces querría que un nuevo artífice trabajara en ello.

Levanto la cabeza.

—¿Ese plan incluye que seamos otra cosa distinta que los buenos amigos que somos ahora?

Noah me aparta el pelo de los ojos y sonrío.

—Creo que somos más que amigos, Kris.

—Depende de lo que tú entiendas por «amigo» —replico.

—¿Dejas que otros amigos te toquen así?

Pongo los ojos en blanco, ya que él conoce la respuesta.

—Hablo en serio.

—Yo también. Mis sentimientos hacia ti son mucho más fuertes que los de un simple amigo. Creo que eso ya lo sabes.

Tenía la esperanza. De verdad tenía la esperanza, pero no lo sabía con seguridad.

—¿Incluso después de lo de hoy?

No hay forma de explicar lo avergonzada que me siento por el lamentable espectáculo que tuvo lugar esta mañana. Sigo sin poder creer que Noah lo presenciara todo.

—¿Por qué piensas que lo de hoy ha cambiado algo?

—Porque tú eres un actor famoso que puede tener a cualquier mujer que desee sin ningún tipo de equipaje. En vez de eso me eliges a mí. —Me encojo de hombros—. La borracha que se cae a piscinas y tiene un ex chalado que es

un auténtico gilipollas. Uno de mis hijos se ha comportado como un completo maleducado durante toda una hora y la otra está obsesionada contigo. Avísame cuando llegue a la parte que pide a gritos que te quedes.

Noah cambia de posición, haciendo que ambos nos pongamos de lado para mirarnos a la cara.

—¿Crees que yo no tengo un pasado? ¿Crees que eres la única que tienes cosas que te hacen menos perfecta?

—Creo que yo tengo para dar y regalar.

Noah suelta un bufido.

—No eres la única a la que le preocupan las cosas de su vida, Kristin. A mí me preocupa que tuyas.

Se me seca la garganta al oír su confesión. ¿Qué hay en su pasado de lo que cree que voy a huir? Sea lo que sea, si piensa que es peor que mi equipaje no estoy segura de que esté de acuerdo con él.

—No sé qué te hace pensar eso.

—Mi pasado no es perfecto. Mi vida no ha sido siempre la de Noah Frazier, el actor. He trabajado muy duro para mantener ocultos mis asuntos.

—¿El qué?

Los ojos de Noah se llenan de miedo y a mí se me encoje el estómago.

—Quiero... —Deja de hablar, se incorpora y exhala un sonoro suspiro.

—Puedes hablar conmigo. —Poso mi mano en su brazo.

Su mano se abre y se cierra mientras lucha contra lo que sea que le está carcomiendo por dentro.

—Quiero hacerlo —dice Noah—. Voy a hablar. Hay cosas de las que tenemos que hablar.

Me está asustando un poco, pero al mismo tiempo quiero ser su refugio. Además, mis sentimientos hacia él han crecido hasta el punto de que no podría dar marcha atrás aunque lo intentara. Las relaciones no son fáciles, ya lo sé, pero Noah se merece cualquier esfuerzo que tenga que hacer.

—Vale. —Me incorporo, tapándome con la sábana—. Lo que tengas que decirme...

Sus ojos se clavan en los míos y yergue la espalda.

—Tú eres lo que deseo. Eres todo lo que deseo.

—También tú eres lo que deseo. —Esbozo una sonrisa dubitativa. Me alegra ser lo que desea, pero sé que eso es un prelude de lo que va a decir.

—Espero que siga siendo así después de que te cuente esto. —Noah exhala

y comienza acto seguido—: Nací como Joseph Noah Bowman. La mayoría no lo sabe porque me cambié legalmente le nombre por el de Noah Frazier, que es el apellido de soltera de mi madre. De pequeño todos me llamaban Noah porque mi padre se llamaba Joseph. Creo que a mi madre le partía el corazón llamarme por ese nombre.

Se me encoge el corazón por él cuando me cuenta eso. Sé muchas cosas sobre su infancia y no puedo imaginar lo que fue para él. Resulta un poco raro que esté enamorada de un hombre y que no sepa su nombre real, pero el motivo por el que se lo cambió tiene lógica.

—Así que, de todas formas, ¿casi siempre te has llamado Noah? —pregunto.

—Sí, pero no... —Se para y se lleva las manos a la nuca—. No fue hasta después...

Le acaricio la mejilla, con la esperanza de infundirle algo de ánimo. Nunca le he visto así. Desde que le conozco, Noah ha sido la fuerza motora. Se ha abierto paso en mi vida y nunca ha dado marcha atrás. Siempre se ha mostrado seguro de sí mismo y lleno de aplomo, y verle tembloroso e inseguro de sí mismo hace que me esfuerce por hallar un modo de tranquilizarle.

—No tienes que temer nada. No voy a ir a ninguna parte —le digo las palabras que él me ha dicho a mí.

—Mis sentimientos hacia ti no se parecen a nada que haya sentido antes. Nunca le he contado esto a nadie, al menos no en mucho mucho tiempo. —Aparta la mirada—. No hablo de ello porque no estoy orgulloso. Me he tomado muchísimas molestias para ocultárselo a los medios.

No quiero que me cuente nada con lo que no se sienta cómodo y ahora mismo no somos Kristin, la periodista, y Noah, el actor. Él es el hombre que comparte mi cama.

—Noah, yo jamás...

—Sé que no. He dejado mi pasado en el pasado porque no puedo cambiarlo. Solo quiero que entiendas que esto es algo que he intentado olvidar. En mi profesión, estas cosas arruinan a la gente.

—Oye. —Le atraigo de nuevo hacia mí—. Yo jamás te traicionaré.

—Y yo jamás te mentiré ni te haré daño. He esperado mucho tiempo para encontrar a alguien con quien merezca la pena compartir mi vida. Necesito que lo oigas todo antes de juzgarme. ¿Puedes hacerlo?

Yo asiento, rogando para poder hacer lo que me pide.

—Hace mucho tiempo perdí a alguien a quien amaba más que a nada. Era la

noche de nuestra graduación en el instituto e iba a pedirle matrimonio... —Se le quiebra la voz y se aclara la garganta antes de continuar—: Tanya se iba a la universidad a Oklahoma y yo me quedaba en Illinois porque no podía permitirme ir a una universidad de fuera del estado. Teníamos el sueño de que envejeceríamos juntos. Le prometí que encontraría la forma porque ella era todo mi mundo. Pero Tanya era..., qué sé yo.

—¿Una adolescente? —sugiero.

Él ladea la cabeza con una sonrisa triste.

—Sí, tenía dieciocho, quería experimentar la universidad y, en el fondo, sabía que rompería conmigo después de que se marchara. Lo sabía y no podía dejar que se fuera. Supuse que las cosas cambiarían si estábamos prometidos.

Esta es la parte de la historia donde sabes que la tierra se va a derrumbar bajo tus pies. La ansiedad de Noah resulta palpable. Acercó la mano para cubrir la suya y le doy un pequeño apretón.

—Le conté a sus dos mejores amigas que iba a hacerle la gran pregunta y ninguna me dijo que sería un error. Joder, una de ellas hasta me ayudó a comprar el anillo. Ella aceptó reunirse conmigo en el barranco junto al río en la propiedad de sus abuelos. Quedábamos allí casi todas las noches. Estaba apartado y nos permitía cierta... —Se aclara la garganta— intimidad. Tuvimos relaciones sexuales y pensé que todo era perfecto. Dios mío, qué nervioso estaba.

No sé qué decir. Ni siquiera sé si respiro. El corazón me retumba contra el pecho mientras él se sumerge en sus recuerdos.

Noah menea la cabeza y después prosigue:

—Le hice la pregunta mientras yacíamos abrazados, sin contemplar siquiera la posibilidad de que respondiera que no. Tanya se levantó y empezó a enfadarse. Meneaba la cabeza, diciendo toda clase de sandeces acerca de que quería espacio y que yo intentaba atraparla. Me quedé ahí, de pie, oyéndola decirme que habíamos terminado. —Se pasa la mano por la cara—. Tienes que entender que yo era joven, pero llevábamos juntos desde octavo. No sabía qué coño pensar. La acusé de engañarme, de mentirme, de utilizarme para lo que sea que los adolescentes se utilizan unos a otros. Ella me abofeteó en la cara y me dijo que me fuera a la mierda. Fue la peor pelea que habíamos tenido. Después empezó a alejarse y yo entré en pánico.

El dolor que reflejan sus ojos hace que los míos se llenen de lágrimas. Parece desolado y quiero mitigar todo eso. Noah desliza el pulgar bajo mi ojo,

atrapando la lágrima antes de que caiga.

—No llores, cielo.

—Pareces tan desconsolado —explico.

Él me frota el brazo y comienza de nuevo:

—Le cogí del brazo y la atraje hacia mí. La abracé, le supliqué que parara. Francamente ni siquiera recuerdo lo que dije porque estaba... ¿destrozado? ¿Desolado? No sé la palabra adecuada, pero en ese instante la quería y la odiaba. Tanya estaba llorando por lo que yo decía sobre ella y me empujó en el pecho en el preciso instante en que le solté los brazos. Estábamos cerca del borde; no sé cómo llegamos allí.

—Ay, Dios mío. —Me llevo la mano a los labios.

—Se resbaló, se precipitó y yo intenté cogerla. Lo intenté por todos los medios. —Noah se acaba rompiendo y el sonido que profiere es lo más desgarrador que jamás he oído—. La tenía cogida de la mano, pero se escurrió. Prácticamente me caí mientras bajaba por el barranco para llegar a ella. —Las lágrimas ruedan por sus mejillas igual que por las mías.

No conocía a esta chica, pero la agonía que trasluce su voz me conmueve hasta lo más hondo. No se puede negar cuánto ha sufrido a causa de esto ni los remordimientos con los que aún carga. Me arrimo a él, apoyando la mano en su pecho.

—Lo siento muchísimo.

Él menea la cabeza, se seca las lágrimas y se obliga a seguir:

—Cuando llegué hasta ella, me negué a creer que había muerto. Juro que estaba viva y le supliqué, le supliqué que aguantara mientras iba a por ayuda. —Exhala un suspiro—. La amaba mucho y quería pasar mi vida con Tanya. La llevé en brazos durante más de un kilómetro y medio. No me detuve a pesar de lo cansado que estaba. Ella me necesitaba y bien sabe Dios que yo la necesitaba a ella. —Noah me mira a los ojos y regresa al presente—. Habría muerto si con ello hubiera podido salvarle la vida, pero no podía.

—Fue un accidente. Un terrible accidente.

—Si la hubiera dejado marcha, nada de eso habría pasado.

—No puedes culparte. No pretendías hacerle daño, ¿verdad?

—Eso jamás. Jamás haría daño a una mujer. Jamás haría daño a nadie.

Y sé que eso es cierto. He pasado la mayor parte de mi vida amando a un hombre que utilizaba las palabras como armas, hiriéndome siempre que podía. Noah no es así.

—Eso lo sé. Si no sintieras remordimientos, sería otro cantar —le digo mientras ahueco la mano sobre su cuello—. Cargaste con esa chica en brazos para llevarla a un lugar seguro. No creo que con dieciséis años hubieras hecho eso de haberla empujado a propósito. —Nuestras cabezas se tocan y nos quedamos así unos minutos, juntos sin más.

Era una situación trágica, que no dejaba nada más que destrucción a su paso. Intento imaginar todo lo que Noah ha debido sufrir. Los susurros de la gente, acusándole de matarla, y más tarde tener que soportar perder a la persona a la que amaba.

Noah levanta la cabeza, enmarca mi rostro entre sus manos y, con suavidad, posa sus labios sobre los míos. Cuando nuestras miradas se cruzan, veo su agonía. Ojalá pudiera disipársela, procurarle cierta paz. Noah desliza le dedo por mi mejilla, enjugándome una lágrima.

—Me sometieron a horas y horas de interrogatorios con detectives y con el jefe de policía. Me dejaron en una fría habitación donde distintas me hicieron las mismas preguntas de manera repetida. Un detective podría ser majo y el siguiente cambiaba y era un capullo. Yo estaba desconsolado, cansado, hecho polvo, y lo único que podía hacer era decir la verdad.

Tomo sus manos en las mías e intento imaginarme a Noah con dieciocho años y metido en un cuarto, siendo interrogado por un accidente.

—No puedo ni imaginar lo que debió ser para ti...

—Pasé por el detector de mentiras y, como estaba diciendo la verdad, dijeron que podía irme, pero que tenía que permanecer en la ciudad por si acaso tenían más preguntas. Interrogaron a mi familia y mis amigos, pero la gente sabía que estaba locamente enamorado de ella. Jamás me acusaron de nada, menos aún después de que la autopsia dictaminó que había juego sucio y la policía lo declaró un accidente de manera oficial. Pero mi vida era... espantosa después de su muerte. La familia de Tanya me culpó al principio y se negó a que asistiera al funeral. Si cerraba los ojos la veía cómo caía, cómo se tocaban nuestros dedos y cómo después se escurría.

—¿Por qué te culparon? —pregunto.

—Era su única hija y, fuera o no culpa mía, yo estaba allí cuando pasó. Cuanto la perdí a ella sentí que había perdido una familia. Su padre era lo más parecido que había tenido a un padre y me dio la espalda.

Me tiemblan los labios.

—Lo siento mucho.

Como madre, no puedo imaginar la pena que sintieron, que todavía sienten. Aubrey y Finn son todo mi mundo y si los perdiera de ese modo... jamás lo superaría. No es posible seguir adelante porque ya no tienes corazón. Un padre jamás debería tener que enterrar a sus hijos; no es así como debe ser.

Cierro los ojos y veo a un joven Noah suplicando su perdón, pero mi lado maternal sabe que jamás sería capaz de perdonar por completo.

—Quería que mis amigos me creyeran, y muchos lo hacían, pero algunos me acusaron de empujarla por el precipicio. Quise morirme con ella.

Se me encoje el corazón cuando dice eso último. Si nuestros papeles fueran al contrario, yo sentiría lo mismo. La gente toma sus decisiones respecto a cuál es la verdad sin conocer los hechos. Lo veo todo el tiempo y es muy triste. Oímos una versión, nos la creemos a pies juntillas y nunca escuchamos de verdad nada más. Noah tuvo que caminar entre la gente que pensaba que era un asesino porque solo conocía la mitad de los hechos. No puedo ni imaginar la agonía que tuvo que vivir.

—Me alegra que no lo hicieras, Noah. No quiero imaginarme en un mundo sin ti.

Los labios de Noah se curvan solo un poco.

—No quiero ningún secreto entre nosotros. Quise contártelo antes, pero no es algo que haya compartido antes porque no había nadie con quien mereciera la pena compartirlo.

Le sujeto las muñecas, pues necesito mantenerme el contacto con él.

—Gracias por confiar en mí.

Noah me mira de un modo tan penetrante que se me encoge el estómago.

—¿No ha cambiado tu opinión de mí? ¿No me ves ahora como un mal hombre?

¿Cómo puede pensar eso? Es justo lo contrario a un mal hombre. Es un hombre que vivió una mala situación.

—Dios mío, no. —Meneo la cabeza—. Has sido sincero conmigo. Eras un crío y, si hubieras hecho algo malo, estarías en la cárcel, Noah. Fue un terrible accidente y tan solo lamento que tuvieras que pasar por todo aquello.

Noah se queda inmóvil mientras busca algo en mis ojos.

—Te quiero, Kristin. Te quiero y sé que es demasiado pronto, pero es lo que siento. No es necesario que tú me digas...

—Yo también te quiero. —Las palabras me salen sin pensar. He abierto la boca para decir otra cosa y no he podido contenerme. Le quiero.

Noah

*K*ristin se arrima a mí. Mis dedos continúan acariciándole la espalda mientras estoy aquí tumbado, tratando de dilucidar qué voy a hacer con nuestra situación.

Estoy enamorado de ella.

Ella está enamorada de mí.

Entre el capullo de su ex, mi trabajo, su vida aquí y lo que sea que la prensa pueda inventar acerca de nuestra relación, tenemos todos los obstáculos posibles en nuestro camino.

Lo único que sé es que mi vida la incluirá a ella. No existe otra opción.

—Oye —dice en voz baja y soñolienta.

—Duérmete otra vez, cielo.

Se quedó dormida hace una hora, pero yo he estado mirando el techo. Mi mente no deja de dar vueltas, tratando de entender cómo me siento. No suelo hablar de Tanya, pero sabía que era hora de contárselo a Kristin.

—Necesito que te quedes un poco más —me dice en medio de un bostezo.

Yo necesito un montón de cosas, pero ambos sabemos que no puedo quedarme aquí por la mañana.

—Tú cierra los ojos —la animo.

Ella me hace caso, como si en realidad no tuviera otra alternativa. Los dos estamos agotados. Entre el día que ha tenido y después la confesión de mi bagaje de mierda, no sé cómo estoy despierto. Después de pasar veinte años intentando olvidar la expresión de sus ojos, la forma en que gritó mi nombre mientras caía y lo que fue llevarla en brazos mientras buscaba ayuda, no estoy seguro de que pueda volver a conciliar el sueño.

Hace un par de días hablé con mi madre sobre si debía contárselo a Kristin. Fue ella quien me dijo que tenía que hacerlo y que tenía que hacerlo antes de

que los sentimientos de alguno de los dos se hicieran más fuertes.

—Noah. —Kristin exhala un suspiro y lleva su mano a mi pecho.

El hecho de que sueñe conmigo me hace sonreír. Acoplo mejor su postura cuando se me empieza a dormir el brazo y ella engancha la pierna bajo mi pantorrilla. Es una lapa cuando duerme. Todo su cuerpo me toca de alguna forma.

Su oscuro cabello castaño le cubre el rostro, así que lo aparto para ver la curvatura de su mejilla y su mandíbula. Es preciosa y no sé cómo tengo tanta suerte. Encontrar a Kristin ha sido... inesperado.

Mientras acaricio su suave piel con los dedos le cuento más cosas que no he dicho antes.

—No sé muy bien cómo voy a marcharme dentro de unos días. La serie acabó hace meses y tengo que volver al trabajo, pero no dejo de posponerlo. Me has hecho algo. Me has devuelto esta... parte de mi corazón de la que me deshice. No tienes ni idea de lo mucho que me va a costar marcharme. —Casi me rompo.

La idea de subirme al avión hace que me duela el estómago. A Kristin le preocupa que no la quiera cuando estoy aquí mismo, diciéndoselo a diario, y a mí me preocupa que ella encuentre una excusa para ponerle fin.

Cierro los ojos y exhalo profundamente por la nariz.

No pienso perderla, tan solo necesito dar con un plan.

Me digo: «sal de la cama y márchate», pero quiero abrazarla unos minutos más. La abrazaría para siempre si ella me dejara.

—¡Mami! —Un golpe me hace abrir los ojos de repente—. ¡Mami! ¿Por qué no se abre la puerta? —La voz de Aubrey suena amortiguada.

¡Mierda! Me quedé dormida toda la noche.

—Aubrey —susurro y señalo la puerta.

—¡Mami! Tengo hambre y Finn no me trae leche. ¿Estás ahí? —Sus deditos asoman por la rendija del suelo.

Kristin abre los ojos como platos mientras escudriña la habitación en medio del pánico.

—¡Mierda! —murmura al tiempo que se tapa la cara—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Miro el reloj y me maldigo. Son casi las siete de la mañana y sabía que no tenía que haberme quedado dormido.

Ella me tapa la boca con la mano, aunque no iba a decir nada, y se aclara la garganta.

—Salgo enseguida, cielo. Me estoy vistiendo.

—¿Estás durmiendo? —pregunta.

—Ya estoy despierta —responde Kristin—. Ve a la cocina y ya mismo voy.

Kris se levanta de un salto de la cama y yo admiro las vistas. Su sujetador transparente de encaje me permite ver hasta el último centímetro de sus perfectos pechos y el tanga que lleva es supersexy. Me incorporo un poco más, colocándome en la posición adecuada.

—Noah, ¿qué haces? —susurra en alto mientras se tapa su precioso trasero con unos pantalones.

—¿Qué? —sonrío con satisfacción.

—Levanta —me indica—. Ya no puedes estar aquí. ¿Cómo voy a explicar esto?

Me encanta cuando se pone nerviosa. Es el momento en que baja la guardia y no le preocupa lo que sale de su boca.

—Relájate, cielo.

Se yergue, me fulmina con la mirada y a continuación se pone a rebuscar entre su ropa.

—¿Que me relaje? Pues claro. Oh, ya sé —continúa divagando—. Mamá ha celebrado una fiesta de pijamas picante, niños, ignorad a ese hombretón que se marcha a hurtadillas. —Yo río entre dientes, por lo que me gano otra mirada de esas que matan—. Se suponía que no tenías que quedarte a pasar la noche.

Eso ya lo sé, pero aquí estoy y ya no puedo hacer nada.

—Te lo juro, tú estabas tan a gusto y yo necesitaba estar contigo. No era mi intención quedarme.

Eso parece asombrarle un poco.

—No te pongas en plan adorable cuando se supone que tengo que estar cabreada contigo. Tienes que levantarte.

—¿Y adónde voy?

Ella se pone un jersey y menea las manos.

—Y yo qué sé. ¿Por qué tienes que ser tan sexy que me olvido de que soy adulta? ¿No podrías tener... algún defecto? —Kristin me lanza la camisa y me

da en la cara—. Un día soy una madre responsable y entonces llegas tú y me bajo las bragas como una estríper.

—Una estríper muy sexy, con unas tetas preciosas y...

Kristin me fulmina con la mirada, señalándome con el dedo.

—Eres un auténtico problema. —Pone voz grave en un intento de imitarme—. Cielo, solo voy a abrazarte hasta que te quedes dormida. —Menea la cabeza.

Yo esbozo una sonrisa contrita al tiempo que me levanto.

—Me gusta abrazarte. —Reconozco mientras me acerco a ella—. Y me gusta que me quieras.

Ella empieza a ablandarse un poco, moviendo la mano por mi pecho, hasta que vuelven a llamar a la puerta.

—Mami. ¡Quiero cereales, por favor! —gimotea Aubrey.

—¡Ya voy, cielo! ¿Por qué no coges a un animalito del zoo para que se siente contigo? —sugiere Kristin, y se vuelve hacia mí acto seguido—. Vístete y después tienes que irte.

—Kris, no hay adónde ir; abordaremos esto como adultos.

Ella entrecierra los ojos y me doy cuenta de que lo que he dicho no ha sido lo más acertado. Es evidente que he hecho mal al no marcharme anoche y ella me va a vender con mis propias armas.

—¿Te acuerdas de la ventana? Pues la vas a utilizar.

No soy un tío pequeño, ni mucho menos. Salir por las ventanas nunca ha sido realmente una opción.

—No voy a... —Me detengo cuando echo un vistazo a su cara.

«Parece que voy a encontrar la manera de hacerlo.»

—Vete. —Me empuja en el pecho—. Y luego puedes llamar al timbre o lo que sea, pero no deben saber que has dormido aquí.

Ni siquiera estoy seguro de lo que está pasando, pero Kristin me empuja en dirección a la ventana.

—¿Quieres que salte por la ventana, rodee la casa y que llame al timbre? —pregunto para que me lo aclare.

—Sí.

—¿En vez de que se lo expliquemos a los niños?

Ella suelta un bufido.

—¿Explicarle que su madre ha tenido sexo alucinante con el tío al que conocieron ayer?

—No estaba sugiriendo que les diéramos detalles, pero me alegra que fuera alucinante.

Kristin se pasa las manos por la cara.

—Menos cháchara y más saltar.

Qué cosas tan absurdas hacemos los hombres por las mujeres.

Abro la ventana y vuelvo la vista para cerciorarme de que habla en serio. Ella mueve una mano y me echa, así que supongo que voy a hacerlo.

—Me debes un favor —intento bromear.

—Puedes estar seguro de que pienso hacerte un favor. —Resopla—. Y ahora vete antes de que mi hija de seis años encuentre la forma de abrir la cerradura, y si te crees que estoy de broma, no lo estoy.

Quizá Aubrey no sea capaz, pero no dudo de que Finn pueda hacerlo. En lugar de posponer lo inevitable, hago lo que me pide..., exige. Ayer fue un día de locos para los niños y Kristin tiene razón de mantener esto en secreto. Además, me gustaría conservar mi actual estado con ellos dos durante un tiempo.

—Me marchó, cielo. —La beso con suavidad.

Aquí estoy yo, con treinta y ocho años, y estoy saliendo a hurtadillas del dormitorio de mi novia para que no descubran que he pasado la noche con ella. Supongo que nunca se es demasiado viejo para estas cosas.

Me siento, con las piernas colgado un poco, pero, debido a mi tamaño, es imposible que no me parta la espalda. Me doy la vuelta y me apoyo sobre el estómago, pensando que si toco primero el suelo, puede que no sea tan malo, ya que solo hay tres metros de altura. Levanto la vista, tratando de palpar la hierba con los dedos de los pies y veo a Kristin ahí, intentando no reírse.

—Tienes suerte de que te quiera —farfullo mientras palpo.

Ella se acerca la ventana, toma mi rostro entre sus manos y me da un buen beso.

—Sí, tengo mucha suerte.

La llamada a la puerta hace que los dos nos sobresaltemos un poco.

—Vete —le digo.

—¡Mami! —grita en voz alta y no deja de golpear la puerta—. ¡Tardas mucho!

Salgo por la ventana mientras ella se vuelve de espaldas y me pego a la fachada.

—¡Lo siento, lo siento! —La voz de Kristin llega hasta mí—. Ya estoy aquí.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunta Aubrey a su madre.

—No podía librarme de una camisa que me encanta de verdad.

Puedo oír la sonrisa en la voz de Kristin.

—¿Uh? —Aubrey parece confusa—. ¿Qué camisa?

—Nada, cielo. Vamos a prepararte el desayuno.

—Hiciste que tirara mi vestido favorito —continúa Aubrey—. ¿Puedo quedármelo también?

La risa de Kristin empieza a alejarse mientras yo intento contener la mía.

Me suena el móvil, sobresaltándome. Lo silencio con rapidez y ruego que nadie lo haya oído mientras rodeo la casa a toda prisa y voy a mi coche sin incidentes.

—¿Qué ocurre, Sebastian? —respondo cuando mi agente llama por segunda vez de seguido.

—Necesito que te subas hoy a un avión?

—¿Hoy? —pregunto, mirando la puerta principal de Kristin.

Él suspira.

—Necesitan que hagas una lectura previa para la película. Sé que dijeron que dentro de unas semanas, pero han cambiado el plazo.

Agarro el volante con la mano y retuerzo el cuero.

—No puedo.

—No, no tienes opción.

—Es demasiado precipitado —digo—. Estoy haciendo unas cosas aquí. Me es imposible marcharme ahora.

Kristin y yo tenemos muchas cosas de las que hablar. No pienso subirme hoy a un avión, cuando anoche se lo conté todo. No soy idiota; parecería que estoy huyendo. Además, no le he hablado de esta puñetera película. Seis meses de rodaje en Francia no van a sentarle nada bien, no cuando hace tan poco tiempo que estamos juntos.

Oigo un fuerte ruido de fondo y no me cabe la menor duda de que ha tirado algo. Es evidente que le genero una enorme frustración.

—Espero que haya más de ocho millones de razones para que no puedas venir.

Su trabajo es ser el malo y luchar por mí.

—Este es el tercer proyecto que he hecho con Paul y sabe que yo nunca me dedico a perder el tiempo.

Sebastian olvida que he sido una malva hasta ahora. Siempre he hecho lo

que pedía y nunca he opuesto resistencia, pero esto es distinto.

—Si crees que eres el único actor que puede hacer este papel, estás mal de la cabeza. Súbete al avión, Noah. No jodas esto.

—Te llamaré —dijo, y cuelgo.

Me debato sobre qué hacer mientras miro la casa de Kristin. Pienso en todo lo que pasó anoche y que el momento no puede ser peor, pero sé que debería hacer caso a mi agente. Tengo un gran contrato y eso conlleva unas ciertas expectativas.

Yo: Cielo, tengo que irme unos días a Los Ángeles. Me acaba de llamar mi agente. Ojalá pudiera pasar el día contigo, pero no tengo opción. No sé cuándo volveré, pero te escribiré.

Ella responde al cabo de un minuto.

Kristin: Lo entiendo.

Yo: Te llamo cuando aterrice.

Veo que la cortina se mueve hacia un lado y ella me sonrío por la ventana.

Kristin: Vale... Te echaré de menos.

Yo: Te quiero.

Kristin: Te quiero.

Ella levanta la mano, se la lleva a los labios y me lanza un beso.

Dejo escapar un gruñido, deseando poder ir con ella, estrecharla en mis brazos y tocar sus labios de verdad. En cambio, arranco el coche y lucho contra el deseo de abandonar esta puta película.

Tengo que encontrar una forma de convencerla para que venga conmigo o puede que esté dispuesto a renunciar a la carrera que he forjado.

Kristin

—*No* puedes estar tan estresada por este artículo —dice Nicole mientras se sienta a mi mesa.

No tiene ni idea. He estado trabajando en mi borrador mientras Noah está en California y voy por la versión número seis. Todas son una mierda.

—Intenta tú escribir un gran artículo sobre un tío con el que estás saliendo sin hablar del tamaño de su polla.

Es del todo imposible. El segundo borrador no estaba tan mal, hasta que empecé a hablar del número de orgasmos que Noah es capaz de provocarme cuando se concentra. Por mucho que quiera presumir, no creo que tenga que proporcionar más razones a las mujeres para que se enamoren de él.

—No te cortes en contármelo a mí. —Sonríe con satisfacción por encima de su jarra.

—Eres la última persona a la que se lo contaría.

Ella asiente de manera exagerada.

—Seguramente sea una buena decisión.

Nicole ha venido a verme, diciendo que tenía grandes noticias y que estaba deseando contármelas. No me imaginaba yo que la noticia sería que se está acostando con un tío con el que salí en el instituto... y con su hermano gemelo. Tal y como sucede con casi todas las situaciones relacionadas con Nicole, nunca sé cómo reaccionar de forma adecuada.

Una parte de mí piensa que es guay que sea tan aventurera. La otra parte dice que tiene que tener cuidado porque le van a hacer daño. A estos tíos no les importa su bienestar tanto como les importa correrse.

—¿Puedo leer la última versión? —pregunto.

No recuerdo que antes fuera tan peculiar con mis artículos, pero soy superprotectora con este. No se lo he enseñado a nadie. Es Noah. Es el

hombre del que estoy enamorada y que estoy a punto de compartir con el mundo. Bueno, con los diez mil seguidores del blog.

—No hasta que haya terminado.

—Kris. —Me lanza una mirada—. ¿Cuánto has escrito?

—Un poco. —Echo un vistazo al papel que hay entre nosotras. El que tiene escritas dos frases enteras.

Ve que mis ojos se desvían hacia él y ambas nos abalanzamos. Nicole es más rápida y lo engancha.

—¡Kristin! —chilla Nicole—. ¡Has escrito vuestros nombres! ¡Es todo! Tienes que escribir... palabras y todo eso.

—Lo sé. —Le arrebató el papel de las manos—. Estoy en ello, pero la pirada de mi amiga se ha presentado y ha empezado a hablar de sexo anal. Las cosas se torcieron a partir de ahí. No puedo escribir cuando hablas de que mi exnovio y su hermano te dan por detrás.

Nicole se vuelve sentarse con una sonrisa impenitente.

—Te ruego que me digas que has dejado que Noah te la meta en el culo.

—Si no he dejado que mi marido durante catorce años me hiciera eso, ¿qué te hace pensar que le dejaría hacerlo a él?

Ella se encoge hombros.

—Que seguramente a Scott le gustaba que le dieran por el culo a él. Quiero decir que siempre actuaba como si tuviera algo ahí metido.

—Ojalá no me hubieras metido esa imagen en la cabeza veinte minutos antes de que tenga que traer a los niños. —Me echo a reír.

Scott tiene a los niños para la cena del miércoles. Se me ocurrió trabajar un poco, ya que mi plazo de entrega se acerca y Noah ha tenido que irse a Los Ángeles. Hace tres días que no le he visto y le echo muchísimo de menos.

—Y hablando del Gilipollas, ¿ha mencionado a Jillian cuando los ha recogido?

Danielle les contó a Heather y a Nicole el incidente de la semana pasada. A ninguna nos sorprendió demasiado, pero de todas formas se quedaron tan decepcionadas como yo. Siempre tuve la esperanza de estar equivocada con respecto a su relación. Era más fácil engañarme a mí misma que buscar la verdad. Entonces no tendría ninguna excusa y habría tenido que tomar una decisión.

—Simplemente ha dicho que Jillian no iba a cenar con ellos. Finn se ha sentido aliviado y a Aubrey le ha importado un comido.

Nicole se echa a reír.

—Te juro que esa niña caga soles y sus pedos sor de purpurina. Es la persona más feliz que jamás he conocido. Le daré una paliza a quien haga que se ponga triste, aunque sea un poquito.

Aubrey es su propia fuente de antidepresivos. No hay muchas cosas que la pongan triste, pues le encuentra el lado bueno a todo.

—Será un chico —le digo.

—Y yo le mataré

—Eso no lo dudo.

Nicole señala el papel de nuevo.

—Será mejor que te pongas a trabajar.

Profiero un gruñido y apoyo la cabeza en mi brazo.

—Odio esto. Nada parece interesante porque Noah es mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Es tierno, cariñoso, tiene un corazón enorme y le quiero.

—No viene mal que esté bien preparado en lo que a pene se refiere.

Siempre vuelve a lo mismo. Sin embargo, no se equivoca.

—Cierto.

Suena mi teléfono y estoy segura de que es Scott para decirme que está de camino.

Noah: Mi hotel tiene vistas al acuario y solo puedo pensar en que Aubrey necesita un animal para su colección.

Sonrío porque está pensando en nosotros.

Yo: NO necesita más, pero yo necesito que vuelvas lo antes posible.

Noah: Mi plan maestro está dando resultado.

Yo: ¿De veras? ¿Cuál es exactamente tu plan?

Noah: Jamás te lo diré.

Empiezo a escribir una respuesta, pero puedo sentir los ojos de Nicole observándome.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. Es bonito verte ilusionada cuando le escribes. ¿Os enviáis mensajes sexuales? ¿Puedo verlo?

—¡No, no nos enviamos mensajes sexuales! —Meneo la cabeza mientras me río.

—¿Por qué coño no?

Está chalada.

—Porque no tengo diecisiete años.

—Tú te lo pierdes. Pues pídele una foto de su polla.

A veces es mejor no hacerle caso.

Miro de nuevo la pantalla, deseando hacerle un millón de preguntas. Desde la noche que pasamos juntos apenas hemos tenido un par de minutos para ponernos al día. Noah ha estado en reuniones consecutivas y la diferencia de tres horas no ha ayudado con la falta de comunicación. En realidad solo hay una cosa que deseo saber. El resto podemos solucionarlo cuando venga aquí.

Yo: ¿Cuándo vuelves a Tampa?

Noah: Pronto, cielo. Sé que no es el mejor momento, pero ahora mismo tengo que estar aquí. Créeme, preferiría estar allí contigo.

Eso de pronto es una mierda. Le quiero aquí ya. No voy a hacer que se sienta mal cuando es evidente que tiene trabajo.

Yo: Vale, supongo que te perdono por esta vez.

Noah: Por esta vez, ¿eh?

Yo: Bueno, no eres un tío normal y corriente.

Me río, pues en realidad su nombre es Joseph.²

Noah: ¿Estás segura de eso? Te dije que mi verdadero nombre era Joseph.

Yo: Eso es cierto, señor Bowman, y le agradezco que me lo contara todo acerca de su pasado. Sé que no hemos hablado sobre el accidente desde aquella noche, pero me alegro de haberlo sabido por ti.

Noah: Siempre oirás la verdad por mí primero. No fue fácil contártelo, pero quería que supieras lo de Tanya. Tengo que darme prisa. Te quiero, Kristin.

Yo: Yo también te quiero.

Dejo el teléfono con una sonrisa de oreja a oreja. Jamás, ni en un millón de años, imaginé que me enamoraría de esta manera. Ni siquiera sabía que eso existía. Ahora no quiero vivir sin ello jamás.

—Ahora eres tan mala como Heather.

—Encontrarás a un hombre que te haga sentir así y entonces lo entenderás.

Él está ahí afuera. Nicole solo tiene que encontrarle.

Ella me hace una peineta al típico estilo de Nicole.

—¿Para que pueda ser como vosotras dos? No gracias. Heather ha pedido una excedencia para seguirle por ahí. Tú estás aquí, prácticamente resplandeciente por un mensaje de texto, y yo me lo monto a dos bandas con gemelos... ¿quién vive la vida?

Por mucho que le guste jugar la carta de la vida de soltera, recuerdo que hace poco estaba hecha polvo. Le cojo la mano.

—Te quiero, Nic. Creo que eres la mujer más valiente que conozco. No muchos podrían vivir el calvario que tú has vivido y seguir en pie, pero el amor no es un arma. El amor real verdadero y sincero es algo valioso y puede curar el daño que otros han causado. No renuncies a él.

Las paredes de hierro tras las que tanto se esfuerza por esconderse se mueven y percibo el dolor en sus ojos. Se esfuma con la misma rapidez que aparece. Ella retira la mano y aparta la mirada.

—Estoy mejor así.

Nicole quiere que la amen. Diga lo que diga, esa necesidad está arraigada en nosotros. Es una lástima que la única vez que se arriesgó, acabó destrozada.

—Eres perfecta sea como sea —le aseguro.

Ella asiente.

—Tienes toda la razón. En fin, vamos a escribir tu artículo antes de que se te pase el plazo de entrega.

Me muerdo el labio mientras leo el borrador final una vez más. He de entregárselo a Erica dentro de treinta minutos y quiero que esté perfecto. Después de darme cuenta de que no puedo hacer más de lo que ya he hecho, envío el archivo y rezo para que no sea una mierda.

—¿Qué es eso, mami? —pregunta Aubrey cuando le doy a enviar el *e-mail*, entregando el artículo a mi editora.

—Es un artículo sobre Noah.

—Me gusta Noah —dice.

La siento en mi regazo y la beso en la mejilla.

—A mí también.

—Pero no ha dado de comer a mis animales.

—Porque no está aquí —responde Finn cuando entra en el salón—. Es una pena que Jillian no haya desaparecido como él.

La odia de verdad y sé que no puedo alentar su actitud, pero no le culpo. No porque ella merezca nada, sino porque su presencia hace que las visitas de mis hijos sean desagradables. Cuando más la presione Finn, peor se pondrán las cosas.

—Sé que no te cae bien, pero tu padre va a casarse con ella.

Finn suelta un bufido.

—La odio.

—¿Por qué la odias, Finn?

Él se mira los pies.

—¡Porque no la conozco! ¿Y papá va a casarse con ella? ¡Se supone que tiene que quererte a ti!

Oh, mi dulce niño. Imagino que no hay una sola parte de él que no abrigue la esperanza de una gran reconciliación, pero eso no va a pasar jamás.

—Odiar a Jillian no va a hacer que tu padre y yo volvamos juntos, colega. Siempre tendréis a vuestro padre, pero él la quiere y Jillian no va a desaparecer. —Aunque todos queramos verla sumergirse en un tanque de ácido de batería. Nada define mejor a un gilipollas que disfrutar de ser una rompehogares.

Aunque estoy segura de que todo fue culpa mía.

No podía hacerle feliz. No podía tener la casa como él quería. Era pésima en la cama y toda esa mierda que sin duda él decía. Por suerte para Scott, su asistente estaba dispuesta a servirle a él ya su minúscula pilila.

Como es natural, no digo nada de eso.

—¿Por qué papá la quiere? —pregunta Aubrey, volviendo la cabeza para poder verme.

«Porque es un auténtico imbécil que piensa con la cabeza que no debe.»

—Simplemente la quiere. A veces queremos a las personas sin ningún motivo.

Bien sabe Dios que me resulta imposible encontrar alguna virtud que la redima.

Aubrey se retuerce el cabello.

—Ella dice que ya no eres la esposa de papá.

Estas tonterías se van a acabar. Estoy harta de que los niños vengan a casa y

me cuenten las cosas que ella les dice. Está claro que no le gustan mis hijos, así que debería dejar de hablarles a ellos y a mí. Scott se va a llevar una buena bronca. No vacilaré en llevarle de nuevo a juicio y conseguir la custodia completa. Seguro que le encantará tener que pagarme más dinero para la manutención de los niños.

No van a envenenar a mis hijos ni a hacer que se sientan incómodos porque él pase página. Yo estoy haciendo lo mismo con Noah, solo que yo no se lo estoy imponiendo.

Acaricio el rostro de Aubrey.

—No lo soy. Pero sigo siendo vuestra mamá y él sigue siendo vuestro papá.

—Qué bien. —Sonríe—. Eres una buena mamá.

—Me alegro que lo pienses. —Le hago cosquilla en el costado.

—¿Va a volver Noah? —pregunta Finn.

—Me parece que vuelve mañana, ¿por qué?

Me muevo con cautela porque Finn es uno de esos niños que pueden coger las palabras y retorcerlas. Está sufriendo mucho y no necesito caer en una trampa.

—Hay un maratón de Harry Potter. —Se rasca la cabeza y aparta la mirada.

Se me alegra el corazón y contengo la sonrisa que intenta abrirse paso hasta mis labios. Mi hijo está pensando en Noah. Anoche estuve con él por FaceTime y Finn habló con él unos minutos. Fue muy tierno verlos a los dos charlar sobre Hollywood. Finn está cautivado por todo lo relacionado con el cine. Noah está encantado de hablarle de ello.

Me quedé ahí, sentada, y vi que el rostro de mi hijo se iluminaba cuando Noah le dijo que había cenado con su actor favorito.

Me reí cuando Noah se picó porque su favorito no era él.

—Seguro que Noah lo verá si vuelve. Si te parece bien que venga...

—¿Por qué no me lo va a parecer? —Finn parece confuso.

—No sé, parece que no te gusta estar con Jillian, así que no sabía qué pensabas de Noah.

Aubrey se baja de un salto de mi regazo y se pone a dar vueltas en medio de la habitación.

—Noah tiene que venir. —Se ríe como una boba—. Es el guardián de mi zoo.

Sí, eso es lo más importante para mi hija; su falso zoo y los muñecos de peluche que residen en él.

—Noah no es como Jillian. —Finn pronuncia su nombre con desprecio y yo no discrepo lo más mínimo.

—Noah es simpático —dice Aubrey, y empieza a dar vueltas otra vez.

No tienen ni idea de lo bien que me hace sentir eso. Noah es importante para mí, pero con los niños estamos yendo despacio. Ambos queremos que se sientan cómodos con él antes de contarles las cosas. Eso es lo único que no entiendo de Scott. ¿Por qué precipitarse? ¿Por qué tiene que casarse con ella? Si tanto se quieren, ¿por qué no esperar aunque haya un bebé de por medio? No estamos en los años cincuenta, cuando tenías que casarte si te quedabas embarazada.

Quiero a Noah. Le quiero no solo hoy. Le querré mañana y pasado mañana. Por eso ninguno de los dos siente la necesidad de acelerar más las cosas.

—Además, les oí gritar porque papá decía que quería esperar —dice con una risita.

No me disgusta un pequeño cotilleo.

—¿Esperar?

—Sí —responde Finn mientras mira su móvil—. No quiere casarse con ella. Los oí pelear. Algo sobre mí y sobre estar conforme con ello.

Qué interesante. Scott lo ha estado intentando con Finn desde la pelea que tuvieron. Han hablado más a menudo, lo cual me hace feliz. Es su hijo y quiero que se lleven bien. No tengo por qué amarle, pero quiero que mis hijos piensen que es un buen hombre. Todos los niños necesitan querer a sus padres.

—¿Eso te alegra? —pregunto.

Finn se encoge de hombros, dándome su típica respuesta de niño de diez años. No quiera Dios que yo interrumpa el vídeo de un hombre adulto gritándole a su ordenador.

Llaman al timbre y eso interrumpe nuestra conversación, que, de todas formas, parecía haber terminado. Aubrey corre a la puerta y yo voy justo detrás.

—¡Noah! —exclama, y le rodea con los brazos.

—¡Hola, guapa!

Noah coge a Aubrey en brazos y se me acelera el corazón al verlo. Han pasado siete días desde que respiré por última vez el mismo aire que él. Siete días durante los que he anhelado tocarle y ahora le tengo en mi puerta. Sin embargo, tenemos público, así que, por mucho que quiera besarle hasta dejarle resollando y posiblemente desnudo, no puedo.

—Hola. —Sonrío y apoyo la cabeza en el marco de la puerta.

—¡Noah! ¿Sabes qué? —Finn va corriendo como una apisonadora hacia él—. ¡Ponen Harry Potter todo el día!

—¡Venga ya! —Noah sonrío de oreja a oreja—. ¿Puedo verlo contigo?

—¡Tío! Por eso te lo digo —replica Finn, como si Noah se le hubiera escapado.

Supongo que mi novio me ha sido arrebatado... por mis hijos. Aubrey toca las mejillas de Noah y le obliga a mirarla.

Abre los ojos como platos y arruga la cara.

—Tiene trabajo que hacer, señor.

Me echo a reír y Noah intenta hablar mientras ella sigue apretujándole las mejillas.

—¿De veras?

—¡Sí! Los animales tienen hambre.

—¡Aubrey, son animales de peluche! ¡No son de verdad! —se queja Finn.

—Vale, chicos. —Pongo fin a la pelea que está a punto de comenzar—.

Dejemos que Noah entre por la puerta.

Noah deja a Aubrey en el suelo y esta pone los brazos en jarra, mirándole.

—Voy a prepararlos para que coman.

Noah se acuclilla, le da un golpecito en la nariz y sonrío.

—Me parece bien. No queremos que pasen hambre.

Pongo los ojos en blanco mientras ella menea las caderas. Menuda coqueta está hecha con seis años. Cuando mi hija se marcha corriendo, Noah se acerca a mí; está aún más guapo de lo que recordaba. Tiene el pelo más corto, pero la barba mucho más poblada, y me gusta. Noah cambia el peso de un pie a otro a la vez que yo. Se me acelera el pulso, hasta el punto que tengo que sujetarme a la puerta para no abalanzarme sobre él.

—Hola —susurro.

—Eso ya lo has dicho, mamá —me recuerda Finn a mi espalda.

Maldita sea. Olvidaba que estaba ahí.

Una sonrisa juguetea en las comisuras de la boca de Noah.

—Sí que lo ha dicho —conviene—. A lo mejor está perdiendo la memoria por la edad, ¿eh, Finn?

—¡Seguro! —Finn se echa a reír—. El otro día no fue capaz de encontrar las llaves durante una hora. Estaban en la nevera.

—Traidor.

Noah ríe y roza mis dedos con los suyos.

—Ya nos diremos hola más tarde.

Oh, de eso puede estar bien seguro.

Noah es el regalo que uno reza para que esté esperando bajo el árbol la mañana de Navidad. Es lo que quiero desenvolver y con lo que quiero jugar, pero tengo que esperar.

Noah

—¿Qué coño puedes querer ahora? —digo cuando respondo al teléfono a las cinco de la madrugada.

—Tenemos un problema. —Mi publicista se aclara la garganta.

Tristan está a punto de tener serios problemas por llamarme tan temprano. Entiendo que es un ave nocturna, pero resulta que a mí me gusta dormir.

Kristin se mueve, tapándose la cabeza con las sábanas cuando me levanto de la cama. Durante la última semana me he estado colando en su casa o viéndome con ella cuando Scott tenía a los niños para la cena. Dado que es fin de semana, por fin se queda a dormir en mi casa y hemos bautizado mi puñetero apartamento. No creo que quede una sola superficie sobre la que no la haya tumbado. Ha sido una noche cojonuda.

Una noche para la que voy a necesitar unas cuantas horas a fin de recuperarme.

—¿Qué problema puede haber? —Me froto los ojos mientras me dirijo a trompicones hacia la cocina.

Necesito café. Pongo la cafetera en marcha y observo mientras se filtra la muy necesaria cafeína.

—¿Te acuerdas de ese reportaje que te dije que no hicieras? —pregunta con aire de suficiencia.

—¿El que escribió mi novia? —aclaro. Aunque no he hecho ningún otro reportaje.

Mi agente suelta una pequeña carcajada.

—Noah, en serio, tienes que leerlo. Ya estoy respondiendo a un montón de preguntas y lo hago lo mejor que puedo, pero tenemos que hacer una declaración.

A veces Tristan era absurdo. Entiendo que su trabajo es proteger mi imagen, pero no hay que ser tan escéptico con todo.

—Seguro que no es tan malo.

—Te envió el enlace —dice.

Qué dramático se pone. En cuanto se hace el café, cojo mi taza y mi portátil antes de dirigirme a la encimera. Intento no pensar en que el trasero desnudo de Kristin estaba ahí mismo mientras tenía sus piernas sobre los hombros, pero la imagen mental no es fácil de reprimir.

—¿Noah?

—Sí, sí, sí —gruño.

El enlace se carga y el titular hace que me de vueltas la cabeza. El titular aparecer en la parte superior de Famosoadictos: «¿Galán de Hollywood o asesino adolescente?».

Echo la cabeza hacia atrás y parpadeo, esperando que sea una ilusión óptica. Tiene que haber un error.

No puede ser lo que ella ha escrito.

No después de todo. No me haría esto. Imposible.

Bajo la página, leyendo el nombre de Kristin como el autor, seguido por la historia que me llevo veinte años enterrando. Es como un bofetón en la cara.

Hay fotos en blanco y negro de Tanya y de mí en el baile de graduación y después todo lujo de detalles concernientes a su fallecimiento. A continuación, la información de que me mudé poco después, me cambié el nombre y empecé una nueva vida.

Todo lo que le conté.

Me duele el corazón con cada palabra que leo. Esto es un sueño, una pesadilla de que voy a despertar, tiene que serlo porque la mujer a la que amo no me vendería por un puto titular.

—¿Noah?

—Cierra el pico —bramo y leo más. Cuando veo la frase en la que habla de ser un tío normal y corriente, sé que se trata de ella. No hay otra explicación —. Y-yo... —balbuceo, incapaz de hablar—. Ella... Kristin está aquí... No puedo creerlo.

—Llamaré a Catherine y la traeré aquí. —La voz de Tristan rebosa compasión.

—No. —Le detengo—. Kristin no haría esto. Esto es una broma o algo así.

Tristan exhala un suspiro.

—No sé qué decir, pero esto es la pesadilla de relaciones públicas y tengo que anticiparme a ella. Ya he llamado a Famosoadictos y voy a hacer lo que pueda, pero ha salido a la luz, Noah.

Le pago para esto, pero no puedo creer que esté pasando. No después de todo lo que ella y yo hemos compartido. Yo lo sabría si estuviera jugando. Significaría que todo esto ha sido en vano.

Recuerdo la noche en que se lo conté, que lloró por mí. Tiene que haber alguna explicación.

—Antes necesito hablar con ella —le digo.

—En cualquier caso, yo estoy de tu parte y mi trabajo es apagar este fuego.

—Haz lo que tengas que hacer, pero yo..., qué sé yo, joder.

No sé cómo enfrentarme a la magnitud de la traición que me domina. ¿Cómo coño se le ocurre que esto estaría bien? ¿Cómo ha podido coger algo que le conté en la más estricta confidencialidad, confiando plenamente en ella, y publicarlo?

Agarro la taza con fuerza y empiezo a temblar. La ansiedad me domina y necesito encontrarle el sentido a esto. Los padres de Tanya recibieron una generosa suma de dinero cuando cobré mi primera gran nómina a modo de donativo para la beca a su nombre. Mis abogados lo llevaron todo de manera muy discreta, con un montón de normas blindadas respecto a lo que podía decir acerca de mi participación.

Hace muchos años que me perdonaron y no me traicionarían, ¿o sí? No veo por qué iban a hacerlo, pues sabían lo mucho que yo la amaba. Su madre se sintió aliviada cuando le hablé de Kristin y de mí. Me dijo que ya era hora de que pasara página y dejara de vivir en el pasado.

Empiezo a repasar una lista de gente que nunca me creyó, pero ¿por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? Y ¿cómo coño podrían saber ninguno de ellos sobre Kristin?

Al final nada de eso importa; es el artículo de Kristin. Es su nombre el que firma esa publicación. Confiaba en ella, la quería, le entregué mi corazón y todo para que me destruyera. Y ¿por qué? ¿Para qué seguir adelante una vez tenía la información? ¿Por qué está en mi cama?

Tengo que hablar con ella antes de que pierda la puta cabeza.

Mi corazón late más fuerte con cada paso que doy. Mis emociones me dominan y me es imposible ordenar mis pensamientos.

Dejo el portátil en el suelo, me siento en un lado de la cama, contemplando

su rostro, y hago todo lo que puedo por ignorar la punzada de dolor que siento en el pecho. Se me forma un nudo en la garganta cuando acerco la mano para tocarla. En cuanto esto ocurra, no hay marcha atrás, y si pudiera retroceder ahora mismo, lo haría. Volvería al día de ayer y rezaría para que el día de hoy jamás llegara.

—¿Kristin? —Le aprieto con suavidad el hombro—. Kristin, despierta.

Ella se pone boca arriba y sonrío cuando sus ojos se clavan en los míos.

—Hola.

Me rompe por dentro su forma de mirarme. No es la mirada de una chica que acaba de joder toda mi carrera. Me mira como si yo fuera su salvador. Necesito que me dé una razón para que pueda hallar una manera de arreglarlo.

—Kristin, han publicado el artículo —digo.

—¿De veras? Creía que lo publicaban mañana. ¿Lo has leído? —Se incorpora, cubriendo su cuerpo desnudo con las sábanas.

—¿Y tú?

—Pues claro, lo he escrito yo. —Se encoge de hombros.

—¿Lo has escrito tú? ¿No te ha ayudado nadie?

Ella ladea la cabeza y se echa a reír.

—Claro que lo he escrito yo, bobo. Se lo envié por *e-mail* a mi editora hace una semana y revisamos los cambios hace unos días. ¿No te ha gustado? Creía que..., no estaba segura de que te gustara, pero tenía la esperanza de que...

Cierro los ojos e inspiro hondo por la nariz.

—¿Creías que estaría de acuerdo con esto?

—¿Noah? —Me toca el brazo y yo me aparto—. ¿Por qué no lo estás? Yo no... ¿Estás enfadado?

—Joder, pues claro que estoy enfadado, Kris. ¡No puedo creer que escribieras eso! ¿Cómo coño has podido?

Kristin se echa hacia atrás y en sus ojos veo una expresión dolida.

—¿Qué narices tiene de malo? ¡Es la verdad!

Me levanto y me llevo las manos a la cabeza. No puede ser tan tonta. Sé que no lo es. Ella sabe hasta que punto me destrozó aquello. Estuvimos sentados en su cama mientras yo me desmoronaba y lloraba con ella. No debería escribir sobre nada de lo ocurrido aquella noche.

Incapaz de contenerme, me vuelvo hacia ella y levanto las manos en alto.

—¡No sabía que debía especificar que tenía que ser extraoficial cuando te conté lo de Tanya!

—¿Tanya? —Kristin echa la cabeza hacia atrás de golpe—. ¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta, Kris. No hace ni dos segundos que has admitido que has escrito el puto artículo.

Ella se levanta, envolviéndose en la sábana.

—No sé de qué estás hablando. Yo no he escrito nada sobre Tanya.

No sé qué es peor, que lo haya reconocido o que de repente se haga la tonta. Si iba a traicionarme, al menos podía estar preparada. Sin embargo, estoy demasiado furioso para decirle una sola palabra.

Cojo el portátil del suelo, lo abro y lo dejo sobre la cama.

—Basta de fingir. No me insultes más de lo que ya lo has hecho.

Kristin se acerca al portátil y menea la cabeza. Cuando me mira a los ojos, están llenos de temor.

—Yo no he escrito eso.

—No, ya has dicho que lo has hecho.

Empieza a temblarle el labio.

—Lo juro. ¡Eso no es lo que envié!

—¿No es lo que enviaste o creía que tenías más tiempo antes de que yo lo leyera? Joder, no me lo puedo creer. ¡No puedo creer que lo hayas hecho!

—Noah... —Se acerca a mí, pero yo retrocedo—. Noah, por favor. Yo no he escrito eso. ¡Ese no es mi artículo! ¡Te lo juro! ¡Hablaba de tu trabajo, el nuevo papel que vas a interpretar sobre un hombre que lucha por la mujer a la que ama, contaba lo bueno que eres y las obras benéficas en las que participas, nada sobre Tanya! ¡Jamás haría eso!

Me toco un lado de la cabeza porque tengo la sensación de que me va a estallar. Dios mío, me estoy rompiendo en dos. Deseo creerla, pero está todo ahí.

—¿Cómo coño ha acabado ahí todo lo que te conté? ¡Lleva tu nombre, Kristin! En veinte años no le he contado a nadie nada de lo que pasó, ¿y, de repente, dos semanas después, está en internet? Dime. —Me acerco a ella—. Dime cómo si no.

Soy un hombre racional, ella dice que no lo ha hecho, así que tengo que ver qué envió. Porque ahora mismo nada puede demostrarme lo contrario.

—¡Te enseñaré mi *e-mail*! Puedes ver lo que envié. —Kristin coge el portátil, pero se lo arrebato.

Ahora mismo no confío en nada. Ni siquiera confío en mí mismo. Lo único

que quiero es que lo que ella dice sea cierto. Pero no puedo bajar la guardia. Con ella soy débil. No tengo ni idea de si lo borrará o si intentará cubrir sus huellas. Tengo que estar seguro al cien por cien.

—Dime tu contraseña. Lo miraré yo.

Contiene la respiración y se sienta a mi lado.

—¿De verdad piensas que yo haría esto?

—No sé qué pensar —reconozco.

Ella agacha la cabeza y sorbe por la nariz.

—Creía que estábamos por encima de eso.

—Demuéstrame que el artículo de tu blog, con tu nombre y los detalles sobre la muerte de Tanya que te conté, no es tuyo y te creeré. Lo último que quiero es esto, Kristin. Lo único que quiero es a ti y estoy intentando encontrar algo que tenga sentido.

Kristin clava sus ojos azules en los míos y detesto ver la angustia en ellos, pero tiene que darme algo, por pequeño que sea, a lo que aferrarme.

—Vale, abre el correo y lo verás. Yo no te he hecho esto. Jamás te haría esto. Te quiero, Noah. —Se le quiebra la voz al final, lo que hace que yo también me rompa—. Erica es mi editora jefe, ella podría anular cualquier cosa. Así que, no sé, a lo mejor alguien se lo contó y ha editado mi artículo.

Quiero estar equivocado. Si ese *e-mail* no está ahí, me arrastraré a sus pies y luego destruiré a la persona que ha hecho esto. Kristin me dice su contraseña y yo entro en su correo electrónico. Voy a la carpeta de enviados, rogando a Dios para que el *e-mail* no esté ahí.

Reviso los correos y veo dos *e-mails* para Erica. En el asunto del más reciente puede leerse: «URGENTE; utiliza esto para el artículo».

Abro el correo y las esperanzas se esfuman.

Miro a Kristin, que está de pie, apoyada en la pared.

—Supongo que mi historia valía más que lo que teníamos. No te preocupes, Kristin, no te arrojaré por el precipicio como tú acabas de hacer conmigo. Supongo que me tocaba a mí caer.

Kristin

—¡*E*scúchame! —Le cojo de la muñeca cuando sale de la habitación—. ¡Yo no he hecho esto!

Noah se zafa y me clava una mirada cargada de asco.

—¡Deja de mentir, joder! Ahora mismo no puedo ni mirarte. ¡Déjalo!

El dolor me atraviesa el corazón cuando Noah me rechaza. Me odia. Lo veo en sus ojos. Me tiemblan los labios. Le necesito.

—¡No pienso irme! —Planto cara mientras rebusco en mi cerebro alguna cosa que pueda explicar esto. Yo no envié ese *e-mail*. Jamás le hablaría a nadie de su pasado—. Tenemos que hablar. ¡No puedes apartarme porque te quiero!

Él se me encara, cierra los ojos durante un instante antes de abrirlos de nuevo y respira con dificultad.

—Hemos terminado. No hay nada más que decir. Quiero que te marches de mi casa ya.

—Tienes que creerme, Noah. Por favor, tú me conoces. Me quieres y tenemos que solucionar esto. ¡No sé cómo ha pasado, pero te juro por Dios que yo no lo he hecho! ¿Por qué iba a querer hacerte daño? ¿Es que no es que... esto no tiene sentido?

—Así que, de buenas a primeras, ¿todo lo que te he contado sale a la luz de repente? Todos los detalles de mi vida están ahí para que el mundo los vea, firmados con tu nombre y enviados desde tu cuenta de correo electrónico. Sin embargo, ¿no has sido tú? ¿Tan estúpido me crees? ¿Pensabas que no iba a descubrirlo? ¿O creías que ya tenías lo que necesitabas y te daba lo mismo?

Sus palabras me hieren más hondo que nada que haya oído antes. No me cree y no sé cómo demostrarlo. Lo único que sé es que yo no he enviado ese *e-mail*. Yo no escribí esas palabras ni le conté a nadie lo que él me dijo.

—¿Qué hay de la gente que sabía tu pasado? ¡Yo no soy la única persona que lo sabe! —Me agarro a un clavo ardiendo, pero es cuanto tengo.

—¿Crees que no lo he considerado ya? ¿Por qué iban a arriesgarse a perderlo todo ahora? Mi equipo se ocupó de eso cuando me metí en este oficio. Y ¿cómo van a saber de repente tu nombre, Kristin? ¿Cómo iban a tener tu dirección de correo electrónico y a enviárselo a tu jefa? ¡Explícame algo de todo eso!

—Sé lo que parece, pero te lo ruego —suplico—. Por favor, dame unos días para descubrir qué está pasando.

—Ahórratelo. Me iré esta noche.

Mis músculos se paralizan y me siento desfallecer. No puede marcharse así. En alguna parte está la respuesta y necesito tiempo para encontrarla. Tiendo la mano hacia él, pero Noah se parta y a mí se me cae el alma a los pies. El hombre, que anoche no podía quitarme las manos de encima, ya no deja que me acerque a él.

—Te lo suplico. Por favor, dame un minuto para descubrir qué está pasando. Los vívidos ojos de Noah se tornan duros al mirarme.

—De todas formas iba a irme.

La petulancia que trasluce su voz me impacta. No me había dicho nada de que fuera a marcharse.

—¿Te ibas?

—Me voy a Francia. Me han dado un papel y tenía que estar allí dentro de unos días. Parece que me has facilitado mucho las cosas. Gracias por eso.

Así que ¿me ha estado mintiendo? ¿Haciendo que me enamorara mientras planeaba marcharse?

—¡Pero me prometiste que no te ibas a ir a ninguna parte! —grito.

Él profiere una carcajada sarcástica.

—Y tú me prometiste que yo era lo único que importaba. Parece que ambos hemos mentido.

—Noah, no lo hagas...

Nuestra relación se derrumba pedazo a pedazo a mi alrededor.

—No. —Se vuelve, apretando los dientes—. No me conviertas en el malo de la historia. Porque ahora mismo estoy haciendo todo lo posible para no hacerte daño. Estoy reprimiendo todo lo que siento porque me mata verte llorar. Eso es el amor, Kris. Estoy dispuesto a que me arranquen el puto corazón del pecho... —Noah se golpea el pecho con el puño— porque hacerte

daño me pone enfermo. Te quiero. Te quiero a pesar de que hayas hecho esto. No soy yo quien hace nada, cielo. Esto es todo obra tuya. —Menea la cabeza y sale de la habitación como alma que lleva el diablo.

Me quedó ahí, cubierta tan solo con una sábana, y me arrodillo. Mi corazón retumba contra mi pecho mientras las lágrimas ruedan sin parar por mis mejillas.

—Te juro que te quiero —susurro, sin que nadie me oiga.

¿Cómo puede estar pasando esto?

¿Cómo es que no hace ni cinco horas estuviéramos haciendo el amor y ahora hayamos terminado?

Oigo la puerta cerrarse de golpe y me estremezco. No puede dejarme. No se lo permitiré. Me levanto y corro al salón, pero él no está aquí.

—¡Noah! —le llamo, pero se ha ido.

Mi ya dolorido corazón ha recibido su golpe final y jamás se recuperará.

Cada aliento me cuesta la vida misma, pero consigo llegar al dormitorio, resollando. Perderle es demasiado. Si volviera, podríamos solucionar esto. Hay una explicación en alguna parte, pero ha perdido la confianza en mí. Me castañetean los dientes, resuenan en la habitación vacía mientras me visto.

Agarro la fotografía enmarcada de los dos en el acuario de su mesilla y me vengo abajo.

Noah lleva puestas las gafas de sol, yo estoy detrás de él con la cabeza sobre su hombro, tiene a Aubrey en brazos y Finn está saltando delante con la boca abierta. ¿Cómo puede pensar que esto es ni remotamente posible? Mis sentimientos son más que evidentes en la imagen. Le quiero. He dejado que conozca a mis hijos. ¿Por qué iba a hacer esto?

A lo mejor necesita tiempo. Verá que esto no es real. Tiene que verlo.

Me seco las lágrimas y trato de contenerlas. Duele demasiado.

Mientras recojo mis cosas hago todo lo que puedo para mantener la compostura. Repaso cada detalle de los últimos días y no se me ocurre nada que esté fuera de lugar. Envié el *e-mail* desde mi casa, comprobé que Erica lo recibía y después he estado con Noah.

Dejé a los niños en casa de Scott mientras Noah esperaba en mi casa. Después vinimos a su casa, disfrutamos del sexo más intenso de toda mi vida, comimos, practicamos más sexo y después ha estallado todo.

El apartamento parece frío, pues todo el calor y el amor que compartimos hace horas se han esfumado. Miro la nota sobre la encimera y vuelvo a llorar.

Quiero que te hayas largado cuando vuelva. Aquí tienes dinero para un taxi. Pensaba que perder a Tanya fue doloroso, pero no fue nada comparado con el daño que tú me has causado.

Santo Dios, no puedo soportarlo más. Que se quede con su puto dinero y con mi corazón porque nada de eso vale una mierda. Voy hasta la puerta principal, poso la mano en el frío metal y me vuelvo, tratando de memorizar este lugar.

—Adiós, Noah. —Me despido con la voz entrecortada mientras una lágrima rueda por mi mejilla.

Salgo con un agujero donde antes estaba mi corazón y recorro a pie las cuatro manzanas hasta la persona más cercana que sí me creerá.

—¿Hola? —Erica responde al teléfono con voz soñolienta.

—Tienes que retirar el puto artículo de internet. ¡Yo no he escrito eso! —dijo al teléfono mientras sorbo por la nariz.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

No tengo tiempo ni energía para discutir esto. Necesito a mi amiga y necesito respuestas.

—Tú quita el artículo, Erica.

—Vale, vale. —Por el teléfono la oigo andar arrastrando los pies—. Lo estoy quitando ya, pero tienes que explicarme por qué. Este artículo era alucinante.

No paro de llorar mientras me aproximo a mi destino.

—No lo era. Eran todo mentiras y yo no lo he enviado. No sé qué está pasando, pero quítalo, ya ha causado demasiado daño.

Cuelgo y subo las escaleras. Cuando llego a la puerta, llamo al timbre; mi llanto es tan fuerte que prácticamente estoy hiperventilando.

Ella no abre, así que llamo con fuerza, esperando despertarla.

—¿Qué cojones...? —Nicole abre los ojos como platos y yo me arrojo a sus brazos—. ¿Qué ha pasado?

Me pongo a sollozar, sin ningún reparo, mientras me aferro a mi mejor amiga.

—Se ha ido. Me ha dejado.

—¿Quién se ha ido? ¿Los niños están bien? —Yo meneo la cabeza mientras ella me frota la espalda—. ¡Kristin, háblame! ¿Qué coño pasa?

Nicole me empuja de los hombros. Con la preocupación impresa en su rostro. Yo no lloré así cuando Scott y yo terminamos. Aquello no me dolió ni la mitad que esto. Veo la expresión de Noah al ver el *e-mail* que nunca escribí, que nunca envié. Su voz llena de decepción al pensar que he hecho esto. Su ira mientras me decía que, en cualquier caso, se iba a marchar.

El dolor agudo en mi pecho es bienvenido. La agonía me recuerda que esto es real y que no voy a despertar dentro de unos minutos.

—Noah... —Tomo aire de forma entrecortada—. El artículo y... Oh, Nic, es muy malo. No sé cómo ha pasado, pero ha roto conmigo. Soy una verdadera imbécil por pensar que esto iba a funcionar. —Me tiembla la voz.

Ella me lleva al sillón y me arroja con una manta. Me hago un ovillo, con la cabeza en su regazo, como hacía cuando éramos pequeñas. Nicole me mira con una sonrisa triste mientras juega con mi cabello.

—Frasas completas, Kris.

—Siento que me estoy muriendo por dentro.

—Quiero entenderlo, cielo, pero lo que dices no tiene sentido. ¿Qué ha pasado con el artículo?

Nicole escucha sin decir ni una palabra mientras le explico los acontecimientos de esta mañana. Paso del llanto a la furia cuando le digo que le he suplicando que me creyera. Sí, las pruebas son condenatorias, pero él debería ser más listo. En cambio me ha dejado allí, con un billete de veinte dólares y una nota para romperme aún más el corazón.

Cuando ya no me quedan más lágrimas que derramar, me quedo mirando el techo, completamente insensible.

Después de llevar un rato en silencio, Nicole me habla en voz queda:

—¿Tú le habrías creído?

—¿Qué?

—Si las cosas fueran al revés, ¿habrías creído que él no lo hizo incluso después de verlo todo?

—Sí. —No hay una sola pausa ni duda en mi respuesta. Me incorporo y espero a que me diga que le ha hecho preguntar eso.

Ella suspira y baja la vista al suelo.

—Lo que digo es que no tiene sentido. ¿Cómo has enviado un *e-mail* a tu jefa que en realidad no enviaste tú sobre todas las cosas que él te contó? Yo sé que tú jamás harías eso, pero te conozco desde los doce años. Tú no eres así, pero aun conociéndote, estoy aquí sentada, tratando de encontrarle el sentido.

Yo no soy una celebridad que básicamente ha aprendido a desconfiar de todo el mundo o a creer que la gente tan solo me utiliza, pero él sí. No lleváis juntos tanto tiempo y...

Empiezo a levantarme, pues no deseo oír esto, pero ella me coge la muñeca y me obliga a sentarme de nuevo en el sillón.

—Suéltame.

—Esto no funciona así. Sé que tú no lo has hecho, pero tienes que entender toda la situación.

—¿Por qué a ti no te cuesta creerme? —pregunto.

—Porque he querido ser como tú toda mi vida. He querido ser buena, honesta, cariñosa y la mitad de pura que eres tú. Es imposible que seas capaz de destruir a alguien así y vivir contigo misma después.

—Oh, Nic, tú eres todas esas cosas.

Ella me rodea con los brazos.

—No se trata de mí, pero ahí mismo tienes de lo que te hablo. Te digo algo sobre ti y tú me lo aplicas a mí.

Meneo la cabeza, tratando de contener la siguiente oleada de dolor.

—No puedo hacerlo. No puedo perderle. Sé que parece una locura, pero lo quiero y quiero una vida con él. Creía que era mi segunda oportunidad. Tenía que ser...

No puedo terminar. Es demasiado. Amarle era fácil; perderle es un infierno.

—Siento que lo estés pasando mal. Ya has vivido demasiadas cosas malas y tenía la esperanza de que esto fuera diferente.

Las lágrimas que pensaba que se habían secado reaparecen de nuevo. Pasarlo mal no alcanza a describir lo que siento. Dolor, agonía, desdicha, tormento..., esas palabras se acercan un poco más, pero se siguen quedando cortas.

—Sería distinto si todo esto fuera verdad, ¿sabes? Si lo hubiera hecho podría aceptar que se fuera y que hubiéramos terminado. No tengo la respuesta a cómo se envió ese *e-mail*. ¡Está ahí! En la carpeta de enviados. —Me agunto el pelo con las dos manos—. ¿Cómo? ¿Cómo he enviado algo que jamás he escrito?

—No lo sé. Nada de esto tiene sentido. Es evidente que quien lo haya hecho no quiere que estés con Noah. ¿Tiene alguna ex loca o alguna otra cosa que se te ocurra? ¿Alguien de su pasado que quisiera hacerle daño?

Hay muchas cosas en esto que no son congruentes. Me dijo que en realidad

no salía con mujeres y que la familia de ella estaba bien cuidada, pero a lo mejor han cambiado de opinión. A Noah y a mí no nos han fotografiado juntos, así que no tendría que saber que teníamos algo. A menos que siga hablando con ellos.

—No que yo sepa.

—¿Qué pasa con Scott? —pregunta.

Suelto un bufido y miro por la ventana mientras el sol empieza a salir.

—Me encantaría convertirle en el malo de la película, pues bien sabe Dios que lo hace estupendamente, pero ¿cómo va a ser él? No sabe nada sobre el pasado de Noah. Además, nos hemos estado llevando bastante bien. Scott tiene otro hijo en camino y una futura mujer, ¿qué coño le importo yo?

—Sí, no es tan inteligente —dice Nicole con una sonrisita de suficiencia.

—Además está eso. Ojalá pudiera entenderlo. —La miro con la vista borrosa—. Por mucho que quiera pensarlo, no puedo. Quiero verle, tocarle, oír su voz, pero él ya no me quiere.

Si hubiera sabido esto durante todo el tiempo que estado con él, lo habría hecho todo de forma muy diferente. Al considerarlo ahora, he sido una estúpida. Noah no iba a quedarse y yo tendría que haberlo visto. Vivimos en mudos muy distintos y creer que esto podría haber funcionado fue una temeridad.

Me suena el móvil y me apresuro a buscarlo. Puede que sea Noah. Espero con toda mi alma que sea él.

Sin embargo, el nombre que aparece en la pantalla me confunde. ¿Por qué me llama la mujer de mi primo?

—¿Catherine? ¿Va todo bien?

—Deberíamos hablar, cielo. Acabo de hablar por teléfono con uno de mis publicitas y he leído el artículo.

Me quedo sin respiración.

—¿El artículo?

Ella se aclara la garganta.

—Noah Frazier está representado...

—Por ti.

—Sí, mi empresa se ocupa de sus relaciones públicas y voy de camino a verle, pero tengo que saber...

—Yo no he hecho nada de esto, Cat —me apresuro a responder.

—Vale. —Vacila un segundo—. Cuando he visto tu nombre y Noah me ha

puesto al corriente, me he sorprendido al enterarme de que tú estabas detrás. Sobre todo cuando han dicho que eras su novia. —Catherine tapa el teléfono y dice algo que no puedo dilucidar.

Me pellizco el puente de la nariz, preguntándome cuánto más puede empeorar esto. Mi familia está implicada, mis hijos van a tener que oír que Noah se ha ido y yo estoy destrozada.

—Lo siento —digo mientras se me revuelve el estómago. No hay nada que deteste más que decepcionar a la gente—. He hecho que mi editora lo retire.

Ella exhala un suspiro.

—Lo sé, pero ya ha salido en internet y nada desaparece por completo. Estoy haciendo todo lo que puedo... —Se calla, tapa el teléfono y después vuelve—. Lo siento, Jackson está furioso. Tengo que frenarle para que no pierda los papeles. No le hace ninguna gracia que estés implicada.

Ojalá no lo estuviera.

—Dile que lo siento.

—Permite que lo diga de otro modo —añade Catherine—. No le hace ninguna gracia que alguien te esté haciendo esto. Oye, estamos en Tampa. Va a llevarme y después se pasa a verte. ¿Vale?

—No es necesario.

—Lo sé, pero vamos a hacerlo.

—Estoy en casa de Nicole. Te mando su dirección en un mensaje. —Colgamos y Nicole me mira con las cejas enarcadas—. Jackson va a venir aquí.

—¿Tu primo? —pregunta, abriendo los ojos como platos.

Yo asiento.

—¿El tío buenorro que tiene abdominales en los abdominales?

—Nicole —le advierto.

—Ya, ya, está casado..., lo sé. Eso no significa que una chica no pueda babear.

Genial. Ahora mi mejor amiga le va a tirar los tejos a mi primo y estoy demasiado hecha polvo para que eso me importe. Como si el día de hoy no pudiera empeorar antes de las nueve de la mañana.

Kristin

—*H*ola, Kris.

—Hola —respondo.

Las lágrimas acuden de nuevo cuando veo la compasión en los ojos de Jackson. Parezco un puñetero grifo estropeado. Pero Jackson es como un hermano para mí y no quiero que me vea así.

Sus grandes brazos me rodean los hombros y me estrecha con fuerza.

—No llores. ¿Es que no sabes que los hombres nos volvemos bobos cuando vemos las lágrimas? Parece que seamos incapaces de decir nada bien.

Lloriqueo contra su pecho.

—¿Hasta los Navy SEAL grandullones y malotes?

Él se echa a reír.

—Sobre todo nosotros. Tú pregúntale a Catherine; es su mejor arma.

—Bueno es saberlo. Imagino que no has venido para darme apoyo moral, ¿no?

Jackson me mira y menea la cabeza.

—No, pero estoy de tu lado.

—Vale.

—Vamos a hablar. —Señala el sillón con la cabeza.

Recobro la compostura mientras nos dirigimos al sillón. Necesito ser fuerte para lo que se avecina. Ya he tenido tiempo para compadecerme de mí misma, ahora es el momento de ser una mujer adulta. No cabe duda de mi vida ha dado unos cuantos giros y he sobrevivido a todos ellos. Ahora duele, pero se mitigará con el tiempo.

—Necesito que me respondas con sinceridad y te juro que no te juzgaré ni me enfadaré.

Levanto la mano para hacer que se calle. Sé lo que me va a preguntar y prefiero no volver a oír las palabras. Ya ha sido bastante duro.

—Yo no lo he escrito. No lo he enviado. No tengo ni idea de quién lo ha hecho.

Él me brinda una sonrisa triste.

—No creo que lo hayas hecho tú.

—¿Se te ocurre cómo ha podido pasar esto? —Le miro con esperanza. Es dueño de una empresa de seguridad y ha realizado trabajo de investigación. Como es natural no sé que narices puede hacer para ayudarme, pero a lo mejor conoce a alguien.

Jackson se levanta y se coge la nuca.

—Todavía no. Necesito que me des cualquier cosa para que pueda empezar a indagar. Le he dicho a Catherine que iba a participar porque si alguien te está tendiendo una trampa, no pienso quedarme sentado de brazos cruzados a mirar.

Quiero creer que hay un modo de llegar al fondo de este asunto, pero no sé si eso importa. Noah se marcha, así pues, ¿por qué me molesto? Es evidente que cree que he sido yo. Mi fe disminuye a cada minuto que pasa si una llamada o un mensaje de texto. Creía que estábamos construyendo unos cimientos sólidos. Creía en Noah lo suficiente como para arriesgar de nuevo mi corazón. Alguien me ha arrebatado eso y no sé cómo recuperarlo. Ni tampoco si puedo hacerlo.

—¿Qué narices podemos hacer? —pregunto.

—Bueno, primero voy a...

—¡Jackson! —Exclama Nicole desde el pasillo al verle—. ¡Ha pasado una eternidad, pedazo de hombretón sexy!

¡Ay, Señor!

—Nic —le advierto.

—Oh, cierra el pico. —Sonríe y se acerca a mi primo con rapidez—. Él sabe que solo examino la mercancía.

Jackson le da un abrazo, riéndose de sus payasadas.

—Los hay que no cambian nunca, ¿eh?

—Nunca. ¿Por qué estropear la perfección? Ese es mi lema.

Dejo escapar un ruido.

—Lo siento. Me estaba ahogando con mi propio vómito.

Nicole me da una palmada en la espalda y después se deja caer a mi lado en

el sillón.

—En fin, seguro que tienes un plan maestro para limpiar el nombre de Kristin, ¿verdad que sí, grandullón?

—Necesito acceso a tu correo electrónico, teléfono móvil y ordenador portátil. Voy a hacer que mis chicos realicen un escaneo a ver si pueden encontrar algo. Te sorprendería lo que la gente puede hacer a distancia —me informa Jackson—. Después, si no encontramos nada ahí, ahondaré más. Todas las cosas que están enterradas encuentran la forma de salir a la superficie y yo soy un excavador cojonudo.

—No me cabe duda. —Nicole prácticamente ronronea.

Le doy una palmada en la pierna y me pongo en pie.

—Te daré acceso a mi vida entera. No tengo nada que ocultar.

—Bien. Pongámonos en marcha —me dice Jackson con prisa.

Nicole me abraza.

—Todo saldrá bien. Pase lo que pase.

—Luego te llamo.

—Más te vale.

Nos despedimos de Nicole y nos dirigimos al edificio de Noah para recoger a Catherine. Durante todo el viaje me digo que él no quiere verme, pero eso no impide que desee entrar corriendo y aporrear su puerta. La distancia que había entre nosotros hace unos minutos se está reduciendo y nudo en mi estómago se aprieta.

Jackson aparca junto al bordillo y me entran ganas de vomitar. Él está dentro del edificio. Al otro lado de esas puertas de cristal se encuentra el único hombre al que he amado de verdad, el único hombre que ha hecho que me sienta como si valiera algo. Mientras estaciona, Catherine sale, por lo cual estoy agradecida.

No sería capaz de sentarme a esperar.

Ella me mira, me coge la mano y me da un apretón.

—Estoy haciendo lo que puedo. Quiero que lo sepas, ¿vale?

Su tono de voz es admonitorio, pero en absoluto amenazador.

—¿Qué significa eso?

Jackson y ella se miran.

—Significa que tenemos que resolver esto deprisa.

Se me enciende la bombilla. Noah es la prioridad de Catherine. Va a hacer todo lo que sea necesario para darle la vuelta a la historia y yo voy a ser el

blanco.

—Noah quiere que acabéis conmigo y vais a utilizar mis trapos sucios, ¿verdad? —pregunto sin emoción ninguna.

Jackson se aparta del bordillo y conduce hasta mi casa. Ninguno me responde. El silencio es cuanto necesito. Catherine no tendrá otra opción y se le da muy bien su trabajo.

Apoyo la cabeza en el respaldo, cierro los ojos y dejo que mi mente se apague. Así me enfrentaba a los abusos de Scott. He aprendido a no sentir nada, a no oír ni ver nada, y a convertirme en nada. Han pasado meses desde la última vez que hice esto, pero aquí estoy, fingiendo que no existo y que esto no es real. La insensibilidad es un indulto donde nada puede tocarme.

—Kristin. —Catherine me menea, haciéndome volver al presente.

Me obligo a mover las piernas y los tres entramos.

Me cuesta respirar mientras mi mente revive momentos de los últimos meses. Noah sentado en el sillón con Finn, viendo Harry Potter. Noah y Aubrey dando de comer a los animales en su zona de juego. La mesa donde me besó antes de que consiguiéramos llegar al dormitorio. El suelo de la cocina donde me abalancé sobre él. Noah está en todas partes.

Me llevo las manos al estómago y me doblo por la mitad; necesito que esto pare.

Catherine me sujeta el rostro, obligándome a que la mire.

—Sé que esto es espantoso. Sé que simplemente quieres que él confíe en ti. Créeme, ojalá fuera tan sencillo, cielo, pero podemos ponerle fin a esto si averiguamos quién está detrás. Noah no quiere creer que seas tú. Quiero que sea cualquier otra persona. No le alegra que no estés. Él te quiere, me lo ha dicho, pero está confuso porque todo te señala a ti. Ahora ¿estás preparada para encontrar la forma de demostrar que no has sido tú? —La determinación domina sus ojos.

Le cojo las muñecas, inspiro hondo tres veces y asiento.

Aunque Noah no esté, tengo que exonerarme. Yo no he hecho nada malo y quien esté detrás de esto tiene que sentir aunque sea una mínima parte del dolor que mi invade. Así que, sí, estoy más que preparada.

Noah

—*H*ola, señor Frazier. —La azafata morena esboza una sonrisa—. ¿Puedo traerle alguna cosa?

El tono castaño oscuro de su cabello es el mismo que el de ella. El de ella tiene más mechones rubios y yo prefiero los rojizos del pelo de Kristin.

Se me seca la garganta al ver su rostro, su pelo, su cuerpo y su voz en cada mujer que me encuentro. Ninguna se puede comparar con Kristin y ninguna me ha destrozado como lo ha hecho ella.

—No, estoy bien.

En sus rojos labios se dibuja una sonrisa seductora.

—Muy bien, si necesita algo, estaré encantada de servirle. Me llamo Leighanne.

Yo esbozo una sonrisa.

—Gracias. —No voy a necesitar que me sirva en nada. Lo único que deseo es dormirme y despertar en el futuro.

Tristan no ha tardado mucho en idear un plan. Me ha dicho que han quitado el artículo y que están tratando de desacreditar a Kristin. No quería conocer los detalles. No puedo sentarme a ver cómo la destrozan. Aunque me haya roto el corazón, detesto ser yo quien haga lo mismo. Por lo que sé, la van a pintar como una exmujer desesperada con ganas de venganza o como una madre soltera sin blanca que necesita hacerse un nombre.

Ella no es nada de eso.

Pase lo que pase, no puedo pulsar un interruptor y apagar mis sentimientos por ella.

Mi teléfono suena de nuevo y me dispongo a apagarlo, pero aparece su nombre.

Abrir el mensaje es una estupidez, pero nunca he afirmado que sea un tío demasiado inteligente.

Kristin: No sé si leerás esto. No sé si te importa, pero quiero que sepas que te quiero con todo mi corazón. Me has dado más en unos cuantos días de lo que he recibido en toda mi vida. Yo jamás te haría daño de esa forma. Dijiste que te ibas y te echaré de menos más de lo que jamás puedas imaginar. Le diré a Aubrey que me pediste que cuidara sus animales y a Finn que esperas terminar de ver el maratón pronto. Da igual lo que pienses de mí, atesoraré cada momento que compartimos. Daría lo que fuera por verte aunque solo fuera una última vez, pero sé que tú no quieres verme. Te juro que descubriré quién ha hecho esto.

Me quedo ahí, sentado en el avión, frotándome la frente mientras leo el mensaje una y otra vez. Los mismos pensamientos continúan rondando mi cabeza, dejándome sin respuestas.

¿Ha empezado ya la campaña contra ella?

¿Me odiará y dirá a los niños que soy la razón de que a su madre la estén atacando?

¿Sufriré por mi culpa?

Imagino los ojos azules y la gran sonrisa de la pequeña Aubrey desaparecieron porque mi gente está haciendo que su madre parezca una cazafortunas. Finn me odiará, pero no más de lo que me odiaré a mí mismo.

Le mando un mensaje de texto a Tristan.

Yo: No destroces a Kristin. Pase lo que pase, la quiero y no deseo esto. Encuentra otro modo.

Apago el móvil sin esperar una respuesta.

Odio todo esto, pero no puedo encontrar otra explicación. Me he pasado el día entero revisando cualquier posibilidad de que no haya sido ella y no he encontrado nada. Aunque, en el fondo de mi corazón, no veo cómo podría ser tan manipuladora y tomarse tantas molestias para traicionarme, mi cabeza ve los hechos. Es imposible discutirlos.

El avión despega y yo dejo atrás a la mujer a la que quiero y la vida que podría haber tenido.

—¡Noah! ¡Vamos! —El director aporrea la puerta de mi caravana y yo gruño.

La cabeza me palpita y tengo la boca más seca que un desierto. Los últimos días los he pasado borracho como una cuba, por cortesía del minibar de mi hotel. Es el único modo de que esto no me duela tanto. He evitado a la gente, el sol, la comida casi todo salvo el vodka.

No sé cómo voy a trabajar hoy. Apenas me tengo en pie, seré incapaz de concentrarme en mi diálogo. Me recuesto en el sillón y cierro los ojos. Si pudiera conseguir que todo deje de dar vueltas, estaría bien.

La puerta se abre una rendija.

—¿Señor Frazier?

—¿Qué? —bramo.

Dios mío, me estoy portando como un capullo. Yo no soy así. No me emborracho, no llego tarde ni trato al equipo como una mierda. Soy el tío que hace reír a todos; mira quién se ríe ahora.

—Siento molestarle, pero Paul está a punto de perder la cabeza —me informa la menuda chica rubia—. Le llamaron al plató hace treinta minutos y me han dicho que no me marche de aquí sin usted.

—¡Mierda! Vale, dame dos minutos y estaré listo. —Mantener un tono firme me cuesta un mundo.

Ella asiente y se marcha, aunque seguramente no se va muy lejos. Es hora de recobrar la compostura. Tengo trabajo y a nadie le importa una mierda que esté hecho polvo a nivel emocional. Lo único que les importa es la película.

Me lavo la cara con agua y me bebo de un trago el café que hay sobre la mesa.

—¿Preparado? —pregunta ella cuando abro la puerta.

—Claro. —Estoy listo para irme a la cama, eso sí—. ¿Cómo te llamas?

—Elisa.

Sonrío lo mejor que puedo.

—Encantado de conocerte. En fin, Elisa, ¿qué escena rodamos primero?

Ella suspira y prácticamente puedo leerle el pensamiento... «¿No debería saberlo usted?»

—La escena en que su personaje, Alexander, conoce al personaje de Autumn, Kiersten, en una fiesta.

El aturdimiento fruto del alcohol se evapora al oír el nombre del amor de mi personaje.

—¿Kiersten? En el guion se llamaba Hailey.

Una vez más, Elisa me lanza una mirada, diciéndome que soy un puñetero

imbécil.

—Le dejaron un guion corregido en su hotel el día en que llegó. ¿No ha visto los cambios?

Lo habría hecho si hubiera leído otra cosa que la advertencia sanitaria en el fondo de la botella.

—He tenido un par de días difíciles. Mi novia me ha traicionado, he jodido su vida para salvar mi culo y he bebido bastante para olvidar. Es evidente que no estoy en mi mejor momento.

Elisa abre la boca para decir algo, pero oigo que alguien me grita.

—¡Noah!

Está claro que la vista me traiciona.

—¿Tristan?

¿Por qué coño mi publicista está en Francia?

—Vaya, así que ¿sabes quién soy? Bueno es saberlo, ya que te niegas a coger el teléfono. —Me fulmina con la mirada.

—No puedo coger un teléfono que no está encendido.

Él pone los ojos en blanco y después sonrío a Elisa.

—Bonita, ¿me dejas unos minutos con mi cliente?

Elisa me mira y yo asiento.

—Claro. No es que tenga un trabajo que hacer ni nada parecido. Este será un nuevo récord de personas despedidas durante el rodaje —farfulla mientras se aleja.

—Me aseguraré de que está bien —dice Tristan—. Te he estado llamando sin cesar.

Una vez aterricé el Francia no creí necesario hablar con nadie. Mi autocontrol no es lo bastante fuerte como para no llamarla, mandarle mensajes de texto o volver a subirme a un avión si oigo su voz, así que preferí aislarme.

No sirve de nada explicarle eso a él. Tristan no entiende ninguno de mis temores. No tiene corazón y piensa que debería haber ido a por Kristin en cuanto tuve la confirmación de que me había traicionado.

Lo curioso del amor es que te convierte en un tonto que no puede hacer sufrir a la otra persona a propósito. Habría preferido pasar el resto de mi vida sumido en la miseria que verla sufrir un solo segundo.

—¿Por qué has venido?

—Tengo que contarte una cosa y me ordenaron que lo hiciera en persona

La cabeza me más vueltas que antes; no puedo sobrellevar otra bomba. Si ha

venido aquí, no puede ser bueno.

—Ocupate tú de lo que sea —digo, y me dispongo a marcharme—. No estoy de humor para recibir malas noticias.

—Kristin no lo hizo —me informa Tristan, y mis pies dejan de moverse.

Aprieto los puños, tratando de serenarme. No quiero abrigar esperanzas de que eso sea cierto. Cabe la posibilidad de que todavía pueda estar borracho y soñando esta conversación. Se me encoge el estómago y me giro hacia él.

—¿Qué?

—No fue ella quien envió ese *e-mail*, Noah. Rastreamos la IP y no procedía de su casa ni de la tuya. Procedía de la de otra persona.

«Por favor, que esto sea real. Por favor, que sea cierto.»

—¿De quién? ¿Cómo sabes todo esto?

—No puedo decir mucho más en este momento. Tengo que poder alegar desconocimiento de forma plausible si esto sale a la luz. Hay muchos aspectos jurídicos que ella preferiría que yo desconociera, pero Catherine está segura al cien por cien de que no fue Kristin. No quiso contarme nada más antes de exigirme que me subiera a un avión y viniera a verte.

Meneo la cabeza mientras miro al cielo. Quiero creer esto más que nada en el mundo. Perder a Kristin ha sido una tortura.

—¿Estás seguro? —insisto.

—Mira, Catherine estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario, pero tiene pruebas de que es imposible que Kristin pudiera enviarlo.

La culpa que siento se me viene encima, haciéndome que me cueste respirar. No la creí. Ella me lo dijo, me suplicó que la escuchara y yo me marché. Aun después de hacerle daño me envió un mensaje de texto para decirme que me quería.

Me odio a mí mismo.

Debería haberme quedado, haber confiado en ella y encontrado una forma de demostrar que ella no lo escribió.

Pero ¿cómo coño iba a saberlo? Todo apuntaba a ella y yo simplemente lo acepté. En el fondo nunca lo creí, pero he aprendido que la gente a la que quieres puede hacer cosas terribles. La gente a la que quería me ha traicionado y no quería volver a ser un tonto.

Demasiado tarde.

—Entonces ¿estaba equivocado?

—Sí, todos lo estábamos.

No, yo me equivoqué. Yo soy quien tenía que confiar en ella. Esto es culpa mía.

—¡Mierda! —Golpeo la pared con el puño—. Soy un puto imbécil. Renuncié a ella a la primera de cambio.

Tristan me pone la mano en el hombro.

—¿Qué tenías que pensar, tío? Tenías un artículo firmado por ella, en su blog y enviado desde su dirección de correo electrónico. No podía ser casualidad.

—La he jodido, Tristan. La he jodido y jamás me perdonará.

Tristan exhala con fuerza por la nariz.

—Entenderá de dónde venías. Era una situación imposible. Hiciste lo que habría hecho cualquiera.

Eso no cambia el hecho de que me marché. Le volví la espalda igual que la gente me hizo a mí.

—¿Y crees que olvidará sin más que perdí la confianza en ella tan rápido?

Él se encoge de hombros.

—No lo sé. De verdad que no lo sé, pero en este oficio, uno hace lo que tiene que hacer. Eso tiene que entenderlo.

—Tú no lo pillas. Ella no se dedica a este oficio de esa forma.

—¿Cómo que no? Es una *bloguera* famosa, Noah. Hiciste un reportaje en contra de mi recomendación, te enamoraste de ella y entonces, de repente, ¿algo que habíamos conseguido ocultar a la prensa se filtra después de que se lo contaras en confianza a ella? Venga ya.

¿A quién le importan los motivos? Existe el bien y el mal y yo elegí mal. La abandoné cuando se aferró a mí, suplicándome que no me fuera. Puede que hiciera lo que era mejor para mi carrera, pero no para nosotros, para ella ni para mi puñetero corazón.

Me apoyo en la pared e inclino la cabeza hacia atrás, generando un sonoro golpe.

—Otros creyeron en ella —señalo—. Otras personas ahondaron más.

Tristan se apoya en la pared a mi lado y el desprecio que siento hacia mí mismo aumenta. Podría haber hecho todo lo necesario para demostrar si lo hizo o si no lo hizo en realidad. No es que no tuviera la capacidad, pero no contemplé ninguna posibilidad más, solo que fue ella.

—Ya, pero eras tú quien iba a sufrir las consecuencias de esa tormenta. Tenías que enfrentarte a los efectos colaterales. Qué sé yo, creo que estabas en

una situación sin salida e hiciste lo mejor que podías.

Puede que tenga razón, pero el corazón me decía que ella no había sido. Jamás pensé que fuera capaz de ser tan falsa. Mi cabeza era la que tiró por otro lado. Ahora la he perdido y no tengo ni idea de si puedo recuperarla.

Me frotó la mano, que ahora no deja de palpitarme.

—Dime que no habéis hecho nada para acabar con ella.

—Conseguí desacreditar la página web diciendo que publica noticias falsas, pero ha salido a la luz. Lo pospusimos un poco más de lo que yo lo habría hecho, pero Kristin está emparentada con Catherine.

—¿Catherine es tu jefa? ¿La mujer que vino a mi casa es de su familia?

Él levanta las manos y las baja.

—La misma que viste y calza. No quería que dejáramos piedra sin remover antes de que le hiciéramos algo a Kristin para lo que no hubiera marcha atrás. El marido de Catherine dirige una empresa de seguridad y..., en fin, me dijeron que me convenía saber más. Descartaron que ella lo enviara unos treinta minutos antes de que me enviaras el mensaje de texto desde el avión.

¡Por Dios bendito! Me he pasados dos días bebiendo hasta caerme de culo mientras ella pensaba sabe Dios qué.

—¿Sabe ella que nadie me ha avisado hasta ahora?

—Ni idea. Nos movemos en una línea borrosa porque, como es lógico, nunca nos hemos puesto en contacto con ella. Como el marido de Catherine es su primo, esto se ha llevado de un modo algo diferente.

Nada de eso me importa. Al principio le dije que ni siquiera quería realizar una declaración.

—Me importa ella, no las líneas.

Tristan ríe entre dientes.

—Sé que no, pero nuestro cliente eres tú. Me pagan por arreglar tus líos y, sea o no familia, nuestra lealtad es para ti, para nadie más.

—Cierto. —Me paso las manos por la cara—. Quiero saber quién está detrás de esto. Quiero que sean destruidos. Me importa una mierda lo que tengas que hacer, pero le han tendido una trampa... Esta vez no pienso contenerme.

—Entendido —dice Tristan con una sonrisa de suficiencia—. Ojalá pudiera darte más, pero tienes que hablar con Kristin si quieres detalles.

Quienquiera que hiciera esto está a punto de sentir la cólera del mismísimo infierno desatándose sobre su persona. Voy a destruir su mundo como hicieron

con el nuestro. Sin embargo, le digo a Tristan que se ocupe de eso, pues yo tengo cosas que arreglar, y ahora mismo eso es lo único que me importa.

—Una cosa más —digo—. Vas a tener que solucionar otro lío que está a punto de montarse.

Tristan ríe para sí.

—Ya, ese es el segundo motivo de que esté aquí. Imaginaba que tendría trabajo que hacer en Francia.

Kristin

*T*res días.

Setenta y dos horas.

Cuatro mil, trescientos veintiocho minutos sin tener noticias de Noah. Veintinueve minutos ya. No es que los cuente.

Esperaba que llamara cuando se enterara de que el *e-mail* no salió de mi ordenador ni de mi casa llamara, que enviara un mensaje de texto o... algo. Supongo que o no se lo creyó o no le importó.

Promesas incumplidas y un corazón roto es cuanto me queda de lo que compartimos.

Tengo los nervios a flor de piel no he dormido y esperar a que llame Jackson para comunicarme los resultados del rastreo de quién envió el *e-mail* me está matando lentamente. Necesito saber quién está detrás de esto. Estoy desesperada por descubrir quién odia a Noah o a mí tanto como para proponerse destruirnos a ambos.

Una llamada a la puerta hace que se me desboque el corazón. ¿Quizá sea Noah? Me levanto de un salto del sillón y voy corriendo hasta allí. ¿Qué hago? Me freno en seco.

Noah se marchó sin tan siquiera volver la cabeza para mirarme. Yo era completamente prescindible para él y me hizo daño, más de lo que Scott me hizo jamás.

Llaman de nuevo.

De todas formas lo más seguro es que no sea él. Abro la puerta y, en efecto, no lo es. Es Catherine y ha traído un ramo de flores.

Parece que estamos cambiando la forma de lidiar con las rupturas. Normalmente se hace con helado, tarta, música de los Four Blocks Down y vino a mogollón. Lo de las flores es algo nuevo.

—Tienes una pinta espantosa —dice Catherine, mirándome con la cara arrugada por el asco—. ¿Te has duchado desde la última vez que te vi?

—¿Tienes noticias? —barboto, pues necesito saber si ha venido por eso.

—Esto estaba en tu porche sin ninguna nota —me dice.

Me dan igual las estúpidas flores. Por lo que sé, son de la persona que me ha hecho esto y quieren torturarme más aún. Quiero información sobre el *e-mail*. Estoy harta de esperar y no llegar a ningún lado.

Jackson me explicó que no era tan fácil como pensaba. Dado que técnicamente no es un delito, ningún juez del mundo concedería una orden judicial para obtener archivos de direcciones IP. Por tanto, tiene un amigo que tiene un amigo que puede o no haber estado en la CIA. Y después me aseguró que no debería saber nada más.

—¿Catherine?

—Lo único que sé es que Jackson dijo que me reuniera con él aquí cuando terminara de trabajar en el Starbucks porque necesitaba estar alejada de los niños, así que aquí estoy. Vete a la ducha, ponte... presentable, y repasaremos la información.

—No puedo...

—Ve. —Señala con el dedo—. Sé que estás con el alma en vilo, pero podría tardar otra hora. ¿Los niños están con Scott?

—Sí. Le dije que no me encontraba bien y que necesitaba que se quedase unos días con ellos.

—Bien, pues ve a ponerte presentable.

Como no quiero discutir con ella, me dirijo al cuarto de baño para asearme. Me meto bajo el agua, lavándome el manto de depresión que se aferra a mi piel. No puedo hacer nada con respecto a esta situación. Sé que no soy responsable, pero he de convencer a los demás. Entonces veo el rostro de Noah al marcharse. La decepción, la ira y la firme voluntad de que hemos terminado.

Cierro los ojos, me apoyo contra los fríos baldosines y dejo que las lágrimas broten.

No ha regresado.

Debe saber que no fui yo y eso no ha servido de nada.

Estoy sola de nuevo, solo que esta vez no hay ningún alivio.

Me sobresalto cuando llaman a la puerta.

—¿Kristin?

Me aclaro la garganta, esperando disimular el sufrimiento en mi voz.

—¿Sí?

—Tengo noticias de Jackson; llegará en veinte minutos.

—Vale.

Me visto en cuanto termino y me recojo el pelo en un enmarañado moño. Con suerte, mi aspecto aseado, aunque todavía desconsolado, resulte más aceptable que la mugre y las pintas de «qué más da si me muero». Voy al salón, donde Catherine se pasea de un lado para otro mientras habla con alguien por teléfono.

—Entiendo. Sí, bueno, no hay mucho que pueda hacer. —Hace una pausa—. ¿Le has dicho que estoy haciendo lo que haría si ella no fuera de mi familia?

—Catherine escucha a la otra persona y replica en voz baja—: No puede hacer eso, Tristan. Me da igual si ya está hecho. No... Espera, ¿qué quieres decir con... «hecho»? —Está hablando sobre Noah. Sé que es así. No debería escuchar, pero no puedo evitarlo. Tengo que oír algo sobre él—. ¿Así de simple? ¿Y me lo dices ahora? ¿Por qué coño has esperado un día para llamarme? —Catherine gruñe—. Vale. Yo me ocuparé de eso aquí y tú puedes ocuparte del lío allí. Dile que ha cometido un tremendo error. Tremendo.

Se me cae mi maltrecha alma a los pies; Noah no va a venir.

Hago ruido a propósito, pues no deseo oír nada más.

Catherine me mira a los ojos y sonrío.

—Vale, luego te llamo. —Deja el móvil sobre la mesa, con una expresión amable—. Tienes mejor aspecto.

Me encojo de hombros. Ahora mismo siento el dolor de perderle una vez más. Hasta este momento no me había dado cuenta de que creía que él volvería. Lo deseaba con toda mi alma y ahora está claro que no hay más oportunidades.

—¿Jackson tiene noticias? —pregunto, y me estremezco por dentro al oír mi propia voz.

—Kris. —Cat se acerca y yo meneo la cabeza. Entonces llaman a la puerta y Catherine me acaricia la mejilla—. Todo va a salir bien, confía en mí. Jackson lo arreglará, siempre lo hace.

Yo asiento. Ella se dirige a la puerta y yo voy hacia la cocina a por algo que me ayude a calmar los nervios. Tengo la sensación de que las noticias de Jackson no van a ayudarme con el nudo que tengo en el estómago. La puerta de

la despensa está abierta y sonrío al ver en el estante el paquete de galletas que Noah y Aubrey compartieron. Su rostro no tenía precio cuando los pillé.

Ya no habrá más caras así.

Con el tiempo, pensar en él dejará de dolerme. Noah se convertirá en un lejano recuerdo de una posibilidad de no fructificó. El tiempo borrará la historia, hará que el amor que compartimos palidezca como una foto antigua, pero hoy, los vívidos colores me atraviesan el alma. Llegará el día en que no pueda recordar su voz ni las ligeras diferencias del verde de sus ojos. Por mucho que ahora me duela, no quiero olvidar.

Tengo que parar. No puedo seguir haciéndome esto. Noah se ha ido, se ha terminado, y yo tengo que vivir. Al otro lado de la puerta están las respuestas que necesito para poder empezar a pasar página.

La puerta se abre y levanto la vista justo antes de que el vaso de agua que llevo en la mano caiga de mis entumecidos dedos.

No es Jackson quien está en mi salón.

Miro a Catherine, que se limita a sonreír.

—Esperaré fuera a mi marido —dice antes de salir de la habitación.

—Kristin. —La profunda voz de Noah colma la estancia.

Esto no es real. No puede estar aquí porque he oído a Catherine por teléfono... Me estoy volviendo loca. Me dejo caer al suelo, cogiendo el vaso, y entonces veo sus manos al lado de las mías.

Cierro los ojos, detestando que mi cerebro me la esté jugando.

—Basta —susurro para mí—. Basta ya.

Cuando los abro de nuevo, él sigue aquí.

—Necesito toallitas de papel —digo, como una autómeta.

—Tenemos que hablar —dice Noah, pero no puedo hacerlo. Me cuesta respirar y meneo la cabeza—. Entonces hablaré yo y tú puedes escuchar... Lo siento mucho. Siento muchísimo no haberte escuchado. —Se le quiebra la voz—. Me equivoqué, Kristin. Jamás debería haber albergado la más mínima duda de que tú no lo hiciste, pero no sabía qué pensar.

Yo no sé qué pensar. Sigo sin estar del todo segura de que no esté teniendo una crisis mental. Entre el estrés de los últimos días y mis sueños de que vendría, no confío en mí misma. Me apoyo en los talones, contemplando el intenso verde de sus ojos, que anhelaba volver a ver.

—¿Estás aquí? —pregunto.

—He venido en cuanto lo he sabido —responde Noah—. Me marché del

rodaje y, probablemente, he jodido mi carrera, pero necesitaba verte.

Empiezo a creer que esto es real. Noah está mi salón y no alcanzo a entender qué es lo que siento. Paso del alivio a la ira, al dolor, al odio, al amor, a la decepción, y después vuelvo al alivio. El círculo vicioso gira como las aspas de un helicóptero, amenazando con cortarme con cada rotación. Ya no me importa el desastre del suelo, así que me levanto. Necesito sentirme más alta, más fuerte, y encontrar el coraje para conseguir mis respuestas.

—¿Por qué? —susurro—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué has venido?

Noah no me toca, pero puedo sentir la tibieza de su cuerpo. Inspiro hondo, captando el olor de su colonia, y empiezo a temblar. Está lo bastante cerca como para tener que inclinar la cabeza a fin de mirarle a los ojos.

—Porque te quiero.

El amor no te parte por la mitad. Si me quisiera, habría visto que yo jamás querría causarle ningún mal. Si me quisiera, se habría quedado y luchado a mi lado.

—¿Que me quieres? Te marchaste. Te fuiste y abandonaste el país. —Doy un paso atrás, obligándome a recordar todo el sufrimiento que me he vivido—. No puedes venir aquí diciendo que me quieres cuando no tuviste ningún problema para marcharte.

—¿Ningún problema? —Noah trata de agarrarme, pero yo me aparto. Si me toca me desmoronaré—. Por favor... —Deja caer la mano y el dolor se refleja en sus ojos—. Abandonarte no fue nada fácil, cielo. En absoluto —asevera, pero yo meneo la cabeza, tragándome las lágrimas—. Subirme a ese avión fue lo más duro que he hecho nunca. Me pasé dos días bebiendo hasta perder el sentido. No podía comer, no podía trabajar ni hacer nada. Veía tu rostro en todas las personas. Lo único que quería era volver contigo.

—Pero no lo hiciste —le recuerdo—. No viniste a por mí. Ni siquiera me llamaste.

El rostro de Noah se desmorona y exhala una profunda bocanada.

—La he cagado. Sabía que si me quedaba aquí jamás sería capaz de mantenerme alejado. Estaba tan furioso y dolido que no pensaba con claridad. Tienes que creerme; sé que fui un imbécil.

Sí, desde luego que la ha cagado.

—Me rompiste el corazón, pero además creíste de veras que yo te haría eso.

—¿Qué alternativa tenía, Kristin? Estaba todo ahí.

—¡Podrías haber tenido fe en mí! —grito. Lo único que quería era una

oportunidad para demostrar mi inocencia. Él ni siquiera pudo concederme eso. Noah baja la mirada.

—La tenía, pero no fue solo el hecho de que cualquier explicación posible quedara refutada, fue por todo. No soy perfecto. —Me mira a los ojos—. Sé que hay cosas que tengo que mejorar. No me resulta fácil confiar en otra persona. Mi padre se marchó cuando era un crío; mi novia, que era mi corazón y mi alma, me dejó por algo mejor y después casi todas las personas a las que consideraba amigos me dieron la espalda. Por no mencionar el hecho de que este gremio es ideal para gente que va a traicionarte. Eli es mi único amigo. Todo el mundo quiere algo de mí y entonces te conocí a ti...

Tengo el corazón en la garganta mientras escucho sus razones. Puedo entender y empatizar con sus dificultades para confiar en otros. No puedo decir que yo no estaría hastiada, pero se suponía que nosotros éramos diferentes. Jamás le he dado motivos para que piense que soy como esa gente.

—Yo solo te quería a ti, Noah. No quería tu dinero, tu fama ni tu historia..., tú fuiste el responsable de eso. Fuiste tú quien insistió. Si hubiera dependido de mí, jamás habría escrito sobre ti. Me hiciste daño.

Noah cierra los ojos con fuerza, como si estuviera sufriendo, y asiente.

—Lo sé y me odio por ello. Podría decirte todas las razones que tenía en mi cabeza, pero eso no cambia nada. La idea de que estuvieras detrás de esto era más de lo que podía soportar. Nunca he amado a una mujer como te amo a ti, Kristin. Estaba todo ahí, ante mis ojos, el momento elegido, el *e-mail*, los hechos que tú conocías estaban blanco sobre negro. Pensar que tú podías traicionarme fue... Ni siquiera tengo palabras para describirte cuánto dolía.

No necesito que me lo diga porque yo lo viví. Lo que sentía por él no era de este mundo. Amaba a Noah con todo mi ser. Él era mi final feliz. Entregarle mi corazón fue la decisión más fácil que jamás he tomado y de lo que más me ha costado retractarme.

—Has tardado tres días. Hace tres días que sabíamos que no había sido yo, pero ni siquiera me has enviado un mensaje de texto. ¿Nada hasta ahora? ¿Por qué? ¿Qué ha cambiado que te ha llevado a decidir que no merece la pena luchar por mí? —Me sorprendo acercándome poco a poco a él.

Noah alza la mano y me acaricia la mejilla, dejando una ardiente estela a su paso. Me duelen los pulmones cuando me mira. Siempre me ha dejado sin aliento, pero ahora mismo tengo la sensación de que estoy congelada. Podría romperme en pedazos si me moviera lo más mínimo.

—No supe nada hasta hace unas catorce horas y, una hora después, estaba a bordo de un avión. Así que no lo sabía. —La nariz de Noah roza la mía y respiro su aroma—. Tú te lo mereces todo. Soy un imbécil que no merece una segunda oportunidad, pero te suplico que me la des. Solo esta vez, perdóname y jamás volveré a hacerte daño.

Cierro los ojos y una lágrima escapa de mis ojos. Jamás me he resistido a Noah. Desde el día en que le conocí me ha tenido a su merced, y creo que nunca tuve ni voz ni voto en cuanto a enamorarme de él.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —murmuro mientras acerco la mano a su pecho—. Tan solo prométeme que no te marcharás.

Noah ahueva las manos sobre mis mejillas.

—Te lo prometo. No creo que pudiera sobrevivir.

Nuestras miradas se cruzan y veo el arrepentimiento que le embarga.

—Sé que yo no podría.

—Perdóname —suplica—. Perdóname por ser tan idiota.

—Lo he hecho en cuanto te he visto.

Es la verdad. Consiguió mi perdón en cuanto nuestras miradas se encontraron. Noah es el hombre al que amo. Es el hombre que quiero a mi lado y, aunque se marchó, ha vuelto, y no soporto pensar en renunciar a una segunda oportunidad.

Noah me atrae contra sí mientras sus labios se ciernen sobre mí. Deslizo los dedos por su pecho y rodeo su nuca. Me sujeto mientras nuestras bocas se encuentran. Él me besa como un hombre moribundo que ha hallado una cura que lo salve. Por primera vez desde hace tres días soy capaz de respirar sin sentir dolor en el pecho. Su lengua se desliza contra la mía y me entran ganas de llorar.

Nuestros labios se separan y Noah apoya su cabeza contra la mía.

—No sabía si alguna vez volvería a besarte —reconoce—. Jamás habría dejado de intentar reconquistarte.

Le rodeo la cintura con los brazos, apoyo la cabeza en su pecho y me fundo en su abrazo.

—No te habría costado demasiado.

Él me acaricia la espalda con los dedos.

—Te quiero, Kristin.

—Te quiero —digo, levantando la cabeza para mirarle a los ojos.

—Siento no haberte creído.

Todavía me escuece y aún ignoramos quién hizo esto, pero Noah ha vuelto.

—No puedo culparte del todo. Si no hubiera sabido con absoluta certeza que yo no lo hice, me habría costado mucho. La persona responsable se ha tomado muchas molestias para hacer que parezca que yo escribí ese artículo.

Noah acerca sus labios a los míos varias veces antes de soltarme.

—¿Aún no sabes quién lo ha hecho?

—No. La única prueba que tenemos es que no se hizo desde ninguno de mis dispositivos. Todavía quedan un montón de preguntas sin respuestas. ¿Quién más lo sabe? ¿Cómo lo descubrieron? Y ¿cómo supieron utilizar mi información, porque no sé si era para destruirme a mí o a ti? Pero Jackson viene de camino con esas respuestas, o eso espero —repongo.

La persona en cuestión está vinculada a nuestras vidas. Hay nombres que me niego a contemplar porque no puedo llegar a imaginarme que harían algo semejante, pero Noah y yo no tenemos demasiados conocidos en común.

—¿Qué le has dicho a los niños? —pregunta.

—Han estado con su padre mientras yo intentaba recomponer los pedazos.

Noah me frota la cabeza con el pulgar.

—Yo arreglaré lo que estropeé. Aunque sea lo último que haga, conseguiré que te sientas segura conmigo. Jamás tendrás que dudar de mis sentimientos, cielo. Te quiero con todo mi ser y no dudaré de ti.

Catherine se aclara la garganta al tiempo que abre la puerta.

—¿Estáis bien, chicos?

Qué pregunta tan capciosa. Pero cuando miro a los ojos a Noah, no tengo que pensar demasiado. Él está aquí. Me quiere. Y cree en mí.

Vuelvo la vista hacia ella con una sonrisa y asiento.

—Creo que nos irá bien.

—Esperaba que dijeras eso. —Cat esboza una amplia sonrisa.

La puerta se abre del todo, dejando a la vista a Jackson, que está justo detrás de ella. Ambos entran y Jackson no pierde un segundo.

—¿Estás segura de que quieres saberlo todo? —pregunta.

Miro a Noah y después a Jackson.

—Sin la menor duda.

Kristin

*E*stoy físicamente agitada.

Me tiemblan las manos tanto que tiene que conducir Noah. Ya no debería sorprenderme nada, pero esto parece una locura.

Nos quedamos sentados frente a la dirección, contemplando la puerta roja que pertenece al remitente al que, según afirma Jackson, su gente ha seguido el rastro.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—¿Qué otra alternativa tengo? —pregunto, girándome para mirar a Noah.

Sus ojos buscan los míos y me brinda una sonrisa triste.

—Podemos seguir adelante. Podemos saber lo que sabemos y ser felices juntos. Nada de esto cambia lo que siento por ti. —Me coge la mano.

Agradezco que sea eso lo que siente. En absoluto estaba preparada para la información que Jackson me ha proporcionado. Sigue sin tener sentido. ¿Cómo ha descubierto Scott esto? Jamás he dicho una sola palabra sobre el pasado de Noah. Creí que la persona que estaba detrás de esto era por parte de Noah, no de la mía.

Sin embargo, aquí estoy, teniendo que enfrentarme a alguien a quien quise. Es imposible que pueda olvidar esto y fingir que no ha ocurrido.

—Noah, te fuiste a Francia por culpa de esto. Me dejaste porque alguien nos odia lo suficiente para hacer esto. Alguien utilizó mi nombre para publicar eso y no pienso quedarme de brazos cruzados y dejarlo pasar. Quiero saber por qué. Quiero saber cómo. Y quiero ver su cara cuando le diga que nada de eso importa porque tú estás conmigo de todas formas.

Él se inclina sobre el salpicadero y me besa.

—Yo también quiero saberlo, pero te creo cuando me dices que no se lo contaste a nadie. No necesito nada más. Esto puede quedar en nuestro pasado y

permanecer ahí.

—Te lo agradezco, pero necesito hacerlo. He permitido que controlara mi vida, que intentara destruirme, y hasta aquí hemos llegado. He de plantarle cara y no dar mi brazo a torcer.

Espero que entienda lo que pido. Me he pasado casi toda mi vida acobardada y eso no va a volver a pasar. Si barriera esto debajo de la alfombra, ganaría él. Esta vez, la victoria es mía.

Sus labios rozan los míos de nuevo.

—Te sigo, cielo.

—Te quiero.

—Te quiero.

Noah se portó de manera sensación durante toda la conversación. Jackson nos explicó que no podíamos utilizar la información que había obtenido, de forma ilegal, para nada que no sea plantarle cara a Scott. Hemos tenido que jurar que jamás diremos una sola palabra sobre cómo la obtuvo, aunque de todas formas desconocemos la logística. Lo único que nos ha dicho era que hay alguien en su oficina al que se le da muy bien conseguir cosas sin que haya una orden judicial de por medio. Así que, en realidad, esto es por Noah y por mí... Bueno, por mí.

—Vamos. —Exhalo un sonoro suspiro y me bajo del coche.

Noah se reúne conmigo delante del coche y me coge la mano. Recorremos el camino de entrada mientras se me encoge el estómago. No sé muy bien cómo voy a superar esto, pero sé que tengo que hacerlo. Me trago la bilis mientras llamo al timbre.

La puerta se abre y ya no hay vuelta atrás.

—¿Kristin? —La voz de Scott destila confusión—. ¿Qué haces aquí? Dijiste que estabas enferma y yo te dije que te llevaría a los niños a eso de las seis.

—Tenía que hablar contigo y no podía esperar. —Procuro reprimir la ira que amenaza con escapar—. ¿Siguen los niños con tus padres?

Él da un paso afuera, cerrando la puerta tras de sí.

—Sí, te lo he dicho hace veinte minutos, ¿por qué?

Scott mira a Noah con el ceño fruncido y luego a mí.

—¿Sabes lo que es una dirección IP? —pregunto.

—Por supuesto que lo sé. —Cruza los brazos sobre el pecho—. Trabajo para una empresa tecnológica. Pero me sorprende un poco que tú lo sepas.

Sí, la patética ama de casa que no sabe nada ha aprendido mucho en pocos

meses. Imbécil.

Continúo con mi interrogatorio, obviando su comentario.

—Entonces ¿sabes que se puede rastrear?

—No, Kristin, he debido de perderme esa parte en los quince años que llevo en la empresa. —Scott resopla—. ¿Es algo que te ha enseñado tu nuevo novio? ¿De verdad has venido a preguntarme por una dirección IP cuando se suponía que estabas en tu lecho de muerte? Si querías unos días más con él...

—Cierra el pico, Scott.

—Estoy ocupado con algo. ¿Por qué no me dices qué es tan urgente que has tenido que venir corriendo para que podamos seguir adelante?

Noah me aprieta la mano cuando me acerco, pero que Scott se crea que puede hablarme de ese modo hace que me entren ganas de estrangularle. No necesito sus estupideces condescendientes.

—No me presiones, Scott. Me estoy esforzando mucho para no ponerme hecha una fiera.

—¿Por qué? —Baja los brazos y escupe las palabras—. Eres tú quien se comporta como una psicópata.

—Cuidadito con lo que dices —advierte Noah, poniéndome las manos en los hombros.

—¿O qué? ¿Vienes a mi casa y me amenazas? Ahorradme estas tonterías. —Scott se echa a reír.

Noah le saca más de quince centímetros y trece kilos y medio de puro músculo a Scott. Le aplastaría como a un insecto.

—Como le vuelves a hablar de esa forma, lo averiguarás.

Scott hace caso omiso, aunque veo un destello de miedo en sus ojos. Se vuelve hacia mí y resopla.

—Bueno, dime qué coño crees que he hecho para que pueda volver adentro con mi segundo error.

El hecho de que se quede aquí y trate de hacerse el tonto y de insultarme es cuanto necesito para perder el control. Me zafó de Noah y me acerco al hombre con el que he tenido hijos. El hombre al que amé en contra de mi buen juicio. He tragado mucha mierda, pero hasta aquí hemos llegado.

—¿Error? ¿Fui un error? Lo que tú digas.

—Me duele la puta cabeza. ¿Puedes soltarlo? —farfulla.

Esta a punto de que le duela aún más.

—¡Lo sé, Scott! ¡Sé lo que me has hecho! ¡No puedo creerlo! —Pierdo los

papeles—. Si sabes que las direcciones IP se pueden rastrear, cómo creías que te ibas a ir de rositas, ¿eh? ¿Creías que Noah y yo nos quedaríamos de brazos cruzados y dejaríamos que intentarás destrozarnos?

—¿De qué coño estás hablando? —Scott se acerca a mí—. Me importáis una mierda tú y tu puñetera vida amorosa. Espero que te cases con el imbécil de tu novio para que no tenga que seguir pagándote todos los meses.

Siempre le preocupa el dinero, ¿qué pensaba que pasaría cuando perdiera mi trabajo? ¿Se cree que pagaría menos de repente?

—Hacer que me despidan no ha sido lo más inteligente, ¿verdad? ¿No crees que un juez hará que me pagues más todos los meses si no tengo ingresos?

Seguro que en eso no había pensado. No soy idiota. Mi abogada me dijo que podíamos hablar de nuevo con un juez si a él o a mí nos daban un aumento. Y en cuanto a casarme con Noah, no tengo planes de hacerlo hasta que sangre a Scott hasta el último céntimo que me debe. Me lo he ganado más que de sobra por todo lo que me hizo pasar.

—¿Despedirte? Kristin, no tengo ni idea de lo que crees que he hecho, pero es evidente que necesitas ir a terapia. —Scott se pasa las manos por la cara.

—¿De veras? ¿Yo necesito terapia? Esta sí que es buena. Lo dice el hombre que se pasó catorce años haciéndome sentir pequeña para sentirse mejor él.

—¿Puedes controlar a tu novia? —le dice Scott a Noah.

—A mí no me dirijas la palabra —le advierte Noah—. Te aseguro que estoy haciendo todo lo que puedo para no darte una paliza de muerte. Aún no estás sangrando por Kristin y por esos niños. Pero si la tocas, me lo voy a pasar en grande dándote de leches.

Scott se echa a reír.

—Vale. Dame de leches. Lo que tú digas, capullo. ¿Por qué no sueltas lo que he hecho para que podamos ahorrarnos tu teatrillo?

Doy un paso atrás y le miro. Le conozco desde hace mucho. Scott tiene un tic cuando miente. Se frota la nariz y sorbe por ella. De ese modo en el fondo siempre sabía qué estaba pasando, pero nunca lo aceptaba.

No lo ha hecho ni una sola vez.

Está desconcertado de verdad.

—¿De verdad no lo sabes?

—No, no tengo ni idea de qué coño haces gritándome sobre direcciones IP ni sobre ninguna de las otras tonterías de las que me acusas.

—Tú no lo hiciste —susurro y miro a Noah.

Los ojos verdes de Noah se llenan de preocupación.

—¿Estás segura? Sabemos...

Yo meneo la cabeza.

Las cosas han ido bien entre nosotros durante las últimas semanas. Scott y yo hemos conseguido hablar con tranquilidad, hacer un trabajo medio decente como padres y ha sido tan amable de quedarse con los niños por mí.

Eso es lo que me confunde. Si está dispuesto a tratar de ser civilizado, ¿por qué haría esto? Y, además, no consigo imaginar cómo descubrió el pasado de Noah.

No tiene sentido.

—¡Por Dios, Kris! Ni siquiera sé que... —grita Scott, y la puerta se abre.

—¿Qué pasa aquí? Me gustaría que nuestros vecinos no pensarán que las cosas han ido cuesta abajo desde que me mudé —interviene Jillian con los brazos en jarra.

Y entonces se me enciende la bombilla.

No ha sido Scott.

Scott no es tan tonto como para poner el peligro la relación con sus hijos y no es lo bastante listo como para tomarse las molestias de ocultar su rastro. Es demasiado narcisista como para pensar que le pillarían. Siempre ha tenido a Jillian para que se ocupe de las cosas en su lugar. Ella fue quien le ayudó a evitar los obstáculos conmigo.

Esto apesta a esta zorra.

—Le estaba diciendo a Scott una cosa y entonces se me ha ocurrido que tú deberías estar aquí.

Jillian echa la cabeza hacia atrás.

—¿Yo?

—Vas a casarte con él, ¿no?

Ella sonrío y se toca el abdomen.

—Sí.

Scott pone los ojos en blanco.

—Antes dime una cosa; ¿cómo lo hiciste? —pregunto.

La mano de Noah me aprieta levemente el hombro.

—¿El qué? —replica.

No puedo soportarla. Si se piensa que se las sabe todas, es que es aún más idiota que Scott. Si antes pensaba que yo era una arpía, está a punto de ver lo que ocurre cuando ha dejado de preocuparme enfadar a Scott.

—¿Cómo conseguiste hacerte con toda la información sobre Noah y enviar el *e-mail* a mi editora? —La observo, esperando la más mínima señal—. ¿Hiciste que alguien me pirateara el ordenador portátil? ¿Instalaste algún tipo de dispositivo en mi casa? ¿Tan obsesionada estás conmigo que tenías que tomarte tantas molestias para intentar hacerme daño, o en realidad estás enamorada de Noah y solo quieres lo que no puedes tener?

—Qué te jodan Kristin.

Me echo a reír.

—No, bonita, jódete tú. Verás, sé que lo que hiciste y lo triste es que todo está a nombre de Scott, así que él irá a la cárcel por tu delito. Es fraude y robo de identidad, por nombrar dos. —Me tiro el farol. No hay ningún delito, pero espero que ellos no lo sepan.

Scott gira la cabeza hacia ella con brusquedad y Jillian se queda un poco boquiabierta antes de contenerse.

—¿Cómo dices? Scott, ¿vas a dejar que tu exmujer me acuse de esto? ¿En nuestra casa?

—¿De qué estás hablando exactamente, Kristin? —Scott se vuelve hacia mí—. ¿A qué información y *e-mail* te refieres?

Le resumo el artículo y después le cuento que alguien accedió a mi cuenta de correo electrónico y envió un *e-mail* como si lo hubiera sido yo quien lo escribió. Scott abre los ojos como platos cuando le digo que la policía informó a Jackson, al que tiene pavor, de que se le ha podido seguir el rastro hasta su casa.

—¿Me estás tomando el pelo? —brama Scott—. ¡Dime que no has sido tú, Jillian! Dime que no has... —Aprieta los puños.

Le dirijo una sonrisita arrogante a Jillian sabiendo que no tiene escapatoria.

Es la gota que colma el vaso de la muy zorra. Casi puedo ver que le sale humo por las orejas cuando Scott la regaña delante de mí.

—Tú no sabes nada. —Jillian me mira con desdén. Levanta la mano y, en un instante, Noah tira de mí y me protege—. ¡Te crees que eres muy lista! Piensas que lo sabes todo, ¿eh? Solo tuve que hacer una llamada de teléfono y conseguí todos los detalles que necesitaba.

—¡Genial! —Scott levanta las manos.

—¿A quién llamaste? —pregunta Noah—. ¿Cómo conseguiste el número?

Ella pone los ojos en blanco.

—Scott instaló un programa de seguimiento en su móvil. Así podíamos

husmear sin que tú lo supieras. Hablasteis a través de mensajes sobre el nombre real de Noah y supe que ahí había algo.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué? ¿Instalaste eso en mi móvil?

¿Scott me estaba controlando? ¿Es que no hay límites en lo que estaba dispuesto a hacer? Me siento como si estuviera viviendo *En los límites de la realidad*. Esta gente está mal de la cabeza. Estoy realmente estupefacta y me siento un poco estúpida. He estado viviendo lejos de él todo este tiempo, pero ¿me ha estado controlado?

—¡Esto es demencial! —Noah levanta la voz—. Vamos, cielo. Esto es ilegal y vamos a ir a ver a mi abogado.

Scott me coge del brazo para detenerme.

—Kristin, por favor.

—No la toques, joder. —Noah se coloca delante de mí otra vez, casi tocándose pecho contra pecho con Scott, que me suelta de inmediato.

—Era lo que le instalamos a Finn cuando le dimos un teléfono. Yo no sabía que estaba en el tuyo.

Jillian suelta un bufido.

—Sí, claro. El caso es que tengo acceso. Conseguí su verdadero nombre y el resto fue pan comido. Los padres de tu novia muerta estuvieron más que dispuestos a hablar con tu nueva novia. —Sonríe a Noah.

¡Santo Dios! Está realmente trastornada. Llamó a los padres de Tanya, les contó Dios sabe qué y después envió el artículo. Jamás en toda mi vida había tenido tantas ganas de hacerle daño físico a alguien como ahora mismo deseo hacérselo a ella. Ojalá hubiera sido lo bastante diabólica como para grabar esto. Tal vez entonces habríamos podido emprender acciones legales contra ella. Pero hemos venido aquí pensando que Scott era el culpable. Y, para bien o para mal, es el padre de Aubrey y de Finn, por lo que meterle en la cárcel solo hará que sufran ellos.

Pero esta locura es diferente; es una enferma mental. Necesita una camisa de fuerza con su próxima visita al obstetra.

—¿Estás loca? ¿Qué coño te pasa? —le grita Scott.

La lista es interminable.

—¡Pospusiste la boca después de verla con él una vez! —le responde a gritos mientras señala a Noah—. ¡Sé que todavía la quieres! ¡La quieres y vas a dejarme!

—Así que ¿vas y revisas mis mensajes de texto y decides falsear un artículo? ¿Entiendes siquiera lo absurdo que es esto? ¡Le tienes a él! ¡Has ganado, Jillian! —Meneo la cabeza. Scott no es un premio, pero está claro que ella así lo cree—. Es todo tuyo; yo tengo al hombre que quiero y no es Scott. Pero ¿qué más quieres? Te acostaste con mi marido y te quedaste embarazada de él, pero, aun así ¿sigues teniendo que buscar una manera de arruinarme la vida? ¿Por qué? ¿Qué crees ibas a conseguir haciendo esto?

Ella pone los ojos en blanco y me ignora.

—¡Contéstame! —grito.

Jillian se vuelve hacia Scott y le fulmina con la mirada.

—¡No he esperado dos años a que te libraras de ella para ser la segundona!

Puede que si fuera tras..., ah, qué sé yo..., un hombre soltero, no hubiera tenido que esperar. En cambio eligió a un hombre casado y con hijos. Es un verdadero encanto.

Jillian me mira a los ojos y yo aprieto los puños.

—Elige a tus estúpidos hijos antes que a mí. Te elige a ti antes que a mí. — Su voz destila desprecio y pierdo la compostura.

Es hora de que Mamá Osa salga. Nadie habla de mis hijos de ese modo.

Me acerco a ella, sin soltar la mano de Noah. Puede que necesite que me contenga.

—No se te ocurra hablar de mis hijos jamás. Eres una rompehogares que nunca será feliz. Quieres lo que otra gente tiene, y te da igual lo que tengas que hacer para conseguirlo.. Verás, yo he ganado y tú has perdido. Noah sigue aquí y ahora Scott te ve como lo que eres; una zorra rencorosa. —Nunca entenderé que alguien sea capaz de hacer esto. Me vuelvo hacia mi exmarido, un hombre adulto de cuarenta y un años, que permite que una tía de veinticuatro le arruine la vida, y lanzo mis exigencias—: No se acercará a mis hijos. Si quieres que no llame a mi abogada, más te vale que encontrar la manera de que eso sea así porque no consentiré que ella forme parte de sus vidas ni de la mía.

—No tendrás que preocuparte por eso. Ya no estará por aquí mucho más tiempo.

Cada decisión que tomamos tiene sus consecuencias, algunas son positivas, como dejar a Scott y encontrar a Noah. Otras son negativas, como elegir ser un zorrón tramposo y paranoico y acabar sin nada. Diría que yo he tomado algunas de las mejores decisiones.

Noah es el cofre del tesoro tras el naufragio de mi matrimonio. Puede que no

tuviéramos un mapa que nos lleve hasta la equis que marca el lugar, pero nos tenemos el uno al otro como guías.

Vuelvo la vista hacia él y sonrío.

—¿Lista, cielo? —Noah esboza una amplia sonrisa.

No hay nada más que puedan hacerme. No soy la mujer que era hace años. No juego ni dejo que la gente dirija mi vida. Soy más fuerte con Noah a mi lado, pero también soy fuerte por mí misma. Estar aquí, viendo a estos dos, hace que me dé cuenta de hasta qué punto mi vida es mejor. Mi relación no es perfecta, la de nadie lo es, pero Noah y yo no queremos hacernos daño mutuamente.

Incluso cuando nos pusieron a prueba, encontramos la forma de superarlo. Noah voló miles de kilómetros solo para arreglar las cosas.

Le amo más de lo que imaginé que podría amar a otro hombre.

—Estoy lista. Ahora todo está olvidado.

Él se arrima y me besa en los labios.

—Desde luego que sí.

Noah

—*E*ntendido, señor. Le prometo que estaré ahí a finales de...

—Del día —Paul, mi director, intenta terminar mi frase.

Ya, de eso nada. Es imposible que me marche esta noche.

—Semana.

Paul gruñe.

—Noah, hemos trabajado juntos en el pasado y esto nunca ha sido un problema.

—Razón por la cual te pido un par de días —insisto.

Kristin está dormida en el sillón, con los pies sobre mi regazo. Volvimos a casa hace unas dos horas desde..., joder, ni siquiera sé cómo referirme a ello..., la casa de su ex, supongo, y prácticamente se derrumbó.

—Vale. Ni una hora más o le daré tu papel a otro y tú podrás recordar por qué no volverás a trabajar en Hollywood. —Paul cuelga el teléfono.

Estoy aquí sentado, mirándola, preguntándome cómo voy a marcharme de nuevo. Todo es un puto desastre y no puedo irme sabiendo que nadie cuida de ella. Sin embargo Kristin se resiste a cualquier tipo de ayuda.

Bueno, ayuda de la que está al corriente.

Esto es por su propio bien, pero también por mi tranquilidad. Quiero que cuiden de ella. Necesito devolverle lo que le quité.

Envío algunos *e-mails* y las cosas se ponen en marcha. Dispongo de dos días para pasar con ella tanto tiempo como puedo y recuperar un poco de lo que perdimos.

—Papá, ¿sabes que los niños crecen más en primavera? —La vocecita de Aubrey proviene de fuera. Le froto la pierna a Kristin, pero ella no se mueve —. ¿Y que los caballos duermen de pie? Ah, ¿y sabías que un grupo de ballenas se llama «manada»? —Continúa con más.

Aparto los pies de Kristin y me dirijo a la puerta.

—¿Sabías que las hermanas pequeñas son las personas más irritantes de mundo? —interviene Finn, y tengo que contenerme para no reír.

—¡No lo son!

—Dejad de pelear —dice Scott mientras yo abro la puerta.

—¡Noah! —grita Aubrey y echa a correr—. ¿Has dado de comer a los animales?

Río entre dientes y me acuclillo delante de ella.

—Sí. Tenían hambre.

—Lo sé. —Resopla de forma teatral—. Tuve que hacerlo yo porque tú no estabas aquí.

En serio, esta niña es la cosita más mona jamás creada. Creo nadie podrá resistirse a sus poderes. Va a ser un problema andante cuando se fije en algún chico.

—Te prometo que la próxima vez lo haré mejor.

Aubrey ve algo detrás de mí y sale disparada.

—¡Mami!

Me levanto y observo mientras Aubrey se tira de golpe encima de su madre.

—Hola, Aubrey. —La voz de Kristin suena ronca por el sueño y porque la pequeña de seis años la ha dejado sin respiración.

—¿Qué hay, Finn? —Sonrío, y me saluda con el puño.

—Ey.

Scott está ahí y es él quien parece incómodo esta vez. Tiene suerte de que estos sean sus hijos. Si no lo fueran, le daría una paliza. Pero no merece la pena. Sin embargo será un placer ver a Kristin arrastrarlo de nuevo a los tribunales si así lo quiere. Bastará con un patinazo.

—Scott —saludo, tendiéndole la mano.

Puedo sentir que Finn nos observa. No pienso consentir que me vea como otra cosa que como el hombre que me educaron para que fuera. Tal vez mi padre nos abandonara, pero si mi madre conocía a alguien y este le faltaba al respeto, yo nunca lo olvidaba. Da igual cómo se comporte, un chico quiere tener cerca a su padre.

De niño fui capaz de ocultar bastante bien mis sentimientos. Eso no impedía que deseara que él volviera en mi cumpleaños o que lo pidiera en mi lista de deseos para Navidad.

En el fondo, los chicos duros son los que más sufren.

Scott me estrecha la mano.

—Noah.

Kristin recorre mi brazo con su mano y la posa en mi hombro. Es lo máximo que me ha tocado delante de los niños.

—Gracias por traerlos a casa. Te veo dentro de unos días.

Voy a cerrar la puerta, pero él se detiene.

—Ella está haciendo las maletas. Quiero que lo sepas. He descubierto que nunca estuvo embarazada y...

—De acuerdo. —Kristin asiente y cierra la puerta con suavidad.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Estoy bien. Siento haberme quedado dormida.

—No lo sientas —le digo.

Durante el trayecto de regreso a casa en coche estuvo en silencio, pero he aprendido que necesita ese tiempo. Kristin pasó gran parte de su matrimonio encerrada en sí misma y, poco a poco, conseguiré que salga de ahí. Conmigo no tiene por qué temer. Del mismo modo que yo voy a tener que recordar que ella no es como los demás.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunta con ojos tristes—. Ni siquiera hemos hablado de eso...

—Tengo un par de días, cielo —respondo mientras le acaricio la mejilla.

—Mierda.

Siento su dolor. Lo último que deseo es marcharme. Sin embargo, antes de hacerlo, tengo muchas cosas de las que ocuparme. Hablando del rey de Roma...

—¿Dónde está tu móvil? —pregunto.

—¿Mi móvil?

Enarco una ceja.

—Sí, el móvil que tantos problemas ha causado.

Ella hace una mueca.

—Ah, ese móvil.

Kristin se acerca a su bolso y me lo entrega. No digo nada. Agarro las llaves de mi coche de alquiler y salgo por la puerta.

—¡Noah!

—¡Un momento! —le digo por encima del hombro. Dejo el móvil en la carretera, justo delante del neumático, me subo al coche y arranco.

Kristin se queda en el porche con cara de desconcierto. ¿Es posible que no

se haya percatado de que voy a atropellar esa chatarra?

Metó la marcha y echo a rodar hacia delante y hacia atrás unas cuantas veces. Debería bastar con eso.

—¿Qué narices haces? —pregunta mientras baja los escalones.

Agarro el aparato aplastado del suelo y sonrío.

—Tendrás uno nuevo con otro número dentro de poco —le informo al tiempo que dejo el teléfono roto en su mano.

—¡Estás chalado! ¡Era mi móvil!

—Desde luego que sí. —Espero la pelea.

—Lo has destrozado.

—Sí. Y lo haría otra vez.

Nadie va a volver a amenazarnos. Me da igual si tengo que atropellar un centenar de teléfonos móviles. En treinta minutos Kristin, Finn y Aubrey tendrán teléfonos nuevos y gratis. Me va a caer una buena por comprarle uno a Aubrey, sobre todo porque me parece que no tienen ninguno, pero... debo conservar mi posición. No podría soportar esa carita de corderito degollado.

—Lo has atropellado. —Kristin mira los restos en su mano—. Podríamos haber eliminado la aplicación de mi móvil o cambiado mis contraseñas, pero... ¡Noah! —Me pega en el brazo—. ¿Cómo narices voy a recuperar todos mis contactos, bobo?

Ni siquiera había pensado en eso.

—¿De la nube?

—¡Qué hombre! Actúas primero y piensas después. —Empieza a alejarse mientras farfulla—. Ahora tengo que comprar un teléfono móvil, sin empleo, pero seguro que puedo ir a la tienda y decir... —Kristin se para y grita entre dientes—: El imbécil y celoso sin razón de mi novio le ha pasado por encima a mi móvil con el coche. Seguro que eso lo cubre la garantía. Ah, no te preocupes, que volvió a pasarle otra vez por encima para asegurarse.

Me echo a reír, lo que me granjea una mirada dura, que hace que vuelva a reír.

—Los nuevos teléfonos están de camino. No tienes que ir a la tienda.

Ella me fulmina con la mirada, pero deja el teléfono en el porche y gruñe:

—No puedo contigo.

Subo los escalones de dos en dos y la cojo de la cintura, atrayéndola contra mí.

—No puedes sin mí —bajo la voz.

—¿Eso crees? —pregunta Kristin con falsa modesta, toda la ira fingida se esfuma cuando apoya la mano sobre mi pecho.

Yo frunzo los labios y asiento.

—Sí.

—¿Por qué está tan seguro, señor Frazier?

—Es solo una corazonada.

—Hum. —Juguetea con el cuello de mi camiseta—. A lo mejor tienes razón, pero ¿cómo puedes estar seguro?

—Podría besarte. —La tiento—. Podría ver si te derrites en mis brazos como sueles hacer cuando me pongo en «plan ligón» como tú lo llamas. Podría decirte que tu cuerpo se tensa porque deseas más, pero no puedes tenerlo.

—Podrías. —Kristin mantiene un tono sereno, pero veo el deseo en sus ojos.

No tiene ni idea del control que ejerce sobre mí. Si me pidiera cualquier cosa, buscaría la forma de dársela. Desde que esta mujer entró en mi vida, me tiré al agua con ella y nunca he vuelto a salir a coger aire. Incluso cuando todo se fue a la mierda, fui incapaz de convencerme de que se había acabado.

No contemplo mi vida sin Kristin en ella.

—Debería —repongo mientras acerco nuestros labios.

Ella arquea la espalda mientras mis manos ascienden hasta su cuello. Oigo un ruido en el preciso instante en que por fin toco su perfecta boca.

Los dos volvemos la cabeza y vemos a Finn mirándonos.

¡Mierda!

Bajo las manos y doy un paso atrás.

—Qué asco —dice Finn.

La mayor parte del tiempo que pasamos juntos hemos estado los dos solos, así que voy a tener que acordarme de rebajar las muestras públicas de afecto cuando esté aquí.

—Oh, déjalo ya —dice Kristin, riendo—. Noah te cae bien y él hace que moles.

—¿De verdad has dicho eso? —pregunto con la risa tiñendo mi voz.

Ella se encoje de hombros.

—¿Qué? ¿No se dice así?

—¡Sí, si tienes mi edad! —le corrige Finn.

—Deja de envidiar lo guay que soy. —Kristin se aleja mientras se aparta de mi pecho con chulería—. Soy algo así como la líder de la gente guay. Todos

me adoráis en mi mundo guay.

Finn y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—Necesita ayuda, Noah. Por favor... —Se pone de rodillas y se coge las manos—, te lo suplico. Arréglala antes de que sea demasiado tarde.

—Ojalá pudiera, pero parece que tiene las llaves del mundo guay. —Me encojo de hombros y la sigo adentro.

La veo dejarse caer en el sillón, con los brazos estirados, y me deja sin aliento. Lleva el pelo recogido, no se ha maquillado y viste un par de pantalones cortos negros y una camiseta holgada. Sin embargo, es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Kristin ladea la cabeza y me dedica una sonrisa que hace que me entren ganas de llevarla al dormitorio y borrarla de la cara.

—¿Qué?

—Nada.

Se le arrugan los rabillos de los ojos.

—Estás pensando en algo.

Esbozo una sonrisa y me acerco a ella, coloco las manos al lado de sus hombros y me apoyo.

—Pienso que soy un tío con suerte. No solo te he encontrado, sino que he hecho que me ames y te he convencido de que me necesitas. He triunfado.

Kristin pone los ojos en blanco.

—Claro, lo has hecho todo tú, machote. Yo te atraje con mi encantadora torpeza, te di sexo del bueno y tengo el arma definitiva.

Río entre dientes.

—¿Cuál es?

—¡Noah! —grita Aubrey desde el fondo de la casa—. ¡Te has olvidado de uno!

Kristin me sujeta la cara entre sus manos y sonrío de oreja a oreja.

—Ella.

Río contra sus labios y le doy un beso apasionado.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Y ahora vete a dar de comer a los animales antes de que me busque a otro hombre que pueda seguir el ritmo.

—Ya te daré yo ritmo. —Empiezo a arrimarme más, pero Aubrey hace acto de presencia.

—¡No-ah! —dice, diferenciando bien cada sílaba—. Podrían morirse.

Necesitan comer.

La risa procedente del sillón no pasa desapercibida. Menuda ayuda. Miro a Aubrey y sus ojos se vuelven enormes otra vez, igual que con las puñeteras galletas. ¿Qué es lo que tienen las niñas? ¿Tienes algún tipo de poder mágico? O es brujería o alguna otra cosa, porque aquí me tienes, cogiéndola de la mano y dejando que me lleve para poder alimentar a sus animales de peluche y que no se mueran.

—¡Diviértete! —dice Kristin mientras apoya la barbilla en el respaldo del sillón.

—Más tarde nos divertiremos, cielo. Acuérdate de lo que te digo.

—Cuento con ello. —Kristin sonríe y yo empiezo a imaginármela desnuda debajo de mí.

Aubrey me mira con una enorme sonrisa.

—Seguro que a los animales les encantarían unas galletas.

Profiero una carcajada y la abrazo.

—¿Me prometes comerte la cena y no contárselo a tu mami?

Ella asiente.

Voy a pagar caro esto.

Kristin

Ocho meses después

—No puedo creer que estemos empaquetando otra vez. —farfulla Nicole mientras apila la caja que ha cerrado encima de otra.

—Y otra vez actúas como si hubiera hecho algo importante —le replico.

La obra empieza dentro de tres días y ya lo he pospuesto demasiado. No puedo perder más el tiempo. Además, Noah estará en casa mañana y piensa que ya lo he dejado todo listo.

¡Ups!

—Dame de comer. —Se tumba en el suelo—. Me muero.

Es peor que Aubrey.

—Levántate o vas a desear estar muerta.

Danielle sale del dormitorio, mira a Nicole y deja la caja cerca de su cabeza.

—¡Zorrón! —espeta Nicole—. Ha estado a punto de darme un infarto. Un poco más cerca y tendrías que pagarme la cirugía plástica.

—Te has levantado; misión cumplida —dice Danni con una sonrisita de satisfacción.

—Echo de menos a Heather —confieso, sintiéndome un poco melancólica—. Debería haber venido a casa para esto.

Estuvo en casa el mes pasado para transferirme las escrituras. Soy oficialmente la dueña de esta casa... con Noah.

No queríamos volver a trasladar a los niños ahora que están instalados y Heather se alegró muchísimo cuando se lo propusimos. Creo que le gusta saber que otra familia va a criar a sus hijos en la casa que tanto significa para ella.

O simplemente está harta de todo lo que hay que arreglar y está contenta de que eso no sea ya problema suyo.

Noah insistió en que, si nos quedábamos, íbamos a hacerla nuestra. Así que, cuando volvió de Francia para disfrutar uno de sus fines de semana largos, hizo lo que mejor se le da y contrató una puñetera cuadrilla para que desmantelara mi vida.

Me suena el móvil y veo el número de mi ayudante.

—Hola, Erica —saludo, con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja.

—¡Kristin! Esto es un desastre. No sé qué hacer. Se suponía que vendrías hoy y no has venido. Hay cuatro teléfonos sonando y el reportaje a doble página está mal. Está mal y necesito que lo arregles. Arréglalo.

Oh, Erica... ¿por qué pensé que esto era buena idea?

—Inspira hondo. Todo va a salir bien. Revisé ayer el reportaje e hice un cambio. La revista va a ser perfecta —digo con tono sereno.

Siempre está de los nervios. Esta es nuestra segunda publicación y nos las apañamos muy bien con la primera. Por lo desquiciada que se pone, cabría pensar que fuera la virginal noche de su baile de graduación. En fin, entiendo por qué tiene un cuarto de meditación; esa mujer necesita respirar hondo a todas horas.

—Vale. Claro. Sí, estaré bien. Tú estarás bien. Voy a coger mi tetrabrik de agua, a darme un buen paseo en bicicleta y esta noche le rezaré al océano.

Finjo que no ha dicho nada de eso.

—Suena divertido, cielo. Seguro que al océano le encantará que le pidas ayuda. Ahora estoy trabajando, buena suerte.

Me levanto, rascándome la cabeza y preguntándome qué estaba bebiendo cuando me la llevé conmigo a la revista. Tenía que estar pedo.

Y ¿qué narices es el agua en tetrabrik? ¿En tetrabrik? El agua va en botella, pero hablamos de Erica y he aprendido que no debo hacer demasiadas preguntas.

—¿Va todo bien? —pregunta Danni.

Solo hay una palabra para describirlo.

—Erica.

En teoría, mis amigas la adoran. Ha estado a mi lado, capeando el temporal y siendo mi mayor defensora desde la primera vez que hablamos. Pero aunque Noah no me destrozara personal ni profesionalmente..., estaba acabada.

Catherine me explicó que tuvo que desacreditar el artículo, lo cual hizo que Famosoadictos y yo pareciéramos una chapuza.

Por mucho que quiera fingir que me entristece, no es así. Odiaba ese trabajo. Ahora poseo una revista de estilo dirigida a mujeres de más de treinta años. Nos centramos en el hogar, las relaciones, los hijos, el trabajo y el estilo.

ME ENCANTA MI EMPRESA.

Siempre que no diga el nombre.

—Ahhh. —Ella siente—. Ya lo *McPillo*.³

Nicole rompe a reír y chocan los cinco. Gilipollas.

—Podéis *McLargaos* de mi casa.

—Y ¿cómo nos divertiremos? —pregunta Nicole.

—Te odio. A las dos. Os odio.

Erica era la responsable de entregar los formularios para la empresa. Yo los firmé previamente porque me iba a Francia durante dos semanas. Se suponía que ella tenía que cumplimentar la información una vez decidiera yo el nombre, que era *Amigas de lo chic*, y entregarlos. Pan comido.

Le pareció que nuestro nombre no era lo bastante moderno. Así que a nuestra prestigiosa revista le puso de nombre *Kristin Mc-Gets-it*.

Nicole y Danielle se enganchan del brazo y ríen como bobas.

—Aceptamos tu odio y añadimos un «nos importa un pito».

Mis amigas están en mi lista... con Erica.

Aubrey entra corriendo con una caja, interrumpiendo nuestra pequeña disputa.

—*Tita* Danielle, asegúrate de que la tía Nicole no se lleve esto, por favor.

Nicole enarca las cejas y ríe.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

—Dijiste que ibas a zamparte a mis animales para comer. —Aubrey empuja la caja a un lado—. No son comida.

—Tenía hambre y tú no me dejabas salir de la habitación.

Aubrey mira a Nicole y meneas la cabeza. Por separado, las dos son un torbellino, pero juntas es imposible controlarlas. Aubrey hace cosas que me recuerden tanto a Nicole que da miedo; no me gusta ni un pelo. Adoro a mi mejor amiga, pero a su madre le salieron canas muy pronto.

—¡No te los tienes que comer, tía Nicole!

Nicole exhala un exagerado suspiro.

—Vale, no me los comeré.

Danielle y yo miramos, tapándonos la boca con las manos mientras Aubrey acerca la caja y después la aleja.

—¡Aubrey Nicole! —grita Nic. Creo que le gusta utilizar el segundo nombre de mi hija todo lo posible. De haber sabido que ponerle a Aubrey el nombre de una amiga significaba que se parecería a esa persona, habría elegido a Heather.

Quizá.

Aubrey coge la caja y se marcha.

—Qué chica esta. —Danielle se echa a reír—. Es lo más.

—Resulta que estoy de acuerdo. —La profunda voz de Noah hace que se me acelere el pulso.

Está aquí. Ha llegado pronto.

—¡Estás en casa! —Echo a correr y salto a sus brazos.

—Hola, cariño. —Ríe mientras me coge, por los pelos.

Le beso en los labios una y otra vez, completamente encantada. Han pasado tres semanas desde la última vez que nos vimos. Los niños y yo hablamos con él por videoconferencia todas las noches, pero no es lo mismo.

No puedo tocar su pie, sentir su calor ni oler su aroma. Mis recuerdos son sustitutos de la realidad.

Sus ojos verdes son un poco más claros y su piel tiene un tono bronceado. En la película que acaba de terminar de rodar interpretaba a un espía e hicieron que se rapara el pelo. Creía que lo detestaría, pero está realmente sexy. Si hubiera podido salir a través del ordenador y obligarle a que me atacara con su arma de destrucción masiva, lo habría hecho. Si embargo, no nacemos nada por internet. Así que... he tenido que esperar.

Ya no tengo que esperar más. Sumerjo la lengua en su boca, deslizándola contra la suya, saboreando a Noah.

—Si vais a practicar sexo ahora mismo, ¿puedo mirar? Estoy muy a favor del porno gratis —dice Nicole a nuestra espalda.

Noah interrumpe el beso y yo hago un gesto mohíno.

—Largaos —les grito.

—Tranquila, que hay más de eso —promete Noah antes de besarme en la nariz.

Más vale que sea así. Pero quiero más ahora. Malditas amigas y niños que impiden que nos demos un pequeño revolcón.

—Danni cuidará de los niños... —propone Nicole.

No es mala idea. Abro la boca, pero Noah se me adelanta.

—Bueno es saberlo.

—Me parece que piensa que estoy de broma. —Le propina un codazo a Danielle.

Danielle suelta un bufido.

—Pues a mí me da que se teme que no lo estás.

—O que una a ellos —bromea Nicole—. Estoy dispuesta a cualquiera de las dos cosas.

Tengo las piernas alrededor de su cintura y me pego a él como si fuera otra capa de ropa. Noah me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Piensas intervenir?

—No podría soportar lo bueno que estás, cielo. Además, le gustan dos hombres...

Noah ríe entre dientes.

—Vosotras dos habéis pasado mucho tiempo juntas últimamente. —Baja la voz para que solo yo pueda oírle—: Esta noche veremos qué más se te ha pegado.

Oh, esta noche nos vamos a frotar un montón. Meneo las cejas y esbozo una sonrisita de satisfacción.

—Cuento con ello, guapetón.

—Te he echado de menos. —Noah se retuerce un poco mientras yo continúo pegada a él—. ¿Te bajas para que pueda moverme?

—No.

Así estoy muy a gusto. He de resarcirme por tres semanas sin abrazos. Casi me compadezco de él, pero al final no lo hago. Durante los últimos ocho meses nos hemos enfrentado a largos vuelos, problemas por culpa del huso horario, a su espantoso calendario de rodaje, a las preguntas de la prensa sobre nuestra relación y al nuevo trabajo que he emprendido. Ha sido un infierno.

Por fin ha terminado.

Me aferro a este momento porque lo necesitaba..., porque necesitaba a Noah.

—Pues vale. —Sonríe y entra conmigo en el salón. Noah se acerca al sillón y me tumba, con él encima de mí—. Nicole, tú querías mirar, ¿no? Creo que alguien debería entretener a los niños...

—¡Noah! —exclamo, y le aparto de mí—. Ay, por Dios, qué bruto eres.

—Puede, pero me quieres —me desafía.

Desde luego que sí. Pero ¿quién no lo haría? Es jodidamente perfecto.

Y sexy.

Y dulce.

Y me quiere con todo su corazón.

Pero me encanta meterme con él y considero que es mi deber bajarle los humos.

Me encojo de hombros.

—Eh, que te lo has creído.

—Ya te daré yo.

Danielle se aclara la garganta.

—Por muy divertido que sea veros, y por divertido quiero decir que no lo es en absoluto, el contratista llegará pronto y no estáis ni por asomo listos.

Noah se levanta y me levanta con él. Hago un gesto con la mano, como si me cortada el cuello, mientras ella habla, pero no lo pilla. ¡Mierda!

—Espera. —Noah se da la vuelta—. ¿No está?

Me mezo sobre los talones y agacho la cabeza.

—Puede que haya exagerado un poco sobre cuánto he hecho...

Gracias a Dios que sale mi hijo, salvándome del sermón que sin duda se avecina.

—¡Noah!

La relación de Finn y Noah ha crecido aun a pesar de la distancia. Ha sido genial ver cómo forjaban un vínculo. Noah nos ha ayudado a todos a mejorar. Yo soy más feliz, los niños son más felices y todos estamos entusiasmados con los cambios.

Noah pidió permiso a Finn para mudarse y, después de eso, se hicieron buenos amigos.

—¿Has vuelto para siempre? —pregunta Finn.

—Sí. Estoy aquí para siempre.

Sus ojos se clavan en los míos al pronunciar la última palabra y yo me derrito.

Noah es mi para siempre.

Noah es mi por siempre jamás.

EPÍLOGO

Kristin

Ocho años después

—*V*ale, vamos a necesitar un plan detallado para que podamos recorrer el parque entero en un solo día —nos dice Noah mientras nos apoyamos contra el coche—. Tengo el mapa y los horarios en que vamos a comer. ¡Va a ser perfecto!

Está loco. No sé por qué se le ha ocurrido que Finn querría venir a un parque temático, con sus padres, que no molan nada, por su cumpleaños, pero aquí estamos. No ha habido forma de disuadirle. Jura que este es el mejor regalo posible.

¿Cómo iba a preferir Finn mi sugerencia de un coche?

Finn se arrima a mí y me susurra:

—Entiende que ya no soy un crío, ¿verdad?

—Tú finge que estás entusiasmado y yo te compraré el coche —digo con tono cómplice.

Mi hijo reacciona como si de repente estuviera implicadísimo en esto.

—Sí, sería estupendo tener un plan. Estoy entusiasmado de verdad. No deberíamos entretenernos y perder el tiempo. Guíanos en nuestra celebración —dice, tiñendo de sarcasmo cada palabra.

¿Celebración? ¿De verdad, Finn?

—La próxima vez hazlo mejor, colega. —Le doy una palmada en el hombro.

Noah exhala un suspiro.

—Creía que querrías ver las cosas de Harry Potter.

A veces es el hombre más brillante del mundo; otras, es un despiste. Hoy Finn cumple dieciocho años, por lo que me he tirado llorando más de una hora, y Noah quería sorprenderle. Esta mañana despertó a los niños a las seis de la madrugada, con una caja para Finn. Es imposible que el muchacho no

pensara que contenía las llaves de un coche. La caja era pequeña y estaba rodeada por un cordel de Gryffindor.

Joder, yo creía que eran las llaves de un coche, y sabía que no lo eran.

La cara de Finn cuando la abrió ha sido impagable.

En cambio Aubrey se ha reído descaradamente de él. Sin embargo, el sol sale por el culo de Noah, así que estaba superentusiasmada solo para intentar salirse con la suya.

Yo veo más allá de sus tonterías. Noah no tanto.

Me acerco y le acaricio la mejilla.

—Lo has intentado, cielo. La intención es lo que cuenta.

—Antes le encantaban estas cosas. —Noah resopla mientras caminamos detrás de los chicos.

—¡Cuando tenía diez años! —Me echo a reír.

—A mí me gusta Harry Potter y no tengo diez años —replica Noah.

—Sí, pero te comportas como si los tuvieras.

Noah gruñe y me rodea la cintura con los brazos, frotándome el cuello con su barba incipiente.

—Ya te daré yo.

—¡Noah! —Río e intento zafarme—. ¡Para! ¡Me haces cosquillas!

—¡Mamá! —dice Aubrey entre dientes—. Nos estás avergonzando. Por Dios, a veces no puedo creer que sea familia vuestra. —Resopla y cruza los brazos—. Ahora casi me alegro de que no pudiera traer a una amiga.

Oh, los peligros de una chica de catorce años. Juro que su mal comportamiento empezó cuando tenía doce y que cada año empeora. No ayuda nada que su padre y Noah la tengan tan consentida. Yo soy la mala.

—Chíllale a Noah. Es culpa suya que estemos aquí.

Aubrey levanta una mano y continúa andando.

—Lo que tú digas.

Noah me mira y ambos empezamos a reír. Que Noah no hace nada mal es una broma habitual en casa. Por irritante que sea, me alegro de que los chicos le quieran. Es un verdadero segundo padre para ellos y, cuando se va a trabajar, todos le echamos muchísimo de menos.

—Adoro a los adolescentes —farfulto.

Cruzamos la entrada y algunas personas nos hacen fotos al pasar. Resulta fácil olvidar lo famoso que es. Para nosotros es tan solo Noah Frazier, el hombre que deja su ropa interior dentro de los vaqueros, no sabe dónde está el

cesto de la ropa sucia y le gusta tirarse pedos cuando todo está demasiado tranquilo. Para el mundo, es un actor con dos premios de la academia, que todo lo hace bien.

Mañana habrá fotos nuestras en todas las redes sociales, con cientos de preguntas sobre por qué no estamos casados. Si de verdad estamos enamorados y especulaciones sobre que la única razón de que esté con él es para promover mi carrera como editora.

—¡Eh! —grita Finn— ¡Viejales, no os quedéis atrás!

—Ya le daré yo viejales —amenaza Noah y yo me río.

—Cuando el río suena... —bromeo.

Noah está casi igual que cuando le conocí. Es el capullo que no tiene ni una sola cana mientras que yo tengo que ir a la peluquería cada cuatro semanas para que no parezca que podría ser su madre. Su cuerpo sigue estando duro donde debe y todo en él funciona como es debido. ¿Yo? Tengo suerte y puedo ponerme mis mallas sin reventar una costura.

—Tienes suerte de que te quiera —dice antes de darme una palmada en el culo y correr hacia los chicos.

A mi culo no le parece que tenga tanta suerte.

Entramos de nuevo en el mundo de Harry Potter y que Noah Frazier esté aquí es todo un notición. La gente acude en masa para conocerle, hacerse fotos y, en fin, tocarle. Lo entiendo. Yo también quiero tocarle. Para ser un viejales, está muy bueno. Además, su fama se ha multiplicado por diez desde que nos conocimos. Las películas que hace ahora son taquillazos y él es un actor de primera categoría.

Me mira con su cara de «lo siento; odio a la gente» y yo le sonrío con mi expresión de «lo entiendo; eres muy importante». Finn se acerca, sin duda detestando este aspecto de nuestras vidas.

—Y por esto no podemos ir a ninguna parte. —Resopla y señala.

—Sabes que detesta esto tanto como tú. Pero han pasado casi diez años y es hora de que lo superes.

Entonces me acuerdo de que a los dieciocho la vida es en realidad lo único que importa.

—¡Finn! —Noah le hace señas para que se acerque.

«Ay, esto va a ser interesante.»

Aubrey, cómo no, está a su lado, empapándose de la atención de que Noah Frazier sea prácticamente su padre. Sí, en realidad así le llama. A veces me

quedo sin palabras con esta cría.

—Ay, Dios mío. —Una multitud de chicas empiezan a chillar—. ¿Conoces a Noah Frazier?

Finn se da la vuelta y en su rostro se dibuja una sonrisa arrogante que no había visto hasta ahora.

—Sí, le conozco. ¿Queréis conocerle?

—¡Sí! —Ríen como bobas y dan saltitos—. ¿Cómo es que le conoces?

—Prácticamente es mi padrastro. —Levanta la cabeza con orgullo.

Santo Dios. No puedo creer lo que veo.

—Finn, seguramente deberías rescatarle —digo, recordándole que estoy aquí mismo.

—Es verdad. Salvaré a Noah, no hay problema. —Saca los codos y sonrío con satisfacción—. Señoritas, ¿queréis acompañarme?

Ay, por Dios santo.

Mi hijo, el ligón en ciernes. Debería disculparme ahora con las chicas de su futuro. El mérito de eso no me corresponde a mí.

La estupidez la ha heredado de su padre. El resto de malos hábitos son de Noah. Yo le di la vida, el cerebro, y después ellos lo echaron todo a perder.

Al cabo de unos minutos, las grupis de Finn tienen su foto y mi..., ya no sé cómo llamarle..., se acerca. Detesto llamarle novio. Tengo casi cincuenta años y me siento patética al decirlo. Por no mencionar que llevamos juntos mucho tiempo y que cuando decimos que son casi diez años, la gente nos mira como si estuviéramos mal de la azotea.

Estamos casados en todos los aspectos salvo sobre el papel. Somos dueños de nuestra casa, tenemos la revista y compartimos la paternidad con Scott. Noah es más padre que mi ex. Me gusta Noah. Scott..., no tanto.

—¿Estás bien? —pregunto mientras él me rodea los hombros con el brazo.

—Ahora sí. Quería disfrutar de un día normal contigo y con los niños. — Parece alicaído.

—Nuestro día normal es así, Noah. Además, parece que Finn ha encontrado nuevos amigos.

Nos giramos para mirarle a él y a su harén de ligues.

—Ese es mi chico. —Noah sonrío de oreja a oreja con orgullo.

Estoy sola en esto.

Paseamos por la realista ciudad que vive en un libro que unió a los hombres que quiero. Aubrey está en la tienda frente a la que estamos nosotros, sin duda

con la tarjeta American Express Black de Noah..., la que yo no dejo de confiscarle y él no deja de devolverle.

Pese a todo, incluso con él mimándola, es una chica fantástica y saca sobresalientes, está en la sociedad de honor y es miembro del consejo estudiantil. Aubrey y Noah comparten el amor por los animales y, los fines de semana, mi hija trabaja como voluntaria en la ASPCA. Puede que no me gusten sus cambios de humor, pero es una buena chica con un gran corazón.

—Oye. —Noah me para.

—¿Qué?

—La semana que viene es nuestro aniversario —dice, rodeándome la cintura con los brazos mientras sonrío. Llevo ya mucho tiempo con él y todavía hace que se me acelere el corazón.

—Lo es. —Sonrío, sabiendo que es así—. ¿Me has comprado algo bueno?

—Tendrás que esperar para averiguarlo.

—Ay, Dios. —Le froto la nuca—. ¿Tienes otro bote de viagra?

Noah se queda boquiabierto y toda expresión le abandona.

—Sabes que no necesito ni necesitaré eso nunca jamás.

Yo me río de su tono. Como si no lo supiera perfectamente.

—Lo sé, cielito. Tu varita funciona a la perfección.

—Ya te digo. Te Slytherinizaré tu Hufflepuff esta noche si necesitas que te lo recuerde.

Rompo a reír. Me rodeo el estómago con los brazos y me dejo llevar.

—Ay, Dios mío. ¡Solo tú! —prosigo—. Solo tú harías un puñetero chiste verde aquí.

Noah se ríe conmigo, rodeándome con su cuerpo y caminando a mi lado mientras intento controlar mi ataque de risa.

Es gracioso e irresistible.

Conseguimos llegar a un lado, bajo un montón de miradas mientras Noah me guía y hace el ridículo con sus gracias. Después de tranquilizarnos, me besa y nos quedamos abrazados.

Veo que sus ojos verdes se llenan de tanto amor que me cuesta respirar.

Le amo tanto que a veces siento que voy a estallar. Atesoro cada día que paso con él. Claro que me vuelve loca y que yo le vuelvo loco a él, pero eso solo hace que valoremos mucho más lo que tenemos.

La mayoría de la gente no lleva auestas nuestro bagaje, pero lo llevamos juntos.

—¿Cuándo vas a aceptar por fin casarte conmigo? —pregunta Noah con una sonrisa traviesa.

Me lo pregunta cada pocos meses y la respuesta es siempre la misma.

—¿Me quieres?

Él sonríe.

—Con todo mi corazón.

—¿Vas a dejarme?

—No me voy a ningún lado, cariño.

—¿Confías en mí? —le pregunto mientras le miro a los ojos.

La mirada de Noah se torna seria y su profunda voz no deja espacio a las dudas.

—Con mi vida. ¿Tú me quieres? —replica.

—Con todo mi ser.

—¿Piensas buscarte otro actor sexy?

Yo sonrío.

—No hay ninguno más sexy que tú, cielo.

Noah se echa a reír, me besa y después me hace la última pregunta de nuestra pequeña sátira:

—¿Te doy todo lo que necesitas?

Con el rabillo del ojo veo a Aubrey y a Finn ahí de pie, observando. Estando aquí los cuatro me siento completa. Durante mucho tiempo he dicho que no hay razón para que nos casemos, que es solo un papel. He sido feliz hasta más no poder y, además hay que tener en cuenta que Scott me pasa la pensión. Pero cada vez que lo digo lo veo en los ojos de Noah.

Y ahora mismo... no quiero decir lo que suelo decir.

En este momento quiero devolverle algo de lo que él me ha dado.

—Noah —digo en voz queda—. ¿Harás una cosa por mí?

La confusión tiñe su rostro.

—Lo que quieras.

—Pídeme que me case contigo una última vez —digo, con el corazón retumbándome contra el pecho.

Noah contiene el aliento, examinando mis ojos en busca de algo. No sé si le preocupa que esté de broma, pero dejo que vea todo lo que alberga mi corazón.

Espero, rogando que lo diga en serio.

—Kristin, ¿te casarás conmigo? —La emoción embarga su voz y en sus ojos

hay un brillo que hace un momento no estaba ahí.

Tomo su rostro entre mis manos y esbozo una sonrisa.

—Sí, me casaré contigo.

Antes de que pueda besarle, dos pares de brazos nos rodean y lágrimas de felicidad ruedan por mi cara. Tengo todo lo que podría necesitar... y más.

Escena de regalo

Querido lector:

Muchísimas gracias por todo tu amor y apoyo; ¡espero que hayas disfrutado de *Una última vez*! ¿Quieres saber más sobre Noah y Kristin? Si la respuesta es sí, suscríbete a mi *newsletter* y conseguirás un capítulo exclusivo de regalo que no podrás adquirir de ninguna otra manera.

Suscribiros aquí: www.subscribepage.com/OLTBonusEpi

Agradecimientos

Si has tratado conmigo durante este proceso te mereces mucho más que un «gracias» al final del libro. En serio, estoy un poco loca y lo sabes, pero... aquí está.

A mi marido e hijos. No sé cómo me aguantáis, pero no puedo deciros cuánto os lo agradezco. Os quiero con todo mi corazón.

A mis lectoras beta, Katie, Melissa, Clarissa y Shera. Muchísimas gracias por vuestro apoyo y amor durante este libro. Os quiero, chicas, y no podría imaginar no teneros.

A mi ayudante, Christy Peckham. Miento como una bellaca cuando digo que te odio. Te quiero muchísimo.

A los *blogueros*. Sois el corazón y alma de este gremio. Gracias por decidir leer mis libros y hacerme un hueco en vuestras apretadas agendas. Os lo agradezco más de lo que imagináis.

A Ashley, mi editora, por empujarme siempre a escribir fuera de mi zona de confort. Es verdaderamente una bendición trabajar contigo y adoro nuestro loco proceso. A Sommer Stein, de Perfect Pear Creative, por crear las portadas más alucinantes. ¡A Janice, Kara y Virginia por revisar y cerciorarse de que cada detalle sea perfecto! A Chrisitine, de Type A Formatting, tu apoyo es inestimable. Adoro de verdad tu hermoso corazón.

Bait, Stabby y Corinne Michael Books..., os quiero más de lo que jamás llegaréis a imaginar.

A mi agente, Kimberly Brower, me hace muy feliz tenerte en mi equipo. Gracias por tu orientación y apoyo.

Melissa Erickson, eres asombrosa. Adoro tu rostro.

Vi, Claire, Mandi, Amy, Kristy, Penelope, Kyla, Rachel, Tijan, Alessandra, Syreeta, Meghan, Kristen, Kendall, Kennedy, Ava y Natasha..., gracias por hacer que me esfuerce por ser mejor y por quererme de manera incondicional.

1. Juego de palabras. *Hot* referido a tener calor y *hot* referido a ser sexy. (*N. de la T.*)

2. Juego de palabras referente a la frase anterior. En inglés, «tío normal y corriente» se dice *average Joe*. (N. de la T.)

3. Juego de palabras con el apellido de la protagonista, McGee, y Mc-Gets-it, que significa «lo pillas», «lo tienes», «lo consigues». (*N. de la T.*)

Título original: *One Last Time*

© 2018, Corinne Michaels

Primera edición en este formato: septiembre de 2019

© de la traducción: 2019, Nieves Calvino Gutiérrez

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17705-23-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.